SOMBRAS DE BRUJAS

5

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

Sombras de Brujas

Las Brujas de Nueva York
Libro Cinco

Kim Richardson

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Sombras de Brujas, Brujas de Nueva York, Libro Cinco
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Diseñadora de portadas: Karen Dimmick/ ArcaneCovers.com
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

El Camino de la Bruja
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

—¿Puedo ayudarte?

—¿Eh? —Miré hacia arriba, muy arriba, al rostro de una mujer extraordinaria. Era la mujer más alta y grande que había visto en mi vida. Bueno, si contamos a Catelyn en su forma de giganta, ella sería la segunda más grande. Esta mujer parecía tener también ascendencia de giganta. Debía de medir al menos dos metros, si no más.

Su largo pelo negro le llegaba a la cintura, recogido en una trenza. Llevaba unos pantalones cargo negros metidos por dentro de unas botas y una camisa negra. Había algo en ella que sugería una herencia asiática, aunque no podía estar segura.

—Guao. Eres grande —digo, larga—, perdón, o sea que no eres lo que esperaba. —Por su aterrador ceño fruncido, deduje que no apreciaba mi diarrea verbal. Pero, en mi defensa, me despistó por un momento.

Había estado tan sumida en mis pensamientos de camino hacia aquí, reflexionando sobre mi encuentro con Freida hacía sólo media hora, que cuando esta enorme mujer abrió la puerta, tuve que parpadear un par de veces para asegurarme de que no estaba alucinando. Apenas recordaba haber subido a un taxi y haber viajado hasta aquí. La aparición de Freida aún estaba fresca mientras repasaba los acontecimientos en mi cabeza. Inquietantemente fresca.

La vampira nos había estado esperando como si supiera que Shay asistiría a la Academia Fantasia. O tal vez sólo quería que la viera, para que supiera que sabía de Shay y dónde encontrarla. En cualquier caso, la vampira sabía que Shay iba a esa escuela. Aunque no pudiera entrar, podría atrapar a Shay en cuanto saliera.

El miedo se deslizó por los rincones de mi mente al ver cómo me había estado mirando, como si yo no fuera una amenaza, como si fuera un obstáculo fácil de eliminar para que pudiera poner sus manos chupasangres sobre mi hermanita.

Sabía que yo era una bruja de Luz Estelar. Bien por ella. Y yo sabía que era una sanguijuela chupasangre. Súper-duper-maravilloso.

Hoy iba a necesitar ayuda para recoger a mi hermana pequeña del colegio. La ayuda de un gigante. Con la compañía de Valen, me sentiría mucho mejor. Más segura, ya que mis luces estelares no serían de mucha ayuda. Aun así, significaba que, a partir de ahora, Shay no podría ir a ninguna parte sin mí o Valen, preferiblemente ambos. Si Freida sabía que Shay iba a esa escuela, estaba segura de que sabía

dónde vivíamos.

La idea de agarrar a mi hermanita y huir con ella hacia el norte surgió de nuevo. Parecía que había llegado el momento de huir.

Pero si lo hacíamos, quizá no pudiera encontrar la cura para la maldición de la Marca de la Muerte que tenía Shay. Mi instinto me decía que encontraría la cura para la maldición aquí, en la ciudad, no en el bosque. ¿Y si llevaba a Shay al norte, sólo para descubrir que se debilitaba y la magia curativa de Valen dejaba de ayudarla? ¿Y si al alejarla de la vampira empeoraba sin querer? No sabía si podía arriesgar la vida de mi hermana ante semejante posibilidad.

Necesitaba hablar con Valen. Pero antes, necesitaba hablar con ese aquelarre de hechiceras.

La mujer cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos se arrugaron con desagrado.

—¿Qué quieres? Su voz era áspera, profunda y varonil. No sabía si lo hacía a propósito para asustar aún más, pero funcionó. Se quedó de pie ante las puertas del edificio, como un portero, o mejor dicho, una portera, con aspecto de estar dispuesta a golpear la cabeza de los intrusos o de los no bienvenidos. O sea, a mí.

Por favor, no me golpees la cabeza.

—Claro. He venido a ver el aquelarre. A las Damas de la Luz. Me están esperando.

Elsa había movido algunos hilos y había conseguido que me reuniera con ellas. ¿A través de quién? No lo sabía. Y no tenía el nombre de ninguna de las hechiceras, sólo el nombre del aquelarre y la dirección. Parpadeé y miré más allá de la portera, hacia la capilla de piedra que había tras ella.

La capilla era pequeña, pero su campanario se alzaba sobre los árboles del centro de la manzana, brillando a la luz del sol con una fachada de piedra blanca. Cuatro columnas sostenían un imponente pórtico, que servía de entrada principal y estaba protegido por una hilera de cedros de dos metros que lo mantenían fuera de la vista de los humanos.

Elsa me había dicho que el aquelarre había comprado la capilla en el siglo XX y la había adaptado a sus necesidades, o lo que sea que eso signifique. Era bonita, pero no estaba aquí para admirar las vistas ni discutir sobre arquitectura.

Cuando la portera no me dejó pasar, añadí:

—Soy Leana Fairchild. La bruja de Luz Estelar. Puedes decirles que estoy aquí.

Los ojos oscuros de la portera parpadearon con interés al oír mi nombre.

—¿Eres la bruja de Luz Estelar?

—Eso es lo que he dicho.

—Por aquí. —Se dio la vuelta y entró en la capilla.

Pues, bueno.

Seguí a la portera hasta el interior, y mi cuerpo se llenó inmediatamente de una extraña sensación. No pude evitar inhalar profundamente, sintiendo cómo el aire cargado de electricidad se pegaba a mí. La energía de la habitación parecía acumularse a mi alrededor mientras cruzaba el umbral, con un hormigueo de pies a cabeza.

Guardas. Poderosas guardas. Sin duda para freír a los intrusos curiosos si esta portera se encontraba indispuesta.

Atravesé una corta entrada iluminada por apliques que se alineaban en las paredes, iluminándolo todo con un resplandor amarillo brillante. La luz me recordó a Shay cuando encendía su magia solar y se erguía en su deslumbrante gloria para que todos la vieran. Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de los pensamientos de la vampira. Tenía que centrarme en conseguirle a Shay la cura o la contra-maldición. Para eso estaba aquí.

Dejando a un lado mis pensamientos, seguí a la portera hasta unos escalones que conducían a otro pasillo. Mis zapatos repiquetearon con fuerza mientras subía. Cada tres metros, las luces parpadeaban, enviando rayos amarillos que se reflejaban en las paredes de piedra.

Al final del pasillo había una puerta. No una puerta cualquiera. Alrededor del marco de la puerta había grabados sigilos y runas doradas. Las marcas palpitaban y vibraban junto con la enorme energía que se desprendía de ellas.

Tenía que ser aquí. El aquelarre estaba detrás de aquella puerta. Si no, ¿por qué estaría tan fuertemente custodiada por guardas y energías mágicas?

Me sentía como si estuviera mirando una toma de corriente de alto voltaje que te cocinaría como un pollo frito si te acercabas demasiado.

La portera señaló hacia la puerta.

—Entra.

Levanté una ceja.

—No te gusta mucho platicar, ¿eh? Pero supongo que eres más músculo que cerebro. ¿Verdad?

Un atisbo de fastidio cruzó su rostro. Hizo un gesto con la mano hacia la puerta, como si yo no la hubiera entendido la primera vez.

—Tienes que pasar por la puerta.

—Entendido. —No era idiota. La puerta estaba decorada con poderosos sigilos por algún motivo—. ¿Qué ocurre cuando abro la puerta?

La portera me miró con indiferencia.

—Si eres quien dices ser, no debería haber ningún problema.

Me gusta cómo ha evitado mi pregunta a propósito.

—¿Y si no lo soy? ¿Qué pasa entonces?

Ella parpadeó.

—Morirás.

—Estupendo. —Así que se trataba de una especie de prueba. Una especie de prueba de la verdad o prueba mágica. Si era la bruja de Luz Estelar, técnicamente debería vivir. Si no...

—Sólo los que llevan la magia en la sangre pueden entrar y hablar con las Damas de la Luz. Si no eres quien dices ser... entonces...

—Seré un pollo frito.

Me quedé mirando la puerta. No sabía por qué, pero de repente estaba muy nerviosa. Mis axilas estaban húmedas por el sudor del estrés. Y, por un momento, dudé de mis capacidades como bruja. Era de día. ¿Y si las guardas no reconocían mi magia estelar? ¿Y si no era lo bastante «bruja» para atravesar aquellas puertas?

No. Vine aquí para ver el aquelarre, y al aquelarre vería.

Decidida, tomé aire, me acerqué a la puerta y giré el pomo.

La puerta se iluminó con brillantes tonos amarillos y blancos. Podía sentir el poder mágico de las protecciones estremeciéndose a medida que me atravesaban. Sentí un repentino torrente de energía que salía de mi cuerpo mientras las guardas se aseguraban en su sitio.

La pared tembló, y entonces la pesada puerta se abrió silenciosamente, revelando otra habitación más allá.

Extendí la mano y me di unas palmaditas para asegurarme de que seguía viva. Lo estaba. Parecía que había superado la prueba.

Respirando hondo, me abrí paso.

Entré en una sala que en algún momento debió de ser el centro de la capilla, con sus altísimos techos y sus elaboradas vidrieras. Como la capilla era pequeña, fue un paseo corto, estresante pero breve. Crucé la sala y, donde habría estado el altar, había un escritorio en forma de media luna de reluciente madera dura.

Alrededor del escritorio se sentaban doce mujeres, las hechiceras.

Llevaban túnicas blancas a juego, pero ahí acababan las similitudes. Sus cabellos eran una mezcla de colores y estilos, algunos les caían en cascada por los hombros, mientras que otras tenían las cabezas calvas como huevos. Algunas se sostenían con un aplomo de otro mundo y una fuerza oculta, como personas mayores con un vigor y un poder juveniles secretos. Un par parecían de mi edad, y otras eran frágiles y encorvadas. Pero sabía que era una treta. Seguían siendo tan agudas y poderosas como siempre.

Los ojos de las hechiceras se fijaron en mí cuando me acerqué. Sentí un hormigueo en la piel al acercarme, como si me rozara con electricidad estática, pero no sentí dolor. Lancé una rápida mirada alrededor de ellas mientras seguía caminando, sin fijarme en ninguna. Pensé en detenerme. Tal vez necesitaba que me invitaran a acercarme.

Pero había llegado hasta aquí y había superado su estúpida prueba, así que decidí seguir adelante. Me acerqué al mostrador y me detuve.

De nuevo, se limitaron a mirarme sin decir una sola palabra. El silencio me incomodaba, pero más que nada me inquietaba.

—Hola —dije, con mi voz resonando en la habitación. Parecía que iba a ser yo quien hablara. No me importaba—. Estoy aquí porque necesito su ayuda. —Era mejor ir al grano.

—Leana Fairchild, la bruja de Luz Estelar —dijo una de las hechiceras. Su pelo largo y rubio brillaba como si estuviera bajo el sol, cosa que no era así, y su voz era envejecida, a diferencia del rostro de una mujer de treinta y tantos años que me miraba fijamente. Me recordaba a Galadriel, de las películas de *El Señor de los Anillos*. Parecía una elfa. Tuve que abstenerme de inclinar la cabeza para ver si tenía orejas puntiagudas.

—Sí, soy yo —dije en su lugar—. Escuchen. Estoy aquí porque...

—Soy Cassia —dijo la misma hechicera—. Hacía mucho tiempo que no veíamos a otra bruja de Luz Estelar. —Sus ojos claros se abrieron de placer y... ¿era curiosidad?

Entrecerré los ojos. Su tono era bastante amistoso, pero pude detectar algún motivo oculto tras sus palabras. Me invadió una sensación de inquietud.

—¿Conocían a otra bruja de Luz Estelar? —Tenía que admitir que aquello despertó mi curiosidad. Sólo había oído hablar de otras como yo. Nunca había conocido a ninguna. No si no contabas a Shay, que *técnicamente* era una bruja de Luz Estelar, ya que puede aprovechar el poder del sol, que es una estrella. Y *mis* luces estelares la *adoraban*.

—Hace más de cien años —dijo otra hechicera de piel color café cuyo pelo estaba tan corto que parecía calva. La luz de la habitación se reflejaba en su cuero cabelludo—. Se llamaba Odessa Devereux.

Por el tono sombrío de su voz, deduje que no llegó a la madura edad de ciento un años.

—¿Qué le ocurrió?

—La asesinó una cábala de Magos Oscuros —respondió Cassia—. Intentaban aprovechar su poder de luz estelar y utilizarlo en su propio beneficio.

—No funciona así. —Me enfurecía saber que algunos tontos, incluso entonces, pensaban que podían robar el poder de una bruja de Luz Estelar. Y aún seguía ocurriendo.

—Sí, lo sabemos. —Cassia compartió una mirada con su aquelarre. Estaban en silencio, mirándose fijamente, y tuve la sensación de que se comunicaban telepáticamente. ¿Las hechiceras podían hacer eso?

—¿De qué estrellas sacas tus poderes? —preguntó otra hechicera, que parecía tan vieja como Auria antes de pasar por el bisturí mágico y acabar pareciendo más joven que yo.

Sentí presión en la cabeza, detrás de los ojos. Abrí la boca para decírselo y, en el último momento, me retracté. Qué raro. Nunca había sido tan sincera con unas desconocidas, sobre todo con unas desconocidas que me miraban como si estuvieran deseando abrirme la cabeza para ver qué me motivaba. Me sentí como si hubieran utilizado un hechizo de persuasión conmigo. Para *hacerme* comunicar lo que querían. Cuando recurrí a mis luces estelares, las pocas que pude, sentí un ligero cosquilleo de magia en mi interior que no era la mía. Ajena. De las hechiceras. Sí. Acababan de intentar manipularme. La cabeza me palpitaba por la presión, como si sufriera un dolor de cabeza sinusal. Pero no les había dicho nada. Me resistí.

Cassia enarcó una ceja, al parecer al darse cuenta de que había roto el hechizo que me habían hecho. Parecía... impresionada. Las demás me miraban con más interés que antes, como si me hubiera crecido un tercer brazo, y observaban cómo aplaudía.

Me molestó. Me parecía grosero. Intentaban obligarme a contarles mis secretos sobre mi magia. Esto por sí solo me habría enfurecido, pero tenía poco tiempo. Además, estaba en una sala con doce poderosas practicantes de magia. Las probabilidades estaban definitivamente en mi contra. También necesitaba su ayuda. Si les acusaba, dudaba que me la ofrecieran.

—Ten cuidado —me había dicho Elsa por teléfono cuando venía hacia aquí—. Las hechiceras no piensan como nosotros. No somos nada para ellas. No aceptes nada que no quieras hacer. Recuerda quiénes son y lo que significamos para ellas.

Parecía que éramos objetos de curiosidad. Debía admitir que este grupo de hembras había ido demasiado lejos para hechizarme de ese modo. Pero tuve que recordarme a mí misma *por qué* estaba aquí en primer lugar. No se trataba de mí.

Esto es por Shay. Por mi hermana.

Suavicé mi enfado lo mejor que pude, me aclaré la garganta y dije:

—¿Conocen a la hechicera Auria?

En ese momento, volví a tener toda su atención sobre mí. Bien.

—Sí, así es —respondió la hechicera de piel oscura—. Auria es un alma atormentada. Hace mucho tiempo formó parte de nuestro aquelarre. Pero se obsesionó con lo prohibido, así que tuvimos que romper nuestro vínculo.

—Había perdido la cabeza —dijo otra hechicera, la única pelirroja —. Ya no era Auria. No después de... —Cerró la boca como si hubiera dicho demasiado.

—Estaba avisada, Mave —dijo otra hechicera, con los ojos ocultos en los pliegues de sus arrugas—. Hicimos todo lo que pudimos. Y ella eligió lo prohibido antes que su propio aquelarre. La perdimos.

De nuevo, el aquelarre se sumió en otro silencio, todas mirándose a

los ojos, con las cejas fruncidas y expresiones cambiantes, como si estuvieran discutiendo telepáticamente. Me quedé allí de pie, sintiéndome como una idiota, mientras la situación se volvía incómoda.

Finalmente, Cassia cruzó las manos sobre el escritorio.

—Si has venido a buscarla, me temo que ella no te ayudará. Auria no forma parte de este aquelarre desde hace años.

—Sé que no lo hará. —Junté las manos delante de mí y dije—: Está muerta.

Un grito ahogado recorrió a las hechiceras reunidas. Algunas se echaron hacia atrás en sus sillas, con expresión agria, como si acabara de expulsar gases. Me pasa cuando estoy nerviosa.

—¡Tonterías! —gritó la hechicera llamada Mave, con los ojos clavados en mí. Su pálida piel destellaba roja en sus mejillas—. Eso es absurdo. Nos insultas con tus afirmaciones, bruja de Luz Estelar. Auria no es una bruja corriente. Es una *hechicera*. Y muy poderosa. Esgrime magias poderosas que podrían arrasar montañas y derribar fortalezas. Sus conocimientos arcanos son insuperables. Su poder es innegable.

Aquí vamos. Lo había dicho como si Auria fuera una especie de diosa indestructible.

—Sí. Sé que era una hechicera. Pero sigue muerta. Así que, a menos que pueda volver de entre los muertos, su vieja amiga Auria ya no existe.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la calva hechicera.

Hmmm. Ésta era la parte en la que no estaba segura de que estuvieran contentas. Aún necesitaba que me ayudaran con la maldición. Lo último que necesitaba era enfurecerlas porque había matado a una de las suyas. No percibía su amor por Auria, pero eso no significaba que no se volvieran contra mí.

Decidida, les dije:

—Yo la maté.

El aquelarre estalló en una cacofonía de sospechas. Luego siguieron los esperados gritos, que acabaron en un extraño silencio mientras, presumiblemente, tenían un momento de enloquecimiento conjunto dentro de sus propias mentes.

Aquello era, sin duda, lo más extraño que había presenciado en mi vida. Y ya había tenido mi ración de rarezas.

La única que no parecía sorprendida era Cassia. Me miró un momento.

—¿Cómo… murió?

—Supongo que por esto. —Saqué el pendiente con la piedra azul que había arrancado del cuello de Auria. Elsa me lo había dejado anoche, después de nuestra llamada telefónica, pensando que podría serme útil si me reunía con el aquelarre.

Le tendí la mano. Cuando Cassia me hizo un gesto para que me acercara, me acerqué, dejé caer el pendiente en su mano y retrocedí un paso.

—No sé lo que es, pero la hizo más joven. Mató a unos cuantos brujos, tomó sus poderes y se hizo joven de nuevo. Pueden consultarlo con el Consejo Gris. Ellos deberían tener todo lo que necesitas para verificar mi historia.

Cassia hizo rodar la piedra entre sus manos, con los ojos cerrados.

—Auria intentó matarme. Yo no quería matarla. La necesitaba. Pero no me dejó otra opción. —Nadie dijo nada, así que continué—. Era poderosa, una oponente formidable. Y pudo haberme matado a mí también, pero cuando le arranqué aquel pendiente... ella...

—Se hizo vieja y frágil. —Cassia abrió los ojos—. Puedo sentir un eco de la esencia de Auria en la piedra. Sí, te creo. Está muerta.

Un murmullo recorrió a las demás hechiceras. Se la pasó a la hechicera calva que tenía al lado, que abrió los ojos con aprecio, como si nunca hubiera tenido una en las manos o no la hubiera tenido en mucho tiempo.

—Ésta es una piedra Neidr. Son extremadamente raras y muy peligrosas. Puede almacenar poder.

—Lo tengo claro.

Cassia fijó su mirada en mí.

—¿Y dices que Auria te atacó? La conozco lo suficiente como para saber que no haría algo así sin una buena razón.

—Sí, bueno... —Exhalé, pensando en cómo explicarlo todo—. Se enfadó porque le robé su libro de maldiciones hace unos meses. —Al ver que fruncían el ceño, añadí—: Para librar a mi amigo Jimmy de la maldición que lo convirtió en un perro de juguete de madera. —Intenté calibrar sus reacciones para ver si sabían lo que había hecho, pero todo lo que obtuve fueron caras inexpresivas.

—Bueno, quería vengarse y maldijo a mi hermanita de once años. La maldijo con la Marca de la Muerte. —Les miré a la cara y sus expresiones seguían sin mostrar nada—. Así que he venido a pedirles ayuda para librarla de la maldición.

En ese momento, el grupo de hechiceras se miró y mantuvo otra de esas charlas telepáticas.

Me quedé allí de pie sintiendo cómo me subía la tensión hasta que Cassia rompió el silencio.

—Lo siento, bruja de Luz Estelar, pero no podemos ayudarte.

Se me desencajó la mandíbula. Me invadieron la ira y la frustración, y apreté los dedos para que no me temblaran.

—¿No *pueden* o no *quieren*?

La hechicera calva miró a Cassia antes de responder:

—No hacemos tratos con brujas ni con las demás razas

paranormales. Somos un aquelarre privado. No nos involucramos en asuntos con las demás comunidades.

—¿Así que van a dejar morir a una niña porque no *quieren* involucrarse? —gruñí, con la furia invadiéndome.

—Aunque quisiéramos ayudar —dijo Cassia—. Las maldiciones de Auria eran leyenda. La Marca de la Muerte es, bueno... en pocas palabras... no se puede deshacer.

—Mentira —les dije. Sabía que se estaban conteniendo. Podía verlo en sus ojos, aunque intentaban ocultarlo. Sabían cómo eliminarla, pero no querían decírmelo por una lealtad equivocada hacia Auria. Ella era una hechicera, mientras que yo no era más que una simple bruja, una practicante mágica menor para ellas. Yo no era nada.

—Licasta, por favor, escolta a la bruja de Luz Estelar hasta la salida —dijo la hechicera calva.

Me estremecí, al ver a la mujer de tamaño descomunal a mi lado y no haberla oído acercarse.

Con una última mirada de odio hacia ellas, di media vuelta y salí, con pasos apresurados. Tenía que largarme de aquí antes de cometer una estupidez. Tampoco se me pasó por alto el hecho de que se habían quedado con el colgante.

No podría haber salido más mal si lo hubiera intentado. El aquelarre se negó a ayudarme.

Le había fallado a Shay.

Pero aún no había terminado. Había llegado el momento de hacer aquella llamada celestial a Matiel, mi querido ángel padre.

2

—¿Se *negaron*? —Jade estaba de pie en la sala de mi apartamento, en la decimotercera planta, se veía como si hubiese salido de una banda de los ochenta ya desaparecida, con su diadema rosa, unos pantalones de cuero y su pelo rubio ondulado que sobresalía de su cuero cabelludo como una estrella.

—Así es. —Agarré la taza de café y me apoyé en la encimera de la cocina. Me temblaban los dedos, aún palpitantes de rabia y de una sensación de insignificancia. El aquelarre me había hecho sentir como si mi presencia como bruja no importara, como si la muerte de una joven a causa de una maldición de una de los suyas fuera intrascendente. No me había sentido tan deprimida desde los comentarios de Martin sobre que no era una mujer de verdad porque no podía tener hijos.

—Las hechiceras son una raza totalmente distinta —dijo Elsa, apoyándose en el mostrador a mi lado—. No se preocupan por los demás. Aun así, pensé que habrían ayudado de algún modo. Después de todo, Auria, como dices, había sido una de ellas en algún momento.

—Sí. Parece que aunque fuera una perra vil y malvada, siguen protegiéndola. Incluso estando muerta.

—Porque era una hechicera —adivinó Jade.

—Exacto.

El aire se llenó de gritos de éxtasis y levanté la vista para ver a dos niñas con vestidos de princesa plateados a juego que entraban corriendo en el apartamento. El olor a animales y a hierba que las acompañaba me producía un hormigueo de energía en la piel, el olor de los hombres-caballo.

—Niñas. Esto *no* tiene gracia. —Julian entró tras ellas dando tumbos. Tenía los párpados y las cejas cubiertas de sombra de ojos azul y morada. Un colorete rojo brillante marcaba sus mejillas y hacía juego con su pintalabios rojo—. ¿Cómo se quita esta mierda?

Las gemelas aullaron de risa, saltando alrededor del sofá del salón mientras Julian se paseaba detrás de ellas, intentando alcanzarlas. Tras otra carcajada, las gemelas salieron al galope. Eran sorprendentemente rápidas. Es por los caballos de batalla que llevan dentro.

Me reí.

—Me gusta cómo te queda ese tono de labial.

Julian nos señaló con el dedo.

—No empiecen. —Salió corriendo mientras le oíamos gritar—: ¡Niñas! ¡Esperen! ¡No se quita con jabón!

Elsa se rió.

—Vaya sí que está ocupado.

Mi sonrisa se desvaneció al pensar en Shay. Agarré la taza con más fuerza hasta que temí que se rompiera.

—Lo resolveremos, Leana —Me consoló Elsa, y me apretó el hombro—. No son el único aquelarre de hechiceras de este país. Hay otros.

No quería decepcionarla diciéndole que dudaba seriamente de que algún aquelarre ofreciera su ayuda.

—Algo ocurrió esta mañana cuando llevé a Shay al colegio —dije en su lugar.

Ambas brujas se quedaron inmóviles.

—Freida estaba allí. Estaba esperando fuera de la escuela, junto a su séquito de vampiros.

—¿Estás segura de que era ella? —preguntó Elsa.

—Ah, claro que estoy segura —respondí, recordando la expresión de la vampira—. Entonces Shay decidió decirme que ella podía hacer su magia desde el principio. Me hizo una demostración.

¿Delante de Freida? —añadió Jade, con los ojos tan abiertos como su pelo—. ¿Pero por qué Shay te mentiría sobre eso?

—¿Después de todas esas mañanas de entrenamiento? —Elsa negó con la cabeza.

—Es una larga historia. La versión corta es que quería que pasáramos tiempo juntas. —Era lindo de su parte, y no me habría enfadado en ninguna otra circunstancia. Pero ahora que Freida había visto la magia de Shay con sus propios ojos, eso era un problema—. Freida no puede entrar en la escuela, así que eso está bien. Pero si no les importa, me gustaría que me acompañaran cuando vaya a recogerla más tarde.

—No hay problema —dijo Elsa—. No dejaremos que esa vampira se acerque a nuestra Shay.

Sonreí al oír la palabra *«nuestra»*.

—Gracias. Eché la cabeza hacia atrás, me bebí el resto del café y dejé la taza vacía en el fregadero.

Elsa me miró.

—¿Qué es eso en tu cara?

—¿Qué?

—Tu mirada que dice que estás conjurando un plan.

Jade se rió.

—Sí que tienes esa cara.

Sonreí, me dirigí hacia la puerta del apartamento y la cerré.

—La verdad es que sí.

—¿Un plan que requiere que cierres la puerta? —Jade miró a Elsa, con las cejas en alto—. Me gustan ese tipo de planes.

—No quiero que nadie entre mientras lo discuto. —Crucé el salón, me dirigí a mi escritorio y alcé un viejo tomo de cuero marrón—. Lo recogí al volver de los archivos del Consejo Gris cuando venía hacia aquí. Tiene todo lo que necesito. Pero necesitaré la ayuda de ustedes.

Elsa se reunió conmigo en mi mesa.

¿Todo lo que necesitas para qué? ¿Qué plan estás maquinando en ese gran cerebro tuyo? —En sus ojos brilló la preocupación.

—Tiene algo que ver con Shay. ¿Verdad? —Jade se acercó. Tenía la taza de café entre las manos.

—Así es. —Miré entre mis amigas—. Voy a llamar a Matiel, mi padre.

Jade aspiró entre dientes.

—¡Espera! —Corrió hacia la cocina, tiró la taza al fregadero y volvió corriendo—. Vale, estoy lista.

Elsa negó con la cabeza.

—Esto no es una carrera, Jade. —Me dirigió una mirada desafiante —. ¿Y sabes cómo se hace esto?

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que no. Pero está todo en este gran bebé —dije, golpeando el libro—. Y funcionará. Sé que funcionará.

—¿Y te han prestado este libro? —Elsa me miró con desconfianza —. Por lo que sé de los archivos del Consejo Gris, no dejan que cualquiera saque libros o fotos de tomos importantes. Sobre todo uno que tiene la receta para invocar ángeles. Ese estaba en la sección restringida. ¿Verdad?

—¿Mmmm?

Elsa ladeó la cabeza hacia mí, entrecerrando los ojos.

—No quieren que ese tipo de libros caigan en manos de algunos idiotas y acaben muertos por la ira de los ángeles.

Asentí con la cabeza.

—Por eso lo robé.

Elsa soltó un aullido mientras Jade le daba un golpe con la palma de la mano abierta.

—Leana. Dime que no lo hiciste.

—Ah, sí lo hice. Y lo volvería a hacer sin dudarlo.

La bruja mayor se frotó el medallón con ambas manos.

—Si se enteran... te expulsarán de por vida.

—Si funciona —dije—, pueden prohibirme todo lo que quieran. Eso no me importa. Lo único que me importa es encontrar la forma de ayudar a Shay. Nada más importa. Nada.

Elsa asintió, con las cejas fruncidas en señal de contemplación.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Y si esos viejos y arrugados

tontos escolásticos creen que pueden impedir que triunfes, tendrán que responder ante mí.

—¿Se lo has dicho ya a Valen? —preguntó Jade.

—Todavía no. No he tenido tiempo. Le llamaré cuando hayamos terminado. —Además, en este momento necesitaba a las brujas, no a un gigante.

—No veo ningún problema en invocar a un ángel —dijo Jade, con los labios fruncidos por la reflexión—. Es decir, él *es* tu padre. Pero, ¿por qué quieres hablar con él?

Me acerqué a un lugar despejado de la sala de estar.

—Porque debe de saber cómo curar a Shay. O sea, es un ángel. Pueden hacer ese tipo de cosas, ¿no? —O al menos esperaba que pudieran.

—Muy bien pensado, Leana —animó Elsa—. Por supuesto, te ayudaremos.

Dejo escapar un suspiro, junto con algo de tensión.

—Gracias. Y si funciona, tendré un medio para hablar con él cuando quiera. Cuando Shay quiera. —Me pareció crucial que abriéramos de algún modo las líneas de comunicación con él. Sobre todo en un momento como éste, cuando Shay lo necesitaba. Seguía pareciéndome extraño que aún no hubiera aparecido.

—¿Has invocado antes a otro ser? —Jade me miraba, con los dedos crispados a los lados.

Tragué saliva.

—No. ¿Y tú?

Jade negó con la cabeza, con una sonrisa nerviosa formándose en sus labios.

—No.

—Lo único que he invocado últimamente es ardor de estómago —dijo Elsa, frotándose el pecho.

—Te lo dije, pones demasiada pimienta de cayena en tu chili —acotó Jade, que fue recompensada por el ceño fruncido de Elsa.

Me froté los ojos.

—Esto debería ser interesante.

—Espera. —Jade sacó el móvil, pasó los dedos por la pantalla y luego lo levantó, apuntándome. Captó mi expresión de confusión y dijo—: Por si tenemos que volver a repasarlo, por si algo sale mal, ya sabes. Es importante que grabemos esta sesión.

—De acuerdo. —Esperaba que nada saliera mal, pero comprendía su lógica.

Mi vida había ido rápidamente de mal en peor en cuestión de semanas. No sólo había estado a punto de morir a manos de mi amiga la giganta Catelyn, fui atacada por un brujo fumador compulsivo llamado Clive y casi aniquilada por la malvada hechicera Auria, sino

que ahora Freida quería a mi hermana. Para doblegarla a su voluntad. Para utilizar su magia.

Mi sueño de una vida sencilla de bruja con Shay y Valen, con algunos casos paranormales de por medio y el sueldo fijo del Hotel Twilight, se había desvanecido.

Ahora todo era diferente. No había vuelta atrás.

—Entonces, ¿qué es lo primero? —Elsa se puso las manos en las caderas y dio unos golpecitos con el pie.

Miré el libro y volví a leer el primer párrafo. El latín de las páginas se había desteñido considerablemente desde que se escribió, lo que dificultaba distinguir las palabras. Necesitaba poder leer el hechizo correctamente: me venían a la mente demasiadas historias de brujas que intentaban invocar demonios y otras bestias, y todas acababan con la repentina desaparición de la bruja.

—Tengo que dibujar una estrella de siete puntas —dije, mientras mis ojos pasaban por encima de la inscripción—. Donde aparecerá mi padre. Y luego, dentro de cada punto, tengo que dibujar uno de los siete sigilos de arcángel, sean cuales sean. —Esto estaba fuera de mi alcance. No sabía nada de ángeles ni arcángeles. Saqué la tiza que también había robado de las pizarras de los archivos. Nunca dije que fuera perfecta—. Pero será difícil dibujar en la alfombra. Quizá deberíamos hacerlo en otro sitio. —Quizá debería haberlo pensado mejor. Esto era un desastre.

—Yo lo haré. —Jade apoyó el teléfono contra una pila de libros que había sobre mi escritorio para tener una visión clara de la sala. Luego, me quitó la tiza y se arrodilló—. El pelo de la alfombra es muy bajo. Es prácticamente papel de lija. No debería ser un problema.

Mi corazón golpeaba con fuerza contra mi caja torácica mientras la veía terminar de dibujar la estrella con mi tiza. Y lo hizo muy bien. Una auténtica estrella blanca sobre la alfombra verde.

Bajé el libro al suelo, junto a ella.

—Éstos son los sigilos. —Señalé. Supuse que, ya que estaba allí abajo, podría continuar.

Cuando Jade terminó de dibujar los siete sigilos con una precisión extraña, como si dibujar sobre alfombras con tiza fuera algo habitual para ella, se sentó sobre los talones.

—Ya está. ¿Qué sigue?

Mis ojos se desviaron hacia la página.

—Lo siguiente... es que escribas el nombre Matiel en el centro.

Elsa avanzó y le arrebató la tiza a Jade.

—Yo lo haré. Tienes la caligrafía de una niña de cinco años.

Jade hizo una mueca.

—Gracias.

—No podemos arriesgarnos a invocar a un demonio porque tus Ms

parezcan Ws.

Jade puso los ojos en blanco.

—Hoy está de mal humor. Debe de ser todo ese pelo rojo.

Elsa levantó la barbilla con orgullo.

—Cada hebra está bañada en la sangre de mis enemigos.

Dejé escapar una carcajada. Me alegraba de que me ayudaran. Necesitaba su magia, no sólo para dibujar con tiza. Sin ella, no podría invocar a Matiel, mi ángel padre. Mi magia estelar no era lo bastante fuerte durante el día y ya no podía esperar más. Ahora necesitaba su ayuda.

Jade se levantó y se puso a mi lado.

—Tiene razón. Escribo fatal.

Me incliné y observé cómo Elsa escribía meticulosamente el nombre MATIEL en el centro de la estrella como una profesional.

—¡Ya está! —dijo, satisfecha con su obra—. Una obra de arte. —Rodó hacia un lado, se inclinó hacia delante, colocó los pies y se levantó, haciendo saltar las rodillas. Me devolvió la tiza—. ¿Y ahora qué?

—Ahora viene la parte divertida —dije.

—Creía que ésa era la parte divertida —afirmó Jade. Tenía los ojos muy abiertos por la curiosidad y señaló la estrella de tiza de la alfombra.

Le dediqué una sonrisa.

—Se pone mejor. —Me dirigí a la cocina, cogí los siete vasos de agua que había llenado hacía unos momentos y coloqué uno encima de un sigilo.

—Me preguntaba para qué servían —dijo Elsa, observándome.

—Toma, creía que sólo tenía sed —comentó Jade encogiéndose de hombros.

Una vez hecho esto, volví a la cocina, agarré dos grandes cubetas de metal que había encontrado en el armario de mantenimiento de la decimotercera planta y los llené de agua.

—Bueno, ahora *sí que tengo* curiosidad —dijo Elsa, frotándose el medallón.

Cuando ambas estuvieron llenas, coloqué la primera con cuidado dentro de la estrella de siete puntas y la otra a unos dos metros del contorno de la estrella.

Elsa se inclinó hacia delante, balanceando su collar.

—¿Qué haces con tanta agua? Nunca había oído hablar de un hechizo que necesitara tanta agua.

Jade miró a la otra bruja.

—¿Has invocado alguna vez a un ángel?

Elsa hizo una mueca.

—No.

Me enderecé.

—El agua es el ingrediente esencial para esta invocación. Al menos, eso dice el libro. El agua es necesaria para viajar entre planos y reinos, para deslizarse por las grietas hacia otras dimensiones.

Elsa apoyó las manos en las caderas.

—Bueno, estoy muy intrigada. ¿Qué es lo siguiente?

Miré fijamente a mis amigas y dije:

—Sangre. —Me miraron con una expresión conjunta de sorpresa—. Necesito sangre. Si no, no funcionará. —Me acerqué al escritorio, donde había colocado un afilado cuchillo de cocina que había empapado en alcohol isopropílico hacía unos instantes. Nunca se es demasiado cuidadoso.

Jade se movió, con los ojos clavados en el cuchillo que tenía en la mano y con cara de arrepentirse de haber participado en esto.

—¿Necesitas *nuestra* sangre? ¿Por eso estamos aquí?

—Caldero, ayúdanos —dijo Elsa, aferrando su medallón como si estuviera a punto de rezar.

Casi me río del pánico que había en su voz.

—No. Mía. Mi sangre. La sangre del invocador. Sin ella, el hechizo no funcionará.

Me quedé mirando la hoja afilada. No me hacía mucha gracia cortarme la palma de la mano, pero tenía que hacerlo para que el hechizo funcionara. Y ahora mismo, conjurar a Matiel era mi única oportunidad de curar a Shay.

E iba a hacerlo.

Apreté los dientes e inhalé profundamente antes de presionar la hoja del cuchillo contra el interior de la palma de mi mano izquierda, sacando un largo chorro de sangre carmesí oscura y siseando por el escozor. Luego, rápidamente, recogí el líquido que goteaba en una cubeta dentro de la estrella de siete puntas y liberé siete gotas iguales de sangre, tal y como indicaba el libro. Luego repetí el proceso con la otra cubeta.

—Eso ha sido muy asqueroso —dijo Jade con una sonrisa en la cara, mientras me vendaba la mano—. Pero un poco emocionante. —Me enseñó las palmas de las manos—. Si necesitas más, puedes tomar mi sangre.

Me reí.

—Gracias. Pero con la mía es suficiente. —Se me aceleró el corazón. Respirando hondo, cogí el grueso libro y lo coloqué junto a la cubeta.

—Las dos están locas —dijo Elsa—. No me extraña que nunca haya visto a otras brujas haciendo este hechizo. Es una automutilación. Las brujas no se cortan.

Para salvar a las niñas, sí. Y estaba bastante segura de que

montones de brujas oscuras lo hacían, aunque me guardaba esa conjetura para mí.

—Bien. Voy a necesitar su ayuda. Necesito que invoquen su magia mientras pronuncian el conjuro conmigo.

Elsa me arrebató el libro, con expresión grave mientras estudiaba el hechizo.

—Es un hechizo complicado, pero nada que no podamos manejar con nuestras magias combinadas. Las tres. —Le entregó el libro a Jade—. Además. No me importaría volver a ver a tu padre. Es muy guapo —añadió con un guiño.

Suspiré.

—Sólo espero que pueda curar a Shay.

—Seguro que lo hará —dijo Jade—. Es un puto ángel. Como has dicho, tienen poderes curativos. ¿Verdad?

Eso es lo que estoy pensando. —Respiré lentamente, deseando que mi mente se concentrara—. ¿Preparadas?

—Preparadas —corearon las brujas mientras Jade colocaba el libro sobre mi escritorio y volvía a colocarse a mi derecha, mientras Elsa se movía hacia mi izquierda.

Me metí en la cubeta de agua, que tenía un tinte rosado ahora que tenía un poco de mi sangre. Moví los dedos de los pies, el agua caliente me calmó mientras me colocaba.

Entonces tomé la mano de Elsa con la izquierda y la de Jade con la derecha, y ella cerró el círculo con la de Elsa. Todas estábamos conectados físicamente.

Mordí el miedo que amenazaba con introducirse en mi mente. *Esto iba a funcionar. Tenía que hacerlo. Y Matiel curaría a Shay.*

—¿Recuerdas todas las palabras?

—Sí —respondió Elsa.

Jade soltó una risita.

—Estoy deseando ver la cara de tu padre. ¿Crees que se alegrará de verte o se pondrá furioso por estar atrapado en esa estrella?

Fruncí los labios.

—Esperemos que se ponga feliz —No. Se enfadaría, pero eso ya lo había decidido. Cuando se enterara de lo que le había pasado a Shay, no se enfadaría conmigo. Estaría más preocupado por ella.

Solté un suspiro.

–Hagámoslo. Juntas, ahora.

—Invocamos a la diosa y a su poder sagrado —canté con los demás mientras alcanzaba el poder de las estrellas, que no era mucho—. Para que nos ayude en esta hora sagrada. Invocamos al ángel Matiel para que se someta a mi voluntad. Invoco al ángel Matiel en el espacio que tengo delante.

No ocurrió nada y, por un momento, temí que no funcionara. No

percibía la magia de mis amigas. Nada. Sólo sus cálidos dedos alrededor de los míos. Debí haber hecho algo mal. Era una aficionada. Quizá había leído mal una de las palabras.

Pero entonces me estremecí ante la repentina oleada de magia de mis amigas, que me puso la piel de gallina cuando la energía mágica se vertió en mí, a través de nuestras manos.

Mi pelo se levantó con un viento repentino, transportando el aroma de las flores silvestres, la tierra y las agujas de pino: el aroma de la magia blanca. El aire zumbaba con fuerza y me quedé mirando mientras un resplandor visible de azul, naranja y amarillo nos atravesaba a mí y a las demás.

Noté un aroma cítrico subyacente, como el olor de los limones y las naranjas —la esencia de los ángeles— o tal vez era la limonada que Elsa había estado preparando para más tarde.

Una fuerza invisible tiró de mi pecho, me llegó hasta los dedos de los pies y provocó que el pánico me inundara. Cuando miré hacia abajo, vi que el agua que me rodeaba los tobillos giraba en un remolino frenético. Sentí como si me oprimieran los pulmones. No podía respirar.

¿Qué demonios?

Esto estaba mal, del todo mal. No sólo no respiraba, sino que, ¿y si no invoqué a un ángel? ¿Y si conjuré otra cosa, como un demonio? Y estaba furioso.

Me solté de las brujas y me llevé las manos a la garganta mientras tosía desesperadamente intentando que me entrara aire en los pulmones.

—¡Leana! —gritó Jade—. ¿Qué pasa?

—No puede respirar —gritó Elsa.

—¡Ayúdala! —gritó Jade mientras mi cabeza empezaba a dar vueltas por la falta de aire.

Elsa levantó las manos.

—¡No sé cómo!

Jade se apresuró a rodearme y lo siguiente que supe fue que me había rodeado el pecho con los brazos, y gemía.

¿Me estaba haciendo la maniobra de Heimlich? Sí. Sí, me la estaba haciendo.

Mi cuerpo se impulsó hacia delante y hacia arriba con más fuerza de la que creía que tenía Jade. Debían de ser todos esos polímeros de su laca para el pelo que le daban un poder ubérrimo.

—¡Qué haces! —gritó Elsa—. ¡No se está ahogando, idiota!

—¿Tienes una idea mejor? —gritó Jade, aunque no dejó de aplastarme, apretándome el pecho, justo debajo de la caja torácica. Creo que me rompió una costilla—. ¡Se está poniendo azul!

El agua chapoteaba alrededor de mis pies y me producía un

escalofrío que llegaba hasta lo más profundo de mi ser. Me sentía mareada y aturdida, y sabía que iba a desmayarme en cualquier momento.

—Muévete —espetó Elsa, y sentí una liberación alrededor de mi medio como si me hubiera quitado a Jade de encima, pero seguía sin poder respirar. Maldita sea. Iba a asfixiarme, y ni siquiera había curado a Shay.

Lo próximo que recuerdo fue que me levantaron de la cubeta, más bien me jalaron, y caí al suelo, salpicando agua por toda la alfombra.

Me recorrió una oleada de ardiente agonía, como si mis órganos internos se estuvieran incendiando. Intenté ponerme en pie y mover mis miembros inertes, pero parecía como si un peso inmenso me inmovilizara, o como si estuviera atrapada en una cama de cemento. Mi cuerpo no se movía.

¿Qué demonios he hecho?

A pesar del fuerte zumbido en mis oídos, oí que Jade me gritaba, pero ni siquiera pude abrir la boca. Un escalofrío me recorrió cuando una ráfaga de viento se deslizó contra mi piel. La fuerza del encantamiento recorrió mis venas como agua hirviendo.

La sensación de ser arrastrada se desvaneció, al igual que el dolor, a medida que recuperaba la sensibilidad en mis miembros. La presión alrededor de mis pulmones se desvaneció y pude volver a respirar. Tragué bocanadas de aire delicioso mientras me limpiaba las manchas negras que nublaban mi visión y me giraba.

Con un repentino cambio en la presión del aire, la estrella de siete puntas dibujada con tiza estalló en fuego.

—¡Ah! —gritó Elsa, acercándose a toda prisa. Agarró la otra cubeta de agua y apagó el fuego.

Un humo gris se elevó en torno a un fuerte silbido, y el hedor asfixiante del plástico quemado impregnó el aire.

—¿Leana? ¿Estás bien?

Me puse de rodillas y vi que Elsa y Jade me miraban fijamente.

—Sí. De maravilla. —Mi frustración aumentó mientras miraba la estrella de siete puntas, ahora ennegrecida, grabada en la alfombra—. Supongo que eso significa que no funcionó.

No, no funcionó. Pero tuve la extraña sensación de que *había* funcionado, y alguien que no era Matiel no había querido que llegara hasta él.

Mi línea de comunicación con mi padre ángel se había desconectado.

3

—Deja de inquietarte o tendré que utilizar otros medios para mantenerte quieta —ordenó Polly.

Me desplomé en la silla.

—Me encuentro bien. En serio. No hace falta todo esto —dije, señalando el surtido de tónicos y frascos de ungüentos que había sacado de su bata de cocinera y había puesto sobre la mesa de la cocina. Eran muchas cosas, y tenía la sensación de que tenía una habitación especial en el hotel donde las guardaba todas y practicaba sus habilidades curativas.

Los ojos de Polly me fulminaron desde debajo de su toque blanche.

—Eso no fue lo que escuché. Escuché que realizaste un hechizo muy superior a tus capacidades y que te pateó el culo.

Fue el momento de fulminar con la mirada a Elsa y Jade, preguntándome cuál de las dos había soltado la sopa. Ellas evitaron convenientemente mis ojos mientras trabajaban en arreglar la alfombra con algunos hechizos.

Como Valen tenía órdenes estrictas de nada menos que la curandera del hotel, Polly, de utilizar sus habilidades curativas *sólo* con Shay, ella era ahora mi curandera designada.

Sí, me decepcionaba que no hubiera funcionado, pero me enfurecía más que alguien del «otro» lado hubiera saboteado mi hechizo. Aunque no podía demostrarlo, tenía un presentimiento. Y mi instinto solía tener razón.

Y si tenía razón, ¿qué implicaba eso? ¿Quién no querría que contactara a nuestro padre? ¿Era ésta la razón por la que no se había acercado a visitarnos? ¿Tenía problemas? Recordé nuestra conversación. Me había dicho que a la Legión de los Ángeles no le haría ninguna gracia descubrir que había engendrado no una, sino *dos* hijas. ¿Y si lo descubrían y lo despojaban de sus alas o como sea que se llamaran? ¿Lo volveríamos a ver?

Se me oprimió el pecho y los nervios revolotearon en mi interior como si estuviera albergando polillas. Sin la ayuda de mi padre, tendría que pensar en otra cosa para librar a Shay de la maldición. Auria había utilizado algo terrenal, algo de aquí, para crear aquella maldición, lo que significaba que yo tenía la oportunidad de encontrarlo y utilizarlo para hacer una contramaldición.

Simplemente no sabía qué era ni por dónde empezar a buscar.

Polly soltó unas gotas de líquido de uno de sus viales en un vaso de

agua. El agua empezó a agitarse por sí sola mientras la magia penetraba en mis sentidos. Cuando el agua se calmó, me lo dio.

—Toma. Bébetelo.

Cogí el vaso y lo olí. Olía a zapatillas sucias.

—Huele delicioso. ¿Qué es?

Polly me hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—No importa lo que sea. Bébetelo. Todo. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho, esperando a que me bebiera el brebaje que había en el vaso.

Qué maravilla.

—Hasta el fondo. —Me llevé la bebida a los labios y bebí un trago. Y entonces me entraron arcadas—. Sabe a pies sucios. —Aunque era un comentario extraño, ya que nunca había probado unos pies, y mucho menos sucios.

—Bebe —ordenó Polly, haciendo resoplar a Jade.

Le fruncí el ceño y ella se dio la vuelta, sonriendo.

—Vale. Vale. No te quites el sombrero. —Haciendo una mueca y luchando contra las ganas de vomitar, me bebí el resto.

—¿Y bien? —preguntó Polly mientras me echaba un vistazo como si intentara ver si tenía alguna herida oculta.

Puse el vaso sobre la mesa.

—Sigue sabiendo a pies sucios.

La curandera entrecerró los ojos al mirarme.

—No importa a qué sepa.

—Lo dice la persona que *no* se lo bebió.

—Lo que importa es que funcione. —Polly soltó un suspiro—. ¿Cómo te sientes? ¿Menos débil y con menos náuseas? ¿Mejor? ¿Cómo?

—Todavía tengo náuseas por lo que sea que me hayas hecho beber —le dije—. Pero siento que tengo más energía. Menos cansada.

—Mmmm. —Polly se acercó a la mesa y empezó a revisar sus existencias.

—Me siento muy bien —dije rápidamente, dándome cuenta de que buscaba algo más para hacerme beber—. De verdad. Ya no te necesito. Mucho mejor.

Al parecer, *no* era lo que debía decir, a juzgar por el rubor de sus mejillas y la ira que bailaba en sus ojos.

Polly me señaló el pecho con un dedo.

—Escucha una cosa, brujita. Yo soy la curandera, no tú. Y decidiré cuando crea que estás curada. ¿Entendido?

Me recosté en la silla. Daba un poco de miedo cuando se enfadaba.

—Entiendo.

—Bien. —Polly volvió a su reserva y sacó lo que parecían nueces trituradas en un tarro pequeño.

Suspiré y miré a Jade y Elsa.

—¿Cómo va la reparación de la alfombra?

Elsa se enjugó la frente.

—No es eso. No lo entiendo. Deberíamos haber podido hacer un encantamiento de reparación rápida. Los he hecho infinidad de veces. No te imaginas las reparaciones que hemos tenido que hacer a lo largo de los años. Los jóvenes derraman cosas. Los viejos... derraman cosas.

Jade se apoyó en las rodillas y se echó a reír.

—Buena esa.

—La cuestión es —dijo Elsa—, que soy una auténtica profesional cuando se trata de reparaciones por aquí. Y lo que haya hecho esto —señaló la estrella negra de siete puntas grabada a fuego en la alfombra— no me deja usar mi magia.

Al ver que fruncía el ceño, le pregunté.

—¿Por qué crees que es así? —Lo que realmente quería preguntar era cuánto me iba a cobrar Basil por cambiar la alfombra si Elsa y Jade no encontraban la manera de arreglarla.

El ceño de Elsa se frunció hasta que apenas pude verle los ojos.

—Bueno, la única explicación plausible es... que ese fuego no era terrestre. Era fuego celeste.

—No me digas —Parpadeé—. Eso tiene sentido.

—Claro que sí —dijo Elsa como si acabara de insultar su inteligencia—. Y si estoy en lo cierto, no podemos hacer nada para reparar el daño. Lo siento, Leana. Pero parece que tendremos que cambiar la alfombra.

—Lo sé. —Como Valen había pagado la escuela de Shay y la mayor parte de la comida, probablemente podría permitirme cambiar la alfombra.

—Para empezar, no deberías haber intentado invocar a un ángel —reprendió Polly—. ¿Ves lo que has hecho? Podrías haberte matado.

Fruncí el ceño.

—Intentaba comunicarme con mi padre. Podría haber salvado a Shay.

Los ojos de Polly se redondearon.

—Bueno. No hace falta que me hables en ese tono. Mi trabajo consiste en asegurarme de que los inquilinos y los huéspedes están a salvo y gozan de buena salud. No hace falta que intentes matarme con esa mirada mortal.

Jade se rió.

—Hace eso a menudo.

Separé los labios.

—Yo *no*.

—Tú también —corearon Elsa y Jade.

—Probablemente no te das cuenta cuando lo haces —dijo Jade,

poniéndose en pie, con las rodillas mojadas por el cubo de agua derramado—. Porque no puedes verte la cara mientras lo haces.

Supongo que no.

Polly me agarró la mano derecha y me echó en la palma lo que parecían nueces trituradas.

—Cómetelas.

Me quedé mirando las escamosas migas marrones.

—Por favor, dime que esto no es caca de ratón.

Polly suspiró, claramente impaciente por mis comentarios.

—No lo es. Te dará más fuerza y te mantendrá hidratada. Es potente. Y sentirás un subidón. Como un subidón de azúcar.

Agarré uno y lo olí. No olía a nada. O quizá el tónico para los pies de antes me estropeó las células receptoras nasales. Probablemente sea algo bueno.

Me lo metí en la boca justo cuando se abrió la puerta y entró Valen. Se detuvo, observando a la gente de la sala, el ambiente. Sus ojos se fijaron en la prominente estrella de siete puntas grabada en la alfombra y luego en mí, sentada en la silla con Polly a mi lado.

Y entonces sus ojos se oscurecieron.

—¿Qué ha pasado?

Abrí la boca para decírselo, pero me atraganté porque algunas de aquellas malditas pepitas se me atascaron en la garganta.

—*Ahora* puedes realizar la maniobra de Heimlich —le dijo Elsa a Jade.

Parpadeé, y Polly estaba allí con un vaso de agua de verdad esta vez. Lo agarré y sorbí un poco, sintiendo cómo aquel grumo se desprendía de mi garganta, y tragué.

—Gracias —resollé, al ver que Valen cruzaba la habitación hacia mí. Por su mirada, supe que estaba preocupado por mí—. Estoy bien —Le dije, sintiendo que mis sentidos rebotaban, seguidos de una inyección de energía. Debío ser el «subidón» que Polly había dicho que sentiría. Bueno, después de todo esas pequeñas pepitas no eran tan malas—. Sólo quemé la alfombra, eso es todo.

—¿Qué clase de invocación es ésa? —La voz de Valen era uniforme, pero aún podía percibir la preocupación que ocultaba—. ¿Y por qué ha dejado una marca?

Su voz me producía pequeños escalofríos. Me encantaba que se preocupara por mí.

—Intenté invocar a mi padre.

—¿Lo intentaste? —Valen se acercó a mí, escudriñándome la cara y el cuerpo como si buscara marcas y heridas, igual que había hecho Polly.

—Y fallé. Eso de ahí… es la estrella de siete puntas que se incendió.

Valen soltó un largo suspiro por la nariz, con los músculos

saltándole a lo largo del cuello bajo el cuello de la chaqueta.

—¿Y eso no era lo que pretendías?

—Esperaba que apareciera en el medio de ella.

—Debes de haber hecho algo mal —dijo Polly mientras empezaba a llenar su abrigo con las provisiones que había traído.

Surgió la irritación, pero la reprimí. Acababa de ayudarme. Y aquellos mágicos trocitos —lo que sea que fueran— me hicieron sentir mejor. Más que mejor. Increíble.

—Ella... *nosotras* no lo hicimos mal. —Elsa salió en mi defensa—. Seguimos las instrucciones al pie de la letra. *Creemos* que fue un sabotaje. —Me miró y supe que todos habíamos llegado a la misma conclusión de que quien lo había saboteado era un ángel o un grupo de ángeles.

—¿Sabotaje? —preguntó Valen.

—Sí. —Elsa se alisó la falda y se le vieron dos manchas de humedad donde había tenido las rodillas.

—Alguien del otro lado se aseguró de que no funcionara —le dije—. Es lo único que tiene sentido. Por eso Elsa y Jade no pueden arreglar las marcas de quemaduras. Porque era fuego celestial.

Valen me observó, con una mirada tan intensa que casi me hizo apartar la vista, pero no lo hice.

—¿Y crees que es la razón por la que no pueden reparar la alfombra? ¿No es otra cosa?

Elsa se acercó a nosotros.

—Mis hechizos de reparación *nunca* han fallado. Jamás. Lo que dice Leana es cierto. Eso era fuego celestial.

—Y, por desgracia, tendrá que cambiar la alfombra —añadió Jade al unirse a nosotros.

—Yo me encargo. La alfombra es la menor de mis preocupaciones.

—¿Por qué? —La mirada de Valen era imponente—. ¿Por qué necesitabas convocar a tu padre? —Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro—. Creía que habías ido a hablar con ese aquelarre de hechiceras.

Abrí la boca para decírselo, pero Polly me cortó.

—Si no hay nada más, tengo que preparar la comida abajo —dijo la curandera, con las manos metidas en los bolsillos.

Negué con la cabeza.

—No. Gracias por tu ayuda.

Polly sonrió.

—Cuando quieras. —Me señaló la mano, donde aún tenía algunas de aquellas pepitas—. No te olvides de tomártelas.

—No lo haré.

—Bueno. Parece que te estás recuperando. Hasta luego. —Y con eso, Polly salió de mi apartamento.

—Nosotras también deberíamos irnos —dijo Jade—. Tengo que cambiarme.

—Sí —convino Elsa—. ¿Almorzamos en After Dark?

Sonreí.

—Me parece un buen plan. —Ahora que lo pienso. Estaba hambrienta.

Una vez que Jade y Elsa desaparecieron por la puerta, Valen se volvió hacia mí.

—¿Qué ha pasado con el aquelarre?

Suspiré, recordando lo insolentes y poco serviciales que habían sido.

—No mucho. Se negaron a ayudar.

Valen se inclinó hacia delante y yo rodeé sus piernas con mis muslos.

—¿Se negaron?

Asentí con la cabeza.

—Sabían lo que Auria usó. Estoy segura de ello. Pero debido a una lealtad mal entendida, no quisieron decírmelo. Aunque la vida de una niña estuviera en peligro. Era como si sólo querían echarme un vistazo a mí, a la bruja de Luz Estelar. Como a un mono en el zoológico. No les importó ayudar. Creo que las odio.

Valen se rió. Era un sonido tan encantador.

—Al menos lo has intentado.

—Eso es un strike. Y ahora, con esto. —Señalé la alfombra—. Eso es un segundo strike.

—Así que intentaste invocar a tu padre porque el aquelarre no te ayudó.

—Sí. Te lo digo, Valen. Lo hice todo bien. Alguien, un ángel, no quiere que me comunique con Matiel. O eso, o está metido en algún lío. —No necesitaba ese estrés adicional en mi vida. Mis nervios ya estaban a flor de piel. No necesitaba preocuparme por un padre ángel y por mi hermanita a la vez. Además, si no podía comunicarme con él, no podía hacer nada. Estaba solo.

—Mmmm. —Valen se inclinó hacia delante y me rodeó con sus grandes y fuertes brazos, y yo me incliné hacia él, disfrutando de su calidez, de su consuelo—. ¿Y si probamos con otro aquelarre? Tiene que haber más.

—Ya lo había pensado —dije, pasando las manos por su ancha espalda—. No ayudarán. Tengo la sensación de que serán tan reservadas y leales como este estúpido grupo. Pero si yo fuera una hechicera, eso sería otra historia. Como bruja, soy tan útil como el pomo de una puerta.

Valen volvió a reír.

—Quizá sea hora de que me ponga en contacto con aquellos Magos

Oscuros.

Levanté la vista hacia él.

—¿Creía que eran asesinos? ¿Mercenarios? ¿Planeas asesinar a las hechiceras del aquelarre? —No es que me importara.

—Son hábiles con el veneno y las maldiciones. Puede que hayan utilizado esta maldición antes. Vale la pena preguntar.

—Te costará.

—Me da igual. —Me besó la parte superior de la cabeza—. Venderé el restaurante si es necesario.

Los ojos se me humedecieron y necesité un momento para volver a encontrar la voz.

—No dejaré que eso ocurra. Encontraré la forma de ayudar a Shay. Lo haré.

Valen se inclinó y volvió a besarme. No era un beso amistoso. Era más apasionado, hambriento, con un toque peligroso.

Su magia fluyó dentro de mí, no la parte curativa, sino la otra parte que me hacía palpitar de deseo. Un gruñido escapó de su garganta cuando me aparté.

—Valen...

En su rostro apareció una profunda preocupación.

—¿Qué pasa?

Tomé aire.

—Hoy ví a Freida. A la vampira.

Valen se estremeció como si le hubiera abofeteado.

—¿Qué pasó?

—Bueno —exhalé—. Vio a Shay. Y, por cierto, tu mocosa puede hacer magia. Ha estado fingiendo que no podía para que pudiéramos pasar tiempo juntas.

El gigante cambió de peso.

—No me sorprende que hiciera algo así.

—Lo estoy. —Pero era difícil enfadarse al recordar su cara y lo orgullosa y feliz que se había sentido al demostrarme que podía conjurar su magia solar.

—¿Y la vampira? —Había tensión en el tono de Valen.

—Shay decidió demostrar sus poderes delante de mí. Freida y su equipo estaban allí, observando. Ella lo vio todo. Shay. A mí. Y nos había estado esperando. Sabía que estaríamos allí. A la hora exacta en que llevaría a Shay a la escuela. Y entonces... entonces su voz sonó dentro de mi cabeza.

—¿Qué ha dicho? —exigió Valen, con rabia en la voz. Los músculos se le movieron a lo largo de los hombros, la mandíbula, la furia apenas controlada. Podía sentir que se esforzaba por mantener la calma y no transformarse en su yo gigante aquí mismo, ensuciando el apartamento. Seguro que Basil me despediría por eso.

—Nos veremos, bruja de Luz Estelar —recité, deseando haberle jalado su larga melena y abofetearla con ella. Seguro que lo habría odiado—. Ahora sé cómo es ella, pero ella también sabe cómo soy yo. Y Shay.

Valen exhaló al apartarse de mí, y sentí la pérdida de sus brazos cálidos y musculosos. Lo observé mientras se paseaba por la habitación, con sus emociones cambiando más rápido que la velocidad de un vampiro.

—¿Dijo algo más? ¿Algo sobre Shay?

—No. Pero no le hacía falta. Estaba claro. Lo sabemos por Clive. ¿Y por qué otra razón se presentaría cerca de la escuela de Shay? No estaba allí por mí. Y Shay... acababa de demostrarle a la vampira lo fácil que era invocar su magia. —Si hubiera dicho la verdad y hubiera sido un fiasco, podríamos haber trabajado con eso. Sin poder. Nadie la buscaría. Pero ahora sabía que ya no era así.

El rostro de Valen se estremeció como si estuviera a punto de cambiar, su ira aumentando hasta convertirse en una salvaje crueldad. Pero luego se tomó un momento, tratando visiblemente de calmarse.

—Va a intentar llevarse a Shay.

—No dejaré que eso ocurra.

—La estará esperando después de clase.

—Y yo estaré allí. Tú estarás allí. Preparados para todo.

Valen soltó un gruñido, que esta vez no fue cachondo. Era un *voy a partirle la cara*.

—Está vigilando a Shay. Después de que Clive le contara a la vampira lo que le hicimos, lo que sabemos, *ella* sabe que tiene poco tiempo para atrapar a Shay.

Salté de mi asiento.

—¿Aún nos espera Arther este fin de semana?

—Sí.

Hoy era miércoles. Pero me daba igual.

—¿Podemos irnos esta noche? —Algún lugar remoto del bosque del norte era probablemente el sitio más seguro para Shay.

La mirada firme de Valen se fijó en la mía.

—Sí, podemos.

—Bien. —Mi corazón se aceleró, sabiendo que era la decisión correcta—. Ahora haremos las maletas. Yo empaquetaré todas las cosas de Shay, ya que no sé cuánto tiempo nos quedaremos. —Sabía que sería duro para ella. Odiaría que la sacaran de la escuela, pero lo entendería. Eso esperaba.

—Bueno —dije, mirando a mi gigante y viendo el acuerdo sobre su apuesto rostro—. Buscaremos a Shay después de clase y nos iremos.

4

Cuando el Range Rover de Valen entró en el bosque de Woodcroft, el sol ya había desaparecido. Brillantes estrellas parpadeaban hacia nosotros. Los lagos lisos como el cristal brillaban con los tonos plateados de la luna. Reboté en mi asiento cuando el gran todoterreno se adentró en un camino de grava justo al lado de la carretera. Estrecho y desigual, las ramas golpeaban las ventanillas y arañaban el lujoso todoterreno de Valen, pero el gigante no parecía darse cuenta. O quizá simplemente no le importaba. Su prioridad —la de ambos— era llevar a Shay a un lugar seguro.

Y cuanto antes lleguemos, mejor para todos.

Shay se había empeñado en quedarse en Nueva York, como yo esperaba.

—Sé defenderme. —Se había mantenido firme, parecía decidida en el asiento trasero del todoterreno después de que la recogiéramos en la Academia Fantasia.

—Sí, ahora lo sé.

—No le tengo miedo a esa vampira.

—*Vampiresa*. Y deberías tenerle miedo. No es una vampiresa cualquiera. Es vieja. Y cuando un vampiro es *viejo* no significa que tiene arrugas, pérdida de memoria o dentadura postiza. Significa poder. Más de lo que puedas imaginar. —Y puede hablar dentro de tu cabeza.

Shay cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo vencí al otro. También puedo vencerla a ella. —Volvió a fruncir el ceño. Era difícil tomarla en serio con ese aspecto.

Suspiré, sabiendo que se refería a Darius.

—Él sólo era un brujo oscuro con ideas retorcidas que casualmente formaba parte de un consejo importante. Nada más. Pero Freida... es otra cosa. Puede destrozarte la mente con sólo mirarte. Puede meterse en tu cabeza y controlarte. Obligarte a hacer cosas por ella, aunque no quieras. El poder de la compulsión.

Clive había contado todo, cuando lo até y lo interrogué; que Freida controlaría a Shay y ella haría lo que la vampiresa le ordenara. Lo comprobé esta tarde cuando consulté la base de datos Merlín, saltándome el almuerzo con Elsa y Jade mientras Valen y yo esperábamos para recoger a Shay. Quería que estuviera asustada, que supiera lo peligroso que era esta nueva enemiga.

Shay se miró los dedos, con la cara torcida de una forma que

indicaba que estaba pensando.

—He leído que puedes bloquear a la gente para que no entre en tu mente.

Maldita sea, esta niña era demasiado lista.

—Sí, he oído hablar de eso. Pero no todo el mundo puede hacerlo, y requiere meses de práctica. Si es que funciona.

—¿Puedes enseñarme?

Pensé en ello. No era mala idea, sobre todo en el norte, donde Shay podía concentrarse sin preocuparse de que una vampiresa la asaltara. Yo nunca lo había intentado, aunque conocía a algunas brujas Merlín que se habían entrenado contra la intrusión mental, así que sabía que podía hacerse.

Miré a Valen para saber si le parecía una buena idea, pero el gigante miraba al frente a través del parabrisas del todoterreno.

—Supongo que podríamos intentarlo. Creo que es una buena habilidad para que la desarrolles en el futuro.

Sus ojos se iluminaron.

—Entonces, ¿podemos quedarnos?

—No —respondió Valen desde el asiento delantero del conductor, mientras salía de la acera frente a la escuela y se dirigía calle abajo.

Su voz estaba más áspera que nunca cuando se dirigió a Shay, y ella se sobresaltó al ver la expresión de sorpresa en su rostro. Yo también, la verdad. Pero sabía por qué. Temía por ella. Sabía que se enfrentaría a nosotros si no le demostrábamos que íbamos en serio. Sabía que a Valen le había molestado tener que hablarle a Shay con tanta agresividad, pero tenía que hacerlo. Y había funcionado.

Shay no dijo ni una palabra durante el resto del viaje y las tres paradas que hicimos por el camino. Estuvo callada todo el tiempo.

Antes de que Valen y yo nos fuéramos, pasé por el hotel para hablar con la banda, para decirles que nos íbamos al norte, al complejo o manada de Arther o como se llamara.

—¿Cuánto tiempo estarán allí? —preguntó Elsa, con expresión preocupada.

—No lo sé. ¿Dos semanas? ¿Un mes? Freida no dejará de buscar a Shay. No después de ver lo fácil que mi hermana podía conjurar esa magia solar. Tenemos que esperar un poco y pensar en nuestro próximo movimiento.

—¿Pero qué pasará con la escuela? —Los hombros de Jade se hundieron y parecía triste por la pérdida de Shay.

—Valen se encargó de eso —les dije—. Le dijo al director de la facultad que era una emergencia, que tenía que ver con la maldición de Shay. Ya saben todo sobre Auria, así que fueron muy comprensivos. Dijeron que lo tendrían todo preparado para cuando volviera. —Lo cual me pareció un milagro. Supongo que podían ver el potencial de

esa niña como yo.

—No es para siempre —dije, al ver lo angustiados que estaban—. Sólo por un tiempo. Y será agradable volver a ver a Catelyn. Tengo que hablar con ella.

—Dale un abrazo de mi parte —dijo Elsa, con los ojos llenos de lágrimas.

Asentí con la cabeza.

—Las llamaré. Y díganle a Julian, ¿sí? —Después de eso, dejé a las dos brujas con cara de haberles dicho que tenía una enfermedad incurable. Una parte de mí quería quedarse y consolarlas, pero necesitaba llegar a la Academia Fantasia.

Al principio, cuando habíamos llegado a la escuela, Valen y yo nos habíamos preparado para luchar contra un enjambre de vampiros, o como quiera que se le llame a un grupo de ellos. Pero cuando llegamos a la escuela una hora antes, Freida y sus secuaces vampíricos no aparecían por ninguna parte.

—Quizá planeaba secuestrar a Shay en el hotel o en el restaurante —había comentado Valen—. La escuela está demasiado protegida. No querrá arriesgarse.

—Creo que tienes razón.

Cinco horas después, Shay estaba viva, lejos de las garras de Freida y dormía profundamente. Llevaba así dos horas. Tenía la mochila aplastada contra la ventana y la utilizaba como almohada.

Huir hacia el norte no era lo ideal. Pero nos habíamos quedado sin opciones. Sabía que Shay estaba enfadada, pero se daría cuenta de que no teníamos elección. Venir aquí la mantendría a salvo hasta que decidiéramos qué hacer después.

Aún no sabía si contarle lo de nuestro padre y cómo el intento de convocarlo me había llevado a comprar una alfombra nueva. Le había prometido a Elsa que le enviaría el dinero de la nueva alfombra en cuanto se lo notificara a Basil. Me alegré de no tener que presenciarlo.

Fue desalentador que no pudiera llegar a Matiel. Estaba claro que la multitud celestial no quería que lo hiciera. Si Shay perdía a su padre, bueno, intenté no pensar en eso ahora mismo. Ya había sufrido bastante, y perderlo a él la destrozaría.

Miré por la ventana. La oscuridad era total. Ni siquiera la luz de la luna podía penetrar a través de la densidad del bosque. La única luz provenía de las luces largas del todoterreno de Valen, que iluminaban el camino de tierra.

Extendí la mano y pulsé el botón de encendido de la ventanilla para bajarla. El aire frío me abofeteó la cara y cerré los ojos un momento, dejando que me calmara el olor a naturaleza, a bosque profundo, a agujas de pino, a hojas y a tierra.

—¿Estás bien?

Abrí los ojos, me volví y me encontré con la mirada de Valen clavada en mí, con el rostro ensombrecido.

—Sí. —Me alegré de que le importara cómo me sentía. Era un gran cambio con respecto a Martin, que se preocupaba más por una mancha en la camisa que por su mujer. Aún me estaba acostumbrando a que otra persona se preocupara por mí—. Me alegro de que hayamos hecho esto. Sí. Ha sido una buena idea.

—Estás llena de buenas ideas.

—Me encantaría atribuirme el mérito, pero fuiste tú quien mencionó lo de venir aquí.

Valen emitió un sonido de aprobación en la garganta.

—Pero querías venir esta noche. Ha sido inteligente. Si la vampiresa planeaba llevarse a Shay del hotel o del restaurante... se llevará una sorpresa.

—Lástima que no estemos allí para verle la cara. —Valen tenía razón. Alejar a Shay de la ciudad esta noche fue una buena decisión—. ¿Hay niños aquí? ¿Niños de la edad de Shay?

—Probablemente. Sé que hay muchas familias. Seguro que alguna tiene hijos de su edad.

—Bien. Al menos podrá hacer amigos mientras estemos aquí.

—Ya llegamos —dijo Valen, y me incliné hacia delante en mi asiento para ver mejor.

El Range Rover descendió una colina, y el final del sinuoso camino de tierra se abrió a un gran campamento del tamaño de un campo de fútbol. Seguía siendo difícil ver, dados los árboles que se extendían esporádicamente por el interior del complejo, pero algunas luminarias colgaban de los árboles. No pude ver ningún tendido eléctrico, así que supuse que quizás la mayor parte de la energía provenía de un generador o que utilizaban energía solar. Este lugar estaba aislado, así que estaba segura de que así vivían aquí los paranormales.

Mientras inspeccionaba la zona, calculé que había al menos cincuenta cabañas de madera esparcidas por todo el lugar. Todas lucían altos árboles y arbustos como vecinos, obviamente destinadas a ser viviendas familiares. En el centro de ellas había un edificio mucho más grande, probablemente una posada u hotel.

Al pasar, unos cuantos paranormales que estaban fuera de una de las primeras cabañas se fijaron en nosotros y detuvieron su conversación para mirarnos. Sus expresiones eran de curiosidad, no de sorpresa, como si nos hubieran estado esperando. Eran las ocho y media de la noche y el lugar estaba lleno de vida. Eran hombres lobo. Prosperaban de noche. Pero por lo que recordaba, era un santuario para todos los paranormales, así que no sólo había hombres lobo. Había cambiaformas, brujas y muchas otras razas.

Un grupo corrió hacia el todoterreno y se detuvo justo al borde de

la carretera. Niños. Niños de la edad de Shay. Tenían los ojos muy abiertos mientras intentaban ver el interior del vehículo, pero de noche y con los vidrios polarizados, sólo me veían a mí y posiblemente a Valen. Pero tuve la sensación de que intentaban ver a alguien más.

Me di la vuelta y le di un codazo en la rodilla a Shay.

—¿Shay? Shay, despierta. Ya estamos aquí. —No quería que se perdiera nuestra llegada.

Shay se removió y parpadeó un par de veces hasta que recordó dónde estaba.

—¿Estamos aquí?

—Sí, mira.

Shay descolgó la mochila de la ventanilla y la bajó, asomándose a tiempo de ver al mismo grupo de niños que miraban con disimulo el todoterreno de la derecha. Una de las niñas, con coleta alta y cara redonda, más o menos de la edad de Shay, saludó con la mano.

Una punzada me llegó al corazón. Aquella niña era una desconocida y nos saludó, saludó a Shay. Y cuando Shay le devolvió el saludo, bueno, que Dios me ayude, me quedé helada.

Menos mal que puedo controlar mis emociones, cuando no estoy luchando contra una hechicera delirante y un brujo fumador empedernido.

Tras unos minutos de conducir a paso ligero y dejar que Shay y yo echáramos un buen vistazo, Valen metió el Range Rover en el aparcamiento de uno de los edificios más importantes. La estructura de una sola planta era más larga y profunda que las que había visto hasta entonces.

—Ésta es la casa de Arther —dijo Valen mientras apagaba el motor.

Parecía que el líder de la manada se llevaba la casa más grande. Tenía sentido.

Efectivamente, el mismo hombre lobo parecido a un vikingo, con una musculatura impresionante, pelo dorado y unos cautivadores ojos azules capaces de hipnotizar a la mayoría de las hembras de sangre caliente, salió y se acercó al todoterreno.

Valen salió primero. Shay y yo le seguimos y nos pusimos junto al gigante.

Me sorprendió lo silencioso que estaba todo. Los lejanos murmullos de los paranormales quedaban ahogados por el profundo chirrido del *croac croac croac* de las ranas arborícolas, los grillos y todas las demás criaturas nocturnas que habitaban el bosque. Era todo lo contrario del bullicio ruidoso y familiar de la humanidad de Nueva York.

El aire estaba cargado de humo de leña que salía de las chimeneas de algunas cabañas. El olor contrastaba alegremente con los gases de

escape a los que me había acostumbrado en mi vida.

Mis ojos recorrieron al macho alfa. Arther vestía jeans oscuros y camisa bajo una chaqueta de cuero negro extendida sobre sus anchos hombros. Sus manos eran grandes y robustas, con cicatrices en los nudillos. Su barba incipiente, de unos cuatro días, era oscura, salvo por la cantidad justa de canas que anunciaban a un hombre de cuarenta y tantos años, en su mejor momento físico y mental. Sus apuestos rasgos jugaban con las sombras, dándole un aspecto más tosco y áspero, como Valen. Sus ojos claros proyectaban fuerza y competencia, como si estuviera acostumbrado a dar órdenes.

Mientras los hombres se estrechaban la mano, miré a Shay, preguntándome si estaría nerviosa. Pero mi hermana pequeña miraba fijamente hacia el lugar donde seguía de pie el grupo de niños. Y, por supuesto, nos miraban a nosotros.

—Leana.

Dirigí mi atención al sonido de mi nombre y descubrí que Arther me observaba.

—Me alegro de volver a verte —dijo el jefe de la manada de hombres lobo. Me dedicó una de esas sonrisas de un millón, no, *de mil millones de dólares*, y miré a mi alrededor, esperando ver a un grupo de hembras lanzarse sobre aquella sonrisa deslumbrante. Pero no. Sólo estábamos nosotros.

—Yo también me alegro de verte —añadí con una sonrisa propia —. Ella es Shay, mi hermana.

Al oír eso, Shay se dio la vuelta. Apretó los labios de forma avergonzada. No mantenía contacto visual con Arther.

—Hola, Shay —dijo el líder de la manada—. Encantado de conocerte. —Miró por encima de ella al grupo de niños alegres—. Son mi sobrina Eve y sus amigos. Les dije que vendrías. Tienen más o menos tu edad. Les hace mucha ilusión conocerte.

Shay se encogió de hombros.

—Mañana te enseñará la casa, si te parece bien.

Otro encogimiento de hombros.

—Sé que de noche no se ve mucho, pero de día es bonito. —Arther señaló un edificio a lo lejos—. Aquí es donde se enseña a los niños. Podrían considerar la posibilidad de que Shay asista a algunas de las clases, dependiendo del tiempo que se queden.

—Sí, gracias. —Miré a Shay, pero estaba mirando sus zapatillas.

Arther me miró.

—La comunidad está ansiosa por conocerlos. Pero les dije que los dejen en paz por esta noche. Han recorrido un largo camino. Necesitan descansar.

Por cierto, me miraba y me hablaba directamente. Me di cuenta de que estaba insinuando que *yo* estaba cansada: Shay y yo. No Valen, el

gigante superfuerte y resistente. Sino sólo nosotras, las hembras.

Otra noche, su comentario me habría molestado y le habría dicho que se lo metiera donde no le pegaba el sol. *No estaba* cansada *ni* necesitaba descansar. Pero Shay sí.

Me había dado cuenta de que, desde que tenía la maldición, se cansaba mucho más rápido y con más facilidad que antes. Se acostaba más temprano que antes, y esta mañana me había costado despertarla para ir al colegio. Tendría que estar pendiente de eso. No quería que se esforzara demasiado.

Hice una nota mental para preguntarle a Arther si tenían un curandero por aquí. Debían de tenerlo si el lugar estaba tan bien equipado y era tan autosuficiente como Valen me hizo creer. Tenían que tener a alguien equivalente a un médico, y yo tendría que darles a conocer mi presencia.

—Gracias —dije en cambio al jefe de la manada—. Eso es muy considerado. —Y lo fue, una vez que mi temperamento se calmó.

Arther me dedicó otra de sus sonrisas que derriten bragas.

—Tengo su cabaña preparada —dijo el jefe de la manada—. Entren, instálense para pasar la noche y mañana les haré el recorrido. No se preocupen. Este lugar está muy protegido. No lo sabían, pero se cruzaron con varios guardias al entrar. Todos fuertemente armados. Podrían haberlos abatido hace una hora.

—Es bueno saberlo. —Maldita sea. Aquello daba miedo. Pero también me tranquilizaba saber que aquí estábamos a salvo.

—Vengan. —Arther hizo un gesto—. Su cabaña está junto a la mía.

Qué bueno de nuevo. Si estuviéramos junto al líder de la manada, estaríamos aún mejor protegidos, al estar tan cerca.

—Voy por nuestras maletas —dijo Valen mientras abría el maletero de su todoterreno, agarraba las tres maletas de mano que habíamos traído y se las echaba al hombro—. Les va a encantar estar aquí —dijo mientras pulsaba el botón automático del maletero. Se cerró con un suave clic.

Le sonreí.

—Yo también lo creo.

Cuando empezamos a seguir al líder de la manada, me incliné y le susurré a Valen al oído.

—¿Arther tiene esposa? ¿O pareja? ¿Novia?

—¿Por qué? ¿Te estás ofreciendo? —preguntó el gigante con una sonrisa llena de dientes.

Cuando Arther inclinó ligeramente la cabeza, supe que me había oído. Maldito superoído de hombre lobo.

Mi cara se ruborizó al instante. Incluso notaba que me ardían las orejas. No tenía ni idea de por qué había preguntado eso, pero me alegré de que mi rostro mortificado estuviera cubierto por la

oscuridad.

—No. Quiero decir… es el líder de la manada. Es… ya sabes… agradable a la vista. —Estaba hablando sin parar. Lo hacía cuando estaba nerviosa—. Sólo pensé que conoceríamos a su otra mitad. —Demonios. Sonaba como una idiota.

—Aún no he encontrado a la mujer adecuada —respondió Arther, con un tono divertido en la voz.

También podría tirarme a uno de esos lagos y ahogarme en la humillación. Sólo preguntaba porque me parecía extraño que un jefe de manada tan guapo y en la flor de la vida estuviera soltero. Pero, como él decía, era difícil encontrar a la persona adecuada. Lo sabía todo sobre estar casada con el hombre equivocado. Quizá había estado casado antes. No conocía su historia, y tampoco era asunto mío.

Miré a Shay para ver si se había dado cuenta de mi mortificación, pero arrastraba lentamente las piernas hacia delante y seguía mirando a aquel grupo de niños.

Me detuve al ver a una mujer entrar en un charco de luz. La iluminación de la luna y la luz procedente de una casa cercana bastaron para captar sus detalles. Era casi tan alta como yo, con una constitución voluptuosa de la que yo carecía. Llevaba el pelo castaño claro recogido en una trenza francesa que resaltaba sus pómulos altos y sus labios carnosos. Tenía unos preciosos ojos color avellana, aunque en aquel momento estaba demasiado oscuro para verlos y la mayor parte de su rostro estaba en la sombra. Pero veía lo suficiente para reconocerla.

Catelyn.

Levanté la mano y saludé.

—Catelyn. Hola.

La giganta me miró como si detestara el suelo que pisaba. Más bien como si quisiera hundirme la cara en dicho suelo y deseara que muriera ahogada en él. Luego se dio la vuelta y caminó en dirección contraria a la mía.

Suspiré.

—Ah, eso salió bien.

5

A la mañana siguiente me desperté en un lugar luminoso y cálido. Parpadeé al ver el sol brillar a través de la ventana. La habitación olía a madera y a incertidumbre. Cuando el sueño se disipó de mi nublado cerebro, me di cuenta de que estaba en una de esas cabañas.

Me senté y miré a mi alrededor. La habitación parecía mucho más luminosa y acogedora ahora que la veía a la luz del día. Los paneles de madera y los pesados muebles de madera eran perfectos para una casa de campo en el lago. Me gustaba.

Al ver el otro lado de la cama, vacío y frío, y oír los suaves murmullos de una charla que salía por la puerta del dormitorio, supe que Valen y Shay se habían levantado. Agarré mi teléfono de la mesita de noche. En la pantalla se leían las siete y veintidós. Un poco temprano para mí, pero estábamos en un lugar diferente, y tenía la sensación de que Shay quería explorar.

Bajé las piernas de la cama y fui al cuarto de baño contiguo. Después de lavarme los dientes, ducharme y ponerme ropa limpia, abrí la puerta de un tirón y salí.

La cabaña, de una planta, dos dormitorios y dos baños, tenía la cocina, el comedor y la sala dispuestos en un estilo de concepto abierto, con muchas ventanas que daban una buena vista al bosque. Podía ver los altos pinos y abetos que la rodeaban, creando una sensación de aislamiento y dificultando incluso la visión de la cercana casa de Arther.

Valen y Shay estaban sentados en un sofá con estampado floral verde y naranja, acurrucados sobre lo que parecía un mapa extendido ante ellos en la mesa de centro de madera.

—¿Qué es eso? —Me acerqué a ellos y el aroma a café recién hecho alertó mis sentidos.

El gigante me sonrió.

—El mapa del complejo. Quiero que Shay se familiarice con el lugar por si quiere ir a explorar.

—Yo también debería —dije, acercándome. Los bosques no eran mi fuerte. No era una mujer lobo ni un metamorfo, y no podía confiar en mi sentido innato de la orientación si me perdía.

—Es enorme —dijo Shay, con los ojos redondos y brillantes de emoción—. Incluso hay un dojo de entrenamiento. Ahí es donde van los niños a aprender a luchar.

Saqué el móvil y le hice una foto al mapa.

—¿Cómo te encuentras hoy? —No creía que Shay debiera estar cerca de un dojo. No en su estado.

Perdió parte de su sonrisa.

—Me siento bien. Mejor. Creo que es el aire fresco. —Me dedicó una sonrisa socarrona. Sabía que estaba jugando conmigo porque quería entrenar con los otros niños.

Yo también podría jugar a este juego.

—Bueno, ya que te encuentras mejor, creo que deberíamos empezar a entrenarte en cómo bloquear tu mente de los huéspedes no deseados. —Igualé su sonrisa. Estaba preparada para que se opusiera y luchara contra mí.

—Sobre eso —dijo Valen—. He hablado con Arther y aquí hay un vampiro que puede ayudar. Es un anciano y tiene experiencia con la manipulación mental y el bloqueo.

—¿En serio? —No estaba segura de que me gustara esa idea—. ¿Crees que es una buena idea?

—Sí. —Valen me observó—. Sólo un vampiro sabría cómo funciona el arte de la manipulación mental. Es un buen amigo de Arther y está dispuesto a ayudar. Tiene tiempo esta mañana, así que yo digo que deberíamos aceptar la oferta.

Quizá el hecho de que una antigua vampiresa cazara a mi hermana me hizo ser más precavida con los vampiros en general.

—También será bueno para ti —dijo el gigante—. Aprender de otro vampiro, uno que quiere ayudar.

Miré a mi hermana.

—¿Qué te parece, Shay? —Si decía que no, en esa dirección iría. No la forzaría.

Shay me miró fijamente con sus ojos verdes.

—No tengo problema.

Valen me lanzó una mirada de *¿Ves?* que decía que tenía razón y que debíamos escucharlo. No es que me molestara. Tenía que admitir que la manipulación mental era un tema desconocido, y no quería herir a Shay cometiendo un error.

—Está bien, entonces —respondí finalmente.

—¿Podemos comer primero? Tengo hambre —exclamó Shay, removiéndose en el sofá.

—Siempre tienes hambre. —Miré a mi alrededor, sin ver comida en el mostrador. Sólo una cafetera—. Ahora mismo el desayuno suena de maravilla. Un café sería aún mejor.

—Toma. —Valen me entregó lo que parecía una taza llena de café —. Sólo he tomado un sorbo.

—Gracias. —Engullí un café excelente, regocijándome por su sabor amargo.

—No tuve tiempo de comprar comida —dijo Valen mientras se

ponía en pie—. Arther me dijo que la mayoría de los paranormales de aquí comen en la cabaña común. Las familias se turnan para cocinar para el complejo. He oído que tienen panqueques.

La sonrisa de Shay se iluminó ante la idea de su desayuno favorito.

—Vale, me apunto. —Y mi estómago también.

—Está aquí mismo —dijo Shay mientras presionaba con el dedo un punto del mapa—. Vamos.

Antes de que pudiera mirar hacia donde había señalado, mi hermana pequeña saltó del sofá, cogió su mochila que estaba tirada en el suelo junto a la puerta principal, se calzó las zapatillas Converse y salió corriendo como si la persiguieran demonios, dejando la puerta abierta.

Miré a Valen.

—Debe de ser el aire fresco.

Riéndonos, salimos de la cabaña y seguimos a Shay, que al parecer había memorizado el mapa del complejo a la perfección, porque después de caminar durante dos minutos, llegamos a un edificio largo de forma rectangular con un gran porche envolvente. Había mesas de picnic repartidas alrededor, donde las familias paranormales ya estaban desayunando y, por supuesto, todos miraban fijamente.

Nos recibieron con expresiones curiosas y murmullos al pasar junto a ellos. Era incómodo, pero había estado en suficientes situaciones incómodas como para saber que aquellos paranormales no nos miraban con desprecio o desaprobación por estar invadiendo su complejo. En realidad sólo era curiosidad, preguntándose quiénes éramos. Tal vez estaban acostumbrados a albergar a vagabundos.

Pero cuando sus ojos se fijaron en Valen, vi que una visible tensión cruzaba sus rostros, el mismo tipo de rigidez en sus posturas que había visto cuando la gente estaba cerca de Valen.

Valen mantuvo su rostro inexpresivo, pero eso no sirvió para ocultar su dominio y poder. Rezumaba fuerza, tan potente e intensa, tan increíblemente dominante. Supongo que sabían que era un gigante. O simplemente sentían esas tremendas vibraciones alfa que desprendía como una colonia.

No me molestaba el miedo y el control que Valen infundía en los demás. De hecho, me gustaba... mucho.

Shay atravesó primero la puerta y nosotros la seguimos rápidamente. La sala se abrió a un gran espacio con una disposición de unas veinte mesas y sillas. La zona estaba llena de charlas y del sonido de gente feliz comiendo su primera comida del día. Estaba abarrotado, pero vi algunas mesas vacías. Enfrente de nosotros, al final de la sala, había una zona de cocina con un largo mostrador compuesto por diferentes estaciones, con platos inoxidables colocados al estilo bufé. Me recordó a la disposición del buffet de un hotel con todo incluido.

—Siéntense —ordenó Valen cuando llegamos a una de las mesas vacías—. Les traeré la comida. —Sonreí al gigante, no estaba acostumbrada a que alguien hiciera pequeñas cosas como ésa por mí. Nunca.

Saqué mi silla y me senté mientras Shay se dejaba caer en la suya.

—La gente se queda mirando —dijo, bajando la cabeza.

Noté que el alegre parloteo se había atenuado un poco al entrar.

—Es normal. Somos los *nuevos*.

Unas manchas rosadas cubrieron la cara de Shay y me di cuenta de que estaba incómoda.

—No quiero que se queden mirándonos.

Me sentí mal por ella. Supongo que no estaba acostumbrada a que le prestaran tanta atención. A su edad, yo también estaría mortificada. Ahora me daba igual. Podían mirar todo lo que quisieran. Puede que incluso les saludara con los dedos.

—Se detendrán. Ya lo verás. Se aburrirán de mirarnos y pasarán a otra cosa. No hay nada excitante en nosotros. —Gran mentira. Nuestro grupo estaba formado por un gigante, rarísimo, y una bruja de Luz Estelar, también rarísima. Súmale a eso una bruja del Sol, la más rara de todas, y seremos la atracción especial del zoológico paranormal.

Al cabo de unos instantes, Valen volvió a nuestra mesa.

—Aquí tienen.

Levanté la vista y vi al gigante equilibrando con pericia tres grandes platos cubiertos de comida humeante.

—Vaya. ¿Hay algo que no puedas hacer?

El gigante sonrió.

—No que yo sepa.

Me quedé viéndolo con una sonrisa pícara mientras en mi mente entraban pensamientos sucios de sus manos expertas sobre mi cuerpo. Realmente era excepcional en el dormitorio.

Valen puso el plato de panqueques de Shay sobre la mesa y luego el mío, que era un omelet y unas frutas. El suyo, bueno, era difícil saber lo que tenía. Estaba muy lleno. Aun así, pude distinguir papas en cubos, salchichas, beicon, una pila de seis huevos, frijoles, filete y cinco rebanadas de pan con mantequilla.

—¿Puedes comerte todo eso? —Señalé con el tenedor lo que sabía que eran unas salchichas.

Shay resopló ante su plato. Y me di cuenta de que prestaba menos atención a los que nos rodeaban ahora que habían llegado sus panqueques.

Valen se encogió de hombros.

—Es este lugar. Estar en la naturaleza me da hambre.

Me reí y prácticamente me tragué la tortilla justo cuando un joven adolescente de unos catorce años se acercó y llenó nuestras tazas de

café recién hecho. Puso un vaso de zumo de naranja para Shay.

—Gracias, Tommy —dijo Valen, y no me sorprendió que ya conociera los nombres o, mejor dicho, los apellidos del personal.

La cara del adolescente enrojeció y se alejó a toda prisa. Sí, Valen tenía ese efecto en la gente.

Shay se rió más fuerte sobre su plato.

No sé por qué, pero me hacía feliz verla comer y verla sonreír de nuevo como aquella niña tan mona que era. Me recosté en la silla, sintiendo que se me liberaba la tensión alrededor de los hombros y el cuello.

—Me alegro de que hayamos venido —dije, mirando a los dos que devoraban su desayuno como si no hubieran visto comida en semanas.

Shay mojó los dedos en el sirope de arce que rodeaba su plato y se los metió en la boca. Luego apartó su reluciente plato vacío y me dedicó una sonrisa.

—Ya terminé.

—Comes como un niño hambriento de la calle, ¿lo sabías?

Shay se encogió de hombros.

—Tenía hambre.

—Ya lo veo. —Con la barriga llena, estaría lista para entrenar—. Necesitarás unos minutos para digerir la montaña de comida que te metiste en la garganta antes del entrenamiento. No querrás que te den ganas de vomitar.

Los ojos de Valen se encontraron con los míos, y pude ver la repentina alarma que había en ellos. Utilizar la magia para entrar en la mente de alguien era un asunto peligroso. Incluso entrenar la mente para bloquear la intrusión de otros. Porque si se hacía mal, Shay podía acabar en coma o incluso lobotomizada. Peor aún, tampoco conocíamos a ese vampiro. Y cuanto más pensaba en ello, más nerviosa me ponía y más deseaba cancelar esta sesión de entrenamiento.

Aun así, sería peor que Freida le pusiera las manos encima a Shay. No. Tenía que aprender a protegerse, a proteger su mente.

—Estoy llena. —Empujé mi plato vacío, sin darme cuenta de que me lo había acabado todo. Parecía que yo también tenía hambre.

—Hola —dijo una voz joven.

Giré la cabeza y vi a la misma niña de cara redonda que había saludado a Shay la noche anterior. La sobrina de Arther, Eve.

Le sonreí.

—Hola. Eres Eve, ¿verdad? —le pregunté.

Me sonrió, parecía absolutamente encantada de que me hubiera tomado la molestia de reconocerla.

—Sí —respondió la niña, con los ojos azules brillantes mientras me miraba fijamente con la confianza de una jovencita acostumbrada a

tratar con adultos.

Eve medía más o menos lo mismo que Shay, pero tenía el pelo castaño claro y los ojos azules como un lago centelleante. Llevaba una camiseta con uno de esos personajes Manga en la parte delantera, jeans y zapatillas deportivas sencillas. Parecía la típica vecinita de algún barrio acomodado de los suburbios. No una joven mujer lobo.

El inconfundible olor a perro mojado se desprendía de ella, confirmando mi presentimiento.

—Y tú eres Leana. —Sus ojos se dirigieron al gigante—. Y tú eres Valen, el gigante.

Valen sonrió, sin inmutarse por el hecho de que aquella niña supiera quién y qué era él. Supongo que eso significaba que todos en el complejo también lo sabían.

—Lo soy.

Los ojos de Eve se posaron en Shay.

—Y tú eres Shay.

El rostro de Shay se ensombreció un poco, pero consiguió pronunciar una palabra.

—Sí.

Sonrió Eve.

—Los vi por aquí y quise venir a saludarlos.

—Pues nos alegramos de que lo hayas hecho —dijo Valen con una sonrisa—. ¿Estás aquí con tu tío?

Eve asintió.

—Sí, está justo allí. —Señaló a un hombre que estaba de pie a poca distancia y hablaba con otros adultos—. Está hablando con mis padres. Dijo que le parecía bien que le enseñara a Shay el complejo esta mañana.

Shay se detuvo. Sus ojos se desviaron hacia mí. Sus rasgos mostraban preocupación.

—¿Te parece bien? —preguntó en voz baja, sabiendo lo importante que era su entrenamiento, pero pude ver el deseo de ir con aquella niña. Era evidente que Shay prefería pasar el rato con niños de su edad que entrenar técnicas de bloqueo mental con un desconocido y su aburrida hermana mayor.

Me lo pensé un momento antes de asentir.

—No veo ningún inconveniente en aplazar el entrenamiento hasta hoy—dije, mirando a Valen para que me lo confirmara. Tras asentir con su cabeza, añadí—: Está bien, claro.

Shay le sonrió a Eve, contenta de tener una nueva amiga en este extraño lugar. Había estado nerviosa por venir a este complejo, tal vez incluso odiaba la idea, pero conocer a la amable y curiosa Eve la hizo sentirse más tranquila.

—¿Así que no hay problemas con lo del entrenamiento? —

preguntó Shay, mirándome.

Le sonreí.

—Unas horas no cambiarán mucho las cosas.

—Se lo haré saber a Arther. —Valen se reclinó en su silla—. Podemos programar el entrenamiento para hoy más tarde.

Shay echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Nos vemos. —Y con eso, ella y su nueva amiga Eve atravesaron la sala y desaparecieron por la puerta principal.

—Bueno —dije, sonriéndole a mi gigante—. Parece que Shay acaba de hacer una nueva amiga...

Mis ojos vieron a Catelyn de pie junto a Arther. Se la veía bien y tranquila, y estaba sonriendo...

Me levanté de la silla de un salto.

—Ahí está Catelyn —le dije a Valen—. Voy a acercarme a hablar con ella.

Antes de que Valen pudiera detenerme o hacerme cambiar de opinión, me apresuré a acercarme. La giganta se volvió al oír que me acercaba y su sonrisa desapareció.

—Hola, Catelyn —le dije—. ¿Podemos ir a algún sitio a hablar?

Catelyn me miró con profunda repugnancia.

—No tengo nada que decirte. —Parecía que quería escupirme a la cara o, mejor aún, golpearme la cabeza contra el suelo. Supongo que aún me culpaba de la muerte de sus padres, aunque la culpable había sido la hechicera Auria.

—Por favor. Deja que te lo explique. Sólo quiero hablar contigo.

La furia brilló en sus ojos y dio un paso adelante, con los puños apretados a los lados. Di un respingo y retrocedí, instintivamente temerosa de su imponente tamaño y fuerza si decidía cambiar a su forma gigante y patearme el culo.

—No quiero escucharte, Leana —le espetó—. No quiero escuchar nada que venga de ti.

—Lo siento, siento mucho lo de tus padres —dije, intentando mantener la voz firme y abstenerme de retroceder ante su odio hacia mí.

La ira tiñó sus mejillas.

—¿Lo sientes? *¿Lo sientes?* —alzó la voz.

Respiré hondo, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—Sé que aún me culpas de lo que les ocurrió a tus padres, y quizá tenga parte de culpa. Pero yo no los maté. Fue Auria. La hechicera que había maldecido a Jimmy y quería vengarse porque yo rompí la maldición.

—Murieron por tu culpa —siseó, con la voz cargada de veneno—. Seguirían vivos si no fuera por ti. Tú les hiciste esto. *Tú* los mataste.

Sus palabras calaron hondo y me estremecí de dolor. En cierto

modo, tenía razón. Nada de esto habría ocurrido si no le hubiera dado una patada en el culo a Auria y me hubiera llevado su grimorio. Y Shay no habría sido maldecida.

—Catelyn, por favor. Lo siento mucho. Ojalá no hubiera pasado nada de esto —dije, atreviéndome a acercarme un paso más.

Se estremeció como si mi presencia fuera un golpe físico.

—¡Aléjate de mí o te mato! —gritó, y sentí que todas las miradas se concentraban en nuestra conversación. Su rostro se transformó y, por un segundo, vi el aspecto de la giganta que era—. ¡Te mataré! ¿Me oyes? ¡Te mataré! —Se abalanzó hacia delante, sus manos se dirigieron a mi garganta.

Y yo me quedé allí como una idiota, demasiado conmocionada para moverme.

En un borrón de ropa, Arther estaba allí, con sus fuertes brazos envolviendo a Catelyn de forma protectora. Si no lo supiera, parecería que la estaba protegiendo *de* mí, y no al revés.

Bueno, eso fue raro.

—Deberías irte —dijo Arther, mirándome como si lo hubiera hecho a propósito, como si hubiese querido enfadarla.

Me fastidiaba que me hablara así un desconocido, nada menos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Nos había dado un techo.

Sí, me sentí humillada, al ver que toda el salón me miraba como si hubiera asesinado a sus padres, pero me dolieron más las palabras de Catelyn y su reacción hacia mí.

Giré sobre mí misma, con la cara caliente y los ojos ardiendo. La voz de Valen resonó en mis oídos, pero no quise mirarle. Necesitaba espacio y tiempo a solas con mis pensamientos.

Mi único consuelo era que Shay no había estado allí para presenciar esta vergonzosa escena. Tenía que aceptar las consecuencias de mis actos. Los padres de Catelyn habían muerto por lo que yo le había hecho a Auria. Tenía claro que ella nunca me perdonaría. El dolor era demasiado profundo. Algunas cosas nunca podían perdonarse.

Por culpa de mis actos, había perdido a una amiga para siempre.

Y tendría que aprender a vivir con eso.

6

No sabía cuánto tiempo había caminado, o mejor dicho, recorrido los senderos. Lo único que sabía era que llevaba en ello unas dos horas. En cuanto atravesé el primer grupo de árboles, vi un sendero. Apenas era visible, aunque lo buscaras, y podías pasarlo fácilmente sin darte cuenta. Había piedras planas esparcidas a lo largo de su duro suelo, y me llevaba bajo un arco de abedules y fresnos cuyas ramas llegaban lo bastante abajo como para rozarme el pelo en algunos lugares.

Era agradable alejarse, estar a solas con mis pensamientos, y estar con la naturaleza parecía ayudarme a calmarme y a bajar la tensión arterial. Era difícil seguir enfadada y alterada con el sonido del piar de los pájaros, el aleteo de las hojas en la brisa y las maldiciones furiosas de las ardillas territoriales. Era pacífico, y pronto mi corazón aceptó mi destino. Tenía que seguir adelante. Tenía que pensar en Shay.

Menos mal que había hecho unas cuantas fotos del mapa del complejo con mi teléfono. De lo contrario, tendrían que enviar un equipo de búsqueda por mí. Mi sentido de la orientación era inútil. Con la vista del mapa, había vuelto a la cabaña en una pieza, con sólo unas pocas ampollas. Necesitaba un mejor calzado para caminar.

—¿Valen? ¿Shay? —Abrí la puerta y la encontré vacía. Me quité los zapatos y busqué las botas de montaña que Valen me había traído, de mi talla. Mientras cogía las botas, vi una nota sobre la mesa. *Leana* estaba escrita en la parte superior y de puño y letra de Valen.

Abrí la carta.

Ve al Lago Beaver y me encontrarás.

Le di la vuelta a la nota, pero sólo decía eso.

¿El Lago Beaver? Consulté el mapa de mi teléfono. Efectivamente, el Lago Beaver estaba allí. Pero también estaba a unos cuarenta y cinco minutos a pie.

—¿Dónde estás cuando te necesito? —murmuré, sabiendo que su magia curativa podía curarme las ampollas, aunque no debía dejar que la utilizara conmigo. Su magia estaba reservada para Shay.

Pensando en Shay, me calcé las botas nuevas, hice una mueca de dolor cuando me rozaron las ampollas y salí. Encontré a Shay sentada en una de las mesas de picnic de al lado con Eve y otros dos niños paranormales.

¿Estás bien? —pregunté al acercarme.

Shay me miró con un ceño fruncido que decía *Vete, por favor.*

—Sí.

—Hola, Leana —dijo una alegre Eve.

—Hola, Eve. —Sonreí, y mis ojos se desviaron hacia Shay. Tenía buen aspecto, sin signos de la maldición ni fiebre. Se veía bien. Sana —. Bueno. Voy al Lago Beaver a reunirme con Valen. Volveré en unas dos horas. Debería regresar a la hora del almuerzo. ¿Estás bien aquí?

—Sí —contestó, mirándome con sus ojos bien abiertos y diciéndome que me fuera.

Me reí.

—Pues bien. Hasta luego.

Hice una mueca de dolor y maldije la mayor parte del camino hasta el Lago Beaver, sin entender por qué Valen estaba allí ni por qué no podía esperarme o, en su lugar, llevarme. Sentía los talones y los dedos de los pies como si me los abriera con cuchillas de afeitar cada vez que daba un paso. En ese momento deseé que mi magia estelar funcionara durante el día. De ese modo, podría utilizar mi recién descubierta habilidad para volar y llevar mi trasero hasta el Lago Beaver.

Tras una hora de caminata, sí, fui lenta, seguí el sendero lleno de tierra hasta un hermoso lago reluciente. Un cartel clavado en un pino cercano decía LAGO BEAVER.

Avancé cojeando hasta la orilla del lago, donde unas olas diminutas golpeaban una pequeña playa de grava. Valen no estaba a la vista.

—¿Valen? —llamé—. Ya estoy aquí. Si me has hecho subir hasta aquí para nada... Esperé, pero no vi ni rastro del gigante. ¿Dónde demonios estaba y por qué me había pedido que viniera?

Cansada, sudorosa y llena de emociones, no quería pensar en la caminata de vuelta a la cabaña, cuando probablemente me estuvieran sangrando los pies por los calcetines. Los grandes pinos que rodeaban el lago me recordaron la «escena del elevador de agua» de la película *Dirty Dancing*, cuando Johnny ayuda a Baby a perfeccionar el paso del elevador en el agua. Me encantaba esa película. Me encantó esa escena.

El sonido del agua ondulando atrajo mi atención.

—Dulce mamma mia.

Valen se levantó del centro del lago. Y sí, el gigante estaba desnudo.

Estaba glorioso, con el sol brillando sobre su cuerpo mojado. Por alguna extraña razón, verlo salir así del lago le hacía más ardiente y divino, como el dios Poseidón.

—¿Qué haces? —Sonreí, mientras mis ojos recorrían su delicioso pecho musculoso. Maldita sea, era un espécimen masculino increíble, y era todo *mío*.

—Dijiste que querías que nos bañáramos desnudos —dijo el

gigante, con una voz que llegaba hasta mí desde el otro lado del lago, donde se encontraba. Desnudo.

Enarqué una ceja.

—El nudismo suele hacerse por la noche. Ya sabes... para que nadie pueda ver tus partes desnudas. —Aunque no me quejaba. A la luz del día, había más cosas que ver... y era todo un espectáculo.

Las gotas de agua cayeron sobre el rostro del gigante.

—Ya has tardado bastante. Llevo aquí más de una hora.

Me miré las botas.

—Tengo ampollas de caminar dos horas seguidas. Al principio no llevaba el calzado adecuado.

—Bueno, si vienes aquí —dijo, moviendo las manos a su alrededor en el agua. Parte de su virilidad asomaba por donde el agua le llegaba justo por debajo de la cintura—. Me ocuparé de eso.

—No pasa nada. —No quería que Valen malgastara su magia curativa en mí cuando teníamos que pensar en Shay—. ¿Cómo sabías siquiera que vendría? ¿Y si me hubiera ido a comer con Shay? Estarías aquí solo y desnudo con los pececillos mordisqueándote el culo. —Y sus *otras* partes.

—Estar desnudo y solo es algo terrible —respondió Valen—. Estaba en la cabaña cuando te vi bajar por el sendero entre los árboles. Te escribí una nota. Y luego salí por la puerta trasera antes de que me vieras.

Ladeé la ceja.

—Así que tu plan era traerme aquí y...

—El agua está estupenda. Ven —ordenó el gigante—. Te estaba esperando.

Me tembló el pulso al sentir el deseo en su tono.

—Esperándome para... ¿qué, exactamente?

—Pensé que necesitarías calmarte un poco después de... después de lo que pasó con Catelyn.

No necesitaba que me lo recordaran.

—Casi salí corriendo.

—Lo has hecho.

—No podía quedarme allí. No podía... —No pude escuchar más de sus palabras.

—Lo sé —dijo el gigante, capaz de leer lo que sentía—. Dale tiempo. Catelyn entrará en razón. Con el tiempo.

No. No creo que lo haga. —Negué con la cabeza, mi instinto me decía que nunca lo haría—. Se acabó todo entre Catelyn y yo —dije, sintiéndome como si me acabaran de abandonar. De cualquier forma, la muerte de sus padres era consecuencia directa de mis acciones—. No puedo hacer nada para que cambie de opinión. Y está bien. Lo he aceptado. —Era una píldora difícil de tragar, pero si no lo hacía,

seguiría atormentándome. Tenía otras prioridades.

—¿Hablaste con Arther sobre aplazar el entrenamiento de Shay con ese viejo vampiro?

—Sí —respondió el gigante—. Está programada para las dos de esta tarde. Así Shay tendrá tiempo de sobra para familiarizarse con el lugar y pasar el rato con sus nuevos amigos.

—Bueno. Eso está bien —Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en Shay entrenando su mente con un desconocido.

—Ven —ordenó de nuevo el gigante—. Ven conmigo. Deja que te quite un poco de esa tensión.

—¿Cómo podría resistirme a semejante oferta? —bromeé, aunque no estaba segura de si debía unirme a él. Me temblaba el pulso mientras miraba alrededor del lago y hacia el sendero del que acababa de salir. ¿Y si venía alguien? ¿Y si pasaban niños? Pero, de nuevo, ¿cuándo volvería a tener una oportunidad como ésta?

Vacilé un momento, contemplando su aspecto, las gotas de agua cayendo en cascada por sus anchos hombros y sus esculpidos abdominales. Valen siempre me había parecido atractivo, pero esto era algo totalmente distinto. Algo primitivo se agitó en mi interior y no pude resistir el impulso de unirme a él. Quería estar en el agua con él. Quería sentir su cuerpo duro contra el mío.

Así que, sin pensármelo dos veces, empecé a desnudarme. Los ojos de Valen seguían cada uno de mis movimientos, y podía sentir su mirada clavada en mi piel expuesta. ¿Me cohibía desnudarme a plena luz del día para que viera mis imperfecciones, mi celulitis, mi vientre flácido y mis gloriosos brazos flácidos? No. No cuando un hombre así, desnudo en medio del lago, me miraba como si fuera la estrella más hermosa que jamás hubiera existido.

Una vez desnuda, con todas mis partes femeninas al aire, me acerqué a la orilla del lago, sintiéndome aventurera, libre, viva y un poco loca. En cuanto los dedos de los pies tocaron el agua, sentí una oleada de excitación. Hacía mucho tiempo que no hacía algo tan espontáneo y atrevido. La última vez fue cuando fingí llorar para librarme de una multa de aparcamiento hace unos años con el auto de Martin.

Conteniendo la respiración, entré en el agua, siseando cuando me quemaba contra las ampollas abiertas. El agua fría me envolvió la piel y se me puso la carne de gallina en los brazos.

—Dijiste que el agua estaba estupenda —chillé—. ¡Está jodidamente fría!

Valen se rió como si acabara de contarle un buen chiste.

—La verdad es que no está tan mal. Te acostumbrarás cuando estés dentro.

Para él era fácil decirlo. Era un gigante de sangre caliente,

probablemente con un mecanismo de calefacción interior.

Me puse rígida, mirando el agua a mi alrededor y sin ver el fondo a través de su turbiedad.

—¿Hay sanguijuelas en este lago? Si hay sanguijuelas en este lago, puede que tenga que matarte.

El gigante me dedicó una sonrisa pícara.

—¿Te asusta una sanguijuela diminuta? Creía que nada asustaba a las brujas de Luz Estelar.

—¿Asustada? No. ¿Asustada y con ganas de gritar a pleno pulmón? Sí. Claro que sí.

—Nada de sanguijuelas. Te lo prometo.

Entrecerré los ojos hacia él. No estaba segura de creerme la sonrisa de su cara.

Valen nadó hacia mí, y no pude evitar admirar cómo las gotas de agua se adherían a sus abultados músculos, su mirada intensa y penetrante.

—Eres tan hermosa —dijo, con la voz baja y ronca—. No he podido dejar de pensar en ti en todo el día.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Querías que tuviera otra escena de humillaciones en el comedor?

—A nadie le importó eso.

—Seguro que sí. Y apuesto a que siguen hablando de ello.

—Pensaba más bien en ese culo apretado que tienes —dijo el gigante.

—Ah. Está bien entonces. —Sentí que se me encendían las mejillas y que el corazón me latía con fuerza en el pecho. Nunca nadie me había hecho sentir así. Y tampoco nadie me había hecho meterme en un posible lago infestado de sanguijuelas: desnuda *y* a plena luz del día.

Seguí caminando hacia el lago hasta que el borde del agua me llegó a la cintura. *Aquí vamos*. Conteniendo la respiración, me metí en el agua, el frío fluyendo sobre mi cabeza. Luego salté y atravesé la superficie del agua.

—Bueno —dije, y empecé a temblar—. Ha sido una estupidez —añadí, con el agua del lago cayendo en mi boca.

El gigante se rió mientras nadaba más cerca. Extendió la mano para tomar la mía. Su contacto me provocó descargas eléctricas y me estremecí. Me empujó de nuevo al agua fría sin decir palabra, y jadeé cuando me envolvió.

Pero una vez dentro, el agua se sentía increíble. En eso tenía razón.

—Olvido que no eres una cambiaformas ni una mujer lobo —dijo el gigante, y sus grandes manos se posaron en mi cintura—. Tienen la piel más gruesa y soportan el frío mejor que las brujas.

—Como tú, supongo. —Me estremecí cuando su piel tocó la mía,

sintiendo su calor y su fuerza. Sus ojos se clavaron en los míos y supe que aquel momento ya no había vuelta atrás.

—Deja que te caliente —dijo Valen.

—Más te vale. O te golpearé en la cabeza.

Valen no perdió tiempo y apretó sus labios contra los míos. Al principio fue suave, pero pronto se hizo más urgente, más apasionado, su lengua entrelazándose con la mía. Gemí, abrumada por las sensaciones que recorrían mi cuerpo. Nunca me había sentido tan viva, tan deseada. Era una sensación increíble.

Sentí sus manos en mi espalda, acercándome más a él, y gemí cuando nuestros cuerpos se apretaron.

Valen me levantó y le rodeé la cintura con las piernas, sintiendo cómo el agua lamía nuestros cuerpos mientras seguíamos besándonos. Le rodeé el cuello con los brazos, sintiendo el calor que emanaba de su piel.

Bueno, él estaba más caliente, como una almohadilla térmica, y sentí cómo el calor rezumaba en mi interior. ¿O era su magia curativa?

Valen rompió el beso y me miró con sus penetrantes ojos oscuros.

—¿Te arrepientes de haber venido?

Miré su mirada embriagadora.

—Ya no. Ojalá hubieran mencionado esta parte de las actividades en el folleto. Esto me gusta. El senderismo no tanto.

El gigante aplastó su cuerpo duro y musculoso contra el mío, clavándome los pechos.

—Tengo más actividades planeadas para ti.

—¿Como fornicar sobre troncos cubiertos de musgo?

—Si eso es lo que te gusta.

Me reí. Se me ocurrió un pensamiento. No sé por qué se me ocurrió en medio de este ardiente jugueteo previo, pero se me ocurrió.

—¿Crees que Arther siente algo por Catelyn?

Valen ladeó la cabeza y me miró los labios.

—¿Crees que a Arther le gusta Catelyn?

—Sí. —Mi instinto me lo decía—. La forma en que se puso sobreprotector con ella. Creo que *le gusta* y mucho.

—Es el alfa. Proteger a su manada es su trabajo.

—Quieres decir protegerla de mí. —No se me pasó por alto la forma en que la había envuelto entre sus brazos.

—Creo que sólo intentaba evitar una pelea entre ustedes.

Sacudí la cabeza, mirándole la boca, la mandíbula y los ojos.

—A mí no me lo pareció. Creo que a tu amigo le gusta Catelyn. —Puede que ésta sea «la indicada» que había estado esperando.

—Bueno —respiró el gigante—. Es un hombre adulto. Puede escoger a la pareja que quiera.

—¿Incluso una humana convertida en giganta? ¿Las hembras de los hombres lobo no enloquecerán con esto? —Me imaginé una escena como la de *«The Bachelor»* en la que un grupo de taimadas solteras luchaban por el afecto de aquel único tipo. Arther era un hombre muy guapo. Estaba segura de que las garras iban a salir en algún momento.

El gigante soltó una risita. El sonido me hizo vibrar el corazón.

—No lo sé. Es su vida. ¿Por qué te importa?

Me encogí de hombros.

—Sé que no debería. Pero me preocupa Catelyn.

—No deberías. Aquí la cuidan bien.

—Me he dado cuenta. —Dejé escapar un largo suspiro—. Ya basta. A ver. ¿Dónde estábamos?

Valen me rozó el labio inferior con el pulgar y separé la boca en señal de invitación. Su beso fue feroz, y sentí el hambre y la necesidad que había en él.

El contacto de nuestra piel me hizo estremecer, pero fue una sensación placentera. Sentía el calor de su cuerpo contra el mío y lo disfrutaba.

Valen se apartó, con las manos aún firmes en mi cintura.

—Llevo todo el día deseando hacer eso —dijo, con voz profunda y ronca.

Mis labios se dibujaron en una sonrisa.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Buena pregunta.

Se cernía sobre mí, con los ojos oscuros de deseo. Le pasé las manos por el pecho, sintiendo los duros músculos bajo su piel. Volvimos a besarnos, nuestros cuerpos se fundieron como si fueran uno solo.

—Estás demasiado buena —dijo, con la voz ronca por el deseo—. Me vuelves loco. No puedo resistirme a ti.

No quería que se resistiera a mí. Quería que me tomara, que me hiciera suya.

Nunca lo había hecho en el agua, ni siquiera en una bañera, así que esto sería nuevo e interesante. Había oído hablar de algunos incidentes de coito en el agua, concretamente del «penis captivus» en los que los músculos de la vagina de la mujer aprisionaban el pipí del hombre como una Venus atrapamoscas y se quedaban atascados.

Meh. Había estado en situaciones peores.

Valen siguió abrazándome, sus manos recorrían mi cuerpo. Podía sentir sus firmes músculos bajo su piel, y sabía que era lo bastante fuerte como para hacerme lo que quisiera.

Le pasé las manos por el pelo, acercándolo más a mí, y él gimió en respuesta.

Seguimos besándonos, nuestros cuerpos moviéndose juntos en el

agua. No supe cuánto tiempo permanecimos así, perdidos en nuestro propio mundo. Pero al final tuvimos que salir a tomar aire.

Cuando salimos a la superficie, Valen me miró con una mezcla de deseo y... ¿afecto? Eso no sólo hizo palpitar mis regiones femeninas, sino también mi corazón.

Gemí cuando apretó sus labios contra mi cuello, haciéndome olvidar todo lo demás.

No más Catelyn. Ni Freida. Nada de nada.

El mundo desapareció, dejándonos sólo a los dos en nuestra pequeña burbuja de placer.

7

Caminamos por el bosque, Valen a la cabeza mientras Shay y yo íbamos en la retaguardia. Con mis nuevas botas de montaña, ya no sentía ninguna ampolla, y tenía la sensación de que Valen se las había arreglado para curarlas sin que yo lo supiera. Bastardo astuto.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté a mi hermanita.

—No —respondió ella, mirando fijamente hacia delante mientras el camino nos llevaba en dirección descendente.

Enarqué una ceja, sin creerla ni por un segundo.

—No pasa nada por estar nerviosa. Yo *estoy* nerviosa.

—Yo no.

Decidí dejar el tema a un lado, al oír los nervios en su voz y darme cuenta de que lo estaba empeorando, poniéndola *más* nerviosa al insinuar que lo estaba.

Valen miró por encima del hombro y me dirigió una mirada cómplice que me decía que *yo* estaba empeorando las cosas para Shay. No tenía por qué. Ya lo sabía.

Si he de ser sincera, estaba un poco asustada. Estaba nerviosa, y no me avergonzaba admitirlo. No se trataba de invocar tus poderes en la azotea de un hotel. Era entrar en tu mente e intentar bloquear la voz que quería manipularte.

Esto era magia dura con la que no estaba familiarizada. Y me daba mucho miedo. No por mí. Sino por Shay.

Cuanto más nos adentrábamos, más se oscurecía, y parecía más bien que estaba anocheciendo en vez de ser apenas las 2 de la tarde.

Aparté algunas ramas de mi cara y seguí por el trozo de sendero que podía ver mientras Valen nos guiaba. A medida que nos adentrábamos en el bosque, la atmósfera se volvía más intensa y espeluznante. Era casi como si pudiera vernos y no aprobara nuestra presencia. Sin más señales de vida que nosotros, el bosque parecía contener la respiración preparándose para la llegada de algo siniestro. Quizá era la forma que tenía el bosque de decirnos que esto era un error y que debíamos volver.

La luz se elevó a nuestro alrededor. La densidad del bosque disminuyó y entramos en un claro de hierbas altas.

En medio del claro había dos machos. Mis ojos se posaron primero en Arther. Su rostro no mostraba ninguna emoción al vernos, al verme, y me pregunté si mi pequeño conflicto anterior con Catelyn habría empañado su opinión sobre mí. A la mierda. No estaba aquí

para hacer amigos. Estaba aquí por Shay.

Cuando mi mirada se posó por fin en el otro, di un respingo.

En lugar del vampiro masculino de pelo blanco, arrugado y encorvado por la edad que esperaba, había uno joven.

Ah, sí que era un vampiro. Incluso a distancia, podía sentir sus fuertes energías mágicas y el olor a sangre vieja que desprendía. No iba vestido como los vampiros estirados que siempre que veía en el hotel Twilight, con sus ropas de diseñador.

Parecía un leñador.

Llevaba pantalones cargo con una camisa de franela roja y negra de mangas largas, una chaqueta y botas desgastadas. Su aspecto era lo único de su apariencia que lo delataba como vampiro. Sus rasgos antinaturales e impecables no parecían ser normales y hacían que todas mis banderas rojas se alzaran al viento.

El sol brillaba sobre su piel de porcelana, resaltando su belleza de un modo cautivador. Aunque era cortés y sereno, podía sentir el peligro que emanaba de él. Parecía tener unos veinte años, pero los vampiros tenían el don de la longevidad, y se decía que algunos tenían más de ochocientos años. Podría tener cualquier edad; sus rasgos cincelados y sus labios carnosos eran cautivadores. Su pelo negro azabache era brillante y complementaba su tez clara. Con un movimiento de la mano, se apartó los mechones de la cara y nos dedicó una sonrisa que me aceleró el corazón.

Me apresuré a acercarme a Valen y le susurré:

—Me dijiste que era viejo. Parece más joven que yo.

—Es viejo. Créeme. —La mandíbula del gigante se crispó por la tensión. Estaba tan inquieto como yo. Quizá más.

No pude evitar mirar a Shay. Ella lo miraba todo menos al vampiro. ¿Pero él? Tenía los ojos fijos en ella, y se me heló la sangre al ver la espeluznante sonrisa que se extendía por su rostro.

Valen fue el primero en unirse a Arther y a su amigo chupasangre.

—Arther —dijo el gigante. Noté que no saludó al vampiro.

Arther esperó a que Shay y yo llegáramos. No dijo «hola» ni «¿qué tal?», así que yo tampoco. La expresión del hombre lobo alfa seguía siendo cuidadosamente inexpresiva. No había forma de saber si le molestaba mi presencia o no. O quizá sólo era su forma de parecer profesional cuando apoyaba a la familia de un amigo. No le conocía, así que quién sabía lo que estaba pensando. Simplemente no quería que afectara a Shay de algún modo.

Arther nos miró a Shay y a mí.

—Este es mi amigo Nikolas. Hoy va a ayudar a Shay.

Todos miramos al vampiro viejo-joven, que hizo una breve inclinación de cabeza como respuesta. Qué raro. No sabía qué tenía, pero no me gustaba. Llámalo instinto de bruja, intuición femenina...

llámalo como quieras, pero había algo raro en aquel chupasangre. O quizá ya no me gustaban los vampiros después de mi encuentro con Freida. Sí. Era eso.

Sofocando mi inquietud, miré directamente a los ojos del vampiro.

—¿Y tienes experiencia en este tipo de bloqueo mental? ¿O como se llame? —pregunté, y tuve que resistir el impulso de estremecerme cuando los ojos oscuros de Nikolas se clavaron en los míos. Sus orificios nasales se encendieron como si percibiera mi olor. Se me erizó la piel.

El vampiro cruzó las manos ante sí y me miró con una expresión y unos modales refinados que no encajaban con la ropa que llevaba.

—La teletesia es la magia de cerrar la mente contra la penetración externa —dijo. Su voz era articulada y contenía los rastros de un ligero acento que no pude precisar—. Impide que otros accedan a los pensamientos y sentimientos de uno, o incluso que influyan en ellos.

—Maravilloso.

—Todos los vampiros tienen poder de persuasión —continuó Nikolas, como si yo no le hubiera interrumpido—. Pero sólo los grandes están bendecidos con la compulsión mágica. La capacidad de transformar la *influencia* en *acción*. En nuestra comunidad, a estos individuos que ostentan un dominio mental tan poderoso entre los de nuestra especie se les denomina Empujadores.

—¿Y supongo que tú eres uno de ellos? —pregunté al pálido chupasangre—. ¿Tú también sabes hacer trucos mentales Jedi?. —Crucé los brazos sobre el pecho, pensando en todos aquellos vampiros con Freida. Significaba que cada uno de ellos podía intentar persuadir a mi hermanita, siendo probablemente la vampiresa la más poderosa.

Una lenta sonrisa cruzó el rostro de la sanguijuela de dos patas.

—En efecto.

—¿Y crees que puedes enseñar a Shay a bloquear su mente de esos Empujadores? —preguntó Valen antes de que yo pudiera.

El vampiro sostuvo la mirada de Shay.

—Será difícil, sobre todo para alguien tan joven e inexperta. Pero puede hacerse. Y por lo que me ha dicho Arther, debemos confiar en que pueda aprender rápidamente lo que hay que aprender.

Fruncí el ceño y miré fijamente a Arther. Puede que fuera amigo de Valen, pero para mí seguía siendo un desconocido, y no me gustaba que revelara información sobre Shay a alguien a quien no conocía. Me di cuenta de que tuvo que contarle una historia al vampiro. No sabía cuánto le había contado, pero no le correspondía a él contarlo.

—¿Empezamos? —preguntó el vampiro, forzando su tono para que siguiera siendo ligero.

Arther y Valen empezaron a retroceder mientras Nikolas y Shay se preparaban para empezar. Levanté una mano, deteniéndolos.

—Esperen —dije—. Repasemos lo que van a hacer para que Shay sea consciente de los peligros asociados a este tipo de entrenamiento. —A mí también me interesaba saber más sobre los riesgos. Miré a mi hermana—. ¿Verdad?

Shay asintió, con los ojos fijos en mí. Me di cuenta de que estaba nerviosa, pero al menos estaba dispuesta a intentarlo.

—Sí —dijo, con determinación. Sabía que aprender a proteger su mente sería difícil, pero estaba decidida a hacerlo. Tras haber experimentado las consecuencias de las capacidades destructivas de Darius, sabía que no quería volver a ponerse en una situación vulnerable.

Respiré hondo, intentando calmar mis nervios. Miré al vampiro, esperando su respuesta.

Su mirada se volvió lentamente hacia mi hermana.

—Voy a enseñarte a controlar tu mente. Cómo bloquearla de huéspedes indeseados y de cualquier tipo de compulsión. Oirás mi voz dentro de tu cabeza. —Al oír eso, Shay se estremeció, y cuando sus ojos se abrieron de par en par, estuve tentada de cancelar todo aquello. Pero entonces me di cuenta de que, por muy aterrador que fuera, ella lo necesitaba.

—Y vas a intentar *impedir* que entre mi voz —continuó el vampiro —. Va a ser difícil, pero es necesario.

Asintió, pero me di cuenta de que seguía asustada. Probablemente era lo más difícil que había hecho en su vida, y mi instinto me decía que Shay tal vez no fuera capaz de hacerlo al primer intento o el primer día. Pero estaba bien. Era una niña fuerte y sabía que se las arreglaría eventualmente.

Le di la espalda al vampiro y miré a Shay.

—¿Estás preparada para hacerlo?

Shay se limitó a asentir.

Le apreté el brazo.

—Puedes con esto. Y yo estaré justo ahí si me necesitas o si quieres parar. ¿Vale? Si quieres parar, dilo y se acabará así —dije chasqueando los dedos.

—Bien —dijo Shay sonando esta vez un poco más decidida, pero aún podía oír un ligero temblor.

Con una última mirada a su carita, retrocedí unos pasos y seguí a Valen y Arther a unos seis metros de Shay y Nikolas. El corazón me latía con fuerza cuando me di la vuelta.

Nikolas se alejó unos cuatro metros de Shay y se volvió hacia ella como si dos brujas estuvieran a punto de batirse en duelo, un duelo de mentes.

Demonios. Será mejor que no me arrepienta.

—Ella estará bien —dijo Valen, que parecía haberse dado cuenta

de la tensión que rezumaba por mis poros—. Necesita esto.

Tragué saliva.

—Ya lo sé. Es sólo que... no conozco a este tipo.

—Nikolas es un miembro de confianza de esta comunidad —dijo Arther, hablándome directamente por primera vez—. Puedes confiar en él.

Claro. Viniendo de la boca de un desconocido. No respondí. Sabía que, si lo hacía, alejaría aún más a Arther de mí. No quería eso. No cuando era el mejor amigo de Valen. Bueno, así que lo de Catelyn resultó peor de lo que pensaba. Tendría que hacer un esfuerzo razonable para evitar que las cosas empeoraran aún más.

Crucé los brazos sobre el pecho, observando la escena que tenía ante mí. Shay y Nikolas no se movían. Sólo se miraban desde el otro lado del claro. Y durante más o menos un minuto no pasó nada.

Y justo cuando estaba a punto de decir algo, la cara de Shay se torció y tiró como si estuviera haciendo un esfuerzo por no mostrar ninguna emoción. Entonces sus ojos se entrecerraron y su nariz se arrugó como si tuviera un fuerte dolor de cabeza.

Y a partir de ahí todo fue a peor.

El rostro de Shay se deformó y negó con la cabeza.

—No —dijo, y luego apretó la cabeza entre las manos—. No quiero. Para.

Antes de que mi cerebro registrara mis piernas, ya me estaba moviendo. Pero sólo di un paso antes de que el fuerte brazo de Valen me agarrara.

Me tiró hacia atrás.

—Sabías que esto ocurriría. Forma parte del proceso. Tienes que dejar que ocurra.

Fruncí el ceño, mirando fijamente la cara de mi hermanita.

—Parece que le duele. Le duele.

Valen no me soltó.

—Tienes que dejar que lo intente. Por su propio bien. Recuerda. No quieres que Freida la controle.

—Ya lo sé.

—Espera y verás. —Valen me soltó, pero se quedó a mi lado, con su cuerpo duro rozando el mío como si esperara a que saliera corriendo de nuevo.

—Bloquea mi voz, Shay —le ordenó Nikolas, de nuevo con las manos entrelazadas ante él—. Impide que mi voz entre en tu mente. Hazlo.

—Eso intento —se quejó Shay, irritada. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Respiraba deprisa, como si acabara de trotar por el complejo. Podía ver ese ceño decidido en su cara, como si quisiera poder bloquearlo. Lo estaba intentando. Yo lo sabía.

—No lo suficiente —señaló Nikolas, alzando la voz—. Shay, no pareces comprender la gravedad de esta situación. Si no impides que entre en tu mente, no podrás detener a Freida.

Me quedé mirando a Arther, con la mirada fija en Shay y Nikolas. Supongo que le había dicho más de lo que debía.

—Eres una bruja —continuó el vampiro, y tuve la sensación de que hablaba en voz alta y no telepáticamente en nuestro beneficio—. Las brujas son capaces de esa magia, de esa telestesia. Si no quieres que Freida ni ningún otro vampiro te controle, debes dar un paso adelante y tomar el mando. Tienes que encontrar la forma de canalizarla tú misma. Si el Empujador logra controlar tu mente, perderás. Te perderás a ti misma y ella ganará.

Shay asintió y volvió a secarse la frente.

—Vale, estoy lista.

Casi se me rompe el corazón al verla tan decidida, pero me di cuenta de que se estaba cansando. Si Shay no estuviera maldecida, habría tenido más resistencia. Tal y como estaban las cosas, la telestesia estaba haciendo mella en el cuerpo de mi hermanita. Y acabábamos de empezar.

Nikolas se inclinó. Sus ojos se entrecerraron en Shay.

Se estremeció como si la hubiera golpeado. Se le humedecieron los ojos y parpadeó.

—Para —suplicó—. No puedo hacerlo.

—Debes hacerlo —Los ojos de Nikolas eran duros trozos de cristal oscuro en un rostro del resto pálido y apuesto—. Vamos, Shay. Concéntrate. Evita que entre en tu mente.

De nuevo, Shay se estremeció como si la estuvieran atacando con golpes físicos.

Se me escapó un gruñido. Sonaba como una mujer lobo que quisiera arrancarle la yugular a aquella garrapata chupasangre que estaba haciéndole daño a mi cachorro.

—Leana —advirtió Valen, pero yo no escuchaba. Mi única atención se centraba en mi hermana.

—Para. Por favor. No quiero seguir haciendo esto —Se llevó las manos a los oídos, como si intentara apartar su voz de su cabeza.

El rostro de Nikolas se endureció por la ira.

—Lo que *necesitas* es controlar ese poder antes de que te controle y mates a alguien.

—Me duele. —Una breve expresión de dolor recorrió las facciones de Shay.

—Esto no está bien —dije, mientras mis pensamientos se arremolinaban e intentaba controlar mis emociones por encima del martilleo de mi cabeza—. Es sólo una niña. Esto está mal.

—Está bien —dijo Valen, aunque la tensión de su voz lo delataba

—. Tiene que aprender esto. Para protegerse.

—Te dolerá más si dejas entrar a Freida —dijo el vampiro—. Se requiere la misma fuerza para controlar una compulsión como ésta. Es un trabajo que nadie puede realizar fácilmente. Debe convertirse en parte de tu naturaleza. Como liberar una emoción, pero con más fuerza. Ésa es la única forma de ejercer control sobre tales energías.

Los ojos de Shay se llenaron de lágrimas.

—No quiero. Quiero irme a casa.

Se me escapó un pequeño gemido. Bueno, ahora me sentía como si ella me hubiera arrancado el corazón del pecho y lo hubiera pisoteado.

—Para —grité. Sentí que la ira se apoderaba de mí hasta que creí que iba a gritar—. Esto se acaba ahora. Ella ya no quiere hacer esto. —Di un paso adelante, y esta vez Valen no me detuvo.

Nikolas estaba concentrado en Shay.

—*Puedes* detenerlo. —Se enderezó, dando más énfasis a sus palabras—. Pero primero debes dominarlo. *Tú* eres su maestra. Tú, Shay. Con toda tu mente. A Freida no le importas. Sólo le importa lo que tu cuerpo puede hacer con este don, y quiere controlarlo. No se lo permitas. No te dejes convertir en su marioneta. Otra vez.

Shay gritó como si un enemigo invisible la hubiera golpeado y cayó de rodillas. Se inclinó hacia delante, cubriéndose aún los oídos con las manos. Cuando se volvió para mirarme, sentí que la sangre se me iba de la cara al ver su expresión: dolor, miedo, pánico. Le había dicho que podía parar en cualquier momento.

Así que cuando vi que le corría sangre por la nariz, bueno, me volví loca.

Y antes de que Valen pudiera detenerme, me lancé contra el vampiro.

8

Puede que pienses que ha sido una estupidez. Y tendrías razón. El viejo vampiro era poderoso. No había duda de que irradiaba poder. Pero estaba le haciendo daño a mi hermanita. E iba a pagar por ello.

Fue como si un animal tomara el control de mí. Los ojos se me encendieron. Quería destrozar al vampiro. Quería impedir que le volviera a hacer daño a Shay.

Una furia salvaje se abrió paso en mis entrañas y se quedó allí. Iba a matar a aquella sanguijuela de dos patas. Y no me sentiría mal por ello después.

Recurrí al poder de las estrellas mientras me movía, con una necesidad desesperada de que respondieran ahora, aunque fuera de día. Aquel vampiro iba a arrepentirse de haberle hecho daño a Shay. Sentí un tirón, una pizca, y cuando miré mis manos, se materializaron gotas de luz estelar.

Y entonces desaparecieron.

Ah, qué mierda.

Justo cuando estaba a metro y medio del vampiro, Nikolas se volvió lentamente hacia mí.

¡Para!

Ordenó una voz en mi cabeza.

Fue como si me hubieran lanzado un hechizo inmovilizador. Las piernas y los brazos se me bloquearon. No podía moverme.

Esto no es bueno.

—¡Hijo de puta! —aullé, contenta de que mi boca aún funcionara—. Te mataré por esto. —No era divertido. Presa del pánico, luché por mantener la compostura. Ahora no podía fallar. No podía. Shay dependía de mí. Tenía que luchar. Tenía que hacerlo. Y tenía que patearle el culo a este vampiro.

Luché con todo lo que tenía dentro, con mi magia estelar. Incluso rogué al sol que me prestara algo de poder sólo esta vez. Pero no conseguí nada. Sin embargo... sentí una punzada de energía.

No deberías haber intentado hacerme daño —dijo Nikolas en mi mente.

Y no deberías haberle hecho daño. —Le dije con la voz en la cabeza, sin saber si él podía oírla—. *Te dije que pararas. No lo hiciste.*

Concentrándome en mi voluntad y en toda la magia que pude reunir para zafarme del ataque mental del Empujador, sentí una liberación repentina.

Un hormigueo se extendió por mis miembros y conseguí dar un paso.

—¡Ajá! No tan poderoso. Me toca a mí. —Invocando a mis luces estelares, la pizca de poder que tenía, levanté la mano y...

No.

Era sólo una palabra, una diminuta palabra de dos letras, pero el poder que había tras ella era como ser golpeado por mil maldiciones a la vez.

Volé hacia atrás y golpeé el suelo con un balanceo. Madre mía. Su control mental podía moverme *físicamente* como si también tuviera el poder de la telequinesis. No sólo podía utilizar su mente para controlar las acciones de los demás, sino que también podía utilizarla como si estuviera lanzando magia defensiva. Eso no lo sabía.

Pero con el uso de mis extremidades, me levanté en un santiamén. La cabeza me palpitaba como si sufriera la peor migraña imaginable. Necesitaría un frasco entero de Tylenol después de esto.

Pero aún no había terminado.

Mientras intentaba recuperar el aliento, levanté la vista y vi a Nikolas mirándome fijamente. La intensidad de su mirada negra me produjo escalofríos. Podía sentir la ira que irradiaba. No se sentía a gusto conmigo. Pero yo tampoco me sentía a gusto con él. Si no lo supiera, parecería que el pobre Nikolas estaba a punto de transformarse.

Le levanté el dedo.

—Si veo que te salen las garras, te voy a sacrificar.

—*Tú* atacaste primero —espetó el vampiro—. Yo sólo me defendí. —¿Era un desafío lo que veía reflejado en su estúpida cara pálida?

—Le hiciste daño a mi hermana y seguiste haciéndoselo cuando te suplicó que pararas.

Ante eso, el vampiro se limitó a sonreír.

Sí, estaba muerto.

—Leana. Es suficiente —oí decir a Valen. Pero yo ya no podía ser racional. Y cuando volví a mirar a Shay y la vi en el suelo, destrozada, golpeada y sangrando, toda la furia de antes volvió a surgir. Parecía enferma, como si la maldición volviera a ponerse en marcha. De algún modo, la tensión del ataque del Empujador parecía haber activado la maldición. Bastardo.

¿Te atreves a desafiarme? —gruñó una voz dentro de mi cabeza.

—Ya lo creo, pálido hijo de puta. Considéralo una práctica para cuando me encuentre con Freida. —Para mí tenía sentido, pero aún podía oír los gritos de Valen.

Nikolas extendió las manos en señal de invitación.

Como desees. Acércate a mí. Veamos lo que puedes hacer, bruja de Luz Estelar. Veamos si eres tan buena luchadora como dicen.

—Puedes apostar el culo. —No podía usar mi magia estelar. Era un golpe evidente. Pero tenía brazos y piernas, y los utilizaría.

—Leana —advirtió Valen.

Me volví para mirarle y levanté la mano para decirle que se quedara tranquilo.

—No pasa nada. Considéralo prácticas de tiro. —*Y te voy a patear el culo por lo que le hiciste a mi hermana.*

Una parte de mí sabía que aquello era una tontería. Le habíamos pedido al vampiro que ayudara a Shay con lo del bloqueo mental. Pero había ido demasiado lejos. Y una parte de mí sentía que lo había disfrutado. Ya era una niña enferma. Y los trucos mentales que había hecho la habían empeorado.

—Mírala —le dije al gigante—. Mira lo que le ha hecho. Es como si la maldición volviera a tener pleno efecto. ¿Crees que está bien? —Antes de que acabara la frase, el gigante se abalanzó sobre Shay.

Sentí que me miraban. Arther. No le miré. Pero si intentaba detenerme, me defendería. Su amigo vampiro había hecho que la maldición de Shay despertara de nuevo.

Me pediste ayuda —dijo el vampiro, con una sonrisa astuta en el rostro.

—Así es como te lo voy a agradecer —Salí disparada hacia delante, con las piernas bombeando adrenalina.

Nikolas no se movió ni un milímetro. Permaneció allí, con los brazos abiertos, burlón, esperándome. Podía sentir el poder que emanaba de su cuerpo mientras me acercaba.

Para —dijo la voz del vampiro dentro de mi cabeza.

Sabía que iba a ocurrir. Diablos, no era tan idiota. Así que me había preparado mentalmente para su golpe. Al menos, eso me dije a mí misma.

La voz sonó en mi cabeza, y mis oídos indicaron a mi cuerpo que obedeciera la orden del Empujador. No estaba entrenada en esta telestesia, así que me limité a utilizar mis instintos para dirigir mis acciones y protegerme mientras luchaba y purgaba el asalto mental.

De nuevo, mi cuerpo se bloqueó como si estuviera a punto de convertirme en piedra.

Eres una tonta si crees que puedes superar el poder de un Empujador.

—Tienes razón. Soy una tonta.

Toda bruja lleva la magia en la sangre, en el ADN, por así decirlo. Sí, mi poder residía en las estrellas, pero llevaba dentro la sangre de mi madre. Y como bruja, me transmitió mi pelo oscuro, mis ojos y la magia de mi sangre. Vale, no podía invocar el poder de los elementos ni hacerme amiga de los demonios, pero seguía teniendo magia en las venas. Magia innata. Magia que ahora me ayudaría a luchar contra la atracción de la compulsión vampírica. O eso esperaba.

Aproveché ese poder, esa fuerza interior, esa parte inherente de mí que era toda de mi madre.

Y entonces me esforcé.

Sentí una presión repentina en la cabeza y una punzada. Entonces, tal como había aparecido, sentí una liberación, como si me quitaran una cinta muy apretada de la cabeza. Una liberación de mi mente. Funcionó.

Miré al vampiro, sintiendo de nuevo el uso de mis piernas.

—Parece que esta tonta tiene habilidades. —Si Freida tenía la misma cantidad de control mental que Nikolas, yo también podría vencerla.

Sí, eres una necia, —se hizo eco Nikolas—*, si crees que esa demostración fue una medida de mi poder.*

Ladeé la cabeza mientras me acercaba.

—Eso parece.

Dolor.

Grité de agonía mientras ardía un dolor atroz y me convulsioné, sintiendo como si mi cuerpo hubiera sido abrasado de repente con un lanzallamas. La agonía me abrasaba y apenas podía respirar. Entré casi en pánico al sentir que mis pulmones expulsaban el aire. Caí de rodillas, con las lágrimas nublándome la vista. Apreté los dientes, gimiendo cuando todo mi cuerpo sufrió espasmos de dolor.

Dolor.

La palabra se repitió, sacudiéndome con una fuerza aterradora. Sentí que me ardía la columna vertebral y que los huesos eran de goma. El dolor nubló mis pensamientos. Sentí más pánico. No moriría. Así no. ¿De verdad intentaba matarme ese estúpido vampiro? Si lo hacía, Valen lo aplastaría y lo dejaría como un charco.

¿Crees que eres más fuerte que yo, Bruja? No lo eres. Puedo obligarte a hacer lo que quiera. No eres nada. Eres débil. Patética.

—Jódete —espeté. Levanté la cabeza, al ver que el vampiro se acercaba, pero miré a Valen. El gigante estaba de pie junto a Shay, como si también estuviera inmovilizado. Pero sabía que no se trataba del poder mental del vampiro, ya que podía ver cómo apretaba los puños y la gran vena le palpitaba en la frente. El gigante apenas era capaz de controlar su temperamento, y sabía que en cualquier momento se transformaría en su yo mucho más grande y se enfrentaría al vampiro. ¿Estaría sometido al poder del vampiro como yo? Eso no lo sabía. Y no quería averiguarlo. Ya había tenido bastante.

La determinación hervía en mí. Sí, sentía un dolor brutal en todo mi cuerpo, y sabía que no podría usar la magia curativa del gigante para reponerme después, ya que Shay parecía necesitarlo más. Pero me estaba haciendo daño, no *inmovilizándome*.

Así que hice lo único que podía hacer. Cuando el vampiro se

acercó sobre mí, levanté el brazo y le clavé el dedo en el ojo.

Nikolas gritó mientras retrocedía de un salto, con una mano sobre el ojo que le había apuñalado. No hace falta que diga lo asqueroso que fue aquello. Fue realmente asqueroso. Pero una bruja tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Tener a alguien dentro de tu cabeza era una violación enorme. Y nunca quise volver a sentirme tan vulnerable y sin control sobre mi cuerpo.

Viendo mi oportunidad de demostrar mis habilidades de combate uno contra uno, que eran inexistentes, me lancé sobre el vampiro.

Al acercarme, un gruñido salió de su garganta y se abalanzó sobre mí.

Esquivé su ataque, planté firmemente el pie en el suelo y pivoté hacia él. Giré la pierna con la esperanza de agarrarlo desprevenido. Pero Nikolas fue rápido. El cabrón pasó por debajo de mi pierna y me tiró al suelo.

De acuerdo. No fue el movimiento victorioso que había imaginado en mi cabeza. Pero al menos había dejado los trucos mentales Jedi.

Jadeé mientras se me escapaba el aire de los pulmones. Nikolas estaba encima de mí, inmovilizándome con sus poderosos brazos. Mientras me gruñía al oído, pude oler su aliento, agridulce y enfermizo, como si se hubiera dado un festín con cadáveres justo antes de venir aquí.

Julian tenía razón en eso. Los vampiros tenían un aliento horrible.

—Deberías darle un mejor ejemplo a tu hermana. Tu mal genio hará que te maten —dijo, con la voz cargada de malicia y los ojos completamente negros. Sentí que algo afilado me rozaba la piel del cuello. Garras. Se había transformado completamente en vampiro.

Apreté los dientes y me sacudí, apartando al vampiro de mí. Me puse en pie.

—Y deberías plantearte usar enjuague bucal. Un consejito gratis.

Los ojos de Nikolas se entrecerraron.

—Eres muy inmadura para tu edad.

Me encogí de hombros.

—Inmadura es una palabra que la gente aburrida utiliza para describir a la gente divertida. —Me señalé a mí misma—. Yo soy divertida. Tú no lo eres. —Su cara se crispó y pude ver cómo sus mejillas se enrojecían. Uuuuh. Estaba enfadado. Qué bien. Parecía que cuando perdía la calma, no utilizaba sus juegos mentales conmigo. Excelente. Eso es lo que quería.

Volví a atacar. Cuando me acerqué a Nikolas, hice una finta hacia la izquierda antes de blandir mi pierna derecha hacia su sección media. Se movió para esquivarlo, pero yo ya estaba girando, y mi pierna izquierda giró para golpearle la mandíbula. El impacto de mi

pie contra su cara resonó en el claro, y el vampiro retrocedió un instante.

Pero era demasiado rápido para permanecer en el suelo mucho tiempo. Antes de que pudiera aprovechar mi ventaja, Nikolas ya había recuperado el equilibrio y se había lanzado hacia mí. Apenas tuve tiempo de esquivar su primer golpe, y las afiladas garras de sus dedos me rozaron el cuello.

Nikolas movió las garras hacia mí como una versión sofisticada de Freddy Krueger.

—Luchas casi tan bien como un hombre.

—Es curioso. Estaba a punto de decir lo mismo de ti.

Una ceja se frunció en el rostro del vampiro.

—No ganarás esto.

—Me arriesgaré.

Giré el puño en un gancho de derecha, pero él lo desvió con facilidad, agarrándome del brazo y haciéndome caer sobre su hombro. Caí al suelo con fuerza, sin aliento en los pulmones.

Nikolas estaba sobre mí en un instante, presionándome el pecho con una mano, la otra levantada en un puño.

—Podría acabar contigo ahora. Mi fuerza vampírica no es rival para la tuya. Eres prácticamente humana sin tu magia.

—Déjame adivinar. ¿Comes humanos en el almuerzo?

Una mueca apareció en su rostro.

—Yo no *como* humanos.

—No, te los bebes como un buen vino.

Los ojos de Nikolas se dirigieron a mi yugular, y sentí cómo un escalofrío me recorría la piel. Estaba inmovilizada y no podía moverme. Bueno, no podía mover los brazos, pero sí una parte de mí.

Apreté los dientes y le di un cabezazo al cabrón.

Atención: los cabezazos duelen mucho más de lo que crees.

Ambos gritamos de dolor, pero al menos el vampiro se alejó de mí. Me puse en pie con dificultad, tambaleándome mientras la cabeza me palpitaba tanto por el control mental como ahora por las secuelas del cabezazo.

Me giré, y justo cuando estaba a punto de patear al vampiro mientras estaba en el suelo...

Para.

Un cosquilleo susurró en mi mente, el único aviso que recibí. Me puse rígida mientras el poder del vampiro ascendía por mi mente, penetrando en mi cabeza y sintonizándola con mi cuerpo, con mi conciencia.

Volví a recurrir a mi magia, desesperada, enfurecida por tener a otra persona controlando mi cuerpo.

No lo permitiría.

Dejándome alimentar por la ira, me defendí. No dejaría que me controlara. Oí acercarse a Nikolas, mi cuerpo temblaba mientras luchaba contra su control mental, y pude sentir una liberación. Iba a vencerlo.

Dormir, fue la palabra que sonó en mi cabeza.

Como un interruptor, todo se oscureció en mi mente. Mis botas abandonaron el suelo firme. Estaba flotando, suspendida como en el agua. Intenté gritar, pero mi boca no funcionaba. Las palabras no salían. El miedo me golpeó con fuerza y el pánico se apoderó de mí. Ya estaba. Lo había conseguido. Había enfurecido a Nikolas y ahora me había matado.

Mi último pensamiento fue para Shay mientras la oscuridad se apoderaba de mí.

9

Me desperté con un colosal dolor de cabeza infernal y sintiéndome avergonzada. Sí, puede que haya exagerado. Puede que haya actuado un poco *emocional*, como le gustaba señalar a Clive. Pero había descubierto algo.

La sujeción de un Empujador *podía* romperse, lo que significaba que Shay tenía muchas posibilidades de vencerla y bloquear a Freida.

Parpadeé para quitarme el sueño de los ojos y miré a mi alrededor. Estaba de vuelta en la cabaña y tenía la garganta seca, como si no hubiera bebido agua en semanas. Reseca, me fijé en un vaso lleno de agua que había sobre la mesa auxiliar. Cuando me senté, cogí el vaso y me lo bebí de un trago.

No tenía ni idea de que el agua pudiera saber tan bien. Dejé el vaso justo cuando los murmullos de voces sonaban a través de mi puerta cerrada.

Shay.

Bajé las piernas de la cama, contenta de seguir llevando la misma ropa. Aunque estaba manchada de suciedad, no tuve que ir a buscar algo que ponerme. Me levanté, el mundo cambió de lugar y me asaltó un ataque de náuseas que amenazaba con hacer salir de nuevo toda el agua que acababa de beber.

Volví a caer sobre la cama.

—Bueno. Quizá necesite un momento. —Respiré unas cuantas veces, esperando a que se fuera el mareo, y volví a intentarlo. Finalmente, esta vez me levanté despacio y salí mientras controlaba la respiración.

Valen estaba de pie en la sala, con los brazos cruzados, mirando fijamente a un hombre mayor y pequeño, con la cabeza llena de espeso pelo anaranjado hasta más allá de las orejas y con cejas pobladas del mismo color, sentado junto a Shay en el sofá. No creía haber visto nunca a un hombre tan pequeño. Parecía... parecía que tuviera sangre de gnomo o algo así. No podía medir más de metro y medio.

Todos me miraron cuando me acerqué.

Si esperaban que me sintiera mal por mi arrebato, o avergonzada, o incluso temerosa, no lo estaba. Una oleada de posesividad había superado mi buen juicio, y casi había utilizado mis propias manos para golpear a Nikolas. Pero no me importaba.

El desconocido entrecerró los ojos al mirarme.

—Deberías estar descansando. —Su voz era tan tímida como su aspecto—. Después de lo que me han dicho que has pasado, no deberías estar de pie todavía.

No le conocía, pero percibí auténtica preocupación en su tono, grabada en su rostro. Le importaba.

—¿Tú eres el curandero? —Me acerqué al sofá. Una bolsa médica de cuero negro estaba en el suelo, junto al hombre.

—Sí —respondió. Abrió la boca para decir algo más, pero le corté.

—¿Cómo te sientes? —Le pregunté a Shay. Había recuperado parte de su color, pero aún tenía ojeras negras, más oscuras de lo que habían sido esta mañana.

Shay me dedicó una breve sonrisa.

—Estoy bien.

No me lo creí ni por un momento.

—Lo siento. Si hubiera sabido que esta telestesia te enfermaría más, nunca habría accedido a probarla. Pensé que te ayudaría. Pensé que si podías alejar a esa vampiresa del interior de tu mente, estarías a salvo.

Shay se miró los dedos sobre el regazo.

—Lo sé.

Quería decir algo más, pero no encontraba las palabras. Me dolía el corazón al ver la derrota en su rostro. Todo era culpa mía. Quería sentarme a su lado en el sofá, pero no había espacio suficiente y no iba a apretujarme junto a aquel hombre diminuto. Las energías que desprendía eran diferentes y, a la vez, familiares. Como un viejo amigo al que no había visto desde la infancia, pero del que no recordaba su nombre. Era como si fuera en parte brujo y en parte otra cosa. La otra parte era un misterio. Podía tener algo de hada, igual que de metamorfo. Posiblemente fuera un topo. Eso explicaría su tamaño.

La mirada oscura de Valen se posó en mí.

—Empezaba a preocuparme por ti. Te has llevado una buena paliza... mental.

—Dímelo a mí. —El recuerdo de Nikolas utilizando su magia Empujadora conmigo me puso los dientes de punta—. Quizá perdí un poco los estribos.

—Nos hemos dado cuenta. —Valen se rió—. Pero lo comprendimos. Incluso Arther. Era tu primera experiencia con la manipulación mental. No podías saber qué esperar: cómo funciona y cómo afecta a la mente. Simplemente... reaccionaste. Era natural querer defender a Shay.

Eso explicaba por qué Arther o Valen no nos habían interrumpido o impedido que Nikolas siguiera presionando. Cuando luchaba contra el vampiro, tenía muchas ganas de hacerle daño. Le habría pateado el

culo de vampiro chupasangre si hubiera sido de noche.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el gigante.

—Como si una barra de metal hubiera decidido jugar a la piñata con mi cabeza —respondí. —Aunque Nikolas había atacado mi mente, sentía como si también hubiera dañado mi cuerpo, como *si* lo hubiera golpeado con una barra de metal. Qué raro—. Estoy bien. No te preocupes por mí. —Aún me sentía un poco mareada, pero quizá me sentiría mucho mejor si comía algo.

—Él es Olin —dijo el gigante tras una breve pausa—. Es el curandero del complejo.

—Ya me lo imaginaba. —Mi mirada volvió a recorrer al desconocido.

Su pelo anaranjado me hizo reflexionar. Un par de gruesas gafas de montura negra, quizá demasiado grandes para su cara, descansaban sobre su larga nariz. Su traje verde le quedaba holgado, como si fuera dos tallas más grande. Unos pies grandes con sandalias asomaban por debajo del dobladillo de sus pantalones. Tenía los dedos inmaculados y parecía que se hubiera hecho la pedicura recientemente.

Olin me dirigió una mirada mordaz que me recordó a Elsa.

—Deberías tumbarte. Tu mente ha sufrido una experiencia traumática. Necesita descansar. Tienes suerte de que no te haya dejado en coma.

Me puse rígida al sentir que me volvía la rabia.

—Cierto. Nikolas. ¿Podría hacer eso? —No tenía ni idea de lo fuertes que eran esas habilidades vampíricas. Tenía que investigar más.

—Sí —respondió el curandero, con seriedad en sus ojos—. El tipo de coma del que nunca despiertas.

Sonaba siniestro. Si le hubiera hecho eso a Shay… lo habría matado.

—Lo que pasó después de que… me desmayara.

—Las traje a ti y a Shay de vuelta aquí —respondió el gigante—. Hice lo que pude con mi magia. Pero quería que un curandero la viera. Le pedí a Arther que trajera a Olin.

Cierto. Arther. *Me pregunto qué pensará de mí ahora.* Probablemente lo mismo que una piedra.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida? —Miré por la ventana y me di cuenta de lo oscuro que estaba. El sol ya se había puesto y las sombras se acercaban rápidamente. Odiaba perder el tiempo y, a juzgar por lo oscuro que estaba ya, suponía que me había perdido mucho.

—Unas cinco horas.

—¿Cinco horas? —Maldita sea. Sólo habían pasado unos instantes desde que la oscuridad se apoderó de mí hasta que abrí los ojos.

—Necesitas descansar —Me regañó Olin, mirándome la cabeza

como si esperara que me estallara o que empezara a sangrar por las orejas—. Si no lo haces, te arriesgas *tú misma* a caer en coma. La mente de una persona es algo frágil. Igual que un esguince de tobillo, necesita tiempo para curarse.

—Estoy bien. —Miré fijamente a Shay—. Estoy preocupada por ella. ¿Cómo está?

—Valen hizo su magia curativa. —Shay se movió en el sofá—. Ahora estoy mucho mejor.

Cuando mis ojos llegaron al gigante, no parecía estar de acuerdo con su afirmación. Aunque tenía mejor aspecto, tampoco parecía totalmente curada. Y Valen lo sabía. Lo sabía y, por la dureza de su expresión, le preocupaba.

¿Y si la sesión con Nikolas había empeorado la maldición? ¿Hasta el punto de que la magia curativa de Valen ya no funcionara? No quería pensar en ello.

Mis ojos se desviaron sobre la mesita hasta un vaso vacío con algunas partículas verdes en el fondo. También había unos cuantos recipientes junto a unos frascos de cristal. Medicina, deduje. La medicina de Olin.

Volví a mirar a Shay y, por la suavidad de sus rasgos y su actitud relajada, me di cuenta de que el curandero le caía bien. O al menos no le tenía miedo. Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que era más pequeño que ella.

—¿Qué clase de brujo eres? —pregunté, y cuando intenté aprovechar mi luz estelar, una enorme migraña me palpitó en la frente como si quisiera sacarme los globos oculares. Vale, mala idea.

Olin cruzó las manos sobre el regazo y respondió de un modo que daba a entender que no era la primera persona que se lo preguntaba.

—En realidad, soy mago.

—¿Un mago? —¿Eh? Nunca había conocido a uno—. ¿Pero eres tan… pequeño?

Shay resopló mientras su cara se ponía roja, y miraba a todo menos a Olin y a mí.

Intenté no sonreír ante su reacción. Era demasiado mona.

—¿Qué? Sólo tengo curiosidad. No te ofendas.

Olin sonrió, sin parecer ofendido en absoluto por mi grosería.

—Mi madre era una goblin, mi padre un mago.

—No me digas. —Intenté visualizar a una hembra goblin y a un mago juntos. No pude.

Los hombros de Valen rebotaron mientras se reía. No estaba segura de si sabía que intentaba imaginarme a un duende y a un mago haciendo chaca-chaca o si le parecía gracioso.

Shay se deslizó lentamente hacia el sofá, como si quisiera desaparecer, pero yo estaba intrigada.

Me acerqué al mago-goblin curandero.

—¿Y aprendiste tu magia a través de las enseñanzas de tu padre?.

Olin asintió con orgullo.

—Así es. Pero aprendí la mayor parte de mis habilidades curativas de mi madre. Verás, mi mamá era curandera. Una de las mejores. Pude haber estado en el Gremio de Magos, como mi padre. Pero el gremio no quería que un mestizo como yo ensuciara sus grandes salones, y para entonces ya me había esforzado en aprender a curar en lugar de utilizar mi magia para hacerle daño a los demás. Me incliné naturalmente hacia la curación. —Sabía lo que quería decir con eso, igual que yo tenía una sensación similar, un llamado de las estrellas.

Lo miré con detenimiento. Ahora que lo mencionaba, su nariz larga y puntiaguda y sus dedos igualmente largos daban la impresión de tener genes de duende. Pero aparte de eso, parecía un hombre mayor normal y corriente, aunque diminuto.

—Le has dado un poco de esa cosa curativa —señalé el vaso vacío— ¿Funciona? ¿Está mejor?

—Sí. —Olin se movió en el sofá—. Le he dado matricaria y artemisa para acelerar su proceso de recuperación y un poco de sándalo para darle un impulso de energía. Su sistema inmunitario ha sido atacado y necesita reponerse. —Miró a Shay—. No te saltes ninguna comida. Tienes que comer. Lo mejor son las proteínas. Pollo o pavo, si tienes. Deberías llevar contigo algunos frutos secos para picar. —Agitó las manos sobre el frasco y me miró—. Necesita beber un vaso lleno de agua con los nutrientes añadidos una vez al día durante otros cinco días. Con eso bastará.

Le sonreí a mi hermanita.

—Entonces, estará bien.

El hombrecillo asintió.

—Sí. Pero debo aconsejarte que no vuelvas a probar la telestesia. *Puedes* hacerlo, si quieres, pero sólo al cabo de unos días. Pero Shay no debe ser sometida a ella nunca más. Para alguien tan joven y en un estado ya *frágil* —dijo Olin, con los ojos clavados en Valen, y me di cuenta de que sabía que ocultábamos algo. Supongo que el gigante no le habló de la maldición. Bien. Olin era amable, pero no le conocíamos.

Solté un suspiro.

—Tenía la sensación de que dirías eso.

—Entiendo que sólo intentabas protegerla de otro vampiro —dijo el curandero—. Pero exponer a Shay a otra sesión de entrenamiento es una idea terrible. Porque provocará que se deteriore aún más, demasiado estrés en su mente y en su cuerpo.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Que no puede sufrir otro episodio de ataque mental —respondió

el curandero.

Me quedé con la boca abierta.

—Entonces, si otro vampiro intentara, digamos, utilizar sus habilidades mentales con ella... ¿eso la empeoraría?

Olin negó solemnemente con la cabeza.

—No se recuperaría de ello.

Eso fue todo lo que dijo el curandero, pero el mensaje estaba claro. Si Freida intentaba entrar en la mente de Shay para cumplir sus órdenes, para esclavizarla, la mataría. Freida no conocía la maldición de Auria. Y si intentaba introducirse en la mente de mi hermana, Shay moriría.

Me froté las sienes.

—Necesito un trago. —Aunque intentamos ayudar a Shay, pensando que si podía impedir que los vampiros la manipularan, eso la salvaría, acabamos empeorando las cosas. Pero también descubrimos inadvertidamente que, debido al frágil estado de Shay, más compulsión mental la mataría. Éste era el resultado más sombrío posible. ¿Podrían empeorar las cosas? Claro que podían.

Odiaba admitirlo, pero venir aquí me parecía que fue una mala idea.

—Nada de alcohol durante al menos veinticuatro horas —instruyó Olin, mirándome.

Abrí la boca para objetar, pero en lugar de eso, dije:

—Sí, Doc. —Al ver la sonrisita de su cara y el brillo de sus ojos, sentí que me relajaba a su alrededor. Mi instinto de bruja me decía que podía confiar en él. ¿Podría confiar en él sobre la maldición de Auria? Aún no estaba segura. Y, de todos modos, no estaba segura de que sirviera de algo decírselo.

—Y ninguna otra actividad *física* extenuante para el cuerpo durante otras veinticuatro horas. —Olin nos señaló con los dedos a Valen y a mí.

Se me encendió la cara. Sabía exactamente lo que quería decir con eso. Ver la sonrisa de Valen me dijo que él también lo sabía. De acuerdo. Vale, nada de sexo durante un tiempo. No es que estuviera pensando en eso ahora mismo, aunque hacer el delicioso con mi gigante liberaría parte de esa tensión que sentía revolotear en mi interior. Supongo que eso tendría que esperar.

Mis ojos se posaron en mi hermana, y una parte de mí deseó que nunca hubiéramos venido aquí.

—Lo siento mucho, Shay.

—No pasa nada —dijo mirándome—. No lo sabías. Al menos lo intentamos.

Suspiré.

—Pero ahora estás más enferma por nuestra culpa. —La idea de

que aquel vampiro presionando a Shay envió otra descarga de furia por mis venas. Pero no podía seguir enfadada con aquella sanguijuela chupasangre. Intentaba ayudar, aunque presionó demasiado a Shay. En su defensa, él también ignoraba lo de la maldición.

—Bueno, debería irme. —Olin intentó levantarse del sofá, pero sólo consiguió caer hacia atrás. Luego, con más esfuerzo, se balanceó hacia delante y se impulsó hacia arriba, haciendo que sus articulaciones emitieran varios débiles chasquidos. Cogió su maletín médico—. Si necesitan algo, lo que sea, vayan a buscarme. No importa la hora que sea. Estoy unas cuantas casitas más abajo. La del tejado rojo y la puerta verde. Hay una señal. No tiene pérdida.

—Muchas gracias —dije, sintiéndome agradecida y sorprendida por su disposición a ayudar a Shay, ya que éramos extraños aquí. Por otra parte, era un curandero y ese era su trabajo. Pero aquella sonrisa grande y genuina que se extendió por su rostro hizo que me cayera bien al instante. Le importaba. Se preocupaba por Shay.

Saqué la mano…

La puerta principal de la casa se abrió de golpe. Arther entró corriendo. Sus ojos se dirigieron primero a mí y luego a Valen mientras declaraba:

—Nikolas ha muerto.

Como he dicho, las cosas siempre pueden empeorar.

10

El bosque de pinos y abetos se estrechaba a ambos lados del sendero, que no era un sendero propiamente dicho, sino más bien una brecha en la arboleda del bosque. El bosque era tan denso y oscuro que apenas podía ver las titilantes estrellas blancas y la brillante luna a través de los huecos entre los árboles.

Me recorrió un escalofrío que no era del aire más fresco.

Nikolas, el antiguo vampiro del complejo, estaba *muerto* de verdad. No es que no hubiera deseado hacerlo yo misma hacía unas horas, pero no lo había hecho. De verdad. Y, en mi defensa, estaba en la cama, desmayada por los ataques del vampiro Empujador.

La sangre se acumulaba alrededor de la cabeza, rezumando por el único orificio abierto en un lado de la sien, como si le hubieran golpeado con un objeto afilado. ¿Una daga? Posiblemente. Parecía que el golpe lo había matado. Tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente al cielo negro, con el rostro pálido por la pérdida de sangre. El vampiro había estado pálido antes. Ahora su piel era casi blanca. El aire olía a una mezcla de sangre, agujas de pino y tierra húmeda.

Me moví alrededor del cuerpo, pero no pude ver ningún signo de lucha. No tenía heridas defensivas ni moretones en la piel. Sus manos eran suaves y limpias, no las manos ásperas y callosas de un guerrero como las de Valen, sino como las de un banquero o un contable que trabajara con papel y pulsara las teclas de una computadora la mayor parte de su vida. Tenía las uñas cortas y las garras de antes estaban retraídas.

Las salpicaduras de sangre manchaban de granate oscuro la zona de los hombros de su camisa de leñador, algo que me seguía pareciendo extraño en un vampiro. El patrón de salpicadura indicaba que el origen de la sangre procedía únicamente de la herida punzante del costado de la cabeza. El golpe mortal. Eso me pareció a mí.

Pero Nikolas era un poderoso vampiro con la habilidad necesaria para hacer que cualquier enemigo se inclinara y besara sus pies. De hecho, antes de este momento, le habría considerado invencible, dado su excepcional talento. Un vampiro que no mata, o como sea que se llame.

Parece que me equivoqué.

Nikolas había estado vivo hacía sólo unas horas, utilizando sus trucos mentales Jedi para patearme el culo. Pero ahora estaba tan inerte como el pomo de una puerta.

—¿Quién lo encontró? —Valen se arrodilló junto al cadáver, con los ojos recorriendo la escena como si buscara algo. ¿El arma del crimen?

—Un grupo de niños. —Arther se adelantó—. Estaban bastante asustados.

—No me digas —dije.

Arther dirigió su mirada hacia mí, y me costó mantener la cara seria y no mostrar ninguna emoción. No había dejado de dirigirme miradas intensas desde que llegó a la cabaña, miradas que hacían que se me erizara el vello de la nuca y se me tensara la cintura.

Mi mirada se desvió hacia el otro lado del camino. De pie, ambos con los brazos cruzados, había dos hombres lobo. Sabía que eran lobos, no por su constitución —musculosos y con aspecto de haber pasado demasiado tiempo en el gimnasio, ya que no todos los lobos tenían la constitución de Arnold Schwarzenegger—, sino por las energías que irradiaban y por su olor.

No tuve que buscar mucho. Demonios, sólo por la forma en que estaban parados en mi línea de visión, *querían* que los viera.

El hombre lobo era una figura corpulenta. Sus enormes pectorales sobresalían bajo la camiseta, cuyas costuras se esforzaban por contener todo aquel músculo. Tenía una postura intimidatoria, como la de un oso. A través de su espesa barba negra y su pelo desgreñado, su expresión era inexpresiva mientras me observaba.

Pero la mujer lobo me aceleró el pulso. Su largo pelo negro caía en cascada por su cuerpo como ondas. Llevaba jeans y una chaqueta, ideal para una batalla. Pequeñas pero rápidas, las hembras eran conocidas por ser más agresivas y feroces. Su postura era tensa y su rostro severo, y no había duda de la violencia potencial en su mirada. Yo conocía esa mirada. Era el tipo de mirada de *voy a arrancarte la garganta y comérmela*.

Estupendo. Yo sí que tenía facilidad para hacer amigos.

Los hombres lobo se quedaron inmóviles, con los ojos fijos en su amigo vampiro tendido en el suelo.

Pronto desaparecería el crepúsculo persistente y nos quedaríamos en la oscuridad total. Tuve la tentación de utilizar mis luces estelares para alumbrarnos, pero mi instinto me decía que era una mala idea, que los hombres lobo no lo verían con buenos ojos.

La sangre del vampiro muerto ya se estaba filtrando en el suelo, y pronto desaparecería. Aunque Shay me había hecho pasar un mal rato cuando le dije que se quedara en la cabaña a esperarnos, me alegré de que no tuviera que ver esto.

—Quiero ir —Había protestado mientras nos preparábamos para irnos.

—No —Le había respondido, sintiendo otra sensación de déjà vu,

sabiendo que habíamos tenido esta conversación muchas veces antes —. Órdenes del médico. —Miré hacia el curandero, Olin, que seguía de pie en la cabaña.

—Sí —Él estuvo de acuerdo—. Tienes que quedarte aquí y descansar. —Entonces me había mirado, probablemente para decirme lo mismo, pero por su ceño fruncido, supuso que le ignoraría. Se había imaginado bien.

—Y no intentes seguirnos, Shay —Le dije, sabiendo que se destacaba en el sigilo y que tenía la extraña habilidad de escabullirse de situaciones difíciles. Hasta que supiera más sobre lo que le había ocurrido a Nikolas, la quería dentro de la cabaña y a salvo.

—Le diré a Eve que venga a hacerle compañía mientras no están —Había sugerido Arther.

—Gracias. —Aquello me hizo sentir mejor y, a juzgar por la sonrisita de Shay, a ella también. Y lo más probable es que eso la mantuviera quieta.

Y así, Valen y yo seguimos a Arther hacia la salida, dejando a Shay sola para que esperara a Eve.

Volví a mirar al vampiro muerto. No tenía nada que lamentar, y no sentía absolutamente nada por él, excepto tal vez la conmoción de que estuviera muerto. Me había hecho daño. Le había hecho daño a Shay. Nunca podría querer a una persona por eso, aunque mi mente siguiera diciéndome que se lo habíamos *pedido*, que nos había hecho un favor. No podía quitármelo de la cabeza. Aun así, alguien lo había matado. Quizá había enfurecido a demasiada gente de aquí. Tal vez había utilizado sus trucos mentales Jedi con demasiada frecuencia, había abusado de ellos, y alguien se hartó.

Es posible que quien haya sorprendido al vampiro, se acercó sigilosamente por detrás y lo mató a golpes. Entonces, ¿dónde estaba el arma del crimen? El hecho de que no estuviera me decía que había sido premeditado. Se la habían llevado.

A juzgar por el color ceroso y blanco grisáceo de su piel, el azul de las puntas de los dedos y los labios descoloridos, el cadáver aún estaba en la «fase fresca» y no había empezado la primera fase de descomposición. Calculé que había muerto hacía unas dos horas.

—Supongo que Nikolas tenía enemigos —dije mirando a Arther—. ¿Sabes quiénes?

Un músculo tembló en la mandíbula del jefe de la manada.

—Nikolas era muy querido. Tenía muchos amigos aquí. No enemigos. Éste fue su hogar durante cuatro años. —Su mirada se volvió intensa cuando añadió—: *Tú* eres su única enemiga.

Me atraganté con mi saliva.

—¿Disculpa? Yo no era su enemiga. Apenas conocía al tipo, vampiro. Lo conocí esta tarde. —Resistí el impulso de poner los ojos

en blanco. Había algo en la forma en que Arther me observaba que me inquietaba. Me daba escalofríos.

Valen se levantó lentamente, con una postura casi explosiva. Sí, percibía las vibraciones peligrosas que proyectaba su compañero.

Arther me miró con desprecio, apenas notando a Valen mientras se movía alrededor del cadáver.

—Amenazaste su vida.

—¿Hablas en serio? —repetí. Le miré con recelo para ver si bromeaba. Tenía que ser una broma—. Hirió a Shay. Tú estabas allí. Viste lo que pasó. Sólo intentaba protegerla de él. —¿Qué clase de pensamiento retrógrado era éste? Como he dicho, empezaba a arrepentirme de haber venido a este complejo. Deberíamos habernos quedado en Nueva York.

—Parecía que querías matarlo —dijo el alfa, con voz tranquila pero con un tono mortal subyacente—. Y si no te hubiera golpeado, creo que lo habrías hecho.

Sentí una repentina oleada de ira y vehemencia.

—No lo habría hecho, y no lo hice. —No es cierto. Podría haberlo hecho si hubiera tenido el poder de mis luces estelares detrás de mí. Era la única razón por la que Nikolas me había pateado el trasero. Y entonces las piezas empezaron a encajar—. ¿Crees que he sido *yo*? —Sí, esta noche estaba un poco lenta. Culpé de ello a la violación mental que había sufrido. Su silencio fue mi respuesta. Maldita sea. Pensó que yo había matado a Nikolas. Sí, había imaginado hacerlo, pero no lo había hecho.

—Leana no hizo esto. —Valen salió en mi defensa—. Ella no es una asesina.

Eso no era del todo cierto. Había matado a Auria, aunque había sido una especie de accidente. Y a muchos otros. Todos malos, así que no contaban.

Arther mantuvo su mirada en mí, inquebrantable.

—Eso no es lo que he oído.

Mis cejas me levantaron el cuero cabelludo.

—¿Te refieres a Catelyn? ¿Qué dice de mí? —Bueno, ella y yo necesitábamos una charla. E iba a ser de las de puños.

Arther miró a Valen.

—Ella es la única aquí que lo quería muerto. Y ahora lo está. ¿Coincidencia?

—Sí —dije en voz alta.

—Eso no existe —dijo el alfa con la misma animosidad en la voz. Empezaba a dejar de parecerme tan atractivo. Ahora mismo, era tan feo como un culo.

Agité las manos.

—Escucha. Yo no lo maté. Sí, puede que hubiera querido, pero no

lo hice. A pesar de lo que Catelyn te haya contado de mí, no voy por ahí matando a los vampiros que me hacen enojar.

—Le amenazaste de muerte —dijo Arther—. Todos te oímos.

Mierda. Lo que faltaba.

—Sólo estaba desahogándome. No puedes colgarme por eso.

Los otros dos hombres lobo se pusieron rígidos ante mi comentario. Parecían estar esperando a que su jefe diera la señal para atacarme. Bueno. Esto no iba bien.

—Arther. —Valen se acercó más a su amigo—. Leana estuvo en la cama durante horas. Se desmayó. Es imposible que lo hiciera. Créeme. Pregúntale al curandero. Él responderá por ella.

—Sí. Esto —dije, señalando al gigante, sonriendo. Maldita sea. No debería sonreír. Me hacía parecer una loca. Una persona culpable.

Arther me miró con una expresión entre el enfado y el desprecio mientras soltaba una bocanada de aire.

—Tengo un testigo que dice lo contrario.

Horrorizada, sentí que la sangre abandonaba mi cara.

—Imposible. Nunca me había movido de esa cama hasta ahora. Estás mintiendo.

Arther negó con la cabeza, y yo no tenía forma de saber si lo mentía o no.

—No miento. Ella dice que te vio hace unas dos horas. Aquí. En este bosque.

—Mentira. —Vale, ahora sí estaba furiosa—. Yo no estaba aquí.

—Ella dice que sí. Tuviste tiempo de sobra para escabullirte por la ventana del dormitorio, matar a Nikolas y volver antes de que nadie se diera cuenta de que habías desaparecido.

Mi tensión aumentó, tensando mis hombros.

—Guao, lo tienes todo planeado. ¿Verdad que sí? ¿Quién es tu testigo? —Tenía la sensación de que ya sabía quién era, pero quería que Arther me lo confirmara.

—¿Por qué? ¿Para que tú también la mates? —me dijo, con veneno en la voz.

—Es Catelyn. ¿Verdad? —Sí, lo era, y por la tensión de su mandíbula al mencionar su nombre, supe que era ella. Madre mía. Estaba intentando culparme de esto. Debía de odiarme de verdad para mentir sobre algo tan serio como un asesinato.

—Escucha —dije, mirando a Arther e intentando contener mis emociones—. Yo no hice esto. El verdadero asesino está ahí fuera. Quizá deberías pararte a pensar un segundo, darte cuenta de que Catelyn te está mintiendo y empezar a buscar al verdadero asesino. —¿Me dolía que intentara hacerme esto? Tal vez. Pero me sorprendió más lo lejos que estaba dispuesta a llegar por lo que les había ocurrido a sus padres, hasta el punto de culparme de un asesinato.

—Ahora mismo, las pruebas apuntan hacia ti —dijo Arther, con una expresión vacía en el rostro al mirarme—. Tú lo querías muerto. Y aquí está. Muerto.

Enarqué una ceja, con una pizca de ira deslizándose bajo mi piel.

—Si lo quisiera muerto —repetí, con la voz peligrosamente baja—, así no es exactamente como lo haría. Lo habría achicharrado con mis luces estelares, no le habría apuñalado en la cabeza con un objeto afilado. —Sólo después me di cuenta de que estaba gritando. No debería gritar, pero aquel tipo empezaba a molestarme.

—Leana. —Valen levantó las cejas mirándome, sus ojos recorriendo mi cuerpo como si me faltara algo importante.

—¿Qué? —Me miré. Mierda. Estaba brillando como una maldita estrella. Había recurrido a mi magia estelar y ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo. No sólo me culpaban de algo que yo no había hecho, sino que ahora amenazaba a su alfa con mi magia.

Solté las luces estelares y respiré tranquilamente. No me disculpé. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo que Leana trata de decir —intervino Valen, hablando con rapidez—. Es que ella no podría haber hecho esto. La conozco. —Miró fijamente a Arther—. Y tú me conoces a mí. Sabes que soy de palabra. Y te digo que Leana no ha hecho esto. Confía en mí. Arther, te equivocas. Leana no hizo esto. Te equivocas, amigo.

El alfa miró a su amigo.

—No soy yo quien debe decidirlo.

—¿En serio? —dije—. Creía que eras el gran jefe por estos lares.

Una expresión de fastidio cruzó el rostro de Arther, fugaz y casi inexistente.

—Cuando ocurren este tipo de sucesos, tenemos una forma de tratarlos en el complejo.

—¿Cómo? —preguntó Valen, con la inquietud ondulando en su voz.

Arther no miró a Valen. Me miró a mí y dijo:

—Con un juicio. Leana será juzgada y el consejo decidirá su destino.

Maravilloso. Sabía que me encantaría estar aquí.

11

Cuando Arther había mencionado un juicio, supuse que sería dentro de unos días, tiempo suficiente para que pudiéramos escabullirnos de este lugar y regresar a Nueva York. Nunca esperé que el juicio se celebrara momentos después de descubrir el cadáver de Nikolas. Justo ahora.

Valen parecía tan contento como yo de seguir a Arther y a sus guardaespaldas por el sendero hasta una parte distinta del complejo en la que yo aún no había estado. El claro estaba justo detrás de una hilera de casitas. Unos cuantos braseros iluminaban el camino, llenando el aire con el aroma de la madera quemada, y nos proporcionaban iluminación suficiente para ver qué era aquel lugar. Al final del claro había una pequeña plataforma elevada varios metros, con tres sillas sospechosamente parecidas a tronos encaramadas sobre ella. Sólo dos estaban ocupadas en ese momento. ¿Era éste el consejo? Eso parecía.

El varón que se sentaba en una de aquellas sillas podría haber sido otro hombre lobo o metamorfo, y la otra, una mujer mayor, me recordaba a mi abuela. ¿Una bruja? Posiblemente, pero estaba demasiado lejos para percibir ninguna propiedad mágica en ella.

Miré a toda la gente que se arremolinaba alrededor. Parecía que todo el complejo había venido a ver el espectáculo. Y sí, todos giraron la cabeza cuando nos acercamos. La energía crepitó contra mi piel: los poderes de los otros hombres lobos, metamorfos y brujos que estaban frente al estrado. Parecía que Arther nos estaba guiando hasta allí.

Cuando Arther llegó al estrado, señaló un círculo de piedra colocado a pocos metros en la tierra.

—Ponte ahí. —No esperó a que siguiera sus instrucciones mientras subía al estrado y ocupaba el asiento vacío.

Miré a Valen, que estaba a mi lado.

—¿Alguna gran idea?

—Estoy pensando.

—Piensa más rápido. No estoy segura de que me esté gustando lo que está pasando ahora. —Me sentía como si me estuvieran juzgando por mi vida. ¿Cómo demonios había sucedido aquello mientras estaba inconsciente?

—Todo saldrá bien.

—¿Tú crees? —Miré a las caras del estrado, con expresión adusta y severa. A sus ojos, ya era culpable de un crimen que no había

cometido.

El suave murmullo de las conversaciones entre los reunidos me llenó de una sensación de aprensión y temor. No debería estar aquí. Debería estar de vuelta en la cabaña disfrutando de una copa de vino, preferiblemente servido por un glorioso gigante. Un gigante glorioso *desnudo*.

De repente tuve la loca idea de que podía salir volando. Ahora que sabía que podía hacerlo con mi nueva y genial habilidad para volar con la luz estelar. No me preocupaba dejar a Valen. Podía cuidar de sí mismo. Me estaban culpando y atacando a mí, no a él, pero cuando vi a Shay de pie entre la multitud junto a Eve, mi temor sustituyó a la confianza que me quedaba al ver el miedo que brillaba en sus ojos y en su cara. Intenté decirle con los ojos que todo estaría bien, pero probablemente yo me vería aterrorizada, posiblemente estreñida.

Maldita sea. Mis emociones estaban a flor de piel. Y cuando vi la confusión y la humedad en sus ojos, estuve a punto de perder el control. Pero sólo acabaría mal si actuaba de acuerdo con mis emociones ahora mismo. Para mí, sí, pero sobre todo para Shay. Ella era lo único que me mantenía cuerda en aquel momento y no hacía estallar la tarima con mis luces estelares. *Accidentalmente*.

Busqué a Catelyn entre la multitud, pero no pude verla.

—Por favor, entra en el círculo de juicio para que podamos empezar tu juicio, Leana —ordenó de nuevo Arther.

—*¿Círculo de juicio?* —siseé a Valen—. ¿Has oído eso? Creía que habías dicho que aquí estaríamos a salvo.

—Lo estamos. —Apretó la mandíbula, aunque su voz carecía de convicción.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que mi vida está a punto de cambiar? Y no me refiero a comprarme un par de zapatos nuevos.

Valen me miró desde el estrado.

—Haz lo que te dice, Leana.

—No.

El gigante respiró hondo.

—Te protegeré. No te preocupes.

Fue la única vez que no le creí. Dejé escapar un suspiro tembloroso.

—No creas que esta vez puedes.

De mala gana, entré en el estúpido círculo de juicio, resistiendo el impulso de patear algunas piedras por el camino.

Arther se levantó y se dirigió a la multitud.

—Amigos. Familiares. Nos hemos reunido aquí esta noche para resolver un asunto urgente y preocupante. —Sus ojos recorrieron las cabezas de la turba hasta posarse en mí, y mi corazón dio un

sobresalto—. Leana Fairchild, se te acusa de asesinar a Nikolas Bertram.

—Hijos de puta —murmuré. Sabía que esto pasaría. Lo había dicho antes de dejar el cadáver del vampiro justo cuando otro grupo se unía a nosotros para recogerlo. No debería haberme sorprendido. Pero ahora me parecía... real. Porque estaba de pie en un estúpido círculo de juicio de piedra, mirando a un consejo mientras todo el complejo observaba. Iba a vomitar. Sabía que lo iba a hacer.

La expresión de Valen era tensa mientras permanecía a mi lado, con la furia hirviendo a fuego lento en el fondo de sus ojos. Pero no era nada comparada con la profunda rabia que hervía en mi interior.

Respira, sólo respira.

Mi cuerpo temblaba mientras intentaba controlar que mis luces estelares no actuaran. Era natural e instintivo defenderme en aquellas circunstancias. Mis luces estelares querían protegerme. Querían salir. Pero no podía dejar que lo hicieran.

Sin embargo, tenía la sensación de que no podría controlarlas por mucho tiempo.

Miré a Valen. No era que no confiara en él. Sabía que si me condenaban a muerte o algo así, él lucharía por mí. De eso no tenía ninguna duda. Sólo que no quería que ocurriera. Esto era un lío gargantuesco.

—¿Cómo te declaras? —preguntó Arther, con el rostro cuidadosamente inexpresivo, y me entraron ganas de saltar y darle una patada en la garganta. E incluso podría hacerlo. No estaba segura de hasta dónde llegaría, pero aun así, al menos lo intentaría.

—Inocente —dije, con voz fuerte, aún pensando que aquello era realmente ridículo. Nunca en mi vida me habían juzgado por nada. Sí, el imbécil de Clive me había metido en una celda, a la espera de un tribunal, pero Darius me había dejado salir. Todo formaba parte de su plan maestro para llevarlo hasta mi hermana, cosa que, por desgracia, conseguí. Pero acabó a nuestro favor con la muerte de Darius.

—Leana.

Me giré al oír la voz de mi hermana.

—Todo saldrá bien. No te preocupes —le dije a la niña aterrorizada, mostrando el blanco de sus ojos en la penumbra.

—Por desgracia, el consejo está de acuerdo en que las pruebas apuntan hacia ti —dijo Arther solemnemente. Volví mi atención hacia el consejo y vi que todos asentían.

—Ella no ha hecho esto —advirtió Valen, y mi corazón se estremeció ante la dureza de su voz. Se colocó frente a mí como un muro impenetrable de protección.

Arther miró a Valen.

—Se te permitirá hablar en nombre de Leana cuando se hayan

visto todas las pruebas y se haya escuchado a los testigos.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? Ni siquiera estaba allí. —Si no te conociera mejor, diría que esto se arregló de alguna manera.

—Catelyn, por favor, da un paso al frente —anunció Arther.

Se oyeron voces a mi alrededor cuando vi a la giganta abriéndose paso entre la multitud y avanzando. Se detuvo a unos seis metros de mí, a mi derecha.

—¿Por qué haces esto? —le espeté, pero ella no me miró. Sus ojos estaban fijos en el consejo, en Arther—. Catelyn. Habla conmigo.

El alfa se dio la vuelta y volvió a su asiento.

—Catelyn, cuéntanos lo que has visto.

—La vi cuando se alejaba del cadáver de Nikolas —respondió ella. La mentira se le escapó muy fácilmente de la lengua. Como si ella misma se lo creyera y se viera recompensada por los dramáticos uhhs y aahs de la multitud.

—¡Mentirosa! —siseé—. Debi haber dejado que te pudrieras en ese acuario. —Me arrepentí de las palabras que salieron de mi boca cuando vi que se estremecía. Pero ahora estaba más allá de lo racional, oyéndola mentir descaradamente sobre mí a un grupo de desconocidos, cuando sabía que yo no tenía nada que ver. Todo esto se trataba de sus padres. Me culpaba de sus muertes y parecía que quería que me ejecutaran o algo así.

Pero no me rendiría sin luchar. No había pruebas reales de que yo hubiera cometido ese crimen. Al parecer, era su palabra contra la mía.

Gruñí, cruzando los brazos sobre el pecho para ocultar mis manos temblorosas. Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto era una locura.

—¿Y estás segura de que era Leana? Arther me señaló con la cabeza, como si no supiéramos ya quién era. La que estaba de pie en el estúpido círculo de juicio de piedra.

—Sin duda —respondió la giganta. ¿Tenía una sonrisa en los labios?

Me puse las manos en las caderas, y miré fijamente de reojo.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué no lo denunciaste? ¿Por qué fue un grupo de niños? —Respiré hondo, mareada por el exceso de ira que me corría por las venas—. Porque nunca me viste. Mientes.

La multitud se agitó, la mayor parte del ruido se lo tragó el espacio.

—Porque te seguí —respondió la giganta, sin dejar de mirar al frente mientras hablaba—. Quería asegurarme de que no mataras a nadie más.

Apreté los dientes, con el cuerpo hormigueando de energía de luz estelar reprimida.

—Estás hablando pura mierda. Tú lo sabes. Yo lo sé. Todos lo sabemos. —La presión sanguínea me subió como una marea mientras

me enfrentaba al consejo, procurando mantener una expresión tranquila y vacía. Pero estaba fracasando.

—Era ella —dijo Catelyn, con voz alta y clara para que todos la oyeran.

—Miente —dije, con la voz alzada y tan penetrante como la suya—. Me culpa de la muerte de sus padres y diría cualquier cosa para hacerme pagar por ello. —Me vino una idea a la cabeza—. ¿Mataste al vampiro para que pareciera que lo había hecho *yo*? —Nunca se me habría ocurrido que hiciera algo tan malvado y descabellado, pero, de nuevo, nunca habría pensado que estaría suplicando por mi vida en un tribunal improvisado en lo profundo del bosque, con un desfile de camisas de franela.

La mandíbula de Catelyn se tensó, y pude ver las emociones que la recorrían en espiral mientras ella también intentaba controlar a aquella bestia interior que quería salir.

La mujer del consejo se inclinó y le susurró algo a Arther. Observé cómo los tres miembros entablaban una conversación. Arther se reclinó en su silla, que parecía un trono. Los demás miembros del consejo juntaron las cabezas y yo esperé, observándoles.

—Leana, lo siento —dijo Valen.

—Lo sé. —Sabía que quería decir que lo sentía y que lamentaba haber venido aquí porque había dicho que estaríamos a salvo, protegidos. No sometidos a este consejo improvisado y a acusaciones falsas.

La presión en mi cabeza aumentó, haciéndome sentir mareada. Mis miembros empezaron a temblar incontrolablemente, y estaba segura de que estaba a punto de desmayarme o posiblemente de vomitar.

Al cabo de un momento, Arther habló.

—Tras muchas deliberaciones. El consejo ha tomado una decisión.

—Tranquila, Leana —oí decir a Valen—. Pase lo que pase, mantén la calma. Ya se nos ocurrirá algo.

—Para ti es fácil decirlo. —Se me retorcieron las tripas como si mis intestinos estuvieran jugando a saltar a la comba con el resto de mis órganos. Lo miré, incapaz de decir nada. ¿Qué sentido tendría?

—El consejo opina —prosiguió Arther—, que existe demasiado pasado entre tú y la testigo como para aceptar todo su testimonio.

Já. Sabían que mentía. Quizá Arther no, pero estaba dispuesta a apostar a que la vieja y el tipo estaban de mi parte.

—¿Qué significa eso? —Me di cuenta de que Arther se estaba guardando algo. Esto no había terminado. Ni mucho menos.

—Esto nos lleva a una encrucijada —dijo Arther mientras apoyaba las manos en las rodillas—. Puedes permanecer en arresto domiciliario hasta que tengamos más pruebas o se presente más gente, o puedes optar por ponerle fin a esto esta noche.

No sonaba tan mal.

—¿Y cómo acabaría esto esta noche?

Dudó y dijo:

—Juicio por combate.

Me eché a reír.

—¿«Juicio por combate»? ¿Qué es esto? ¿Estamos en la Edad Media? ¡Tráeme mi espada! —Volví a reírme. Arther no se reía.

Hizo una pausa antes de volver a hablar.

—La elección es tuya.

—¿Qué clase de lugar retrógrado diriges aquí? —Nunca había oído hablar del juicio por combate. Sonaba como algo que verías en las películas. No sonaba real.

—Si ganas, te declararán inocente y serás exonerada de las acusaciones de asesinato —declaró Arther—. Pero si no lo consigues, se te aplicará el castigo por asesinato en este complejo. Según la gravedad del delito, es probable que pases un tiempo en prisión.

—Me encanta. Y ni siquiera soy una de ustedes.

—Las normas se aplican a todos los que permanecen en el complejo —respondió el alfa.

—Advertencia. Tienes que replantearte tus normas.

Pero tenía curiosidad y esperanzas. Si sólo hacía falta una pelea y el caso se archivaba, quizá un juicio por combate no fuera tan mala idea. Primitivo, sí, pero podía aceptarlo.

—¿Contra quién voy a luchar? —Tenía la sensación de que ya lo sabía.

Catelyn se volvió hacia mí.

—Contra mí.

Sonreí.

—Acepto.

12

—Leana, no —advirtió Valen.

Miré a mi gigante favorito.

—No te preocupes. Yo me encargo. ¿Quiere una pelea? Pues la va a tener.

Catelyn me miraba con tanto odio abierto y promesa de violencia como yo. Una de las cosas que más me gustaban de ella era que podía leerla como un libro abierto. No era hipócrita. Era del tipo «lo que ves es lo que hay». Era real.

Arther se puso en pie y descendió de la plataforma.

—Que comiencen el juicio por combate —proclamó, provocando un rugido de aprobación por parte del público. Parecía que habían estado esperando ansiosamente esta batalla, y parecía que esto era lo que querían.

Puse los ojos en blanco. Odiaba este lugar.

Arther pasó junto a nosotros, empujando a la multitud para hacer espacio para nuestra pelea. Me encontré con los ojos de Shay y esta vez no vi miedo en ella, sino arrepentimiento. No quería que luchara contra Catelyn. ¿O tal vez no deseaba que Catelyn luchara contra mí? Ella había visto de primera mano lo fuerte que era la giganta y cómo, por mala suerte, había conseguido noquearla. Pero aquí, ni los techos bajos ni las paredes podían obstaculizar los movimientos de la giganta. El espacio era abierto y ella podía atacarme fácilmente.

Los ojos de Catelyn brillaron de ira mientras nos movíamos para seguir a Arther.

—No estarás tan segura de ti misma cuando acabe contigo.

Sonreí con satisfacción.

—Eso ya lo veremos. —No iba a dejar que me machacara la cabeza —. No lo olvides. Esto lo has hecho *tú*. Esto es culpa tuya. —Era curioso que un minuto fuéramos amigas y al siguiente, enemigas, deseándonos dolor mutuamente. La vida podía ser así de rara.

Avanzamos por la tierra hasta llegar a la arena improvisada, que había sido compactada de una forma que demostraba que este lugar había albergado muchos combates antes que el de nosotras. No pude evitar sentir una descarga de adrenalina. Había llegado el momento. El momento de la verdad. La multitud se reunió a nuestro alrededor, coreando y vitoreando. Iba a vomitar en serio.

Valen estaba de pie junto a Shay, con expresión tensa. Me di cuenta de que estaba preocupado por mí, pero tenía que hacer esto.

Tenía que demostrar mi inocencia, aunque aquel método era una auténtica barbaridad y no tenía ningún sentido. Y parecía que demostrarlo significaba que iba a patearle el culo a la giganta. Nada del otro mundo.

Lo único bueno era que Valen estaba con Shay. Si pasaba algo, como que yo muriera, él cuidaría de Shay. Dudo que se quede aquí. Probablemente se irían a su cabaña secreta, donde Shay estaría a salvo.

Me sacudí los pensamientos morbosos de la cabeza. No iba a morir esta noche. Catelyn no me superaría.

Un fuerte gemido salió de la boca de Catelyn, y volví a centrar mi atención en ella. Su cuerpo vibró con energía mágica antes de que un brillante destello de luz la envolviera. Cayó de rodillas, gritando aún de dolor mientras sus facciones se hinchaban más allá de las proporciones humanas. El suelo tembló cuando consiguió mantenerse en pie. Su rostro había adquirido una forma más grande y pronunciada, con cejas más grandes y una mandíbula más ancha, lo que le daba ese aspecto neandertal, igual que a Valen. La tela de su ropa no se rasgó esta vez. En cambio, se ondulaba y se estiraba, ajustándose a su nueva y enorme figura como si la hubieran hecho a medida. Magia. Su ropa estaba hechizada para adaptarse a su nuevo tamaño. Muy práctico. Quizá Valen debería comprarse algo así.

Sus cuatro metros de altura eran impresionantes. También lo eran sus manos, capaces de partirme el cuello como una ramita. No pude evitar que un escalofrío me recorriera la espalda mientras intentaba asimilar la transformación de Catelyn. Esto iba a ser una especie de enfrentamiento monstruoso. Pero ya no había marcha atrás. Tenía que mantenerme firme y luchar.

Catelyn gruñó, y sonó como un animal salvaje.

—*Me dije a mí misma que si volvía a verte, te mataría* —Su voz ronca sonaba como el rechinar de las rocas.

Le dediqué una sonrisa.

—Te ves bien. ¿Has hecho ejercicio?

La giganta gruñó, mostrándome sus dientes planos.

—*Bruja*.

—Gran dama —dije encogiéndome de hombros—. Podemos hacer esto toda la noche, ¿sabes?

—*Bruja* —repitió la giganta con mucha más ferocidad y malicia, esta vez como si fuera la palabra de comando para machacarme la cabeza.

Cambié mi postura y retrocedí, preparándome para el ataque que se avecinaba. Catelyn lanzó un rugido ensordecedor, y me preparé para el impacto. Maldita sea. Esto iba a doler. Se abalanzó sobre mí con una fuerza mortal, sus enormes brazos se balanceaban hacia mí

como mazos de muerte. En el último momento, esquivé el golpe por los pelos.

Al darme la vuelta, atraje mi luz estelar y solté una sonora palmada. Incontables globos de luz en miniatura brotaron de la punta de mis dedos como fuegos artificiales que estallan en el cielo nocturno. Y golpearon a Catelyn.

La giganta se vio envuelta en un enjambre de estrellas centelleantes que zumbaban a su alrededor como una nube de avispones furiosos. Se agitó y gritó, sintiendo el olor de la carne quemada mientras las luces estelares la abrasaban.

¿Lamentaba haberla quemado? No.

Pero entonces, más rápido de lo que creí posible, Catelyn dejó de agitarse mientras el brillo de mi magia desaparecía de su cuerpo como si hubiera invocado un escudo protector, o su forma de giganta suprimiera mis luces estelares. Pero Catelyn no podía hacer magia. Y entonces me di cuenta. Su ropa. Su atuendo llevaba incorporada una protección contra mi luz estelar. Eso parecía. Y también parecía que había estado planeando todo esto.

Entonces me atacó.

Me aparté de un salto justo cuando su puño se estrelló contra la tierra, haciendo llover tierra y polvo. La multitud vitoreó. Obviamente, la animaban a *ella*, no a mí. Estaba claro que querían que me rompiera los sesos. Una parte de mí quería parar y enseñarles el dedo, pero no podía detenerme ni distraerme. Así es como lo matan a uno.

—*No deberías haber venido aquí* —dijo la giganta—. *Deberías haberte quedado lejos.*

—Pensé que podríamos pasar el rato. Ya sabes. Cotorrear un poco.

—*Te mataré.*

Ladeé las cejas, aferrándome a mis luces estelares.

—Puedes intentarlo.

Retrocedí, pensando en una forma de derribarla sin matarla. Ya la había noqueado una vez. Podía volver a hacerlo. Tenía que hacerlo.

Pero Catelyn era implacable. Atacó de nuevo, esta vez dando patadas con las piernas, con la esperanza de pisarme como a una cucaracha. Esquivé su ataque y contraataqué con una rápida patada en el estómago. Fue como darle una patada a un muro de cemento, y me estremecí al sentir el dolor que me subió por la pierna. Ella ni se inmutó.

Ups.

Tenía que pensar rápido. Si mis ataques no funcionaban, tenía que probar algo diferente rápidamente antes de que me machacara hasta hacerme papilla.

Saqué mis luces estelares. Mi mano brilló con una deslumbrante

luz blanca y apunté al pecho de Catelyn.

Un rayo de luz estelar pura salió disparado de mi mano y alcanzó a Catelyn directo en el pecho. Se tambaleó hacia atrás, agarrándose el corazón. Por un momento, pareció que iba a caer, pero luego recuperó el equilibrio y volvió a lanzarse contra mí, esta vez aún más rápido que antes.

Mierda. Era como si su atuendo fuera cada vez más resistente a mi magia, o su cuerpo de giganta era más fuerte de lo que esperaba.

Retrocedí, invocando mi magia estelar, pero Catelyn ya estaba allí. Sentí el calor de su aliento en la cara cuando se acercó a mí. Intenté esquivarla, pero era demasiado rápida. Su puño se estrelló contra mi costado y salí volando, golpeándome con fuerza contra el suelo. El dolor me recorrió el cuerpo y luché por recuperar el aliento.

Bien. Eso dolió. Me ha dolido mucho.

Podía oír a la multitud rugiendo de emoción. Maravilloso.

Escupí la tierra de mi boca y me levanté tambaleándome.

Algo duro me golpeó y salí despedida. Grité cuando la giganta cayó sobre mí, inmovilizándome sobre la espalda mientras yo pataleaba con las piernas y luchaba por zafarme. Su peso me aplastaba los pulmones y no podía respirar. El miedo se apoderó de mí mientras balanceaba mi cuerpo. Su enorme rostro se alzaba a escasos centímetros del mío mientras su aliento caliente me asaltaba la cara. Sus ojos brillaban con el deseo de matarme. Sí. *No* era mi amiga. Era mi enemiga.

—*Sólo tengo que quedarme así y morirás* —dijo la giganta.

Pensé en algo ingenioso que decir, pero me quedé corta. No era una broma. Tenía razón. Un minuto más y moriría.

—¡Catelyn! ¡Para!

¿Era la voz de Shay la que se elevaba por encima de los vítores de la multitud?

Catelyn pareció pensarlo, porque volvió la cabeza en dirección a aquella voz. Sus duros rasgos parecieron suavizarse por un instante.

Aproveché ese momento de distracción para sacudirme con todas mis fuerzas, y me sorprendió sentir un momento de liberación. Lo aproveché. Rodando, conseguí zafarme de la giganta y me puse de pie enseguida. Y entonces la apuñalé con disparos de mis luces estelares.

Catelyn rugió cuando mis luces estelares la envolvieron en una sábana de luces ardientes, abrasándole la piel.

Un frío pánico se encendió en mi mente. La giganta era una oponente poderosa. Sin mis luces estelares, yo estaría muerta ahora mismo. Era fuerte, pero su odio hacia mí le daba aún más fuerza. Daba miedo.

Mi momento de triunfo se evaporó cuando ella dejó de moverse, con mis luces estelares todavía quemándola mucho, y luego se

abalanzó sobre mí.

—Estás loca —murmuré mientras observaba cómo la enorme mujer, ahora resplandeciente, lanzaba otro ataque contra mí. La tierra tembló, literalmente, cuando la giganta rasgó el suelo con sus pies descalzos y se abalanzó sobre mí a una velocidad imposible para su tamaño—. *Has* estado haciendo ejercicio.

Me golpeó con una ráfaga de puños y mis propias luces estelares. Parecía una osa polar enloquecida con el cuerpo bañado en luz estelar. Uno de sus puños tocó mi pecho. Sentí un instante que el aire abandonaba mis pulmones, y entonces mis pies dejaron el suelo mientras me elevaba hacia atrás. Me estampé contra la dura tierra, con la sensación de haberme roto unas cuantas costillas.

Maldita sea.

Parpadeé para quitarme las manchas negras de los ojos, intentando recuperar el control de mi cuerpo y concentrarme. Algo se movió en mi visión periférica.

Catelyn estaba de pie junto a mí, con su cuerpo resplandeciente que parecía un demonio en llamas con mis luces estelares aún pegadas a ella.

—*Esto es lo que les pasa a los que matan a los inocentes*.

La tensión se apoderó de mí.

—Yo no maté a Nikolas. —Tosí mientras luchaba por recuperar el aliento.

—*Tú mataste a mis padres*. —Me dolía demasiado como para responder. Pero ya lo habíamos hablado muchas veces. Yo no maté a sus padres, no físicamente. Pero para ella era como si hubiera usado mis propias manos para acabar con sus vidas.

—*Y ahora vas a morir*.

Me esforcé por levantar la mano y recopilar toda mi luz estelar. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Tenía que salvar a mis amigos. Tenía que salvar a Shay. Tenía que protegerme a mí misma.

Catelyn ladeó la cabeza justo cuando mis luces estelares desaparecieron de su cuerpo. Tenía la cara enrojecida por las quemaduras.

Me concentré e intenté atraer mis luces estelares.

Y entonces me pisó el brazo. Sentí como si me aplastara los huesos bajo su peso mientras gritaba de dolor y se me llenaban los ojos de lágrimas. Mi concentración se derrumbó y sólo tuve espacio para el dolor.

—*Se acabó la magia* —dijo la giganta, con una sonrisa en la voz que me dio náuseas.

El dolor me subió por el brazo y caí de espaldas, luchando por mantenerme consciente y saboreando la sangre en la boca. No podía pensar más allá de querer que cesara el dolor. *Por favor, que pare.*

—*Se acabó. Estás muerta*. —Catelyn descargó más peso sobre mi brazo y oí que algo se rompía.

Grité mientras me asaltaba un dolor abrasador, mi grito ahogado por los vítores, gritos y pisotones de júbilo de la multitud mientras luchaba por moverme y alejarme de la giganta. Pero sin el uso de mi brazo, no podía hacer gran cosa.

Ahora sólo tenía que pisarme la cabeza y estaría muerta.

La agonía se disparó a través de mi brazo cuando la giganta volvió a presionar su peso sobre él. Iba a aplastarme y dejarme en pedacitos de bruja.

No podía morir así por segunda vez esta noche, y menos delante de Shay. ¿Por qué había aceptado? Fue una tontería. Fue algo estúpido e impulsivo.

Fui una tonta al pensar que podría superar a una giganta.

—*Y ahora, por tu culpa, Shay ya no tendrá familia* —dijo la giganta. Sus palabras me dolieron, posiblemente más que mi brazo roto. Pero cuando se rió, realmente se reía de lo que este significaría para Shay, entonces perdí el control.

Un rugido salvaje escapó de mi boca. Jamás pensé que oiría un sonido así saliendo de mi propia garganta, sonando primitivo, salvaje.

Haciendo caso omiso del dolor que sentía en el brazo, estiré el brazo y atraje mis luces estelares y, con el brazo libre, descargué una ráfaga de mi magia contra su pecho con todas las fuerzas que me quedaban.

La giganta voló hacia atrás como si hubiera sufrido una patada en las tripas. La tierra vibró debajo de mí mientras ella caía, rodando hasta detenerse.

No esperé a que se levantara.

De rodillas, solté otro grito mientras tiraba de nuevo de mis luces estelares, y esta vez, dejé salir la rabia y el dolor de mi corazón. Fue como si las luces estallaron de mi cuerpo y siguieron estallando, cada vez más rápido, hasta que todo el bosque se llenó de la brillante luz de las estrellas.

Y seguí golpeando a la giganta.

Una y otra vez, como si fuera un arma semiautomática dando en el blanco. Apenas recordaba haberme levantado y acercado hasta que me asomé a la giganta que se retorcía.

Y seguí atacándola con mi magia.

La multitud enmudeció. O tal vez no podía oírlos por encima del rugido de mis oídos.

Quería que terminara. La quería muerta.

Seguí golpeándola contra el suelo una y otra vez, aporreándola con mi magia. Sabía que Valen y Shay estaban mirando. No podía verlos, pero podía sentirlos.

—¡Mátala! ¡Mátala! —gritó alguien por encima de los otros gemidos incoherentes de la multitud.

¿Mátala?

Recorrí con la mirada a la multitud y me fijé en los dos miembros del consejo que estaban de pie ante la muchedumbre. La mujer me llamó la atención y me hizo un gesto con la cabeza.

No. No puede ser. Quiere que la mate.

Entonces, miré a Arther. El horror de su rostro y su postura tensa me dijeron lo que necesitaba saber. Este juicio por combate era aún más bárbaro de lo que pensaba.

Teníamos que luchar hasta *morir*. Y el vencedor salía libre. Creía que sólo teníamos que noquearnos o algo así.

Sí, yo quería matarla después de lo que había hecho. Y al ver que seguía golpeándola con mi magia mientras yacía tendida en el suelo, parecía que ya yo había tomado esa decisión.

—Leana. Para. Por favor.

Giré la cabeza y vi a Shay de pie en el ring de combate, a unos metros de mí, con la cara manchada de lágrimas mientras sacudía la cabeza. Parecía... parecía asustada *de* mí.

Me di cuenta de que la multitud estaba en silencio. Habían dejado de corear que matara a Catelyn.

Cuando volví a mirar a Shay, al ver la súplica en sus ojos, solté mis luces estelares.

La luz desapareció del bosque y me quedé a oscuras, salvo por los destellos de luz que salían de los fuegos de los braseros.

Me palpitaba el brazo mientras miraba a la giganta, con la piel roja, llena de ampollas y chamuscada. Estaba viva. Y sabía que se curaría rápido. ¿Lamentaba haberla herido? En absoluto.

Sólo me detuve por Shay. No quería que me viera matar a alguien a quien una vez había considerado su amiga. Tal vez aún pensara que Catelyn era una amiga.

Con una mueca de dolor, miré al consejo, a Arther, que parecía aliviado de que no hubiera matado a su novia o lo que fuera para él. Las caras de los otros dos miembros del consejo eran ilegibles.

Valen se veía entristecido y un poco enfadado. No conmigo, sino con la situación en la que nos encontrábamos.

—¿Y ahora qué? —pregunté a Arther—. No la mataré, ¿qué pasará ahora?

Los alfa me miraron y me dijeron:

—Ahora estás bajo arresto domiciliario.

Por supuesto.

13

Le había prohibido a Valen que utilizara su magia curativa gigante conmigo. Sólo debía utilizarla con Shay, y ella la necesitaba más que yo. No era yo quien vivía con una supuesta maldición incurable. Era ella.

Así que esto explicaba por qué Olin había vuelto, haciéndome beber frascos dudosos y frotándome en el brazo derecho ungüentos cuestionables y apestosos que olían como un gallinero.

—Comportamiento imprudente —murmuró el curandero, frotándose con un ungüento amarillo mientras llevaba guantes verdes de jardinería. Tenía el pelo anaranjado erizado en la cabeza, y me recordaba a esos muñequitos trolls de la suerte que se pusieron de moda en los noventa, con el pelo alborotado.

Shay se apoyó en la mesa junto a mí, con los ojos verdes llenos de asombro mientras observaba cómo Olin trabajaba en mí.

Le dirigí una mirada mordaz a Valen, que estaba apoyado en la pared de la cocina.

—Ella empezó —dije en mi defensa. Totalmente cierto. No me habría visto envuelta en este lío de no haber sido por Catelyn y su rencor hacia mí.

Olin me miró, con un destello de confusión en el rostro, y luego desapareció, sustituido por el ceño serio al que me había acostumbrado.

—No. Tú no. Pero sí, eso también fue una imprudencia. Me refiero a esas reglas bárbaras. Juicio por combate. Ese tipo de tonterías.

—Supongo que no lo apruebas

—Tú tampoco deberías. No somos animales.

—Hablas por ti. La mayoría de los que viven en este complejo son animales en cierto modo. Son cambiantes. Hombres lobo. Tienen su lado bestia. —Lo que podría explicar su forma más que primitiva de enfrentarse a las cosas.

Olin me fulminó con la mirada. Con sus pobladas cejas anaranjadas y su pelo alocado, realmente se parecía a esos pequeños trolls.

—Prefiero vivir en una sociedad civilizada. No en una que piense que los puños son la forma de decidir el destino de uno. Es absurdo.

—¿Y por qué no te vas? —No lo había dicho de forma negativa. Sólo sentía curiosidad.

El curandero exhaló, y parte de su ira lo abandonó.

—Porque soy viejo. He hecho mi vida aquí. Me respetan. Es

demasiado tarde para volver a empezar en otro lugar. Además, me gusta la naturaleza. Y puedo salir por mi puerta y encontrar tantas setas como quiera.

Entrecerré los ojos.

—¿Seguro que no eres un hobbit? —bromeé.

Olin sonrió satisfecho.

—¿Quién dice que no lo soy?

Me reí y me arrepentí inmediatamente.

—¡Ay! Creo que me rompió algunas costillas. —Miré a mi hermanita—. Lamento que hayas tenido que ver eso. Sé que Catelyn es tu amiga. —Ella me había visto en mi peor momento. Demonios, todo el complejo lo había hecho. Pero no podía importarme menos lo que pensaran de mí. Sólo me importaba Shay. Shay y Valen.

Shay se encogió de hombros.

—No pasa nada. No es mi amiga.

—¿No lo es? —Miré a Valen, que negó con la cabeza.

—Quería matarte —respondió Shay—. Lo vi en sus ojos. Ésa no es mi amiga. Y sé que tú no mataste a Nikolas. Estabas con nosotros aquí.

Exhalé.

—Lo sé.

—¿Por qué no me consultaron? —refunfuñó Olin—. Podría haberles dicho que era imposible. Estabas inconsciente. ¡No podías enfrentarte a un vampiro formidable como Nikolas y derrotarlo! Es ridículo. Extravagante.

—Me alegro de que estés de mi lado. —Aunque ya era demasiado tarde—. Mintió para poder luchar contra mí. Para poder intentar matarme. —Me estremecí al recordar aquel odio puro en sus ojos y la promesa de muerte.

—Pero no lo hizo. —Los ojos de Shay se llenaron de una humedad repentina—. No quiero que mueras.

Ah, demonios, de repente me dolía la garganta. Tragué saliva.

—Aún no estoy muerta. Así que no estés pensando eso. ¿De acuerdo? —Extendí la mano buena y apreté sus diminutos dedos entre los míos.

Shay se limitó a asentir y apartó la mano mientras parpadeaba rápidamente, haciendo todo lo posible por no derramar una lágrima. Esa niña era una bestia testaruda. Como su hermana mayor.

—Era evidente para todos los presentes que la giganta te tendió una trampa —comentó Olin—. Nada de aquello tenía sentido. Sólo Arther...

—Está ciego de amor por ella. —Ahí lo dije. Y era la verdad. Estaba segura de ello. Los hombres eran estúpidos cuando estaban enamorados. Y si era un alfa, ésa era una combinación peligrosa.

Cogí la taza de humeante zumo curativo —no sabía cómo llamarlo

— y me bebí lo que quedaba.

Cuando bebí el último sorbo de la bebida de Olin, empecé a sentir un hormigueo sobre la piel. El calor se extendió por todo mi cuerpo con la sensación de un calor abrasador, punzándome la piel y las entrañas, empezando por el estómago y extendiéndose a las extremidades. No estaba curada, el hueso seguía roto, pero me sentía considerablemente mejor.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Shay, con pequeñas líneas de preocupación en la cara—. ¿Se le curarán los huesos y volverá a ser como antes?

—Sí. —Olin me miró y dijo—: El radio, el hueso de tu brazo está fijado, debería curarse en unas horas.

Se me abrió la boca.

—¿En serio? ¿Tan rápido? Debes de ser un curandero muy bueno.

—Lo soy. —Lo dijo con naturalidad, no como un médico presumido que creía saberlo todo, sino más bien como si supiera de lo que era capaz. Metió la mano en su maletín médico negro, sacó lo que parecía un cabestrillo y lo colocó con cuidado alrededor de mi brazo roto.

Al ser una bruja, mis huesos rotos se sanaban más rápido que los de los humanos, pero aún necesitaba tiempo para que la curación real funcionara. Y seguía sin poder mover el brazo, al menos de momento.

—Gracias —le dije a Olin—. Gracias por curarme.

El curandero sonrió.

—Es mi trabajo. —Me miró un momento—. Intenta no morir en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Haré lo que pueda.

—Tengo que hablar con Arther sobre este arresto domiciliario. —Valen desplegó los brazos, con el ceño fruncido y una voz amenazadora.

—¿Qué significa arresto domiciliario? —preguntó Shay.

—¿Estás muy curiosa esta noche, no? —Miré a Valen, esperando que pudiera responder por mí.

—Significa que Leana no puede salir de la cabaña —respondió en tono amenazador—. No se le permite salir de este lugar. Está atrapada aquí hasta que decidan qué hacer con ella.

Los ojos de Shay se abrieron de par en par.

—¿Qué pasa si lo hace?

Era una pregunta muy buena. Y el silencio de Valen fue respuesta suficiente.

Los labios de Shay se abrieron de asombro cuando ella también entendió todo.

—Eso no es justo. Tú no has *hecho* nada.

—Yo no maté a Nikolas —dije, con voz firme—. Pero necesitan un

chivo expiatorio, alguien a quien culpar, y al parecer soy yo.

Valen se aclaró la garganta. Su mirada seguía fija en mí.

—No por mucho tiempo. Hablaré con Arther. Aunque tenga que golpearlo varias veces para que entre en razón, lo haré. —Tenía la voz tensa, la mandíbula apretada, y sabía que no estaba contento con la situación. Ninguno de nosotros lo estaba.

No sé por qué, pero la idea de la cara de Arther siendo golpeada por el puño de Valen me hizo sonreír.

—¿Así que estamos atrapados aquí? —La cara de Shay se desencajó y me di cuenta de que estaba decepcionada. Habíamos planeado ir de excursión al bosque mañana, pero ahora ni hablar.

—Ni tú ni Valen. Sólo yo —dije, intentando parecer optimista.

Valen me dedicó una pequeña sonrisa, pero no se reflejó en su mirada. Sabía que estaba preocupado por mí, y no le culpaba. Los últimos días habían sido duros, y ambos estábamos nerviosos. Pero él y yo éramos un equipo. Lo resolveríamos.

El gigante asintió.

—Creen que reteniéndola aquí el tiempo suficiente, será más probable que confiese algo que no hizo. Que le sacarán una confesión.

—Eso es una estupidez —dijo Shay, con los ojos brillantes de ira—. No pueden hacerte eso. Eres inocente.

Le sonreí.

—Me alegro de que pienses así. Pero, por desgracia, no depende de nosotros.

—Odio estar aquí. Quiero irme a casa —dijo, con el rostro decidido.

Miré a Valen, que se encogió de hombros.

—Seguro que se nos ocurrirá algo. —Volver a casa también era un problema para Shay, Freida estaba esperándonos.

—Bueno... —Olin suspiró mientras agarraba su maletín—. Si no hay nada más, me marcho.

—Gracias, Olin —dije. Shay y yo le dijimos adiós con la mano mientras salía por la puerta principal y desaparecía en la noche.

Valen cerró la puerta y se unió a nosotros.

—¿Cómo estás? ¿De verdad?

—Bien. —Entrecerré los ojos—. Sé lo que estás haciendo. No vayas a buscar a Arther. Probablemente esté enfadado y preocupado por Catelyn. Casi la mato, ¿sabes?

—Tengo que hablar con él. Para aclarar las cosas. Esto no es lo que quería para nosotros.

Se me encogió el corazón al ver la tristeza en su rostro, y luego se me estrujó un poco más al ver la propia miseria de Shay. Maldita sea. No lloraría. Ahora no.

—¿Alguien está buscando al verdadero asesino? —pregunté a

Valen—. Es decir. Todos sabemos que no fui yo. Mira. Odio decir esto, pero pudo haber sido Catelyn. Está lo bastante enfadada conmigo como para hacer algo tan perturbador. O alguien más ahí fuera que odiara a Nikolas lo suficiente como para matarlo.

Valen se frotó la nuca mientras exhalaba lentamente.

—No lo sé. Tal vez.

—Este sitio es raro. —Shay se levantó de la mesa, se acercó al sofá, cogió su tableta, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

—¿Cuánto va a durar este arresto domiciliario? —le pregunté—. No voy a confesar algo que no he hecho. Y estoy bastante segura de que Arther lo sabe. Se lo dejé claro.

El gigante negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Tú qué sabes? —bromeé.

Valen se acercó más a mí y se colocó entre mis muslos, con sus manos grandes y fuertes frotándome las piernas.

—Sé cómo hacerte sentir mejor. Cómo hacer que te olvides de esta noche.

—Ah, sí, ¿verdad? —El sexo no estaba en mi mente en ese momento. Bueno, no lo había estado hasta que su seductora mirada se clavó en la mía.

Valen sonrió.

—Tienes una mente sucia.

Sonreí.

—Hay cosas peores en la vida.

El gigante se rió.

—Ven. Necesitas descansar. Y te prometo que no...

—¿Me vas a tocar? —terminé por él—. Sabes que me gusta que me toques.

Valen emitió un gruñido en la garganta. Luego deslizó sus grandes manos por debajo de mí y me levantó, con cuidado de no tocarme el miembro roto.

—Te llevo a la cama.

—Sí.

Valen me llevó al dormitorio, donde me tumbó suavemente en la cama. Se sentó a mi lado y extendió la mano para apartarme el pelo de la cara.

—Has pasado por mucho —dijo suavemente—. Sólo quiero cuidarte.

—Lo sé —dije, con la voz un poco más alta que un susurro—. Y te lo agradezco. Y no puedes utilizar tu magia curativa. —Tomé su mano —. No puedes. —Se la besé, y al ver la sonrisa en su rostro sentí un hormigueo por todo el cuerpo.

—Eres muy exigente —dijo el gigante—. Pero no lo haré. Te lo

prometo. La guardaré para la mocosa.

Valen se inclinó hacia mí y me besó suavemente en los labios, mientras me acariciaba la mandíbula con la mano. Sentí que se me aceleraba el corazón cuando profundizó el beso y su lengua exploró mi boca. Le rodeé el cuello con los brazos y tiré de él más cerca, necesitándolo.

Se apartó, con los ojos llenos de deseo.

—Descansa ahora. Mañana... mañana haremos planes.

Observé cómo se acostó, apoyando los brazos detrás de la cabeza.

—De acuerdo.

No tuvimos sexo apasionado ni volvimos a besarnos. Nos limitamos a abrazarnos y, de algún modo, eso nos sentó mejor. Incluso más íntimo.

El calor del cuerpo de Valen contra el mío, y ver su pecho subiendo y bajando, era todo lo que necesitaba para sentirme segura y querida. Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño, aferrándome a mi hombre como a un salvavidas.

Aún seguía teniendo esa sensación punzante en las entrañas. Aún quedaba el hecho de que el verdadero asesino estaba aquí, en el complejo.

Y nadie lo estaba buscando.

14

A la mañana siguiente, me desperté con el canto de los pájaros. Por un momento olvidé los sucesos de la noche anterior, las acusaciones, el arresto domiciliario, la estúpida cara de Catelyn y sus mentiras. Pero entonces todo volvió a mí, y me senté en la cama con una sensación de pesadez en el pecho, con el corazón latiéndome con fuerza.

Pero cuando el aroma de algo dulce como de panqueques llenó mis fosas nasales, la pesadez de mi pecho se disipó.

—Nada como el olor de panqueques recién hechos para hacer que una chica se sienta mejor por tener unos kilos de más en el culo.

Sintiendo el cabestrillo alrededor de mi cuerpo, comprobé mi brazo. Cuando no sentí dolor, retiré el puntal y moví con cuidado el miembro. Bueno, estaba un poco rígido, pero estaba mucho mejor que anoche. Ya no tenía el dolor punzante e interno que se siente al tener un brazo roto. El hueso estaba curado. Y tampoco me dolía al respirar, así que supuse que mis costillas magulladas también se habían recuperado. ¿Estaba mejor al cien por cien? No. Pero estaba más cerca del 90 por ciento. Bastante bien.

Salté de la cama, utilicé el lavabo para lavarme los dientes y hacer mis necesidades. Y tras una ducha rápida, me vestí y fui en busca de aquel delicioso olor.

La ancha espalda de Valen apareció a la vista, sus músculos brotaban y se movían mientras trabajaba en la estufa. Me llegó el sonido de algo chisporroteando. Mantequilla. Qué rico. Me encanta la mantequilla.

Y la mantequilla también le añadiría más peso a mi culo.

Culo más mantequilla… ¿ves por dónde voy? Culo *más grande*.

Shay ya estaba en la mesa de la cocina, con los ojos fijos en la pantalla mientras se desplazaba por su tableta. Me acerqué a ellos, sintiéndome un poco más ligera y optimista que la noche anterior.

—Buenos días —dije, intentando parecer enérgica, aunque técnicamente seguía en arresto domiciliario por algo que no había hecho. Sí. Me encanta la experiencia «fuera de la red».

—Buenos días —contestó Valen, mirándome por encima del hombro, con la mano aún en la sartén.

—Buenos días —dijo Shay, todavía pegada a su tableta.

Me dirigí a la máquina de café.

—Algo huele de rechupete.

—Panqueques —dijo Shay, sin levantar la vista de su tableta.

Sonreí a Valen mientras se daba la vuelta y se ocupaba de los panqueques.

—Me lo imaginaba. Agarré una taza del gabinete y me serví una taza grande de café humeante. Tras añadirle un poco de leche, bebí un sorbo mientras observaba a mi gigante. De repente me entraron ganas de hurgar en su espeso y despeinado pelo oscuro. Recorrí con la mirada su hermoso trasero y me desplomé sobre la encimera, disfrutando de la vista. Podría acostumbrarme a esto.

Mientras Valen trabajaba en la sartén, dándole la vuelta a los panqueques, no pude evitar fijarme en lo relajado y cómodo que parecía allí en la pequeña cocina, vestido sólo con una camiseta y unos jeans que lo abrazaban en todos los sitios adecuados. La combinación de sensualidad, brillantez y fuerza era una fuerza irresistible. Sentía debilidad por los hombres inteligentes, sobre todo cuando su inteligencia iba acompañada de una figura tan atractiva. Podría mirarlo todo el día, toda la noche...

Valen me lanzó una mirada por encima del hombro, como si de algún modo hubiera oído mis pensamientos, o tal vez sintiera mis ojos recorriendo su cuerpo. Sonrió con picardía al encontrarse con mi mirada. Una expresión hambrienta se dibujó en sus rasgos robustos, haciéndome pensar que tal vez los gigantes *podían* leer la mente.

Volvió a su trabajo y yo seguí mirándole. Era difícil no hacerlo, y él estaba allí.

Aunque disfrutaba de la vista y de lo natural que era para él ser el primero en levantarse y prepararnos el desayuno, aún no estaba acostumbrada. Sin embargo, estaba aceptando que así era vivir con él. Siempre se levantaba antes que Shay y que yo, asegurándose de que tuviéramos sustento en la barriga antes de empezar nuestras mañanas. Él quería hacerlo. Quería cuidar de nosotras y yo no me quejaba. Simplemente era un gran cambio respecto a lo que estaba acostumbrada. Martin nunca me preparaba el desayuno ni me cocinaba nada. Jamás. Lo único que le gustaba hacer era insultarme y avergonzarme. Era un experto en eso. Le *encantaba* hacerlo.

Resoplé en el café al recordar su pene roto y horriblemente hinchado.

—¿Qué pasa? —preguntó Valen mientras ponía otra tortita fresca en un plato.

—¿Mmmm? —dije inocentemente—. Nada. —En mi mente destellaron más imágenes de penes rotos.

—Otra vez te estás riendo sola. —Shay me miraba fijamente con esa mirada que decía que estaba loca.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Otra vez? ¿Quieres decir que lo hago a menudo? —Qué horror.

Y ni siquiera sabía que lo hacía.

—Todo el tiempo —respondió Shay.

—*No*. —Negué con la cabeza—. Creo que lo sabría.

—Créeme. Lo haces —dijo mi hermana pequeña.

—¿Eh?

—Aquí tienes, mocosa. —Valen dejó caer sobre la mesa un plato con tres panqueques dorados y esponjosos para ella, junto a su vaso de zumo de naranja y la botella de sirope de arce.

—Gracias —dijo Shay, que ya estaba vertiendo una avalancha de sirope de arce sobre sus panqueques y cortándolos.

La miré boquiabierta mientras se atiborraba la cara, intentando meter todos los bocados que podía en aquella boquita suya.

—Cuidado, no te atragantes. —Acerqué la silla a su lado, mirándola comer.

Shay se detuvo a medio masticar.

—¿Qué? —dijo con la boca llena.

—Es fascinante cómo puedes meter toda esa comida en esa boca tan pequeña.

Shay se encogió de hombros y tragó.

—Tengo habilidades.

—Te creo. No recuerdo haber tenido tanta hambre de niña. Devoras la comida como si nunca la hubieras probado. Es casi como si cada vez fuera la primera vez que pruebas una comida.

—Soy una niña en crecimiento. —Shay cortó su panqueque—. Tengo hambre. Deja de mirarme.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Está bien, lo siento. —Envolví las manos alrededor de mi taza caliente—. Entonces —dije con un suspiro—. ¿Cómo me libro de este arresto domiciliario?

Valen dejó caer un panqueque fresco en un plato.

—Voy a ver a Arther después de que ustedes hayan desayunado —dijo dándose la vuelta—. Creo que estará de mejor humor ahora que ha tenido tiempo de relajarse.

—¿Y crees que puedes hacer que me quiten el arresto domiciliario?

El gigante me observaba. Frunció los labios, pensativo.

—Creo que sí. Volverá en sí. No te preocupes. Lo conozco —dijo, confiado, mientras giraba sobre sí mismo, como si el arresto domiciliario fuera a terminar pronto. Pero tenía la sensación de que no sería así.

—Todo esto me mantuvo despierta la mayor parte de la noche —dije, oyendo masticar a Shay y haciendo todo lo posible por no quedarme mirando—. Vinimos aquí en busca de protección. Para escapar. Y en vez de eso...

—Lo sé. —Los hombros de Valen se tensaron—. Me ocuparé de

eso. Te lo prometo.

—Está bien —dije, sin sentir ni un atisbo de esperanza. Sabía que lo intentaría, pero ese Arther me la tenía jurada por culpa de Catelyn o por lo que fuera que ella le había estado contando.

—Tiene que centrarse en averiguar quién mató realmente a Nikolas —dijo Valen, con voz firme—. Voy a ayudarlo con eso. No creo que haya sido Catelyn.

—Te ayudaré —dije antes de contenerme—. Ah, claro. Supongo que no puedo. —Todavía no—. ¿Alguna noticia de Catelyn? —No sabía por qué me importaba. La mujer intentó matarme y mintió sobre mi implicación en la muerte de Nikolas.

—Está mucho mejor —respondió el gigante mientras daba la vuelta al panqueque—. Me encontré a Olin esta mañana. Salía de casa de Arther. Dice que la mayoría de sus quemaduras se han curado. Ya está en pie. Ya no está en reposo. Su magia curativa de giganta le sanó la mayoría de sus heridas.

—Pero no la que tiene entre las orejas.

Shay se rió.

—Buena esa.

—Gracias —dije orgullosa, contenta de que compartiéramos el mismo sentido del humor.

—Sólo está confusa. —El gigante colocó un plato de panqueques frente a mí—. Algún día se dará cuenta de que ha perdido a una buena amiga.

Me acerqué más a la silla.

—Bueno. Qué pena por ella. ¿No comes? —Observé cómo el gigante volvía a colocar la sartén, ahora vacía, en el fogón y procedía a lavarse las manos en el fregadero.

—Desayuné hace horas —dijo.

Levanté las cejas.

—Apuesto que sí. —Corté los panqueques con el tenedor y les di un mordisco—. Guao. —Puse los ojos en blanco—. Esto está increíble. Deberías plantearte abrir un restaurante. —Me arrepentí inmediatamente de haber dicho eso, sabiendo que su restaurante era su pasión y que yo lo había alejado de ella. Seguía controlándolo y haciendo algunas cosas de oficina a distancia, pero no era lo mismo que estar allí físicamente.

Pero entonces la sonrisa que me dedicó apagó todos esos pensamientos.

—Tal vez lo haga.

Se me encogió el corazón al ver al gigante fregando los platos, maravillándome de lo bien que los fregaba. Fregaba *muy* bien. El mejor. Tenía que ver con sus grandes manos de hombre.

—Nos vemos —dijo Shay, sacándome de repente de mis

pensamientos mientras saltaba de la silla y corría hacia la puerta principal.

—Espera. ¿A dónde vas? —llamé mientras se calzaba las zapatillas.

—A reunirme con Eve y los demás en las Cataratas del Arco Iris.

—A las cascadas

—Hasta luego —llamó y cerró la puerta tras de sí.

Me levanté de la silla y la espié a través de la ventana de la cocina justo cuando el hombro de Valen chocó contra el mío. Efectivamente, Eve estaba esperando a Shay junto a un alto abedul. Eve saltó de emoción al ver a Shay y corrió hacia ella para susurrarle algo al oído que hizo que las dos se rieran.

Resoplé en mi café.

—Parece... feliz. ¿Verdad? Muy animada. —Me preguntaba si yo también fui alegre de niña. Seguramente.

Valen sonrió.

—Así es.

Un jovencito se acercó a ellas. Era más alto que ellas y tenía un aire desaliñado de chico malo. Les dedicó a las niñas una sonrisa socarrona que las hizo reírse más. Me recordaba a Julian, pero más pequeño. Se me oprimió el pecho al pensar en la pandilla del piso trece. No me había dado cuenta de lo mucho que los echaba de menos hasta ese momento.

—Sabes... en realidad no deberíamos estar espiando —dije, observando cómo la cara del niño se iba poniendo más colorada mientras lanzaba miradas disimuladas en dirección a Shay.

—No deberíamos.

—Nos odiaría si lo supiera.

—Lo haría.

Me encontré con los ojos de Valen.

—¡Acerquémonos!

Los dos, riéndonos como idiotas, nos apresuramos a ir a la zona de la sala que tenía una ventana más grande, nos aplastamos contra la pared, corrimos un poco la cortina y nos asomamos.

Mientras nos inclinábamos, intentando escuchar a escondidas su conversación, no pude evitar sentir emoción por Shay. No parecía demasiado traumatizada por lo de anoche. Eso era bueno.

—¿Debo intervenir? —susurró Valen, con un matiz peligroso en la voz. Su aliento era cálido contra mi oreja, provocándome deliciosos cosquilleos en el cuello.

Al principio me reí, pero luego me contuve al ver el ceño fruncido y la seriedad de sus ojos.

—Espera, ¿hablas en serio? ¿Por el niño? No, Valen. Es un niño.

El gigante mantuvo la mirada fija en el muchacho en cuestión.

—Parece unos años mayor. No me gusta.

Enarqué la ceja. Esto era nuevo. Estaba... molesto. Irritado porque un *niño* se unió al grupo de Shay. Lo observé mientras volvía a guardar silencio sobre mí, apartándome de algo que estaba sintiendo. ¿De qué se trataba?

—Valen... —empecé, viendo un cambio en él—. ¿Te preocupa algo? —Busqué su expresión, encontrando una opresión en sus ojos que hablaba de una situación pasada mal vivida. La tensión de su rostro me oprimió el corazón. Quería ayudarle con lo que fuera que le causaba dolor.

—Sólo estoy preocupado por ella —respondió, con un tono cuidadosamente desprovisto de cualquier emoción. Pero yo sabía que mentía. Supongo que no estaba preparado para decirme qué sentía. Y no lo presionaría hasta que estuviera preparado.

Así que lo olvidé.

—Shay puede tener amigos que sean niños, no sólo niñas. Está permitido, ¿sabes?

—No me gusta cómo la mira. Creo que no trama nada bueno. Fíjate. ¿Por qué tiene las manos en los bolsillos? ¿Qué lleva ahí?

Volví a resoplar.

—Sólo está nervioso.

—Exactamente. ¿Por qué está nervioso? Porque trama algo. —Un músculo saltó a lo largo de la mandíbula de Valen—. Debería ir a comprobarlo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Si sales ahí y te pones en plan... gigante... asustarás al niño y avergonzarás a Shay. Ya no serás su favorito. —Quizá eso no fuera tan malo.

Valen emitió un gruñido de asentimiento, aunque no apartó los ojos del pobre niño. Si supiera que le acechaba un gigante, el niño probablemente se mearía encima.

—¿Le has hablado a Shay de su padre?

La pregunta me sorprendió. No había pensado mucho en ello después.

—Todavía no. No he encontrado el momento adecuado para hacerlo. O sea, pobre niña. Ya ha pasado por mucho. ¿Cómo le digo que se ha desconectado la línea de comunicación con su padre?

—Mmmm.

Sabía que al final tendría que hacerlo. Había algo que no encajaba en todo aquello. Aunque apenas lo conocía, también era mi padre. Y parecía... que estaba metido en algún lío. Me encantaban los problemas, por eso pensaba intentar comunicarme con él de otra forma. Sólo que aún no lo había descubierto.

—¿Sabes? —dije, frotando mi mano sobre sus grandes bíceps—. Eres muy sexy cuando te pones así de sobreprotector. Me gusta.

—¿Sí? —El gigante apoyó su duro cuerpo contra mí—. ¿Cuánto te gusta?

—Mucho.

—Como… —El gigante rozó mi cuello con sus labios y me envió pequeños besos. ¿Así?

—Umjú. Y más.

Mi corazón se aceleró de anticipación cuando su rostro se acercó lentamente al mío, su mirada se detuvo en mis labios. Besó una de mis mejillas, luego la otra, y finalmente los bordes de mi boca.

Su tacto y sus labios sobre mí me provocaron una oleada de cosquilleos en la piel. Me quedé inmóvil, sin apenas poder respirar, sintiéndolo, con su olor a mi alrededor mientras sus besos provocaban en mí una oleada de deseo.

Lo empujé hacia atrás juguetonamente.

—*Estás* intentando llevarme a la cama —bromeé.

El gigante sonrió maliciosamente.

—¿Y está funcionando?

—Así es.

Seguía mirándome cuando capturé su boca con la mía, mordiéndole el labio inferior.

Sus ojos, oscuros de hambre, y sus manos, ásperas de codicia, se abalanzaron sobre mí. Era una sensación increíble ser tocada y besada por un hombre que, obviamente, me deseaba tanto, con tanta urgencia.

Se echó hacia atrás.

—¿Cómo está tu brazo? ¿Las costillas?

—Bien. Estoy casi como nueva.

—Lo suficientemente bien para un poco… No quisiera hacerte daño. No soy pequeño, por si no te has dado cuenta.

—Me he dado cuenta. Y la respuesta es sí. Sí, para el sexo. Sí. Totalmente. —Como Shay había salido con sus amigos, no sabía cuándo tendríamos otra oportunidad de estar a solas.

El gigante gruñó al chocar sus labios con los míos, y su lengua se introdujo en ellos. Me agarró de la camiseta y la jaló. Oí un rasgón y jadeé al mirar mi sujetador y mi pecho al descubierto.

—Lo siento —rió Valen, soltando la camiseta estropeada con una sonrisa juguetona—. No era mi intención.

—Claro que sí. No mientas. —Ladeé una ceja y me mordí insinuantemente el labio inferior antes de aplastar mi boca contra la suya.

Nos apartamos, riéndonos entre dientes mientras nos desnudábamos en una maraña de besos, ansia y miembros. Nos apresuramos todo lo que pudimos hacia el dormitorio sin tropezarnos.

Mi necesidad de él me inundó. Me quité el sujetador y las bragas y

las arrojé al otro lado de la habitación. Valen, ahora con su hermoso cuerpo desnudo, me levantó y me bajó a la cama.

Extendí la mano, le rodeé la cintura con las piernas y lo jalé hacia mí. Se acomodó entre mis muslos, apretando su cuerpo contra el mío. Sentía los latidos de su corazón contra mi pecho y su respiración estaba cargada de deseo. Sus labios se encontraron con los míos y todas mis preocupaciones desaparecieron mientras nos besábamos apasionadamente.

Sus manos exploraban mi cuerpo mientras su lengua se enredaba con la mía, y nos movíamos en perfecta sincronía, como si nuestros cuerpos hubieran sido creados sólo para ese momento. Me sentía como si flotara lejos de la realidad, perdida en la sensación de ser amada tan profundamente por este hombre increíble. Quería que este momento de pura dicha y conexión durara para siempre.

Lo cual debería haberme preparado para lo que vino después. Pero no fue así.

15

Me estaba volviendo loca.

El arresto domiciliario era peor de lo que pensaba. La idea de que no podía salir de la casa de campo no era tan mala al principio, no cuando hacía sólo unas horas mi cuerpo había estado enredado con un gigante y disfrutando de todo él. Sí. Eso fue genial. Pasaron rápidamente un par de horas y empecé a jalarme de los pelos.

Lo de no poder salir me sacaba de quicio. Ni siquiera podía salir al jardín delantero.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de escaparme. Lo tenía todo planeado e incluso había elegido un atuendo. Me había metido el pelo en una vieja gorra de béisbol que había encontrado en el armario de la entrada, con una camisa de franela que me recordaba a Nikolas y unas gafas de sol, y ya estaba lista.

Iba a escabullirme de incógnito. Buen plan.

Cuando Valen me dijo que hablaría con Arther para retirar lo del estúpido arresto domiciliario, no me di cuenta de que tardaría tanto. Llevaba fuera dos horas. Dos horas sola, sin saber qué hacer conmigo misma. Así que, por supuesto, me estaba volviendo ligeramente loca sin nada que hacer. Si hubiera tenido la laptop conmigo, al menos habría podido investigar un poco sobre los vampiros *Empujadores*. Pero, con las prisas, me había olvidado de meterla en la maleta. Estaba segura de que podría encontrar otra computadora en el complejo, pero dudaba que me la dieran abiertamente, ya que seguía bajo arresto domiciliario y me culpaban de la muerte de Nikolas.

Ni siquiera Shay había regresado, aunque había respondido a mis mensajes a través de la aplicación de mensajería. Seguía con Eve en la cascada. Una parte de mí había querido que volviera a la cabaña para que me hiciera compañía, pero eso era egoísta de mi parte. Estaba allí haciendo amigos y divirtiéndose, que era la razón principal por la que habíamos venido. Para alejarnos y hacer planes para el futuro. Sólo que no habíamos tenido en cuenta que me culparían de una muerte.

Lo peor era que no buscaban al verdadero asesino. Cuando retiraran el arresto domiciliario, llegaría el momento de largarnos de aquí y dejar que estos tontos se ocuparan de sus problemas por su cuenta.

Tuve la desalentadora sensación de que la razón por la que Valen aún no había vuelto era porque tenía malas noticias.

Arther no había retirado el arresto domiciliario.

No sabía si él estaba bajo un hechizo de Catelyn, pero cuanto más tiempo pasaba sin Valen, más fuerte era mi determinación. Sí. Arther no iba a ceder.

Maldiciendo, empecé a pasear por la casa. No podía evitar sentirme atrapada, como en una jaula de metal sin salida. En silencio, deseé estar con mi pandilla del piso trece. Probablemente Elsa le habría dado a Arther su merecido. Aquel pensamiento me hizo sonreír. La quería. Puede que incluso hubiera sido capaz de llegar hasta Catelyn. Tenía una forma de hablar con la gente que yo no tenía.

Mi mente se agitaba con diferentes escenarios, pero todos llevaban a la misma conclusión. Tenía que salir de aquí. No podía quedarme sentada esperando a que ocurriera algo. Ése no era mi estilo. Yo era una bruja de acción. Una Merlín. Me ganaba la vida atrapando a los malos. No jugaba a ser ama de llaves. O mejor dicho, presa doméstica.

Revisé mi teléfono para ver si Valen me había enviado alguna novedad, pero no tenía nada. Ni mensajes de texto. Ni llamadas perdidas. Nada. No sabía si preocuparme o enfadarme. Él sabía lo importante que era esto para mí. Lo importante que era para nosotros liberarnos de este lugar. Largarnos de aquí.

Un repentino coro de gritos atrajo mi atención hacia el exterior. No pude distinguir lo que decían. Las palabras eran débiles, como finos susurros, como si vinieran de muy lejos, en la lejanía, hasta que no pude oír nada en absoluto. ¿Era la voz de Valen? No sabía si los gritos procedían de la casa de al lado o de algún otro lugar del complejo.

No quería que Valen y Arther se pelearan por mi culpa. A juzgar por la intensidad de las voces, no sonaba bien. Si Valen hería a Arther en una pelea, todo el complejo medieval querría nuestras cabezas.

Demonios. Demonios. Demonios

Volví a jalarme del pelo.

—Tengo que *hacer* algo. —No podía dejar que Valen perdiera a un amigo por mi culpa. Aunque técnicamente fuera inocente y todo fuera culpa de Catelyn, todo siempre volvía a mí. Como si mi vida tuviera un efecto boomerang: un desastre tras otro que volvía para darme una patada en el culo cuando ya estaba a punto de librarme de algo.

Sonaron golpes y gritos procedentes de algún lugar del exterior.

—Maldita sea. Se estaban peleando.

Mientras seguía caminando, mis ojos se posaron en la puerta. Debería irme. A la mierda. Al diablo con todo el mundo. Iré a la puerta de al lado y averiguaré qué demonios estaba pasando.

Con el corazón palpitante, me dirigí hacia la puerta.

Se abrió de golpe.

Valen entró dando zancadas. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos, y yo tuve que dar un torpe salto hacia atrás para que la puerta no me golpeara en la cara y se llevara mi nariz.

—¿Leana?

—Valen.

La cara del gigante se enrojeció.

—¿Qué llevas puesto?

—Ropa.

Parpadeó.

—Pero… ¿te has enterado? ¿Cómo?

¿Que tú y Arther se están dando golpes? Sí. Son un poco ruidosos.

El gigante se limitó a mirarme con expresión confusa.

—¿Qué? No. Arther y yo no estábamos luchando. El complejo está siendo atacado.

Me tambaleé hacia atrás como si sus palabras me hubieran golpeado como uno de sus puños.

—Shay…

—Lo sé. —Valen cerró la puerta y corrió hacia el dormitorio, yo siguiéndole detrás como su sombra—. Voy a buscarla. Tú quédate aquí.

—Sí como no —gruñí mientras una mezcla de miedo y furia se apoderaba de mí.

Valen abrió su bolsa de lona y sacó lo que parecía un cinturón de armas, equipado con dagas y otras cosas metálicas que no reconocí, envolviéndoselo alrededor de la cintura—. Escucha. Si te ven, podrían pensar que estás implicada en esto.

Dejé escapar un suspiro frustrado.

—¿Qué les pasa a estas personas? Yo no he hecho nada. Yo no maté a Nikolas.

—Lo sé. —Valen se tomó un momento y me miró. Sus ojos eran amables, pero su expresión era seria—. Pero ahora mismo, los ánimos y las emociones están por las nubes. No son ellos mismos. Están asustados. Y Arther teme por su pueblo. Se preocupa por todos los que están aquí. Se supone que están a salvo en este lugar.

—Bien. —Me froté la cara, intentando ignorar el creciente martilleo de mi corazón——. ¿Quién está atacando el complejo? ¿Es Freida? ¿Nos ha encontrado? —Recordé que Arther había dicho que este lugar era básicamente impenetrable. Parecía que se había equivocado.

El gigante negó con la cabeza.

—No. Arther dice que es otra manada, a la que ya se han enfrentado antes.

—¿Qué? Esto es una locura. —Apreté los dientes—. ¿Por qué hay otra manada? ¿De qué? ¿De hombres lobo? ¿Atacando este lugar? —Me estaba arrepintiendo de haber venido aquí.

—Es un asunto territorial —dijo Valen—. El otro alfa reclama esta tierra como suya. Insiste en que Arther no tiene derecho al título de

alfa aquí, y les obligará a marcharse o correrán el riesgo de que los maten.

—Maravilloso. —Solté un suspiro por la nariz—. ¿Qué va a hacer?

—Luchar —dijo el gigante, como si fuera algo totalmente normal —. Ha reclutado un ejército de tropas y se ha familiarizado con las estrategias para este tipo de toma del poder. Hará lo que haga falta para proteger su territorio. Ya ha hecho esto antes y sabe cómo manejarlo. Luchará por su fortaleza hasta su último aliento. Todos los demás que no luchen deben quedarse dentro.

—Super. —Dejé escapar un suspiro frustrado—. Así que todo este tiempo, aquí pensaba que estabas negociando mi liberación.

El gigante me miró.

—Lo hice. Lo hice. Lo hice durante mucho tiempo.

Le miré fijamente a la cara.

—Y a juzgar por la mirada solemne que tiene, no estuvo de acuerdo.

—Me dijo que se lo pensaría —dijo el gigante, saliendo del dormitorio—. Pero entonces... pasa esto. Me necesita ahora mismo.

—Lo entiendo. —La ira me apretó aún más las tripas—. ¿Estaba Catelyn allí?

—Sí.

Estaba segura de que ella era la culpable de las dudas de Arther.

—De acuerdo. Entonces igual iré a buscar a Shay.

—No. —Valen me fulminó con la mirada. Podía ver planes formulándose detrás de sus ojos, intentando idear una forma de hacer que me quedara.

Le devolví la mirada.

—No me mires así, *gigante*. Es mi hermana. Mía. Y me importan una mierda sus malditas normas. —Me di cuenta de que estaba gritando, pero no me importó.

Valen me agarró por los hombros.

—Si sales, sólo conseguirás empeorar las cosas —dijo Valen—. Aquí tenemos que seguir sus normas. Sólo hasta que esto acabe. ¿Sí? Quédate aquí y yo iré a buscar a Shay. Volveré antes de que te des cuenta. —Se inclinó hacia mí y me estrechó en un abrazo—. La traeré de vuelta —dijo, hablándome por encima de la cabeza—. Te lo prometo. —Me soltó y añadió—: Volveré pronto.

Antes de que pudiera detenerle, se dirigió a la puerta.

—Quédate aquí y cierra las puertas. Shay podría encontrar el camino de vuelta antes de que yo la encuentre.

Me quedé allí de pie, demasiado enfadada para pronunciar palabra alguna. Supongo que se dio cuenta de esa parte porque cerró la puerta.

Vi su silueta alejarse a toda prisa mientras me dirigía a la ventana

del salón. Los paranormales se apresuraban a entrar en sus casas, algunos arrastrando a sus hijos por los brazos, cerrando puertas mientras se atrincheraban y preparándose por si la jauría enemiga encontraba el camino hacia las cabañas.

Me quedé de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. El miedo y la ira, con la mezcla de adrenalina, me estaban mareando. Miré a través de la ventana, observando cómo continuaba el caos en el exterior. Los sonidos de gruñidos y rugidos mezclados con gritos y llantos llenaban el aire. Era una zona de guerra, y sólo era cuestión de tiempo que se extendiera a nuestra cabaña. Tenía que hacer algo.

No supe cuánto tiempo permanecí allí, observando. Quizá cinco minutos. Quizá media hora. Quizá sólo un minuto.

Pero mi decisión estaba tomada.

Corrí al dormitorio y rebusqué en el bolso de Valen. Mis dedos encontraron algo sólido. Lo saqué a la fuerza. Una daga. No era experta en este tipo de combate, pero como era de día, mi magia estelar sería casi nula. Necesitaba algo con qué apoyarme.

Revisando la foto del mapa del complejo, que había tomado con mi teléfono, encontré el lugar donde estaban Shay y sus amigas, las Cataratas del Arco Iris. Lo memoricé. Y luego fui hacia la puerta.

Con suerte, todos estarían demasiado aterrorizados y concentrados en los atacantes, y ni siquiera se fijarían en mí. Bueno, eso es lo que esperaba. Yo me veía como una persona normal, no tenía nada fuera de lo común.

Valen se pondría furioso si supiera que me iba. Pero yo sabía que no se enfadaría. Sólo estaba preocupado por mí, y lo entendía. Pero no pensaba en él ni en mí. Pensaba en mi hermanita.

Respiré hondo, me concentré en lo que tenía que hacer y salí de la cabaña.

16

Si hubiera tenido la magia o el hechizo para hacerme invisible, lo habría hecho. Pero resulta que, sin ese tipo de brujería, no era más que otra bruja de Luz Estelar que maldecía al sol por ser tan cabrón.

Aun así, los que me miraban apenas me prestaban atención mientras me apresuraba a pasar junto a las cabañas del complejo, dejándolas atrás a medida que me adentraba.

Con la ubicación de la cascada aún fresca en mi mente, corrí hacia el sendero más cercano, manteniendo la cabeza agachada.

Mientras corría por el sendero, vi a unos cuantos paranormales correteando, y de nuevo apenas miraron en mi dirección. Estaban demasiado ocupados corriendo hacia sus cabañas o buscando algún lugar seguro donde esconderse. Un grupo de paranormales masculinos y femeninos vestidos con pantalones negros de carga se precipitaron en la dirección en la que yo me dirigía. ¿Formaban parte del ejército de Arther? Probablemente. Era como si fuera invisible para todos. Qué bien. Me invadió una sensación de alivio. Por fin era libre. Bueno, en realidad no.

Mientras corría por el sendero, no podía evitar sentir la adrenalina bombeando por mis venas. El corazón me latía tan fuerte en el pecho que pensé que se me saldría de la caja torácica. Cada nervio de mi cuerpo estaba en alerta máxima. Mis sentidos se agudizaron y mantuve los ojos bien abiertos en busca de cualquier señal de peligro. Recurrí a mi luz estelar —a la poca que pude— y no conseguí nada. Miré fijamente al sol. Sí, hacía que Shay fuera superpoderosa, pero para mí era una patada en el culo.

Dejando a un lado la frustración, necesitaba encontrar a Shay y llevarla de vuelta a la cabaña y lejos de aquella turba enfurecida de hombres lobo. No quería que nos metiéramos en medio de esta guerra. No era nuestra lucha. Entonces le enviaría un mensaje a Valen. Mírame. Hoy era la reina de los planes.

Mientras galopaba por el bosque, agradecida de que Olin me hubiera curado lo suficiente para hacerlo, encontré el bosque inquietantemente tranquilo para ser tan temprano en la tarde. Los únicos sonidos eran el crujido de las hojas bajo mis pies y el susurro de las ramas al viento. Era una sensación extraña, como si hubiera entrado en un mundo diferente, donde todo era posible.

Se me aceleró el pulso mientras corría hacia el lugar donde se encontraba Shay. Estaba decidida a encontrarla y llevarla de vuelta a

la seguridad de la cabaña, costara lo que costara.

Mientras corría, podía oír los sonidos de la lucha en la distancia, el choque de las armas y los gruñidos de los hombres lobo transformándose. Se me erizaron los pelos de la nuca al darme cuenta de que me acercaba a la acción. Podía ver destellos de movimiento entre los gigantescos árboles de cicuta, el brillo del metal al desenvainar y blandir las armas.

Sabía que tenía que tener cuidado de permanecer oculta y evitar que me vieran los miembros de la manada, del complejo o como sea que se llamaran estos días. Respiré hondo y me aparté del sendero, moviéndome entre la maleza tan silenciosamente como pude.

Me tomé un momento y volví a consultar el mapa en mi teléfono.

—Debería estar aquí. —Miré a mi alrededor, tratando de localizar las marcas de la cascada, y vi un cartel tallado clavado en un árbol con las palabras CASCADAS DEL ARCOIRIS y una flecha apuntando hacia arriba, hacia la ruta que había más adelante.

Me metí el teléfono en el bolsillo y galopé en esa dirección. A medida que me acercaba a mi destino, podía oír el débil sonido de voces en la distancia. Reduje la velocidad, tratando de mezclarme con los árboles de alrededor mientras me acercaba.

Una ramita se rompió detrás de mí.

Me di la vuelta.

Una niña con coletas rubias me golpeó el pecho.

—Auch —exhalé, agarrándome las tetas—. Ahí va mi sueño de que me quede un sujetador 32C de Victoria's Secret. —Me quedé mirando a la niña con los ojos muy abiertos—. ¿Eve? —La miré a ella y al niño que había reconocido al espiarlos antes. Sólo estaban ellos dos—. ¿Dónde está Shay? Creía que estaba contigo.

Eve dio un paso atrás y se frotó la nariz.

—Volvió a la cabaña cuando oímos los gritos.

—Mierda. —Debería haberme encontrado con ella por el camino —. ¿Por dónde se fue? —Un pesado bulto de pavor se formó en mi pecho.

Eve señaló en la dirección de donde yo venía.

—Dijo que iba a volver para ver cómo estabas.

Maldita sea. No debería haber ido sola a ningún sitio. El corazón me golpeó las costillas. Shay iba directo hacia el peligro. Sí, tenía el poder del sol como ventaja y podía aniquilar a un hombre lobo o a un metamorfo si intentaban hacerle daño, pero Shay era sólo una niña. Apenas estaba aprendiendo a utilizar sus poderes. Si se asustaba, podría quedarse paralizada. Y entonces estaría muerta.

Dejé escapar un suspiro.

—Debió de tomar una ruta diferente. Posiblemente porque quería alejarse del camino. —Inteligente. Pero ahora no tenía ni idea de

dónde estaba. Podía estar en cualquier parte del bosque—. ¿Cuántas hectáreas tiene este complejo?

—Trescientos diez —respondió Eve con orgullo.

—Eso se traduce en muchos árboles y caca de ardilla —Miré a mi alrededor, sabiendo muy en el fondo que mi hermana encontraría el camino de vuelta a la cabaña. Eché un vistazo a las muchas rutas posibles que Shay podría haber utilizado. Sacudí la cabeza, con los pensamientos revueltos. Esto no era bueno. Si Shay volvía a la cabaña a buscarme y descubría que me había marchado, volvería a salir.

—No pueden quedarse aquí —dije, volviendo la mirada hacia ellos. De cerca, se veían aún más jóvenes de lo que había pensado en un principio—. Tienen que resguardarse. El otro grupo viene hacia aquí. Y si los encuentran, no sé lo que harán. —¿Atacarían y matarían a los niños? No tenía ni idea de lo que les pasaría. Mierda. No podía dejar solos a un par de niños. Apenas eran mayores que Shay y no tenían su magia.

El muchacho se adelantó.

—Podemos defendernos —dijo, percibiendo mi vacilación de dejarlos solos.

—Seguro que sí, pero los dos vendrán conmigo —dije con firmeza, ya decidida—. Su tío me partiría la cara si supiera que los dejé aquí solos mientras otro grupo de hombres lobo intentaba apoderarse de ustedes.

Eve ladeó la cabeza.

—Sí, claro que lo haría.

—Por cierto, me llamo Leana —le dije al muchacho.

—Jason —respondió.

—Bien. Eve. Jason. Síganme. —Me giré para irme, pero me quedé paralizada a medio paso.

Voces.

Agarré a los dos niños por el cuello y los empujé conmigo a la tierra, detrás de un gran arbusto de cornejo. Con demasiada fuerza por las prisas, pero ya me disculparía más tarde. Los solté y me llevé un dedo a la boca, con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

Al cabo de unos segundos, aparecieron unas formas. Cinco paranormales. Estaban demasiado lejos como para verlos con más detalle y saber qué tipo de cambiantes eran, pero el palpitar de energías frías me decía que eran poderosos. La respiración agitada y las pisadas sonaban increíblemente fuertes en medio del opresivo silencio del bosque. Por supuesto, si hubiera tenido mi luz estelar a plena potencia, cinco cambiaformas no habrían supuesto ningún problema. Pero al tenerla en modo de batería baja, además de tener a dos jovencitos conmigo, escondernos era nuestra mejor opción.

Sentí que el cuerpo de Eve temblaba contra el mío. Incluso Jason

tenía un tic nervioso en la mandíbula. Estaban aterrorizados. Menos mal que no les dejé solos.

Los niños y yo permanecimos así unos minutos más después de que las formas desaparecieran por el bosque, y pasaron otros tres buenos minutos antes de que por fin nos levantáramos de nuestro escondite.

—Eso estuvo cerca —susurré tan alto como me atreví, sabiendo que los hombre lobo y los metamorfos tenían un superoído—. No hablen a menos que sea absolutamente necesario.

Los dos niños asintieron con la cabeza. Sentí una punzada en el corazón al ver el miedo que se reflejaba en sus caras. Sus padres debían de estar como locos de preocupación.

Asentí y señalé en dirección a donde debían seguir. Luego, siguiendo la lógica de Shay, me aparté del sendero, lo suficientemente lejos para que pudiéramos ver si venía alguien y lo bastante cerca para no perdernos. Aunque tenía la sensación de que estos niños conocían este bosque como la palma de su mano. Quizá deberían ir delante.

Pero esperaba que este grupo atacante no estuviera tan familiarizado con estos bosques. ¿Sabían dónde estaban las cabañas? Esperaba que no.

Juntos, caminamos de vuelta a través del bosque lo más rápido que pudimos sin hacer ruido. Los gritos sonaban cerca, y tuvimos que agacharnos y escondernos unas cuantas veces.

Mi corazón se aceleraba mientras nos abríamos paso a través del denso bosque. Sentía el escozor de las ramas contra mi piel mientras corría entre los árboles, y el dolor no hacía más que alimentar mi adrenalina. El miedo a ser atrapada por los paranormales era palpable. No quería pensar en lo que pasaría si nos capturaban, ni en lo que le harían a los niños. Mis entrañas se retorcían con una furia feroz, como una leona protegiendo a sus cachorros. Puede que no fueran *mis* hijos, pero eran niños inocentes.

Mi mente seguía acelerada, intentando idear un plan para sacarnos a todos vivos de aquí, y me estaba quedando corta. Necesitábamos encontrar cobertura, un lugar donde refugiarnos que fuera una de las cabañas.

De repente, un fuerte gruñido resonó entre los árboles, haciendo que nos quedáramos inmóviles. Podía sentir el miedo que irradiaban Eve y Jason, lo que sólo aumentó más mi propia ansiedad y temor. Teníamos que salir de aquel bosque.

Me llegó el sonido de un siseo, seguido de un espeluznante coro de gritos de guerra. Oí el inconfundible rugido de dolor y luego un aullido. Los gruñidos se hicieron más fuertes y, durante un horrible segundo, pensé que nos habían descubierto. Saqué la daga que había tomado del bolso de Valen, intentando calmar los nervios mientras esperábamos. No sabía utilizar la daga, pero sabía que tenía que

defender a los niños. Improvisaría. Siempre lo hacía.

En los ojos, me dije. *Y si es hombre, en los ojos* y *en los cojones*.

Respiré hondo y me coloqué delante de los niños, dispuesta a enfrentarme a lo que viniera por nosotros.

Pero, por suerte, los gruñidos y los sonidos de la batalla se *alejaron* de nosotros y nos quedamos de nuevo solos en el bosque.

Parecía que la diosa estaba de nuestro lado.

—Vamos —susurré mientras salía disparada hacia delante, Eve y Jason corriendo detrás de mí.

Al cabo de un momento, me di cuenta de que, en mi prisa por alejarme de la batalla, había perdido de vista el sendero y no tenía ni idea de a dónde iba.

Me detuve, agachando la cabeza mientras miraba a mi alrededor. Mierda. Nos había perdido. *Así se hace, Leana.*

Eve me agarró del brazo y señaló a través de un hueco entre los árboles.

—Por aquí —dijo, con voz baja y apenas audible—. Es el camino que lleva a la casa de mi tío. —Asintió y tomó la delantera. Esta vez la dejé hacerlo.

Seguí a Eve mientras corría por el bosque como una niña salvaje criada por lobos. Supongo que en cierto modo era cierto. Jason corría detrás de nosotros, con el mismo aspecto salvaje y probablemente ansioso por llegar hasta los suyos.

Pero después de lo que me pareció una eternidad, por fin vimos la parte trasera de la casa de Arther. Me invadió el alivio, pero duró poco al ver dos figuras que se asomaban en el porche delantero cuando rodeamos el lateral de la cabaña.

—¡Tío! —gritó Eve mientras corría más deprisa y directa a los brazos de su tío.

El gran alfa levantó a su sobrina en brazos y la abrazó con fuerza.

—Estábamos muy preocupados. —Sus ojos se posaron en mí durante un segundo y luego en Jason—. Vete. Tus padres te están esperando.

Jason asintió y se dirigió hacia una casita con una puerta amarilla. Antes de llegar al porche, la puerta se abrió de golpe y una mujer con los ojos llorosos salió, gimiendo, mientras lo agarraba.

Parpadeé rápidamente cuando Arther bajó a su sobrina.

—Entra, rápido. Tus padres están allí. —Hizo un gesto hacia su propia cabaña.

No me quedé para el reencuentro ni para su ira al ver que no estaba en arresto domiciliario y acataba sus órdenes. En lugar de eso, salí corriendo hacia nuestra cabaña. Empujé la puerta y grité:

—¡Shay! —mientras entraba a empujones.

Valen se volvió, con los ojos entrecerrados y un aspecto oscuro y

furioso. Uy.

—¿Dónde demonios estabas? Te dije que te quedaras dentro. —Señaló con el dedo en dirección a la sala, como si yo no hubiera entendido esa parte.

Levanté un dedo.

—Primero, no me va bien cuando la gente me da órdenes, y segundo, sobre todo no con ese tipo de actitud. —Sabía que su enfado se debía a su terror por no encontrarnos a Shay ni a mí en la cabaña. Así que le di unos instantes para que se recompusiera, mientras le dirigía mis ojos furiosos.

Una visible tensión abandonó al gigante y su postura se relajó.

—Es que... no quería tener que preocuparme también por ti. Y cuando no estabas aquí... Es una locura ahí fuera.

—Lo sé. —Dejé escapar un largo suspiro, intentando contener mis emociones—. Tú tampoco la encontraste. —Obviamente, ya que estaba segura de que, si lo hubiese hecho, no la perdería de vista.

El gigante negó con la cabeza.

—Busqué en las cascadas y luego en la zona de voleibol de arena, donde Arther me dijo que pasaban el rato la mayoría de los niños. Como no estaba allí, pensé que estaría aquí contigo. ¿A dónde has ido?

—A la misma cascada. Encontré a Eve y a Jason, el niño al que querías darle una paliza, pero no a Shay. Me dijeron que ella se regresó cuando oyó los gritos y vino hacia acá. —Pero no parecía que hubiera regresado. No tuve que pronunciar las palabras, pues Valen y yo nos quedamos mirándonos fijamente, ambos pensando lo peor.

Valen maldijo y se paseó por la cabaña. El pelo oscuro del gigante proyectaba sombras sobre sus ojos. Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró como si no se atreviera a decir lo que pensaba.

—Voy a volver a salir. Y no puedes impedírmelo —Lo desafié. De ninguna manera iba a impedir que intentara encontrar a Shay.

—Voy contigo.

Salí corriendo de la cabaña, Valen un paso detrás de mí. Corrimos por el camino que conecta entre nuestras casas, donde Arther recibía a un grupo de veinte paranormales que vestían pantalones cargo oscuros similares.

El macho alfa se giró cuando nos acercamos, con los rasgos oscuros y una expresión sombría.

—Quédate en tu cabaña —ordenó, mirándome a los ojos—. Es el lugar más seguro para ti.

Claro. Otra vez con las órdenes.

—Shay ha desaparecido. Vamos a buscarla. —Hice todo lo que pude para que el pánico creciente no se reflejara en mi voz, pero fue inútil.

—No puedes salir ahí fuera —gruñó el macho alfa—. La otra manada ha atravesado nuestras defensas y está matando a todos los que encuentran. Si sales, te matarán. Pronto llegarán a las cabañas. Valen, haz entrar en razón a tu hembra.

Por Dios. No acaba de decir eso. Sus palabras me hirvieron la sangre.

—Valen no me controla, perro enorme —le grité, sintiendo que temblaba de rabia—. Sólo tiene once años. Está ahí fuera, probablemente escondida en alguna madriguera, aterrorizada. Y voy a ir a por ella. Lucharé contra ti si intentas detenerme. —Ya estaba harta de su mierda.

Sus soldados estaban obviamente sorprendidos por mi arrebato. Probablemente nunca antes habían visto a una mujer enfrentarse a él de ese modo y que no se dejara intimidar. Era ruda. Él no me conocía.

Su líder se mordió la lengua, mirando hacia Valen en busca de ayuda en lugar de gritarme. Pero el gigante se limitó a permanecer allí con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho, respaldándome en silencio y mirando a Arther como el imbécil que era en ese momento.

Arther suspiró.

—Has salvado a mi sobrina. Y te estaré siempre agradecido por ello. Pero si sales ahí fuera, no podré protegerte.

Fruncí el ceño.

—De todas formas, no parece que *puedas* protegerme. —Ni a nadie.

La ira se apoderó de los ojos de Arther y me preparé para una explosión vitriólica. Por un segundo, pensé que iba a arremeter contra mí, pero me sorprendió cuando dijo:

—Pues vete. Espero que la encuentres antes que ellos.

—Están aquí —dijo Valen, con la mirada fija en algo que había delante de nosotros.

De entre las sombras de los altos árboles surgieron veinte figuras. Sus rasgos perfectos, sus miradas hipnóticas, su extraña elegancia y sus atuendos extravagantes me aceleraron el corazón. El olor a sangre vieja, sus ojos negros y sus garras los delataban.

—No son hombres lobos ni cambiaformas —dije, con la voz llena de un terror repentino—. Son vampiros. Freida nos encontró.

17

—¿Qué has dicho? —Arther me miró confuso.

—No es la otra manada —dije, sintiendo que una oleada de alarma me recorría la sangre. Me encontré con la dura expresión de Valen, y el hormigueo de la magia me dijo que estaba a punto de convertirse en una bestia en su forma gigante.

Miré alrededor del complejo, buscando a la vampiresa, pero no pude verla. Pero eso no significaba que no estuviera aquí.

Por el rabillo del ojo, vi que Valen se movía. Con un rápido tirón, sus ropas cayeron al suelo. Su figura de casi dos metros había sido sustituida por una enorme versión de sí mismo de cinco metros y medio. Tenía los brazos abultados y las manos tan fuertes como para aplastar metal y para partirle el cuello con facilidad a cualquier persona.

Tomando la delantera, Arther y sus soldados se precipitaron hacia delante. Algunos cayeron al suelo a cuatro patas, transformándose en sus bestias, mientras otros corrían en sus formas humanas. Vi enormes lobos grises y negros, coyotes y osos negros.

Con un tirón de sus musculosos brazos, Arther se arrancó la ropa. Cuando cayeron al suelo, en lugar de su cuerpo humano se erguía el lobo blanco más grande que jamás había visto. Me habría tomado el tiempo necesario para admirarlo, ya que era casi del tamaño de uno de esos osos, pero tenía que ocuparme de los vampiros.

Saqué mi daga y me concentré en la amenaza. Primero, tenía que encontrar a Shay.

—*Encuentra a Shay* —llegó la voz profunda y gigantesca de Valen —. *Ten cuidado.*

Asentí, sintiéndome ligeramente mareada por las cantidades de adrenalina y miedo que bombeaban por mis venas.

Con un gran salto de sus piernas, el gigante saltó hacia delante y se apresuró a unirse a la manada de Arther.

Los vampiros se movían como sombras en la oscuridad. Sus movimientos eran tan rápidos que, si parpadeabas, no los verías.

Arther se lanzó contra el vampiro más cercano en un borrón de pelaje, extremidades y colmillos, mientras chocaba contra su enemigo con una fuerza feroz. Con una colisión que hizo temblar la tierra, el enorme lobo blanco y los vampiros se encontraron en batalla, desatando su odio y sus afiladas garras.

Me quedé paralizada un segundo, atónita cuando Arther voló hacia

un lado, esquivando las garras de un poderoso vampiro con la cabeza rapada y músculos como los de Vin Diesel. Se trepó por el lateral de la pared de una cabaña, con las uñas desgarrando el revestimiento de madera. Gruñó. Sus caninos brillaron a la luz. Dio una voltereta desde el tejado y cayó con fuerza sobre el vampiro calvo, derribándolo.

Y entonces me puse en movimiento, con la daga delante de mí. No estaba segura de lo que iba a hacer con ella, pero era todo lo que tenía.

Avancé y giré alrededor de un vampiro a tiempo de ver cómo uno de los lobos retrocedía mientras otros dos vampiros, un macho y una hembra, lo destrozaban como trompos, arrancándole la piel a su paso. El lobo gruñó mientras batía sus grandes patas contra ellos como si estuviera espantando moscas.

Los vampiros atacaban con fuerza, sin darle a la manada ni un solo momento para tomar la delantera.

Empecé a avanzar de nuevo, pero me detuve cuando otro vampiro dio una voltereta y se lanzó hacia delante, con los pies por delante, contra el pecho del gigante. Valen, el gigante, retrocedió dando tumbos, pero se enderezó a tiempo para agarrar al vampiro por la pierna, balancearlo hacia delante y, con un movimiento de manos, romperle el cuello.

El vampiro cayó, la sangre brotó de su cuello como una manguera de jardín. Apreté los dientes. Sí, fue muy asqueroso.

El aire se llenó de aullidos y silbidos agónicos, un coro caótico de gritos y rabia. Cada chillido de dolor parecía resonar en mis huesos, los gritos desesperados sacudían mi cuerpo con una mezcla de miedo e ira.

Apartando los ojos de la batalla, salí corriendo detrás de una de las cabañas. Me agaché un segundo, intentando averiguar dónde podría estar Shay. Demonios, podría estar en cualquier parte.

Aparté mi inquietud. Shay era una niña lista. Había vivido en la calle durante semanas tras la muerte de su madre. Estaría escondida en algún lugar, muerta de miedo, esperando a que Valen o yo la encontráramos.

Sólo esperaba encontrarla antes que los vampiros.

Y entonces volví a moverme.

Inhalé aire justo cuando un vampiro saltó en mi campo de visión, abalanzándose sobre mí y bloqueándome el paso.

—¡Mierda! ¿De dónde has salido? —Guiándome por los instintos, recurrí a mi luz estelar, llamando a las estrellas... y nada.

¡Maldito sol!

Así que hice lo mejor que pude.

Blandí mi cuchillo, pero el vampiro golpeó más rápido, cogiéndome por el brazo y abriéndome la piel.

—Eres la bruja de Luz Estelar. —El muy cabrón tuvo el descaro de reírse—. Pensé que serías más alta —dijo—. Guapa. Pero no lo suficiente para tentarme.

—Bien —gruñí, con la sangre resbalándome por la mano y haciendo que se me resbalara el agarre del cuchillo—. No necesito ser una belleza para patearte el culo —dije y lancé el puñal, esperando tener suerte. Pero fallé y aterrizó con un golpe seco en el suelo—. Sí. Eso pensaba.

En un abrir y cerrar de ojos, el vampiro macho se lanzó sobre mí. Retrocedí bruscamente, pero el vampiro fue más rápido y me rodeó los brazos con las manos, tirando de mí hacia él. Grité cuando su cabeza se lanzó hacia mi cuello.

¿Te ha mordido alguna vez un vampiro? Sí, a mí tampoco.

Presa del pánico, justo cuando su aliento caliente asaltaba la piel de mi cuello, embestí con la rodilla hacia arriba, chocando con sus pelotas. Gritó, y sentí que se soltaba de mi cuello.

—Me estoy volviendo muy buena en esto —dije. Sin darle al vampiro tiempo para recuperarse, me abalancé sobre él y le di una fuerte patada en las tripas. Gruñendo de dolor, retrocedió tambaleándose, pero no duró mucho. Los bastardos eran resistentes al dolor, como la mayoría de los paranormales.

—Estás muerta. —Se abalanzó sobre mí, como si un gato hubiera puesto los ojos en un ratón. Conseguí bloquear sus garras con el brazo, pero me asestó un poderoso puñetazo en las tripas. Antes de que pudiera contraatacar, el vampiro se catapultó hacia atrás en una voltereta acrobática, dándome una patada en toda la cara.

Estallaron estrellas en mi visión y retrocedí tambaleándome, con los ojos llorosos mientras la sangre me llenaba la boca. Me había mordido la lengua. Escupí al suelo y mis ojos se encontraron con los del vampiro sonriente que me esperaba en una postura de artes marciales que nunca había visto.

—No está mal —dije, elogiando su estilo mientras me frotaba la mandíbula, previendo un moratón gigante—. Eres un hijo de puta tramposo. ¿No? ¿Qué es eso? ¿Kung fu?

Dejó escapar una carcajada ronca.

—Algo así —dijo arrogantemente, con una sonrisa más amplia esta vez y provocándome un escalofrío—. Nuestra ama predijo este combate. Predijo que perderías y que ganaríamos.

Silbé despacio.

—¿En serio? Pareces muy seguro de ti mismo, vampirito.

Sonrió con satisfacción y algo en la forma en que lo hizo hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

—Y nos llevaremos lo que hemos venido a buscar.

Shay.

Intenté pasar desapercibida. El hecho de que dijera que «se la llevarían» significaba que aún no la habían encontrado, lo que me dio esperanzas y fuerzas para el siguiente paso.

Furiosa, levanté la pierna y los ojos del vampiro se desorbitaron cuando mi bota se estrelló contra su pecho. La patada lo lanzó por los aires, y su cuerpo crujió al chocar contra el suelo.

Jadeando, busqué mi daga por el suelo. La plata me guiñó un ojo desde unos metros de distancia. Agarré el puñal, me posicioné y lo dejé volar, viéndolo surcar el aire a cámara lenta. La daga aterrizó en el ojo izquierdo del vampiro, hundiéndose hasta la empuñadura. Le había apuntado al pecho, pero daba igual. Cayó al suelo muerto, con un ruido húmedo.

Parpadeé y le miré fijamente durante un segundo, asegurándome de que estaba muerto y también contemplando si debía quitarle la daga, ya que era mi única arma.

Decidida, avancé. Con una mueca de dolor, rodeé la empuñadura con las manos y tiré.

La daga salió más fácilmente de lo que pensaba acompañada de un repugnante ruido de succión. No me quedé para ver si estaba realmente *muerto*. Necesitaba encontrar a Shay. Y el vampiro básicamente me había dicho que aún no la habían encontrado, así que necesitaba llegar hasta ella rápido.

Salí corriendo otra vez, siguiendo la misma ruta por detrás de la hilera de cabañas. Rugidos, silbidos y gruñidos se oían con fuerza por encima de los latidos de mi corazón. El sonido de la batalla sacudía el aire, ahora que podía escuchar. Los gritos de los hombres lobo eran espeluznantes y animalescos, pero no me hicieron retorcerme de miedo. Y entonces los vampiros soltaron un grito áspero y gruñón que me erizó la piel.

Alcancé a ver a una mujer maciza que golpeaba la cabeza de un vampiro con el puño. Catelyn. Me preguntaba cuándo mostraría su mentiroso trasero y haría algo productivo con aquella fuerza. Mis ojos encontraron a Valen intentando librarse de un vampiro que se le había pegado a la espalda como una garrapata demasiado grande.

Habría fulminado fácilmente a ese vampiro con mis luces estelares. Pero sin ellas, no podía ayudar mucho. Además, Valen podía arreglárselas solo.

Una repentina ráfaga de luz iluminó el bosque, atrayendo mi atención hacia la izquierda de las cabañas, en algún lugar profundo del bosque.

—¡Shay!

Me invadió el terror y corrí como una loca hacia el bosque, pensando sólo en mi hermanita.

Algo duro me agarró por el costado y salí disparada hacia delante.

Rodé por el suelo y me levanté, con la cadera palpitante de dolor, al divisar a mi posible agresor.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una vampira con el pelo corto y azul y algunos tatuajes tribales que le marcaban la mitad de la cara—. ¿Una cerdita asustada que huye de una pelea?

Odiaba de verdad a estos vampiros.

—Apártate de mi camino, sanguijuela. Tengo cosas que hacer. —Miré la daga que aún tenía en la mano, pensando que era un maldito milagro que no me la hubiera enterrado al caer. Lo tomé como una buena señal y sonreí.

La vampira me enseñó los caninos.

—Sí, como huir. Me pregunto qué pensaría tu manada de ti si vieran lo cobarde que eres.

—No es mi manada. Ni soy una cobarde.

Hizo un ruido de desaprobación con la lengua.

—Pero no te preocupes. Seré amable. Me aseguraré de que sobrevivas a esta pequeña batalla para que puedas decirle a tu alfa que intentabas escabullirte antes de que te pillara.

Salió corriendo hacia mí, hizo una finta hacia la izquierda y su pie se clavó en mi costado, haciéndome perder el equilibrio. Me tambaleé cuando me dio una patada en la cara.

Me estallaron estrellas en la cabeza y salí volando hacia atrás. Todo mi cuerpo gritó en protesta por el abuso, pero ignoré el dolor y me levanté, mirando frenéticamente a mi alrededor.

Volví la cabeza hacia la vampira.

—Apártate de mi camino.

La vampira de pelo azul se echó a reír. Se lamió los labios y dijo:

—Has dicho Shay, justo antes. ¿Sabes dónde está? La estoy buscando. Dime dónde está y puede que te dé una muerte rápida, cerdita.

—Vete al infierno —gruñí. Sabía que tenía que luchar contra ella para llegar hasta Shay. Quizá tuviera que matarla. Que así fuera.

La vampira se burló.

—Creo que me gustaría jugar contigo, cerdita. Después de unos cuantos mordiscos de mis colmillos, suplicarás una muerte rápida.

Mortalmente silenciosa, la vampira salió disparada hacia delante en una serie de giros y patadas de mariposa. Se movía a una velocidad inhumana, demasiado rápida para que mis ojos pudieran seguirla. Me giré hacia ella y alcé mi daga, con la esperanza de hacerle unos cuantos cortes vampíricos, pero sus piernas y brazos eran un borrón, moviéndose por todas partes a la vez.

Se me escapó un grito de sorpresa cuando un dolor agudo me atravesó la pierna. La sangre brotó de la herida y caí al suelo en un desgarbado montón de brazos y piernas. Inmediatamente, me levanté

del suelo y me di la vuelta para asestarle una potente patada en la rótula.

Aulló y retrocedió dando tumbos, cayendo de pie con un gruñido. La pequeña zorra no se dejó derribar. Solté un rugido y la ataqué.

Empujé la daga hacia delante. Cuando se movió para esquivarla, la agarré por la parte delantera de la camisa y la tiré al suelo. Antes de que pudiera recuperarse, volví a darle una patada, esta vez lanzándola contra los árboles. Chocó contra un tronco y cayó, aullando de dolor.

Pero fue rápida. En un segundo estaba tendida en el suelo. Al siguiente, estaba de pie frente a mí, con las garras preparadas. Sus ojos brillaban con una luz negra y salvaje: los ojos de una auténtica depredadora. Qué miedo.

Vi un destello de sus garras un segundo antes de que me rebanaran la cadera.

El dolor estalló en mi pecho y retrocedí tambaleándome, con el escozor de la herida recorriéndome la cadera. Miré hacia abajo. La sangre se filtraba por el corte y manchaba mi camiseta. No mucha, pero la suficiente para decirme que tendría que ver a Olin.

Mi seguridad en mí misma se convirtió rápidamente en ira al sentir por primera vez dolor y sangre. La sanguijuela de pelo azul había conseguido cortarme. Sonreía con cara de *voy a darte una patada en el culo*. Ese era *mi* estilo.

La vampira estaba ante mí, con los ojos negros más abiertos que antes y los colmillos brillantes.

—Ahora eres mía, cerdita.

Me preparé, dispuesta a abalanzarme sobre ella, pero antes de que pudiera moverme, la vampira se movió con toda la rapidez de un guepardo, con las garras apuntando hacia mi corazón.

La esquivé y giré, dando patadas, y sentí algo duro. Ella tropezó, pero se enderezó en un instante, y lo siguiente que recuerdo es que me había quitado la daga de la mano. Luego me agarró por el cuello y sus afiladas uñas se clavaron en mi carne blanda. Maldita velocidad vampírica.

—Te lo dije, cerdita. —Tenía la cara a escasos centímetros de la mía, la piel impecable y sin arrugas, como si tuviera una dosis diaria de bótox y la utilizara. Me apretó el cuello con más fuerza. Empecé a lanzar patadas, intentando quitármela de encima. Mis manos agarraron sus antebrazos, intentando quitármela de encima, con la vista nublada.

Una risita cruel y manchada de sangre brotó de sus labios.

—Das lástima —siseó—. Cuando acabe contigo, estarás suplicando morir. Me daré un festín con tu sangre y veré cómo tu caparazón impotente se desmorona y se convierte en un saco de carne, como la cerda que eres.

—Me gustan los cerdos. Los cerdos son lindos.

Me gruñó. Sus ojos se hincharon y sus colmillos se alargaron. Sí, iba a comerme.

Y yo no podía hacer nada al respecto.

Incluso cuando mi cuerpo se llenó de miedo, observé sin esperanza cómo ella retiraba la mano libre, con la garra dispuesta a atravesarme el corazón.

—Despídete, Cerdita. Yo...

Se quedó inmóvil. Relajó su agarre en mi cuello y me deslicé al suelo en un montón de extremidades. Tomé bocanadas de aire mientras parpadeaba y miraba a mi alrededor.

La vampira de pelo azul estaba en el suelo con un enorme pie plantado en la nuca.

Valen.

Se agachó sobre la vampira, con las manos sobre los hombros, los músculos tensos como un resorte a punto de estallar. Gruñía y estaba enfurecido. Claro que lo estaba. Ella estaba a punto de matarme.

La vampira se dobló y se deslizó bajo su pie. Era una perra escurridiza.

—*No deberías haberla tocado, vampira* —dijo Valen.

—Jódete, monstruo —dijo ella, levantándose. La vampira le siseó, con los ojos ardientes de odio. Y luego se lanzó sobre él, toda enloquecida, espantada y llena de dientes.

Pero el gigante la atrapó en el aire como si fuera una pelota de béisbol y, con un crujido repugnante, le partió el cuello y la arrojó al suelo.

Cuando dejaron de pitarme los oídos, me di cuenta de que todo estaba en silencio. Un silencio antinatural.

Miré hacia donde se había producido la pelea. Vi cuerpos esparcidos por el terreno, los hombres lobo y los cambiaformas supervivientes estaban de pie. Catelyn estaba allí, junto al gran lobo blanco, con el pelaje cubierto de sangre, aunque no estaba segura de si era suya o de sus enemigos. ¿Y los vampiros? Bueno, se marchaban.

—¿Hemos ganado? —No me lo podía creer. Supongo que los soldados de Arther eran mejores de lo que pensaba.

Valen negó con la cabeza.

—*No. Estábamos perdiendo*.

—¿Qué? —Me puse de pie—. ¿Entonces por qué huyen? —Bueno, no huían, pero sí iban en dirección contraria y de vuelta al bosque. Algo no andaba bien aquí.

Y entonces comprendí por qué.

Una salió del grupo de vampiros que seguían de pie de frente hacia el complejo. Su largo cabello negro colgaba suelto sobre sus hombros, enmarcando su tez de porcelana estirada sobre sus rasgos afilados.

Llevaba un traje pantalón blanco de algún tipo de material brillante que se movía con cada uno de sus pasos. Sus ojos negros como el azabache estaban llenos de malicia y me miraban directamente. Sentí que el miedo empezaba a correr por mis venas al percibir su intimidante presencia, pero me obligué a no mostrarlo. De ninguna manera le daría a esta vampiresa la satisfacción de verme acobardada y llena de miedo.

Bruja de Luz Estelar, dijo una voz dentro de mi cabeza. *Nos volvemos a encontrar.*

Freida me sonrió desde el otro lado del camino, esa sonrisa fría y satisfecha de quien ha ganado. ¿Pero qué había ganado?

Y entonces lo supe cuando mis ojos se fijaron en la persona que estaba a su lado.

Allí, de pie junto a Freida, estaba Shay.

Incluso a distancia, me di cuenta de que había algo raro en ella. Tenía los ojos vidriosos, como si estuviera en trance. El dominio de la vampiresa.

—¡No!

Me estaba moviendo antes de darme cuenta de que mis piernas avanzaban.

Muere.

Era sólo una palabra, sólo una palabra...

Me tambaleé hasta detenerme. Mis brazos y piernas empezaron a temblar incontrolablemente, como si mi propio cuerpo luchara contra mí. Una fría oscuridad se derramó a través de mí: ajena, fuerte, mezclándose con mi alma y mis ganas de vivir.

Era como si me hubiera atacado un virus, y mi cuerpo intentaba luchar contra él pero no podía. Se estaba apagando ante mis ojos. Podía sentirlo. Por dentro. Primero, mis pulmones cedieron. Luego se me paró el corazón.

Mi cuerpo se debilitó. Sentí que caí. ¿En un sueño? No. Me estaba muriendo.

Y luego todo era oscuridad.

18

Debería estar muerta. Freida, la Empujadora, lo había ordenado. Pero cuando la oscuridad desapareció de mis ojos y parpadeé, me di cuenta de que, por algún milagro, no lo estaba.

Pero me dolía como la mismísima mierda.

Me llegaron voces. Se escuchaban apagadas. ¿Estaba en una cama? Parpadeé y miré a mi alrededor. Los contornos tomaron forma a medida que la niebla desaparecía de mi visión. La cara de Valen. Olin. Arther.

Shay...

El terror se apoderó de mí y me senté. Entonces me entraron náuseas y arrojé el contenido de mi estómago a la pequeña papelera que había junto a la cama.

—Tranquila —dijo Olin, extendiendo la mano y dándome una toallita—. Has pasado una dura prueba. Nada de movimientos bruscos. Si no quieres sufrir más... *accidentes*.

Agarré la toallita y me la pasé por la boca.

—Gracias —dije, sorprendida por lo áspera que sonaba mi voz y lo mucho que me dolía la garganta, como si le hubiera echado lejía en el café esta mañana. Pero, de nuevo, me dolía todo, como si me dolieran todas las células del cuerpo.

Valen se acercó y se sentó en el borde de la cama. Me cogió la mano y me pasó el pulgar por el interior de la muñeca.

—¿Por qué no estoy muerta? No es que me queje, pero ya sabes... —Me quedé mirando las paredes de la habitación, reconociéndola como la casa de campo en la que nos alojábamos. Así que estaba aquí de nuevo. Y sorprendentemente *viva*—. Freida utilizó su magia Empujadora sobre mí. Dijo *Muere*.

—Por poco —respondió el gigante.

Se me encogió el corazón al mirarle. Su rostro mostraba claros signos de fatiga y enfermedad, con ojeras y una tez pálida. La humedad se le acumulaba en el nacimiento del pelo, lo que le hacía parecer enfermo con fiebre.

—Valen —respiré, sabiendo exactamente lo que había hecho. Había utilizado su magia curativa, tal vez demasiada, para salvarme de la muerte. Pero ahora él se veía como si pertenecía a un hospital.

El gigante se limitó a asentir.

—Olin también pudo utilizar algunos de sus brebajes medicinales para mantenerte con vida.

—Durante un tiempo, todo fue un tira y afloja —dijo el curandero, con semblante grave—. Pero has vuelto. Tu sangre de bruja es fuerte. Te mantuvo con vida el tiempo suficiente para que pudiéramos revertir los efectos. Bueno, un poco.

Sacudí la cabeza.

—Te dije que no malgastaras tu magia conmigo. —Él no lo haría, no a menos que... Tragué saliva, sintiendo que la bilis me bajaba por la garganta—. Y... ¿Shay?

Valen apartó la mirada de mí, aunque seguía cogiéndome la mano.

—No pude llegar hasta ella. Se desmayó. Y entonces desaparecieron.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y las dejé caer.

—¿Y el complejo? ¿Qué pasó con los vampiros?

—Se fueron después de que te desmayaras —dijo Arther, apoyándose en el marco de la puerta del dormitorio—. Todos ellos. Desaparecieron sin más.

Porque tenían lo que habían venido a buscar. A mi hermanita.

—Ahora sabemos que esa vampiresa es la responsable de la muerte de Nikolas —oí decir a Arther, aunque me resultaba difícil concentrarme en otra cosa que no fuera la pérdida de mi hermana—. Probablemente lo mataron porque quizá era el único que podía detener a Freida, ya que comparten ese poder.

—Lo eliminaron para que nada se interpusiera en su camino —convino Valen.

—Lamento que hayamos dudado de ti —dijo Arther, y me extrañó que utilizara el término «hayamos». —¿Quería incluir a Catelyn? No quería pensar en ella en aquel momento, y no podía importarme menos su disculpa. No significaba nada. No sentía nada.

—Si no hubiera estado atrapado aquí, en esta prisión que es una casa de campo, tal vez habría podido salvarla —expresé, y mi rabia dio fuerza a mi voz.

Olin miró incómodo su maletín médico.

Arther apartó la mirada de mí, rascándose la nuca.

—Lo siento. Esto es culpa mía.

Quise decir que *sí, lo era* pero me mordí la lengua. No serviría de nada arrancarle la cabeza ahora, aunque lo deseara de verdad.

—Le he fallado —susurré, sintiendo que el peso de la culpa me aplastaba el pecho. Shay estaba bajo la compulsión de la vampiresa, cautiva de su voluntad, y yo no podía hacer nada para ayudarla.

Valen me apretó la mano.

—Si está con Freida, la encontraremos. Y la traeremos a casa. Pero antes, necesitas descansar y recuperar fuerzas. Aún no estás completamente curada.

—Estoy bien —mentí, sintiéndome agotada y exhausta. Sentía todo

el cuerpo pesado, como si alguien me hubiera llenado de plomo. Pero quizá Valen necesitaba descansar. Si él se veía tan bien como yo me sentía, parecía que los dos necesitábamos un respiro.

Pero ¿cómo iba a hacerlo si mi hermanita estaba atrapada con unos desconocidos que la obligarían a cumplir sus órdenes? Estaba atrapada en una prisión mental. ¿Qué le ocurriría a la larga? Olin había dicho que Shay no soportaría más manipulación mental. Más trucos mentales Jedi la matarían.

Las imágenes del rostro retorcido de Freida, sus ojos negros clavándose en los míos, llenaron mi mente. Su voz, fría y sin emoción, diciendo «Muere». Y luego el dolor, tanto dolor.

Lágrimas calientes se derramaron por mi rostro. Mi padre la había dejado a mi cuidado porque confiaba en mí. Confiaba en que yo la mantendría a salvo.

Pero había fracasado.

Estaba ahí fuera, en alguna parte, sola y vulnerable, y yo no estaba allí para protegerla. Había intentado defenderse. Yo la había visto. La luz, su fuerza solar. Y ese pensamiento me sacudió aún más mientras más lágrimas corrían por mis mejillas. La culpa que me invadía era abrumadora. Tenía que encontrarla, costara lo que costara.

Shay...

—Tengo que irme —dije, intentando incorporarme, pero Valen volvió a empujarme suavemente hacia abajo.

—Tranquila. No estás en condiciones de ir a ninguna parte —dijo, con voz firme.

—Tiene razón. —Olin se acercó al lado de la cama—. Esto es mucho peor que cuando Nikolas te atacó. Allí te habías desmayado. Pero esta vampiresa utilizó una palabra asesina. No es lo mismo.

—Me voy. Y no pueden detenerme. —Sentí que estaba a punto de salirme de la piel—. Shay fue maldecida, ¿recuerdas? Olin, dijiste que podría no sobrevivir a otro ataque mental. Y ya lo sufrió. No durará mucho. Va a morir. —La última palabra salió en un sollozo.

—¿Qué maldición tiene? —Olin esperó, observándonos mientras su pie golpeaba el suelo, esperando claramente una respuesta—. Será mejor que me lo digas ahora. Sé todo lo demás.

—La maldición de la Marca de la Muerte —solté—. Pero ha sido manipulada. Por una hechicera maestra en maldiciones. Intentamos encontrar una contra-maldición, pero maté a la hechicera antes de que pudiera obligarla a decírmelo. —Vale, eso no había salido bien, pero estaba demasiado cansada para intentar arreglarlo.

—Hmmm. —La cara de Olin se torció y se quedó pensativo—. Bueno. Siempre digo que las cosas ocurren por alguna razón. —Sonrió y dijo—: Estás de suerte.

Parpadeé.

—¿Yo? —Miré a Valen, que parecía tan despistado como yo.

—Verás... —empezó Olin, con emoción en el tono—. La sangre de vampiro es muy especial.

—Lo dices como si te gustara.

—Es única. Horrible y repugnante, sí, pero tiene su utilidad. Una de ellas es su capacidad para luchar contra virus e infecciones. Incluso contra las maldiciones.

Sentí que me quedaba con la boca abierta y pensé que se me caía la baba.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que esta vampiresa Freida es vieja, muy vieja, mucho más que nuestro difunto amigo Nikolas. Sé quién y qué es. No es la primera vez que tengo un encuentro desafortunado con esa vampiresa, pero espero que sea el último. —El curandero ladeó la cabeza, con ojos vagos, como si buscara entre viejos recuerdos—. Verás, los parientes de Freida son lo que llamamos los Primeros vampiros. Existen desde hace mucho, mucho tiempo. Y cuanto más antigua es la sangre, *más fuerte* es. Así que si puedes conseguir una muestra de la sangre de esa vampiresa, creo que podrás librar a tu hermana de la maldición.

—¿Me estás tomando el pelo? —El corazón me golpeaba el pecho.

Las cejas de Olin se alzaron ante mi vulgaridad, pero yo estaba demasiado excitada para que me importara.

—Ummm. No. Definitivamente no.

El corazón estaba a punto de salírseme del pecho.

—Dije que parecías un trol de la buena suerte, y tenía razón.

Olin parpadeó, claramente confuso.

—¿Perdona?

Extendí las manos y agarré el rostro del pequeño curandero y le besé la parte superior de la cabeza.

—Creo que ahora mismo te quiero. —Lo solté, riéndome de lo roja que tenía la cara Olin.

El curandero me observó un momento.

—Eres una bruja *extraña*.

—Dime algo que no sepa. —Miré a Valen y sentí que una sensación de esperanza me llenaba las entrañas—. Tengo que hacerlo.

—Lo sé. —El gigante se puso en pie—. ¿Y estás segura de que estás bien?

—Lo estoy. —Más bien el 50%, pero con el largo viaje de vuelta, supuse que estaría como nueva cuando llegáramos a Nueva York.

Valen soltó un suspiro.

—Aún tenemos que averiguar dónde está.

Me encontré con la mirada del gigante.

—Sé dónde está. Está en Nueva York.

Valen frunció el ceño, pensándoselo mejor.

—¿Estás segura? Parece demasiado fácil.

Asentí con la cabeza.

—Ella está ahí. Sé que está ahí. En la guarida de esa zorra. Y voy a sacar a mi hermana de allí.

—Sin mí, no. —El gigante sonrió—. Soy tu transporte, ¿recuerdas?

—Bueno. —No es que fuera a ir sin él. Amaba ferozmente a Shay y sabía que quería volver a aplastar unas cuantas cabezas de vampiro. No iba a negarle algo que disfrutaba haciendo.

Se oyó como si se abriera la puerta de la cabaña. Unos segundos después, alcancé a ver a Catelyn agachada en la sala, cerca de los dormitorios. Arther se apartó del marco de la puerta y se unió a ella, con las cabezas inclinadas mientras hablaban.

Encontré a Catelyn mirándome fijamente. Vi un destello de arrepentimiento en su rostro mientras la fulminaba con la mirada. Sí. Era culpa suya. Shay seguiría conmigo si ella no hubiera orquestado este desastre. Aparté la mirada. No quería lidiar con eso ahora mismo.

Pero de una cosa estaba segura. *Nunca* la perdonaría.

Le di la espalda.

—Vámonos.

Mi instinto me decía que la vampiresa llevaría a Shay de vuelta a su guarida, en algún lugar del norte del estado de Nueva York, donde se sentía más cómoda y protegida.

No por mucho tiempo. Porque yo iría tras ella.

Y cuando acabara con ella, desearía haberse quedado en su ataúd.

19

La guarida de Freida era tal y como me la imaginaba: una McMansion del infierno, ostentosa y chillona. Y era roja, más bien de color rojo sangre. Claro que lo era.

La luz de la luna iluminaba la escena de forma bastante espectacular, proporcionándonos muchos detalles. Una pesadilla de ladrillo rojo con tres niveles, por lo que pude ver. Tenía aspecto de castillo con torrecillas, pero estaba desigual, como si el arquitecto se hubiera aburrido y le hubiera dado el proyecto a su hijo de cinco años para que lo completara. Las ventanas estaban tintadas de negro. De hecho, todas las ventanas estaban tintadas de negro, así que no se sabía si había alguna luz encendida desde dentro. Los arcos góticos eran el tema principal de este diseño, junto con lo que parecían gárgolas encaramadas a los tejados, mirando a los intrusos. O podían ser vampiros muy feos y bajitos.

La puerta principal era de madera pesada y oscura, una barrera intimidatoria para entrar, con barrotes de hierro más allá. Un patio bordeaba la parte delantera de la propiedad, con un muro de ladrillo rojo y una verja de hierro negro.

Un largo camino de grava conducía a la entrada principal, y el único paisaje que podía ver eran los rosales que bordeaban la propiedad por delante y por los lados. Y lo adivinaste. Las flores eran de color rojo sangre.

Era sin duda el edificio más feo que había visto en mi vida. Y sentí pena por los vecinos.

Había conseguido la dirección con una amiga de Jade en Facebook. Es decir, de su marido. Tras el viaje de cuatro horas de vuelta a Nueva York, había estado hablando por teléfono con la pandilla del piso trece, principalmente con Elsa, mientras repasábamos los acontecimientos que condujeron a la captura de Shay y lo que nos había contado el curandero Olin sobre la maldición. Cuando Jade le había comunicado a Margorie que Freida había secuestrado a una menor —mi hermana—, su dirección había aparecido milagrosamente unos minutos después. Parecía que la mayoría de los miembros del Consejo Gris estaban furiosos con la vampiresa. Por desgracia, ahora con su nueva arma, mi hermana, le temían aún más.

Así que dependía de mí, de nosotros, recuperarla. Y lo haríamos.

En cuanto llegamos al Hotel Twilight, todos los de la pandilla del

decimotercer piso, empacamos algunas cosas y nos dirigimos al norte en el Range Rover de Valen.

Cuando llegamos a Kingston, Nueva York, eran las dos de la madrugada. Y para entonces, me sentía repuesta, con mis luces estelares listas para salir. Vale, no estaba *completamente* curada. Freida casi me había matado, pero aún conseguí encontrar una reserva de energía y estaba en buena forma para luchar y enfrentarme a aquella vampiresa para recuperar a mi hermana.

—Toma. Todos tenemos que llevar esto —dijo Elsa, con el rostro ensombrecido, mientras se agachaba a mi lado detrás de un rosal rebelde y me entregaba una diadema azul claro.

La cogí. Era de plástico duro y brillante.

—¿Y por qué tengo que llevar una diadema? —Mientras la sostenía, sentí un repentino pulso de energía. Magia.

—Han sido hechizadas para protegernos. —Elsa repartió el resto a Jade, Valen y Julián.

Julian se rió mientras balanceaba la diadema rosa en la mano.

—No me pondré esto. Pareceré una niña de diez años.

La bruja pelirroja le dirigió una mirada molesta.

—Lo harás si no quieres tener a esa vampiresa en tu cabeza. Son para protegerte de su compulsión mental.

—Te la cambio por la rosa —dijo Jade, entregándole la diadema roja.

Julian refunfuñó algo, pero al final cambió su diadema rosa por la roja.

Inspeccioné la mía más de cerca, impresionada.

—Vaya. ¿Y funcionarán? —No tenía ni idea de que Elsa conociera este tipo de magia. Era magia superior. Ser capaz de hechizar objetos, sobre todo uno que pudiera actuar como escudo de nuestras mentes frente a la invasión y la manipulación, era magia avanzada. Era el tipo de magia que anhelaba aprovechar. Pero ése nunca sería mi caso.

Elsa me miró como si acabara de decirle que los zuecos de jardín estaban pasados de moda desde los años noventa.

—Claro que funcionarán. No soy sólo una cara bonita. *Puedo* hacer magia. Es algo en lo que he estado trabajando desde que oí hablar de esa vampiresa y sus trucos mentales. Barb también me ha estado ayudando. Les hemos metido mucha magia. Están calientes. Así que no los pierdas.

Julian retrocedió un poco.

—¿Por qué me miras fijamente a *mí*?

Elsa dirigió su atención hacia Valen.

—No he podido encontrar uno más grande. Quizá tengas que llevarlo como brazalete cuando... ya sabes... *cambies*.

—Está bien —dijo el gigante, sosteniendo su diadema verde lima

en la mano—. Es impresionante.

—No sé hasta qué punto será eficaz con un gigante —continuó Elsa—. No sé cuáles son tus límites cuando se trata de viejos vampiros intrigantes y sus trucos mentales. Puede que ni siquiera funcione contigo.

—Seguro que funcionará —respondió Valen con una sonrisa—. Gracias.

Incluso en la penumbra, vi que las mejillas de Elsa se sonrojaban mientras mantenía la cabeza alta.

—De nada.

Respiré hondo. Mis nervios intensificaron cada sentimiento, cada emoción. Me pinché la cabeza con mi nueva e increíble diadema. Sentí un hormigueo en el cuero cabelludo al sentir cómo su magia se filtraba en mi interior, como dedos fríos envueltos alrededor de mi cabeza. Si realmente funcionaba, me permitiría combatir la compulsión mental de Freida. Saqué la jeringuilla y la miré fijamente, preguntándome cómo apuñalaría a la zorra con ella y viviría para ver otro día.

—¿Tienes un plan sobre cómo vas a conseguir que se quede quieta mientras la pinchas con eso y le sacas un poco de sangre? —preguntó Julián, con la luz de la luna centelleando en su diadema roja.

—El plan consiste en noquearla o sujetarla de algún modo mientras extraigo suficiente sangre —dije, volviendo a meterme la jeringuilla en el bolsillo—. Y tiene que estar viva mientras extraigo la sangre. —Al menos, eso había dicho Polly en el hotel después de que le contara lo que Olin había dicho sobre la sangre de la vampiresa y cómo eliminaría la maldición—. Pero primero tenemos que encontrar a Shay. Luego me ocuparé de Freida. —Todo sonaba muy plausible en mi cabeza. Pero todos sabíamos que las cosas nunca salían como queríamos. Siempre salían peor. Bueno, en mi caso, así era.

Se oyó un pitido detrás de mí y vi que Valen sacaba el móvil y enviaba un mensaje a alguien. Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Me sorprendió mirando y dijo:

—Le di la dirección a Arther.

Eso fue una sorpresa.

—¿Va a venir aquí? —Estaba a punto de decirle que le dijera a su amigo que no viniera, pero necesitábamos todo el apoyo posible. Tenía que centrarme en Shay, no en mi aversión por el alfa.

—Sí. Debería llegar pronto. Salió un rato después que nosotros. Trae un equipo con él.

—Un equipo es bueno. —Un equipo sería de gran ayuda.

—Creo que se siente culpable por lo que le pasó a Shay y por haberte culpado por lo de Nikolas.

—Debería estarlo —interrumpió Elsa, que había escuchado a

hurtadillas nuestra conversación—. Debería estar de rodillas, pidiendo perdón.

Sonreí. Era una imagen divertida. Dudaba que Arther suplicara por algo en su vida, y menos el perdón. Pero aceptaría su ayuda si eso significaba que podíamos recuperar a mi hermana.

—Catelyn. —Elsa sacudía la cabeza, con una expresión de derrota en el rostro. Cuando le hablé por primera vez del «juicio por combate» y de cómo Catelyn había mentido sobre mi asesinato de Nikolas con la esperanza de poder luchar conmigo y matarme, Elsa no me creyó. O sí, y lo negaba. Seguía siendo algo que la molestaba, pero tendría que olvidarlo. Catelyn ya no formaba parte de nuestra banda, no después de lo que había hecho.

—Los dormitorios están en el primer piso. Eso es lo que dijo tu amiga. ¿Verdad? —Miré a Jade en busca de confirmación.

Jade asintió.

—Así es. Así que o Shay está en uno de esos dormitorios, o la tienen en la tumba.

—¿Hay una tumba?

—Aparentemente —respondió Jade—. Más bien un sótano espeluznante. Eso es lo que dijo Margorie. La única persona que conocen que ha estado en esa casa afirmó haber visto una. Es donde guardan toda la sangre.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Toda la sangre?

Jade asintió.

—Sí. Y dice que también creen haber visto cadáveres.

—Maravilloso. —Solté un largo suspiro y rodé los hombros—. Es la hora —dije y dirigí mi mirada al gigante.

Valen asintió y empezó a desnudarse, doblando la ropa en un ordenado montón. Un pulso de magia retumbó sobre nosotros y, con un destello de luz, Valen el gigante se elevó sobre nosotros. Se inclinó y se puso unos calzoncillos gigantes que yo le había pedido que se hiciera para poder cubrir su colosal virilidad en su forma de gigante. No es que me molestara, pero podría derribar algunas cosas.

Luego, cogió su diadema verde lima y se la ajustó a la muñeca.

—*Combina muy bien con mi color de piel* —dijo el gigante, sorprendiéndome justo cuando lo miraba.

—Así es.

—No será fácil. —Julian se agachó—. Habrá muchos vampiros ahí dentro. Vampiros viejos y poderosos como Freida.

—Me gusta una buena pelea. —Le enseñé los dientes—. Además, tenemos el factor sorpresa con nosotros.

Julian levantó las cejas, interrogante.

—¿De verdad? ¿No crees que nos espera?

—No —le dije—. Ella cree que estoy muerta. ¿Recuerdas? No debería haber sobrevivido a aquel ataque. Pero lo hice. —Mi mirada se desvió hacia la chillona mansión—. No tiene ni idea de que venimos.

—Me gusta —dijo Elsa, pinchando su rebelde pelo rojo con su propia diadema naranja.

—¿Estamos listos?

—Listos —coreó mi banda de brujos inadaptados y un gigante.

Con nuestras diademas mágicas puestas, avanzamos corriendo en equipo hacia la parte delantera de la mansión.

A medida que nos acercábamos a la mansión, el corazón me latía con fuerza en el pecho. Éste era el momento, el que podía hacernos ganar o perder. Aún creía que teníamos el factor sorpresa de nuestro lado. Pero cabía la posibilidad de que Freida esperara alguna represalia de la comunidad paranormal. Ya debía de saber que el Consejo Gris estaba al corriente de su secuestro. No era estúpida. Probablemente había puesto algún tipo de seguridad. Me parece bien. Me lo esperaba. Pero ella no sabía que *yo* iba a venir. Y no me iba a ir sin Shay. Pasara lo que pasara.

Mis ojos escrutaron el edificio en busca de cualquier señal de movimiento, pero todo lo que pude ver fue la gran entrada con las puertas dobles que conducían al interior.

Cuanto más nos acercábamos, más sentía el poder de la diadema fluyendo a través de mí. Era como un escudo de energía que me mantenía concentrada y preparada para lo que Freida tuviera reservado para nosotros. Podía oír el sonido de pasos fuertes a medida que la gigantesca figura de Valen se acercaba a la puerta principal.

Nos acercamos a las puertas con cautela, y me puse las luces estelares, sintiendo el torrente de su poder y llenándome del valor que necesitaba. Estaba preparada para todo.

Jade se dio unos golpecitos en la diadema rosa, aparentemente para que le diera buena suerte. Al verla, Julian y Elsa siguieron su ejemplo e hicieron lo mismo.

Entonces yo hice lo mismo. Necesitaba toda la suerte posible, aunque no tenía un trol de la buena suerte que se frotara el pelo y me trajera dicha suerte.

Con el corazón golpeándome el interior del pecho, agarré el pomo, lo giré y presioné la puerta con el hombro. Las puertas crujieron y entré.

20

Tiré de mis luces estelares, con las manos extendidas, y unas bolas gemelas de luces blancas florecieron en mis palmas como si estuviera a punto de dispararlas contra unos vampiros.

Pero nadie nos asaltó en la entrada. Al menos, todavía no.

Bajando las manos y las luces estelares, miré a mi alrededor. Estábamos en un gran vestíbulo, cuyo interior era aún más chillón que el exterior. Las paredes estaban adornadas con papel tapiz dorado y rojo, intercalado con algún cuadro, tapices u otras piezas de arte ecléctico. Una araña de cristal rojo colgaba del techo, proyectando un cálido resplandor rojo. Había sillas con cojines rojos esparcidas por la habitación, y una mesita escondida en un rincón sostenía un cuenco con lo que parecían frascos de sangre.

—Me encanta lo que le ha hecho —murmuré, sintiéndome mal del estómago.

Una gran escalera se curvaba desde el vestíbulo y conducía a los pisos superiores. El ambiente era frío y húmedo, con un leve rastro de sangre en el aire, y tuve que luchar para no tener arcadas. Era como entrar en un congelador lleno de la sangre de cien donantes.

El sonido de una arcada se escuchó detrás de mí, y vi que Jade se tapaba la boca con la mano, con el rostro más verde que antes.

Valen se agachó y atravesó la puerta sin que el marco se resquebrajara.

Levanté una ceja.

—No está mal, grandulón —susurré, impresionado por lo flexible que era.

El gigante me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Sin duda, si empezaba a hablar, su profunda voz de gigante probablemente despertaría a la casa y a los vecinos. Se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí con un suave golpe.

Una mano me agarró del brazo.

—¿Por dónde? —preguntó Julián—. ¿Arriba o abajo?

Lo había pensado. No creía que Freida escondiera su nuevo juguete en algún sótano cochambroso. No. Tenía la sensación de que Shay estaba en uno de los dormitorios del piso de arriba. Quizá seguía bajo el hechizo de la vampiresa y estaba tumbada en una cama como un vegetal, dolorida y sintiéndose mal. Después de ver lo que le había ocurrido cuando Nikolas trató de entrenar su mente para alejar a los huéspedes no deseados, probablemente estaba en peor estado.

Posiblemente moribunda.

Si no, conociendo a Shay, ya habría escapado.

—Arriba —susurré y señalé la escalera. Miré a Valen. ¿Conseguiría subir con su corpulencia o sus enormes pies atravesarían la escalera? Supongo que estábamos a punto de averiguarlo.

Conmigo a la cabeza, nos acercamos sigilosamente a la escalera y empezamos a subir. La escalera olía a roble viejo y oscuro y a barniz pulido. Miré por encima del hombro cuando el gigante dio el primer paso.

La escalera crujió bajo el peso de Valen y me detuve, con el corazón en la garganta.

Esperé, congelada en el sitio, para ver si algún vampiro lo había oído. Los ojos de Elsa, Jade y Julian estaban redondos como lunas.

Valen se inclinó hacia delante y dio otro paso. De nuevo, la escalera gimió bajo su peso, y la tensión aumentó entre nosotros. Pero al cabo de unos instantes no vino nadie.

Así que seguimos adelante.

El olor a sangre y a algo más fétido se intensificó a medida que subíamos y, por el rabillo del ojo, vi que Jade arrugaba la nariz con disgusto. No se equivocaba. Olía como un matadero, como si los ambientadores automáticos estuvieran perfumados con sangre. Qué asco. Tan, tan asqueroso.

Al llegar al primer piso, me llegó un débil susurro de música y voces.

—Parece que los chupasangres están celebrando alguna fiesta privada —murmuró Julian a mi lado, con una sonrisa diabólica en la cara, que habría funcionado de no ser por la diadema de niña que llevaba en la cabeza—. ¿Nos colamos?

En otro día cualquiera, habría dicho que sí. Pero teníamos que centrarnos en el plan de llevar a Shay sana y salva a casa. Nada más importaba.

—Sigue subiendo —Le ordené.

Mientras ascendíamos, no pude evitar sentirme nerviosa. No tenía ni idea de qué esperar ni en qué condiciones encontraría a Shay. Apreté los dientes, intentando calmar mis nervios lo mejor que pude. Intenté no dejar volar mi imaginación, lo cual era difícil en aquel momento.

Seguimos caminando y no nos detuvimos hasta llegar al tercer y último piso. Un gran pasillo se ramificaba en dos direcciones, izquierda y derecha. Apliques de pared con bombillas rojas iluminaban los pasillos, y su luz espeluznante acentuaba la decoración, ya de por sí exagerada.

—¿Por dónde? —preguntó Elsa, moviendo la cabeza en ambas direcciones.

Ahora venía la parte divertida.

Cerré los ojos y me abrí al pozo de la magia, sintiendo el núcleo de poder que emanaba del cosmos sobre mí. El aire vibraba con energía pura. Se me erizó la piel al sentir el zumbido energético del poder de las estrellas, esperando a ser liberado.

Mis ojos se abrieron ante la visión de una esfera blanca que flotaba en el aire sobre mi palma.

Respiré hondo y soplé sobre la esfera. Con un súbito estallido, la esfera se dividió en miles de diminutas estrellas de luz. Las luces estelares volaron hacia delante, dejando tras de sí una estela resplandeciente de polvo mágico.

—Me encanta cuando hace eso —susurró Jade, con una mirada envidiosa mientras se maravillaba ante mis luces estelares.

—La encontrarán —murmuré, sabiendo que, aunque nuestros poderes eran diferentes, mi hermana y yo seguíamos compartiendo una conexión de sangre y magia. Si Shay estaba en algún lugar del tercer piso, mis luces estelares la encontrarían. No tenía ninguna duda.

Las luces estelares se dividieron en dos grupos. Un grupo se dirigió hacia la derecha, mientras que las otras se fueron hacia la izquierda, por el pasillo y se perdieron de vista, como cientos de duendecillos blancos. Esperé, con el pulso palpitante. Y entonces las luces estelares que habían ido hacia la derecha volvieron disparadas hacia la izquierda, donde había ido el otro grupo.

Inquieta, llamé a mis luces estelares, a mis amiguitas, a mis sensores. Pequeñas ondas de energía fría me punzaron la piel cuando mi luz estelar respondió.

—La han encontrado —dije en voz baja, y sentí un gran alivio—. Por aquí —me apresuré a la izquierda, sin esperar la respuesta de mis amigos o de Valen mientras avanzaba por el pasillo que se adentraba en la mansión—. Manténganse alerta —susurré, mirando hacia atrás.

El techo era alto, probablemente de unos cuatro metros, pero Valen tenía que agacharse o se arriesgaba a que su cabeza lo atravesara y todo el techo se derrumbara. Sus cinco metros y medio eran demasiado grandes y gruesos para estos pasillos. Pero aún así él vendría. La altura de los techos no le frenaba. Sus ojos oscuros se movían de un lado a otro, escrutando el pasillo. Sin duda quería golpear a unos cuantos vampiros. Yo sabía que él había venido a buscar a Shay, pero sospechaba que la ventaja adicional para él era la perspectiva de aplastar unas cuantas cabezas de vampiro por diversión.

De repente, se abrió una puerta a nuestra derecha y salió un vampiro varón. Llevaba una túnica negra sobre el cuerpo y nada más, a juzgar por su paquete que disfrutaba de un poco de brisa.

Nos miró fijamente, con cara de sorpresa. Abrió la boca, sacó los

colmillos y se agachó antes de saltar hacia Jade.

Valen extendió la mano, atrapó al vampiro en el aire, le partió el cuello como si fuera un palillo, lo arrojó de nuevo a la habitación y cerró la puerta.

—Eso servirá. —Le sonreí a mi gigante, y me devolvió la sonrisa, aparentemente un poco más contento que cuando llegamos. Sí, lo estaba disfrutando.

Avanzamos, silenciosa y rápidamente, mientras seguíamos mis luces estelares, con los ojos escrutando cada centímetro del pasillo en busca de cualquier señal de problemas.

Estaba canalizando mucha magia mientras me aferraba a mis luces estelares. Si no hubiera sido por mi experiencia cercana a la muerte, habría estado bien y de maravilla. Tal como estaban las cosas, me sentía cansada, agotada, sudorosa y temblorosa. Empezaba a sentir los efectos por usar mis habilidades y, al hacerlo, estaba agotando mi magia y mi energía. Canalizar así mi magia estelar me estaba pasando factura. Pronto no me quedaría nada.

Pero no se lo diría a los demás ni a Valen. Sobre todo a Valen, que no estaba muy dispuesto a permitirme venir esta noche. Pero no podía dejar que Shay se quedara con aquella sanguijuela de dos patas ni un minuto más. Comprendía su preocupación. Yo no estaba completamente curada, y él también se había llevado un golpe al revivirme hacía unas horas. Ahora parecía estar bien y probablemente ya se había curado. Pero yo no era un gigante.

Caminamos de puntillas por el pasillo, yo iba al frente, siguiendo mis luces estelares.

Me detuve.

—Esperen. —Una descarga de energía golpeó mis sentidos y se me puso la piel de gallina.

Jade chocó conmigo.

—¿Conseguiste algo?

Asentí con la cabeza.

—Sí, sin duda. —Lo que pasaba con mis luces estelares era que yo sentía lo que ellas sentían, y ahora mismo, ellas sentían algo. Y estaban felices por ello. La energía que desprendían era cálida, acogedora y familiar, como cuando estás con un viejo amigo.

Me apresuré a avanzar, pasé tal vez seis puertas o más, no llevaba la cuenta, y entonces las vi.

Mis luces estelares se aferraron a una puerta, creando un lienzo de luz. Algo —quizá una niña de once años— estaba al otro lado de aquella puerta.

Tiré de mis luces estelares, quitándolas de la puerta, y la luminosidad de la superficie se desvaneció.

—Está ahí dentro —dije y me encontré con los ojos de Valen. Pude

ver la luz en ellos, la esperanza, la alegría de haberla encontrado. A nuestra Shay.

—Vaya, ha sido realmente impresionante. —Julian cruzó los brazos sobre el pecho—. Sabes, tenemos que sentarnos y hablar de las infinitas posibilidades que podría hacer con algo de ese poder de luz estelar. Quizá podría embotellarla.

Jade le dio un empujón en el hombro.

—Sólo a ti se te ocurriría lucrarte en un momento como éste.

De repente, oí un débil ruido procedente de detrás de la puerta. Era un gemido ahogado.

—Shay.

Podía sentir la luz estelar. Claro que podía. Sabía que estábamos aquí.

—Ya vamos, Shay.

Agarré el pomo. Y giró con facilidad. Sintiendo el aliento de Julian y Jade en el cuello, empujé la puerta y entramos tropezando.

Pero no era Shay, de pie junto a la alta ventana tintada, con una expresión de sorpresa en su rostro de porcelana.

Era Freida.

21

Mis ojos recorrieron la habitación. Una cama grande de cuatro postes se erguía en medio del espacio sobre una gran alfombra asiática. Encima había un edredón rojo bordado con hilos de oro. Cabían tres personas acostadas de lado. La madera estaba tallada con caras grotescas de vampiros gritones. Bonito detalle.

La cómoda y todos los demás muebles eran de esa misma especie de madera, con rostros espeluznantes similares grabados en ellos. Supongo que había que ser una sanguijuela chupasangre para apreciarlas.

A la izquierda había una sola puerta, que podía ser un armario o un cuarto de baño.

Shay no estaba en esta habitación. Sin embargo, mis luces estelares me guiaron hasta aquí. A esta habitación. No podía verla, pero la habían sentido. Ella estaba aquí. Y me imaginaba que estaba detrás de aquella puerta cerrada.

La vampiresa llevaba un largo camisón de satén rojo con mangas largas de encaje, un profundo escote en V y un cinturón. Sus largos mechones oscuros caían en cascada por su espalda, resaltando el tono de porcelana de su tez. El asombro de Freida al verme, muy vivo, fue mi único consuelo. Sí, creía que estaba muerta. Fue una pequeña victoria. Y la acepté.

Le di un saludo con los dedos.

—Sorpresa.

En el perfecto rostro de la vampiresa se frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo es que estás aquí ahora? Deberías estar muerta. —Me di cuenta de que eso le molestaba, el no saber, y me gustó.

Me encogí de hombros.

—Soy más difícil de matar de lo que pensabas. ¿Dónde está Shay? ¿Dónde está mi hermana, sanguijuela enorme?

Freida tenía el aplomo y la confianza de alguien que controla la situación. No parecía molesta ni asustada por nuestra presencia. Nada bueno.

El suelo crujió detrás de mí cuando el gigante se acercó a mí, su presencia añadió otra capa de confianza. Ahora era el momento de probar las diademas mágicas de Elsa y rezar para que funcionaran, porque mi plan maestro dependía de ellas.

La vampiresa giró lentamente su cuerpo hacia mí. Su cabeza se

inclinó hacia un lado.

—Querida, te equivocas si crees que puedes irrumpir aquí y exigirme cosas. —Su tono destilaba superioridad—. Eres una molestia. Una espina clavada.

—Bla, bla, bla. No he venido aquí a jugar, *Freida*. Dónde. Está. Shay —exigí, agotando mi paciencia. Me armé con mis luces estelares y mi cuerpo vibró con magia. Estaba lista para enfrentarme a esa zorra colmilluda.

Freida sonrió con satisfacción, nada impresionada por mi demostración de habilidad mágica.

—Por ahora está a salvo. Está donde quiero que esté. Donde tiene que estar.

Quería utilizar mi nueva habilidad de vuelo, elevarme hasta allí y darle una patada en los colmillos.

—¿A salvo? —repetí, aumentando mi furia—. No está a salvo contigo. Te la llevaste a la fuerza, aspirante a Draculina. Dime dónde está. No volveré a preguntar. —*No. Porque la próxima vez te freiré el culo de vampiro.*

—¿Me estás *amenazando*? ¿Bruja? —se burló Freida, con los ojos brillantes de malicia—. Recuerdo que te revolcabas en el suelo como un pez la última vez que te vi.

¿Me había revolcado así? No me acordaba. Estaba demasiado ocupada muriéndome.

Sentí que me invadía una oleada de ira.

—Si le has hecho daño de alguna manera, juro a cualquier deidad a la que reces que haré que te arrepientas. Estarás jadeando en un charco de tu propia sangre cuando acabe contigo.

Freida se echó a reír.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando, brujita.

—No soy yo quien debería preocuparte —dije, y mi mirada se desvió hacia Valen, que estaba flexionando sus enormes músculos y crujiendo los nudillos. Sí, él también quería un trozo de ella. Pero ahora no estaba de humor para compartir. Era toda mía.

Di un paso adelante. Mis ojos se movieron hacia la puerta cerrada que había a su izquierda.

—Está ahí dentro. ¿Verdad?

Tendrás que ser más específica, bruja —dijo Freida—. Tengo muchos *juguetes en* mi colección. ¿A cuál te refieres?

Se me revolvió el estómago al pensarlo. Podía estar mintiendo, pero tenía la sensación de que tenía a unos pobres desgraciados encadenados en alguna parte, vaciándolos lentamente de sangre, muy probablemente en el sótano.

—Sabes exactamente de quién estoy hablando —espeté y di otro paso.

Los ojos de Freida parpadearon divertidos.

—¿Crees que puedes venir aquí, a mi casa, y robar lo que es mío?

—Shay no es un objeto. Es una persona. No eres su dueño. Y estoy aquí para recuperarla, trampira.

—¿Trampira? —Sonó la risa de Julián detrás de mí—. Me gusta.

—*Me pertenece*. —La sonrisa de la vampiresa era escalofriante—. Y no comparto mis juguetes. Con nadie. Igual que no comparto el poder.

—No me digas. ¿Por qué sabía que ibas a decir eso? —Mis luces estelares me llenaron de magia. Y me atreví a dar otro paso.

Los ojos de Freida se clavaron en los míos.

Muere.

Oh-oh. Esa misma palabra apareció en mi cabeza con esa misma voz fría.

Sentí un zumbido dentro de mi cabeza, igual que la última vez que había ejercido su habilidad sobre mí, y mi cuerpo se puso rígido. Durante un horrible instante, creí que iba a caer al suelo con un dolor abrasador mientras mi cuerpo se apagaba. Cuando empecé a morir.

Pero también sentí un hormigueo, una sensación de frío, como si se te congelara el cerebro después de tragarte un helado demasiado rápido. Luego la sensación se volvió cálida y tranquilizadora, como si me echaran agua caliente por la cabeza.

La diadema hizo resonar su magia, su contramagia, y sentí que la compulsión de mi cuerpo, de mis miembros, de mi mente, se liberaba.

La vampiresa me miró con una expresión de perplejidad, las arrugas estropeaban su rostro, por lo demás inmaculado, haciéndola parecer casi grotesca. Oooooh. Eso no le gustaba. Qué duro.

¡Muere!

Su voz volvió a llenar el interior de mi cabeza y, de nuevo, la diadema la rechazó de nuevo.

Toma eso, True Blood, me burlé en mi cabeza, esperando que pudiera oírme.

Le dediqué una amplia sonrisa.

—¡Doble sorpresa —Rematé levantando los dos dedos del medio para enfatizar mi afirmación.

Me incliné hacia Elsa y le dije:

—Funcionó.

—Por supuesto, que *funcionó* —respondió la bruja mayor, aunque parecía un poco verde.

—Tus trucos mentales de Jedi no funcionarán con nosotros —le dije a la vampiresa, llamando a mis luces estelares—. Me toca a mí hacer algunos trucos.

Freida me recorrió con la mirada, divertida.

—Tanta confianza para ser una bruja diminuta.

Bajé la mirada hacia mí.

—Y yo que pensaba que había engordado. Gracias.

Me estabilicé, saqué mis luces estelares y apunté directamente a la cabeza del vampiro.

En una ráfaga de esa maldita velocidad vampírica, Freida corrió hacia la puerta cerrada y desapareció en su interior.

Sin embargo, la ventana que tenía detrás estalló en miles de fragmentos de aquel cristal tintado. El aire que entraba era fresco y una agradable bienvenida al constante aroma a sangre. Era un agujero, como un diente que falta, y fue arrancado. Un trozo de la noche visible.

Corrí tras la vampira tan rápido como pude, con mis amigos y Valen justo detrás de mí. Entré en la habitación y patiné hasta un cuarto de baño casi del tamaño del dormitorio.

Freida estaba de pie junto a una ventana alta, apretando a Shay contra ella como si fuera un premio.

—¿Shay?

La mirada de mi hermana se posó en la mía, con los párpados caídos seguidos de una serie de parpadeos lentos, como si se estuviera despertando del sueño o aún estuviera adormilada. Sus ojos no estaban enfocados y supe que seguía bajo el control mental de Freida.

La vampiresa soltó una risita, se echó a Shay al hombro y saltó por la ventana.

—¡No! —Me apresuré a acercarme y vislumbré a la vampiresa desapareciendo por la ventana del piso inferior como una ninja.

Maldita sea. Había perdido a Shay. Otra vez.

22

—Deprisa. Han entrado por una ventana del segundo piso. —Retrocedí y salí corriendo del cuarto de baño.

Y me detuve.

La sala estaba repleta de vampiros.

—Qué mierda.

Mezcla de hombres y mujeres, sus rostros conservaban la inquietante belleza de todos los vampiros: demasiado perfectos, demasiado hermosos, antinaturales. El aire estaba cargado del penetrante olor de la sangre vieja, mezclado con el espeso almizcle de sus cuerpos.

Todos tenían algo en común: sonrisas falsas. Y sus ojos estaban clavados en nosotros de un modo que decía *que* éramos el entretenimiento.

Conté unos veinte. Veinte vampiros asesinos muy poderosos.

Vale, las probabilidades estaban en nuestra contra. Sin embargo, yo me había enfrentado a probabilidades peores.

—¿De dónde han salido? —preguntó Jade, rozándome—. Ni siquiera los he oído.

Quería decirle a Jade que los vampiros estaban dotados de sigilo y podían acercarse sigilosamente a sus víctimas sin hacer ruido, pero no teníamos tiempo.

—Estuvieron aquí todo el tiempo —dije—. Ésta es su casa. Y acabamos de irrumpir en ella.

—Bueno, yo estoy dispuesto a luchar —Se rió Julian, con las manos en la chaqueta, que supuse repletas de frascos de venenos y pociones.

Con miradas ávidas, los vampiros se deslizaron hacia delante sobre pasos silenciosos. Mostraron los colmillos y sisearon, ansiosos por hundir sus dientes en carne caliente. En mi carne.

Me di cuenta de que habían formado un muro. Y para llegar hasta Shay, necesitaba romper el muro.

No hay problema.

Valen gruñó, con una sonrisa loca en la cara.

—*Hora del espectáculo*.

En un alarde de fuerza, el gigante golpeó con los puños los caros suelos de parqué, haciendo saltar fragmentos y astillas de madera y polvo. Ya no tenía sentido hacer silencio.

Apenas notaba el cansancio de antes, sustituido por cubos de

adrenalina que me recorrían el cuerpo.

Uno de los vampiros, un varón negro, me señaló con un dedo con garras.

—Me apetecía un poco de carne de bruja. Y aquí estás. Madura para la cosecha.

Puse los ojos en blanco.

—Promesas, promesas.

Miró hacia mi izquierda.

—O quizá me lleve primero a la vieja. Me gusta la carne de mujer mayor. Se me hunden los dientes.

—Asco. —Sonaba como si quisiera comerse a Elsa. Tal vez fuera así.

—No te acercarás a mi carne —siseó Elsa. El aire retumbó con su magia mientras de sus labios escapaban palabras inaudibles, y las yemas de sus dedos empezaron a emitir una sutil luz amarilla. Dio un paso adelante, recitando sílabas claras y compuestas mientras su figura se iluminaba con poder.

Jade habló con palabras roncas y claras a mi otro lado y de repente se vio envuelta en energía.

Inspiré profundamente, recurriendo a mi propia magia estelar, y me encontré con la mirada del vampiro.

—Tu error fue robarme a mi hermana.

El vampiro soltó una carcajada.

—Su sangre es tan tentadora, con tantos sabores encantadores. Es excepcional, como ninguna otra.

Mi ira se intensificó. ¿Se habían dado un festín con la sangre de mi hermana? La idea me daba asco. Tal vez mentía sólo para irritarme. Y tal vez no.

Furiosa, lancé una descarga de mis luces estelares directamente contra el vampiro, que huyó como una sombra, y los demás vampiros se acercaron a nosotros. Los chupasangres se lanzaron en rápidas ráfagas de garras y colmillos.

Mis luces estelares salieron disparadas por todas partes, golpeando las paredes y los muebles e iluminando la habitación con luz blanca.

—Vaya. De verdad pensé que me iba a tocar uno.

Un movimiento a mi izquierda captó mi atención cuando Valen se lanzó sobre el vampiro más cercano, sus manos gigantescas descendieron con una velocidad aterradora, como martillos del infierno. Oí el chasquido de huesos del impacto. Luego, con un movimiento hacia abajo, ambos puños se hundieron en el abdomen del vampiro. Cuando retrocedió, poco quedaba del vampiro. Su pecho estaba tan plano como el suelo. Sus vísceras se derramaron por los dos enormes agujeros de su abdomen y cayeron en un caos alrededor de su cuerpo.

Le dediqué una sonrisa de aprobación.

—Sabía que traerte era una buena idea.

—*Apenas estoy empezando, bruja*. —Valen sonrió y extendió el brazo cuando otro vampiro se abalanzó sobre él. El gigante seguía agazapado mientras luchaba, lo que limitaba sus movimientos. Pero eso no le impidió dar una patada y asestar un golpe mortal en la cabeza del vampiro.

Me habría encantado verlo luchando, pero necesitaba llegar hasta Shay.

La electricidad retumbaba en el aire mientras Jade y Elsa, profundamente concentradas, recitaban antiguas palabras en latín. Sus hechizos se lanzaban con precisión, enviando bolas de fuego naranja, rayos púrpura y ondas de choque que sacudían la sala y el suelo bajo nuestros pies.

Alcancé a ver a Julian disparando pociones desde el interior de su chaqueta que explotaron al impactar contra uno de los vampiros, haciendo un estruendo sónico y dejando un humo amarillo. Luego, un murciélago se alejó revoloteando de donde antes había estado el vampiro.

—Dios, me encantan los clichés —se rió el brujo alto.

—No tenía ni idea de que pudieras hacer eso —le dije, seriamente impresionada.

—Querida, mis pociones no tienen límite —sonrió el brujo.

Me di la vuelta y me tambaleé. Aunque el aire estaba caliente, un sudor frío me recorrió la frente mientras el cansancio se colaba por los bordes de mi mente. Pero no lo permití. Todavía no.

La facción de vampiros atacaba con un propósito: matar, aniquilar, centrándose en mis amigos. Y al hacerlo, me dejaron el camino libre hacia la puerta.

Así que aproveché.

Salí disparada hacia la puerta, con las piernas bombeando de desesperación.

—¡Valen! —grité. Quería que supiera adónde me dirigía. Siempre me venía bien la ayuda de mi gigante.

Un vampiro salió de la nada y me estrellé contra él.

Bueno, mi cara hizo contacto con su pecho. Sí. Éste estaba semidesnudo, con sólo una diminuta tanga roja que le sujetaba el paquete.

Impresionante. No importaba lo asqueroso que había sido tocar su carne fría y pegajosa con mi propia cara.

Le hice un gesto con el dedo.

—¿Crees que puedes ponerte algo de ropa? Eso distrae mucho.

—¿Qué tal si te arranco la tuya? Entonces estaremos en paz —respondió el vampiro.

Mierda. Quería conservar la energía y la magia que me quedaban para usarlas contra Freida. Pero para llegar hasta ella, necesitaba pasar por encima de él.

El ruido de la batalla se elevaba, las ráfagas de magia y los sonidos de carne y hueso siendo destrozados. Probablemente obra de Valen.

Los ojos negros del vampiro ardían de lujuria y excitación mientras se lamía los labios.

—Eres muy guapa.

—¿Te me estás insinuando? Eso está muy... mal en todos los sentidos. —Miré por encima de su hombro. Tenía que pasar. Shay estaba en algún lugar de la segunda planta y tenía que ir antes de perderla. ¿Y si Freida se metía en un auto y se largaba? Puede que nunca volviera a encontrar a mi hermana.

Sus ojos brillaron con perversa diversión mientras deslizaba su mirada sobre mí.

—¿Has estado alguna vez con un vampiro? Te aseguro que no hay mejor amante.

Realmente no quería mirar, pero lo hice. Y cuando vi la carpa en sus enclenques calzoncillos, perdí la paciencia.

Con un movimiento de muñeca, envié una ráfaga de magia estelar hacia el vampiro.

La explosión le golpeó de frente, haciéndolo volar hacia atrás. Cayó al suelo con fuerza, gimiendo de dolor. Me acerqué a él, con una sensación de repugnancia recorriéndome.

Me incliné y le dije:

—Tienes que mejorar tus frases para ligar.

El suelo tembló, el espeluznante coro de gritos de guerra resonó en la sala ante el continuo ataque de los vampiros.

Me enderecé y mis ojos encontraron al gigante.

—*¿Qué necesitas?* —gritó Valen mientras arrojaba un vampiro por la ventana que yo había reventado como si estuviera haciendo la limpieza de primavera.

—Evita que vengan a por mí. Voy a por Shay —le grité, por encima de los estruendosos sonidos del combate y del zumbido constante de la magia y las ráfagas de las pociones de Julian.

Una vampira dirigió su atención hacia mí. Y con una ráfaga de velocidad, se abalanzó sobre mí.

Valen extendió la mano y la agarró por el cuello, levantándola. Sus ojos eran oscuros y peligrosos.

—*Vete. Nos ocuparemos de éstos*.

Me di otro golpecito en la diadema para que me diera suerte y salí corriendo del dormitorio. La adrenalina, alimentada por el terror, se apoderó de mí y me puso a toda velocidad mientras galopaba por el pasillo. Llegué a las escaleras y pensé en utilizar mis geniales

habilidades de vuelo para planear hasta el segundo piso, pero eso requeriría demasiada energía. Ya estaba agotando mi poder de luz estelar, así que no podía arriesgarme.

En lugar de eso, subí por las escaleras. Mientras bajaba de un salto, de dos en dos, recé en silencio para no llegar demasiado tarde. Que Shay siguiera en la mansión y Freida no se hubiera escabullido en uno de sus lujosos todoterrenos.

Ya casi había bajado la escalera. Faltaban dos escaleras más.

Un vampiro apareció al pie del segundo piso. Miró hacia arriba y abrió la boca, mostrando los colmillos.

El caso es que me *habría* detenido a luchar contra él si realmente hubiera podido *detenerme*. Pero mi impulso hacia delante ya estaba en plena marcha. De ninguna manera *podía* detenerme.

Así que hice lo único que podía.

Me estrellé de frente contra ese hijo de puta, con la cabeza.

El vampiro retrocedió tropezándose, sorprendido por mi repentina táctica de darle un cabezazo.

—Me has golpeado en el cuello —dijo el vampiro, con expresión sorprendida, sujetándose el cuello con una mano—. ¿Quién hace eso?

—Por lo visto, yo. Te apuntaba a la cabeza. —Aproveché su confusión y le propiné una rápida patada en las tripas. Se dobló de dolor, gruñendo.

Me miró fijamente, con los colmillos brillando en la tenue luz del pasillo.

—Me las pagarás.

—La historia de mi vida.

El vampiro se recuperó rápidamente, gruñó y se abalanzó sobre mí. Me desvié hacia un lado, esquivando sus garras negras extendidas. Pero tropecé con el suelo pulido, y el dolor que sentí en el tobillo me hizo maldecir.

Me puse en pie, maldiciendo el mismo estúpido tobillo que me había torcido corriendo tras Shay desde la escuela mientras preparaba mi magia. Apreté los dientes mientras me enfrentaba al vampiro. La magia estelar crepitó a mi alrededor. El aire chisporroteaba de energía mientras reunía mi poder.

Se abalanzó de nuevo sobre mí.

Cojeando, le lancé un chorro de mis luces estelares. Pero el cabrón saltó a un lado y mi disparo salió desviado, golpeando la barandilla de la escalera e iluminándola como guirnaldas navideñas.

—Llegas demasiado tarde —dijo el vampiro. Se veía claramente una mancha roja en el lado del cuello donde le había golpeado—. Se ha ido.

El miedo que surgió en mí era asfixiante.

—No te creo. —El terror pesaba sobre mí, como una roca en la

boca del estómago.

El vampiro se rió, al ver lo que debía de ser pánico en mi cara.

—Nunca las encontrarás. Nunca volverás a ver a tu hermana. Olvídalo.

—Mientes —dije, sintiendo la punzada de las lágrimas. ¿Decía la verdad? Habían pasado al menos cinco minutos desde que las vi entrar por la ventana. Quizá se habían ido.

El vampiro volvió a carcajearse.

—Se acabó. Shay nos pertenece ahora. Es nuestra... arma secreta. —Se rió como si estuviera tramando algún oscuro plan que yo desconocía.

Apreté la mandíbula.

—Ella no pertenece a nadie, y menos a un grupo de chupasangres arrastrados.

El vampiro gruñó, enseñando los colmillos mientras saltaba de nuevo.

Esta vez, estaba preparada.

Me lancé hacia atrás, con el tobillo gritando de dolor. Sentía cómo mi magia estelar fluía por todo mi cuerpo, fortaleciendo mis músculos y agudizando mis sentidos. Lancé una descarga de luz estelar que alcanzó al vampiro en el muslo izquierdo, lanzándolo hacia atrás con un gemido.

Pero fue más rápido de lo que esperaba, cogiéndome desprevenida con un rápido puñetazo en las tripas. Me doblé, jadeando, y él se aprovechó de mi vulnerabilidad, me agarró por los hombros y me estampó contra la pared.

—¿Crees que puedes detenernos? —se mofó, con su aliento caliente en mi cara. Maldita sea, ese aliento de vampiro era repugnante—. No eres más que una patética humana con unos cuantos trucos en la manga. Ahora que tenemos nuestra arma secreta, la raza vampírica resurgirá. Y nosotros tendremos el control.

Fruncí los labios pensativa.

—Tengo una palabra para ti.

El vampiro se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Listerine.

Una mueca recorrió el rostro antinaturalmente bello del vampiro.

—¿Crees que puedes derrotarme? —volvió a burlarse el vampiro, con sus ojos negros brillando de sed de sangre—. Llevo siglos vivo, brujita. Tú sólo eres una brujita, una recién nacida. Eres prácticamente un feto.

Sonreí con satisfacción, aumentando mi confianza.

—La edad no significa necesariamente fuerza. —Con un movimiento de muñeca, envié una ráfaga de magia estelar contra su

pecho. El vampiro me soltó y esquivó hacia un lado, pero el golpe le alcanzó en el hombro, dejándole un agujero humeante en la camisa.

—Parece que este feto puede patearte el culo.

Gruñó de dolor y se abalanzó sobre mí una vez más.

No tenía tiempo para estas tonterías. Tenía que encontrar a Shay.

Apretando la mandíbula, invoqué toda la magia estelar que pude reunir. Chispas de luz danzaron alrededor de las yemas de mis dedos y las canalicé hacia el vampiro. Gritó, retorciéndose de dolor mientras unas láminas de luz estelar lo envolvían como fuego blanco.

Sin mirar atrás, pasé cojeando junto a él, intentando que sus palabras no me consumieran. Shay estaba aquí. Tenía que estar. Porque si no...

Sacudí la cabeza mientras avanzaba tambaleándome. Maldita sea, este lugar tenía demasiadas puertas. Demasiados pasillos. Era un maldito laberinto.

De nuevo, activé mis luces estelares y parpadeé mientras las soltaba en busca de mi hermana.

Contuve la respiración mientras se alejaban, pero no fueron muy lejos. Mis luces estelares se fijaron en otra puerta, a unos pasos de distancia. Shay.

Y entonces estaba corriendo. Vale, más bien corría a saltitos, pero llegué.

Empujé la puerta y entré en lo que parecía una lujosa sala de estar. Parpadeé, ajustando la vista desde el oscuro pasillo a la luz de la habitación. La habitación estaba ricamente decorada con sofás y sillas tapizados en suave terciopelo rojo. Estaba rodeada de opulencia, una habitación llena de oro y plata, ornamentada y llamativa. Al otro lado de la habitación había una gigantesca chimenea de leña, cuya repisa había sido tallada por el mismo artista, por el aspecto de las caras de vampiros gritones y doloridos grabadas en la madera.

Mis ojos se desviaron hacia la vampiresa que seguía agarrada a mi hermana, con una mano alrededor del cuello.

Freida sonrió con aquella sonrisa fría e intrigante con la que me estaba familiarizando.

Luego se volvió hacia mi hermana y le dijo:

—Mátala.

23

E*so* no es bueno.

Clavé los ojos en la mirada distante y nublada de mi hermana.

—¿Shay? Soy yo. Leana.

—Mátala ahora —repitió la vampiresa. No estaba segura de si decía las palabras en voz alta y en su cabeza al mismo tiempo, utilizando sus habilidades de Empujadora sobre Shay.

Los ojos verdes de Shay centellearon y luego, con un estallido de energía, brilló como una estrella resplandeciente, igual que aquel día en que había frito a Darius. Su magia solar ondulaba a su alrededor, resplandeciente. Rayos de luz emanaban de ella como olas de calor, rozándome la cara.

Supongo que la pregunta de si Shay podía utilizar su poder por la noche estaba resuelta. Sí que podía.

Y entonces un rayo de luz salió disparado del centro de Shay hacia mí.

—Ay, mierda.

Me arrojé detrás de un sofá y sentí un roce de calor sobre mi cabeza al aterrizar con fuerza en el suelo. El olor a pelo quemado me dijo que, uno, estaba viva, y dos, que lo más probable era que estuviera calva. Alcé la mano y me toqué el cuero cabelludo. Sentí algo suave. Maldita sea. *Estaba* calva, al menos parcialmente.

Mierda. Había tenido suerte. Pero la próxima vez que Shay me lanzara sus poderes gigantescos, quizá no tuviera otra oportunidad.

Mi hermanita intentaba matarme. Bueno, no exactamente. Pero me infundía un profundo odio que la vampiresa utilizara así a una niña de once años.

—La estás matando —grité—. ¿Te das cuenta? ¡Mírala!

—Ella está perfectamente bien —Oí decir a Freida.

—No lo está —respondí aullando—. La hechicera Auria la maldijo con la Marca de la Muerte. Y cada vez que utilizas tus trucos mentales con ella, le drenas la fuerza vital. No sobrevivirá. Si sigues presionándola, morirá. Pregúntale a cualquier curandero y te lo dirá.

—Mientes —dijo la vampiresa, con una risa en la voz—. ¿Y ahora qué? ¿Pedirás educadamente que te devuelvan a tu hermana?

—Si funciona, estoy dispuesta a todo, de verdad. —Me arrastré hasta el borde del sofá en llamas que, hace un segundo, podría haber sido yo. Me incliné y las espié desde mi escondite.

Mis ojos se clavaron en Freida, sus rasgos repulsivos resaltaban con

una nitidez desconcertante, su expresión carecía de emoción.

Shay no se había movido de su sitio, su magia solar irradiaba brevemente antes de desvanecerse. Podía distinguir fácilmente su expresión, la mirada vidriosa de sus ojos y el estado de trance en el que parecía encontrarse.

—No miento. Está enferma. Y tú la estás enfermando más. La estás matando.

Los ojos de Shay parpadearon y, por un momento, vi un atisbo de reconocimiento.

—Leana... —susurró, con voz apenas audible.

—Shay, escúchame —dije, atreviéndome a arrastrarme más cerca de ella—. Tienes que luchar contra su dominio sobre ti. Como te ayudaba a hacer Nikolas. ¿Te acuerdas? Lucha contra ella. Eres más fuerte que ella. Lucha.

Shay me miró con una mezcla de confusión y miedo.

—No puedo... No puedo...

—Sí, tú puedes. Puedes hacerlo. Lucha contra ella.

La vampiresa siseó, dando un paso adelante y volviendo a agarrar a mi hermana por el cuello para hacerla retroceder como a una marioneta.

—Me estoy cansando de que interfieras en mis planes —gruñó. Su rostro cambió, se quedó inmóvil, y yo conocía esa mirada. Estaba utilizando sus trucos mentales con Shay.

Lo siguiente que supe fue que el cuerpo de Shay volvió a brillar con luz intensa. Y entonces otro rayo vino directo hacia mí.

Maldita sea.

Utilizando mis luces estelares, expulsé mi poder fuera de mis manos, como un jetpack propulsor mandaloriano, y salí disparada hacia los lados en una ráfaga. Escapé a duras penas del mortal rayo de sol de mi hermana.

Me falló por milímetros, golpeando la pared detrás de mí con un fuerte estruendo.

Planeé en el aire, utilizando mis luces estelares como propulsores. Alcancé a ver a Freida, que me miraba con curiosidad. Probablemente nunca había oído hablar de una bruja de Luz Estelar que pudiera volar. Ésta sí podía.

Quería sonreír y presumir de mi nueva habilidad, pero tenía tres grandes problemas que resolver. Primero, tenía que salvar mi culo de los rayos solares de mi hermana. En segundo lugar, tenía que liberar a Shay de las garras de la vampiresa. Y por último, tenía que encontrar la forma de extraer sangre de la vampiresa. Sí. Súper fácil.

Se me rompió el corazón cuando volví a mirar el rostro de mi hermana. Las lágrimas corrían por sus mejillas y, a pesar del aura mágica que la rodeaba, su rostro había perdido todo el color, con

ojeras visibles. Se veía frágil. Enferma. Parecía moribunda.

La rabia me golpeó fuerte y profundamente. Sin embargo, Shay no me atacaba. Todavía no. Era como si luchara contra el control que Freida ejercía sobre ella. Era bueno. Shay seguía ahí. Podía luchar.

Tal vez si pudiera llegar hasta ella a tiempo y darle mi diadema, estaría a salvo. Pero entonces yo estaría a merced de Freida, así que eso no era lo mejor. No podía salvar a mi hermana si la vampiresa me controlaba.

Me desplacé hacia un lado, aún flotando en el aire. Era bueno que me quitara peso del tobillo, pero también estaba agotando toda mi luz estelar.

—Suéltala. —Sabía que era una posibilidad remota, pero fue lo único que se me ocurrió en aquel momento.

Freida sonrió sin humor.

—¿O qué?

Me encogí de hombros.

¿Te hago una fiesta? Ya sabes cómo va.

Se rió con dureza.

—¿Y qué puede hacerle una bruja de Luz Estelar a una antigua vampiresa?

—Mucho —respondí—. Pero no pareces tan poderosa sin tus trucos mentales. ¿Lo eres? Por eso utilizas a mi hermana. Porque no eres tan poderosa como le haces creer a los demás. ¿Estoy en lo cierto?

La vampiresa entrecerró los ojos. Sí, había dado en el clavo.

—No eres más que otra sanguijuela sedienta de poder. Nada más. —Sonreí, desconcentrada, y caí unos centímetros al perder el control de mi mochila propulsora de luz estelar. Uy.

Se dio cuenta.

—¿Problemas con tu magia? —Se rió, acercándose a mi hermana.

Me encogí de hombros.

—Un pedo. Comí frijoles en el almuerzo.

Freida arrugó la cara con disgusto mientras se movía por el espacio. Se paró en medio del salón.

—Me alegro de que tu hermana tenga más clase. Y más poder que tú.

—La estás utilizando como un arma, y eso no está bien. Es sólo una niña.

La vampiresa me enseñó los colmillos.

—Eso no es asunto tuyo.

—Es asunto mío —dije, flotando hacia delante—. Shay es mi hermana. No dejaré que le hagas daño. Nunca más.

—Tu hermana es un arma poderosa —dijo la vampiresa en voz baja—. Tiene habilidades que nadie más posee. Y la utilizaremos para ganar poder.

—No —dije con firmeza—. Shay no es un arma. Es una persona. Es mi hermana. Y no dejaré que la utilices así.

La vampiresa gruñó, con los ojos encendidos de ira.

—Puedo hacerlo. Lo haré. Y no podrás detenerme. —Se colocó junto a Shay y dijo—: Quémala viva.

Sabía que había hablado en voz alta en mi propio beneficio, para que supiera qué orden había utilizado con Shay.

Como un robot, Shay giró sobre sí misma hasta que sus ojos y su cuerpo me miraron. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sus pequeñas manos temblaban y sus labios se agitaban.

—Leana... —dijo con voz apenas audible.

Me ardían los ojos ante su sufrimiento. Quería matar a esa Freida con cada fibra de mi ser por hacerle esto a una niña. La gente como ella no merecía vivir. Pero estaba atrapada. No podía moverme.

—Lo sé. No pasa nada. Me deslicé más hacia el suelo, sin apartar los ojos de Shay.

Levantó la mano. Aunque su cuerpo temblaba, su mano estaba firme, apuntándome directamente.

—No puedo detenerla. Yo no...

Lentamente, levanté las manos en señal de rendición.

—Shay, no pasa nada —dije con calma—. No tienes que hacer lo que ella diga. Eres más fuerte que eso. Puedes luchar contra esto. —Dios, eso esperaba.

—Aléjate. —La voz de Shay temblaba, sus ojos suplicantes y llenos de lágrimas—. Vete, por favor.

—No. No voy a dejarte. —Tenía la garganta en carne viva ante lo que veía, el sufrimiento de mi hermana.

Y entonces el cuerpo de Shay estalló en rayos de luz. Sabía lo que venía a continuación.

Oí la risa de Freida mientras buscaba dentro de mí, invocando cada gramo de mi poder.

Un rayo de luz solar salió disparado del pecho de Shay.

Mi cuerpo zumbaba de energía mientras canalizaba mis luces estelares en un único rayo de energía concentrado. Y lo lancé.

Mi rayo de luz estelar chocó con el rayo de sol de mi hermana.

Las magias chocaron y una ráfaga irradió a nuestro alrededor como un trueno. No pretendía derrotar la magia de mi hermana, sólo evitar que me friera el culo.

Los dos rayos se enroscaron y empujaron, lanzando chispas de energía en el aire como cables eléctricos defectuosos. Se presionaban y se agitaban el uno contra el otro como si dos toros compitieran por el control y el dominio.

Al principio, pensé que esto podría funcionar, que los dos poderes se contrarrestarían y disminuirían. En cierto modo, las dos éramos

brujas de Luz Estelar. Quizá *funcionara*.

Pero estaba claro que mi poder de luz estelar no era tan fuerte como la magia solar de Shay. Y ya había gastado la mayor parte de mi energía luchando contra los vampiros y utilizándola como mi propulsor mágico para mantenerme a flote. Estaba agotada. Y se me notaba.

El rayo de sol de Shay era más fuerte que el mío.

Hizo que mi rayo retrocediera.

Sentía que se me escapaba el control mientras la risa malvada de Freida llenaba mis oídos.

—Te lo dije, bruja de Luz Estelar. No eres tan poderosa como crees. Y no puedes vencerme.

Sentía que mi luz estelar se agotaba. Me estaba deslizando, la distancia al suelo se acortaba.

Me negué a rendirme. Mi hermana aún tenía una pequeña posibilidad de vencer a Freida y recuperar su mente. Podía sentirlo; estaba luchando dentro de su propio cuerpo, intentando salir vencedora. Intentando expulsar la compulsión de Freida.

Nuestros ojos se encontraron, y pude verla allí dentro todavía. A mi hermana. Estaba luchando contra esto.

Pero entonces mis luces estelares flaquearon y el rayo de sol de Shay se abrió paso.

Mi mundo cambió y todo lo que vi fue blanco.

24

Dicen que ves tu vida pasar ante tus ojos cuando estás a punto de morir.

Sólo vi un haz de luz blanca. Y luego más luz blanca, justo cuando mi magia estelar se agotó.

Me caí.

El rayo de sol de Shay pasó silbando por encima de mi cabeza, y la pared que tenía detrás explotó, golpeándome la espalda con polvo y trozos de pared y mampostería. La fuerza me tiró al suelo. Un calor abrasador me abrasó el cuero cabelludo y grité como si hubiera colocado la cabeza directamente sobre una hornilla. El olor a pelo chamuscado me dijo que los folículos que me quedaban estaban fritos.

Estaba calva.

Mi primera reacción fue: *¿Qué pensará Valen?* Pero entonces me golpeó la realidad, y me arrodillé, buscando a Shay, más bien preparándome para apartarme de un salto ante otro rayo de sol. Sin embargo, aquel rayo debería haberme matado. Estaba demasiado cerca para que fallara, y sin embargo lo hizo.

Y cuando la vi, vi por qué.

Estaba tumbada en el suelo, con los ojos cerrados. O se había desmayado de cansancio, o estaba...

Me arrastré hacia ella, con el tobillo palpitante, gritando su nombre.

—¿Shay? ¡Shay! —Mi voz era cruda y ronca por el agotamiento. Sentía palpitar la quemadura en el cuero cabelludo, pero la ignoré y toqué la cara de mi hermana. Tenía la piel pastosa y caliente.

—Oh, no. Shay. —La subí a mi regazo, sin importarme que la vampiresa pudiera acuchillarme el cuello con sus afiladas garras. Acuné a mi hermanita—. ¿Qué has hecho? —Volví mi odio hacia la vampiresa, que miraba a Shay con decepción, como si hubiera pagado mucho por un auto nuevo y en su lugar recibió un limón—. Mira lo que has hecho. Te lo dije. Te dije que esto la mataría —grité, mientras la vampiresa seguía mirando a Shay con desagrado.

—Qué decepción —dijo, con una mezcla de irritación y desprecio en la voz—. Creía que su juventud la habría sostenido, la habría hecho más poderosa.

—Es sólo una niña, perra malvada.

Las comisuras de sus labios se torcieron ante mi desafío.

—Ahora lo es.

Acuné a Shay lentamente, abrazándola. Necesitaba a Valen. Podía oír el ruido de botas pisando el techo. Valen y los demás seguían luchando. ¿Cómo podría llegar hasta él?

—¿Shay? —Le limpié los húmedos mechones de pelo que se le pegaban a la cara—. ¿Shay?

—Se está muriendo —dijo la vampiresa—. Puedo sentir cómo su fuerza vital se desvanece lentamente mientras hablamos. Morirá en unos minutos. —Freida lanzó una mirada irritada a Shay antes de volver los ojos hacia mí—. Qué desperdicio.

—Estaba bien antes de que hicieras esto —grité, saboreando la sal en mi boca mientras mis lágrimas seguían cayendo.

La vampiresa hizo una mueca de desprecio, con las facciones retraídas que le daban un aspecto felino.

—Ya no me sirve de nada.

Envolví a mi hermana con más fuerza.

—Acércate a ella y acabaré contigo.

Freida echó la cabeza hacia atrás riendo. Sonaba como una hiena. Era espeluznante.

—¿Qué? ¿Tú? —Se paseó a nuestro alrededor, dando vueltas como un depredador acechando a su presa—. Ya no tienes poder. Tu magia se ha agotado. Ah, sí. Puedo *sentirlo*. Estás acabada, bruja de Luz Estelar. Las dos.

La vampiresa apretó sus labios rojos como el rubí en una fina línea, y su rostro brilló con una repentina y terrible belleza. Freida se puso en posición, con una mirada oscura y asesina. La energía de la habitación se congeló.

Mierda. El corazón me latía con fuerza y respiraba deprisa.

—¿Shay? Despierta —repetí, pasándole los dedos por el pelo. La coloqué en mi regazo y la abracé con fuerza—. Lo siento mucho —susurré, con todo el cuerpo temblando mientras escuchaba su respiración agitada. No sabía qué hacer. Estaba agotada, pero no podía dejar morir a Shay. No podía perderla. Necesitaba a Valen, pero no podía abandonar a Shay. Y supe que apenas me levantara sería un blanco fácil para Freida.

No tenía adónde ir, ni dónde esconderme. Estaba jodida.

—Qué pena —dijo Freida, aunque pude oír el filo de sus palabras —. Esperaba convertirla en mi arma. Podría haber traído gran gloria a mi pueblo. A nuestra causa.

—Jódete —gruñí, ya sin importarme. Sujeté a Shay firmemente entre mis brazos. Sentía su corazón latiendo débilmente contra mi pecho.

—Y ahora mueres. —El rostro de Freida se torció en una sonrisa perversa. Se abalanzó sobre mí, sobre nosotros, y cubrí a Shay con mi cuerpo, utilizándolo como escudo para protegerla.

Lo siento mucho, Shay.

El suelo reverberó, y me preparé para el ataque de Freida, sabiendo que el dolor no tardaría en llegar.

Pero al cabo de un momento no ocurrió nada.

Levanté la cabeza, atreviéndome a echar un vistazo.

Catelyn, en su forma gigante, estaba de pie en la habitación con Freida colgando de su mano en un apretón mortal.

—¡No la mates! —grité—. Si ella muere, Shay *muere*.

Catelyn giró la cabeza y me miró.

—*¿Qué*? —Sus ojos se entrecerraron—. *¿Qué te ha pasado en el pelo*?

Lo había olvidado.

—Sí —me llevé la mano a la cabeza y me encogí ante la calvicie que abarcaba mi cuero cabelludo—. Demasiado Head and Shoulders.

Catelyn echó la cabeza hacia atrás y se rió. Echaba de menos aquella risa. Y aquella sonrisa. Pero se suponía que debía estar enfadada con ella. ¿No?

Una diadema naranja colgaba de la muñeca de la giganta, perteneciente a la mano que sujetaba a Freida. Era de Elsa.

—¿Has visto a Elsa?

Catelyn asintió.

—*Ahora mismo. Ella me la dio. Dice que es para protegerme de ésta* —añadió y dio un tirón a la vampiresa—. *Valen me pidió que viniera a buscarte*.

Amaba a Elsa. Catelyn no estaría manejando a Freida como a una marioneta si no hubiera sido por esa diadema. Sería al revés.

Si Catelyn estaba aquí, significaba que Arther también.

Los gritos resonaban por encima de los gruñidos, los desgarros de carne y otros sonidos diversos de la batalla. Sonaban como voces. Como órdenes.

Parpadeé entre lágrimas cuando sentí que Shay se agitaba. Miré hacia abajo y vi dos ojos verdes que me miraban fijamente.

—¿Shay?

Mi hermana parpadeó. Movió los labios, pero no dijo nada.

—No intentes hablar. Voy a acostarte aquí, ¿vale? Necesito un poco de la sangre de Freida. Te curará.

Shay cerró los ojos y no respondió.

—Creo que se ha vuelto a desmayar. —La tumbé en el suelo con tanta delicadeza como pude. Me quedé mirándola un rato más, saqué la jeringuilla y me acerqué cojeando a la giganta. Me di cuenta de que no estaba desnuda, sino que llevaba puesta la ropa que se había estirado mágicamente cuando se transformó en su forma gigante durante nuestra prueba de combate.

—Necesito una muestra de su sangre.

Catelyn bajó el brazo, pero no el agarre sobre la vampiresa. La cara de Freida se estaba poniendo azul. El azul le quedaba bien.

Agarré el brazo de Freida, le levanté la manga y busqué una vena. Encontré una grande y jugosa y clavé la jeringuilla en ella, con no demasiada suavidad.

La vampiresa gimió.

—Irónico, ¿verdad, Freida? —dije, aunque sabía que ella no podía responder—. Una bruja tomando tu sangre de vampira—. Cuando llené la jeringuilla de sangre, se la saqué del brazo y retrocedí—. Con eso bastará.

—*¿Puedo matarla ahora?* —preguntó la giganta.

Estuve tentada de decir que sí, pero supuse que el Consejo Gris preferiría que fuera juzgada y sufriera las consecuencias. La idea de una muerte rápida me parecía demasiado piadosa. Merecía pudrirse en alguna prisión durante el último de sus días.

—No —respondí en su lugar—. Pero puedes noquearla.

La otra mano de Catelyn apareció de la nada, y oí un crujido cuando golpeó la sien de Freida. Arrojó a la vampiresa al suelo como si fuera una prenda desechada.

Si no estaba muerta después de aquello, no estaba en muy buena forma.

Mi mirada se posó en la giganta. Había venido a ayudar. No estaba segura de cómo me sentía en ese momento. Aún no había superado lo que ella había hecho. Pero ya pensaría en ello más tarde.

—Necesita a Valen —le dije a la giganta.

—*Iré a buscarlo* —Catelyn desapareció de la vista.

Volví a arrodillarme en el suelo y volví a colocar a Shay sobre mí. Me aferré a mi hermanita, sollozando mientras la mecía. Si estuviera consciente, le habría mortificado que la acunara como a una bebé. Pero para mí seguía siendo una bebé. Sólo era una niña. Demasiado joven para haber pasado por esto.

Y si muriera…

—*Leana*.

La voz de Valen me dio la vuelta mientras el gigante bajaba junto a mí.

—*Ponla en el suelo*.

Hice lo que me ordenó y, cuando terminé, Valen se había transformado de nuevo en su forma humana más pequeña. Observé cómo colocaba una de sus manos sobre los hombros de Shay y la otra sobre su frente.

La magia repicó en mis sentidos cuando la luz brotó del toque de Valen, su magia curativa.

La luz dorada de la magia curativa de Valen envolvió el cuerpo de Shay. Contuve la respiración mientras observaba, demasiado asustada

para hablar. Temerosa de que ni siquiera la magia de Valen pudiera salvarla. Esta vez no.

Pero entonces su piel pálida cambió y se volvió rosada, y las ojeras se iluminaron. La agarré por la muñeca. Su corazón latía con fuerza.

—¿Está...? —Tragué saliva, aclarándome la garganta—. ¿Está bien?

—No está bien —dijo Valen sombríamente—. Pero se recuperará. —Miró la jeringuilla que aún tenía en la mano—. ¿Es la sangre de la vampiresa?

—Lo es. —Me la metí en el bolsillo para mantenerla a salvo—. Tenemos que llevar a Shay con Polly enseguida.

Valen asintió justo cuando el suelo tembló. Levanté la vista para ver a Catelyn entrar de nuevo en la sala, aún en su forma de giganta, y sentarse junto a Freida, custodiándola.

—¿Y los demás vampiros? —pregunté.

Una tormenta de emociones se desplazó por el rostro de Valen.

—Les hemos vencido. Con la ayuda de Arther. —Miró a Catelyn y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Me miró, pero yo aparté la mirada. No estaba dispuesta a perdonarla. Aunque técnicamente nos había salvado el pellejo.

Valen me tendió la mano.

—¿Estás bien? —Su mirada se posó sobre mi cabeza—. Pareces...

—¿Calva?— Debería haberme mortificado al verme así. Sólo Dios sabía qué aspecto tenía, pero había cosas peores en la vida que ser calva.

—Y no tienes cejas.

Vale, quizá... no.

—Demonios. ¿También mis cejas? —Me toqué las cejas. Efectivamente, sentí un trozo de piel lisa donde debería sentir algo de vello—. Debo de parecerme a Gollum.

—La mujer de Gollum —dijo un sonriente Valen—. Te ves muy guapa para ser calva.

Lo empujé juguetonamente. Si Shay pudiera verme ahora, se estaría riendo. Bajé la mirada hacia ella. Seguía durmiendo.

—¿Qué le pasará a la vampiresa? —pregunté, moviendo los ojos hacia el bulto que había en el suelo junto a Catelyn.

Valen siguió mi mirada y luego volvió a mirar a Shay. Tenía un aspecto sombrío.

—Los oficiales del Consejo Gris están en camino. La encerrarán durante mucho tiempo. Te lo aseguro.

—¿Pero qué hay de su compulsión mental? —Me di un golpecito en la diadema, aliviada y sorprendida de que no se hubiera quemado junto con mi pelo. Era magia poderosa. —Si no tienen protección, puede *persuadirlos* para salir de la cárcel. —Ahora que lo pensaba,

probablemente también conseguiría por la fuerza un puesto en el Consejo Gris. Puede que Freida haya caído, pero era extremadamente peligrosa.

—Tienen herramientas para impedir que la utilice —dijo Valen, con los ojos puestos en mi diadema—. Quizá no algo tan elegante como estas diademas. Pero no es la primera vampira con esta habilidad. —Desvió la mirada hacia Shay—. No dejarán que Freida vuelva a ser lo que era.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Le quitarán su talento *especial*.

—¿Quitárselo? —Cambié mi postura—. ¿Como sacárselo físicamente de la cabeza? ¿Como una lobotomía?

—En cierto modo, sí. —Valen encogió los hombros—. Nunca más podrá utilizarlo con nadie.

—Eso es intenso. —No estaba segura de cómo me sentía al respecto, pero era una trampira psicótica y la idea de que nunca más podría hacer daño a nadie me hizo sentir un poco mejor.

Shay se agitó, y bajé la mirada hacia un par de ojos verdes que revoloteaban.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Bienvenida otra vez.

—Hola, mocosa —dijo Valen.

—Hola —susurró, con voz ronca—. ¿Qué ha pasado?

Esbocé una sonrisa de alivio. Estaba a punto de decirle *Casi te mueres,* pero en vez de eso dije:

—Te desmayaste.

Los ojos de Shay se abrieron de par en par y su rostro palideció.

—Me obligó a hacerlo. Yo no quería...

La abracé. Aunque ella no lo quisiera, ella lo necesitaba. Yo lo necesitaba.

—No fue culpa tuya. Y no quiero oírte disculparte por ello. Jamás. ¿Lo has entendido?

Shay asintió por encima de mi hombro.

—Está bien.

La solté y se movió para sentarse sola.

En su rostro apareció un pequeño ceño fruncido.

—Estás calva. Y no tienes cejas

Valen resopló y yo lo ignoré.

—Sólo circunstancias imprevistas del trabajo. A veces pasa.

—Tienes un aspecto raro —dijo ella mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

Sonreí porque el hecho de que me dijera que tenía un aspecto raro significaba que se estaba recuperando.

—Ya lo sé. Si quieres, también podría afeitarte la cabeza.

—No. Se rodeó la cintura con sus brazos y me reí.

Entonces, un ejército de unos quince o más paranormales irrumpió en la habitación. Algunos vestían ropas negras. Algunos estaban en sus formas animales, pues vi lobos y osos. Otro grupo que estaba justo fuera del pasillo empujaba a vampiros esposados por la escalera. Los vampiros siseaban. Algunos se defendieron, intentando escapar de la embestida del ejército de Arther. Pero sólo recibieron puñetazos y patadas para volver a la fila.

—¡Leana! ¡Shay!

Elsa se abrió paso entre los soldados.

—Fuera de mi camino —ordenó y se precipitó hacia nosotros. Detrás de ella venían Julian y luego Jade. Sentí un repentino alivio en la garganta. Gracias al caldero. Todos estaban vivos.

—Estábamos muy preocupados por ustedes cuando vimos que se fueron —dijo Elsa—. Las dos. —Sus ojos se clavaron en Shay y luego se ensancharon cuando volvieron a posarse en mí—. Caldero, ayúdanos. ¿Qué te ha pasado en el pelo? Pareces una bola de cristal.

Aquí vamos otra vez.

—Es un nuevo estilo. ¿Te gusta?

—No. Pero creo que Polly puede remediarlo —dijo Elsa, intentando sonreír, pero en lugar de eso convirtió su expresión en una mueca. Por los constantes cambios en su rostro, como si no pudiera asentarse en una sola emoción, tuve la sensación de que tenía muy mal aspecto.

—Al menos tiene buen aspecto. A mí nunca me quedaría bien la calva —dijo Jade, sonriéndome—. Tengo unas veinte pelucas que te podría prestar. Y de todos los colores. Puedes ser pelirroja, rubia o, si te sientes un poco loca, azul o verde. —Tenía el labio roto y el ojo derecho hinchado.

—Gracias. ¿Estás bien? Te ves bastante magullado —pregunté.

Jade enderezó los hombros.

—Deberías ver al otro tipo.

Me reí y sonreí a mis amigos.

—¿Qué me he perdido? Parece que me he perdido mucho.

—Bueno, durante un tiempo fue un tira y afloja —dijo Julian, con una sonrisa confiada, el pelo revuelto y alborotado como si acabara de llegar de una excursión por el bosque—. Derrotábamos a uno y aparecían dos más. Los vampiros seguían apareciendo. Debían de vivir aquí cientos de ellos.

—Pero entonces apareció Arther con su manada —dijo Jade—. Les patearon el culo.

—Bien. —Exhalé—. Eso está bien. —El alfa seguía sin ser mi persona favorita, pero ya le daría las gracias más tarde por ayudarme

y quizá salvar a mis amigos.

—¿Esa es Freida? —Julian señaló a la vampiresa caída.

—Sí. Catelyn lo hizo.

Al mencionar a la giganta, miró hacia nosotros. Había vuelto a su forma humana. No me había dado cuenta de su cambio, pero sí percibí que ninguno de mis amigos la reconocía.

Elsa se arrodilló e inspeccionó el rostro de Shay.

—¿Cómo te encuentras, querida?

Shay se encogió de hombros.

—Bien.

—Jum. —Elsa presionó la frente de Shay con el dorso de la mano —. Lo que necesita es un poco de mi sopa de pollo. Y luego descansar.

La idea de la sopa sonaba increíble, pero sabía que eso no ocurriría. Palpé el frasco de sangre en mi bolsillo.

—Todavía no. Tenemos que volver al hotel. Y yo necesito a Polly.

—¿Tienes la sangre? —Los ojos de Jade se movieron hacia el bulto que era la vampiresa inconsciente.

—Sí. Tenemos que irnos. —Aún nos quedaba una hora de camino de vuelta a la ciudad—. Llamaré a Polly por el camino.

—¿Qué sangre? —Shay me miraba fijamente, confusa, y pude ver un poco de miedo parpadeando tras aquellos ojos verdes.

Busqué en su rostro.

—Sangre que te hará mejor. Sangre que eliminará esa maldición para siempre, y volverás a ser como antes. Te lo prometo. —Esperaba que Olin no me hiciera quedar como una mentirosa. Si la sangre de Freida no funcionaba, volvería al punto de partida.

Elsa se levantó. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Y tú, querida, también necesitas descansar. Parece que estés a punto de caerte.

—Estoy bien —protesté, pero en el momento en que intenté ponerme en pie, el mundo giró a mi alrededor. Haciendo un esfuerzo, me puse en pie, con el tobillo gritando en señal de protesta, y apoyé el peso en la otra extremidad.

—Bien, ¿eh? —dijo Julian con un bufido—. Estás tan bien como un ciervo recién nacido que intenta andar por primera vez.

Le lancé una mirada fulminante, pero sabía que tenía razón. Estaba agotada, me dolían los músculos y la cabeza me latía con fuerza. Lo único que quería era acurrucarme en la cama y dormir durante una semana.

Valen cogió a Shay en sus grandes brazos y mi hermanita soltó una risita mientras él la colgaba de sus hombros.

—Vamos —dijo Elsa, rodeándome la cintura con el brazo—. Vamos a llevarte a casa.

Mientras salíamos de la vulgar habitación, no pude evitar sentirme

agradecida por mis amigos. Habíamos pasado por muchas cosas juntos. Me invadió una sensación de alivio. Habíamos salido vivos, pero por los pelos. Había sido un gran susto.

Me volví para echar un último vistazo al caos que se había desatado detrás de nosotros. La habitación estaba destrozada, con muebles rotos esparcidos por todas partes y marcas de quemaduras manchando las paredes que no estaban destruidas. Era un desastre, pero al menos estábamos a salvo y juntos.

Catelyn levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Nadie de la pandilla fue a hablar con ella, ni siquiera Elsa, su devota amiga, aunque le había regalado a la giganta su propia diadema mágica. Estaba segura de que el rechazo le dolía. Y por la tristeza de su rostro, estaba claro que así era. Con los hombros caídos, observé el juego de emociones en su rostro: arrepentimiento, angustia, vergüenza.

Todos metemos la pata. Forma parte de nuestra naturaleza humana y paranormal. También está en nuestra naturaleza perdonar. Por desgracia, no todos los errores merecen una segunda oportunidad. Pero a veces sí.

Y quizá, sólo quizá, esta vez, sí lo merecía.

25

El viaje de vuelta al hotel fue una mezcla de agotamiento y ansiedad. No dejaba de asegurarle a Shay que todo saldría bien, pero mis propias dudas y temores empezaban a invadirme. ¿Y si la sangre no funcionaba? ¿Y si habíamos llegado demasiado tarde? ¿Y si la maldición llevaba demasiado tiempo dentro del cuerpo de Shay como para que funcionara algo parecido a una contramaldición o un antídoto? ¿Y si Polly no era la curandera adecuada para hacerlo? ¿Debíamos arriesgarnos a volver al complejo para encontrar a Olin?

Ahora que Shay estaba con nosotros, y dado que en el todoterreno de Valen sólo cabían cinco personas, Julian nos sorprendió cuando dijo que volvería al hotel con la pandilla de Arther. Nadie se opuso.

Cuando me vi en el reflejo de las ventanillas del Range Rover, casi me da un infarto.

—Santo cielo —murmuré, alzando la mano para tocarme la calva. No me había afectado tanto porque no la había *visto*, sólo la había sentido. Pero ahora que lo había hecho, me mortificaba.

—Creo que me llevaré una de tus pelucas, Jade —dije, cerrando la puerta del todoterreno y haciendo todo lo posible por no volver a mirarme mientras oía reír a Shay.

—Te prestaré la *mejor* que tengo —dijo Jade, con una sonrisa en la voz.

¿Por qué eso no me hacía sentir mejor? Porque tenía la sensación de que su *mejor* peluca era una monstruosidad rizada peinada con una permanente ochentera.

Cuando por fin llegamos al hotel, salí tambaleándome del auto y prácticamente me desplomé, maldiciendo mi jodido tobillo. Cuando Valen volvió a tener a Shay en brazos, todos nos dirigimos hacia las puertas.

Polly nos esperaba en la entrada. No se veía como si la hubiésemos despertado. En cambio, sus ojos estaban alerta, concentrados. Su bata blanca de cocinera estaba manchada de naranja y verde. Me miró la calva.

—Puedo arreglar eso.

Solté un pequeño gemido de alivio, haciendo reír a Shay.

—Vale, pero primero ve a Shay.

—La sangre —instruyó Polly mientras extendía la mano.

Saqué el frasco del bolsillo.

—¿Cuánto tiempo necesitas para hacer la contramaldición? ¿O es

un antídoto?

Polly cogió el vial de sangre.

—Es un poco de las dos cosas. Necesitaremos una contramaldición para contrarrestar la parte mágica de la maldición. Y un antídoto para contrarrestar el aspecto sanguíneo. Shay necesitará la sangre de la vampiresa en la suya para que funcione. He estado trabajando en ello desde que me llamaste. Pero necesitaré unos minutos para prepararlo. Será mejor que la lleven arriba. Subiré enseguida.

Siguiendo las instrucciones de Polly, nos metimos en el ascensor Valen, Shay, Jade, Elsa y yo. No había ni un alma en el vestíbulo, y el único sonido era el vacío del espacio, como una habitación llena de muebles sin nadie dentro. Como eran cerca de las cuatro de la madrugada, era lógico que el hotel estuviera desierto, salvo por el conserje nocturno. Sus ojos rojos nos seguían cautelosamente desde detrás de la recepción. Pero no pronunció ni una sola palabra antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Una vez de vuelta en mi antiguo apartamento, Valen acomodó a Shay en el sofá. Ahora tenía mejor aspecto que cuando estaba bajo el control de Freida. Pero había vuelto el color ceniciento a su piel, y también una oscuridad alrededor de sus ojos hundidos. Era como si la magia de la gigante estuviera fallando, como si ya no funcionara.

Y por el ceño fruncido y preocupado del gigante, y por la forma en que se había retirado de nuevo, supe que había llegado a la misma conclusión. Su magia curativa se estaba volviendo ineficaz. Si la sangre de la vampiresa no funcionaba, tendríamos graves problemas.

Observé a Valen. Su mandíbula seguía apretándose y ahora tenía el ceño fruncido permanentemente. Si no lo conociera, diría que estaba a punto de perder el control. Que la enfermedad, o maldición, de Shay le estaba afectando de un modo que sólo afectaría a un padre. Como si ya hubiera sentido esto antes, y volver a pasar por esto lo estaba torturando. ¿Se trataba de su esposa? No lo sabía.

Una parte de mí quería ir hacia él y envolver con mis brazos ese gran pecho para intentar calmarlo. Pero no quería apartar mi atención de Shay.

Estaba pálida y respiraba entrecortadamente. Quería extender la mano y tocarla, pero sabía que no serviría de nada. Lo único que podía hacer era esperar.

Mantuve el rostro neutro, para no mostrar las emociones que sentía. Lo último que quería era que Shay se asustara por lo que leyera en mi rostro. Por ahora estaba cómoda, y yo quería que siguiera así el mayor tiempo posible.

Jade y Elsa se apresuraron a ser útiles, trayendo mantas y almohadas para Shay. Agradecí sus esfuerzos, pero no pude evitar sentirme inquieta. Necesitaba hacer algo, lo que fuera, para

asegurarme de que Shay estaría bien.

Me palpitaba el tobillo mientras me dejaba caer en un sillón, y sentía la cabeza a punto de estallar. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando calmarme. Tenía que mantenerme fuerte por Shay. No se trataba de mí. Se trataba de ella y de eliminar la jodida maldición de una vez por todas.

Unos minutos después, Polly entró en el apartamento con un pequeño frasco lleno de un líquido oscuro.

—¿Está lista? —preguntó, con los ojos fijos en Shay, sentada en el sofá con Valen a su lado.

Asentí, inclinándome hacia delante.

—¿Qué tenemos que hacer?

Polly se unió a Shay junto al sofá.

—Necesitamos introducir un poco de la sangre de la vampiresa en su organismo —explicó—. Es la única forma de contrarrestar la maldición. La sangre de vampiro actuará como una antitoxina, destruyendo la maldición desde dentro. —Polly miró a Shay—. Voy a inyectarte esto en el brazo. Debería hacer efecto en unos minutos.

—*¿Debería* funcionar? —No pude evitar el sonido de alarma y decepción en mi voz—. Olin dijo *que funcionaría*. —Miré a Shay y no me gustó el miedo que bailaba en sus ojos. Le había prometido que funcionaría.

—¿Olin? —preguntó Polly—. ¿Quién es Olin?

—El otro curandero —dijo Valen, justo cuando Jade y Elsa regresaron—. Es el que nos habló de Freida y de cómo podíamos utilizar su sangre para eliminar la maldición.

Polly se quedó pensativa y, por un segundo, creí que iba a hablar mal del otro curandero.

—Ah, sí. Bueno, digo *debería* porque nunca lo había intentado y nunca había oído eso de utilizar la sangre de una vampiresa para eliminar una maldición. Después de que me llamaras, he estado investigando mucho y he llamado a algunos de mis colegas curanderos. Y todos están de acuerdo en que debería funcionar.

No era realmente la respuesta que buscaba, pero estaba depositando mi fe en aquel pequeño curandero del complejo. Quizá debería haberle frotado el pelo para que me diera suerte.

—Todo estará bien —dijo Elsa—. Polly puede hacerlo.

La curandera me miró de reojo.

—Esa calva distrae.

—Puedo conseguir una peluca —dijo Jade, radiante.

Sentí un escalofrío por dentro.

—Quizá más tarde.

En la boca de Polly se formó una sonrisa de satisfacción mientras sacaba una jeringuilla del bolsillo de su abrigo y la introducía en el

vial de líquido oscuro. Con cuidado, introdujo un poco en la jeringuilla y se volvió hacia Shay.

—Esto puede doler un poco —advirtió.

Shay se puso rígida, con los ojos fijos en la jeringuilla. Me levanté, me acerqué hacia ella y me senté a su lado en el sofá. Tomé su mano y la apreté.

—Sólo será un segundo. —Pero me pregunté si el efecto de aquel antídoto le haría daño. Podría ser.

Shay no me devolvió el apretón, pero tampoco se apartó.

—Está bien —murmuró. Parpadeó un par de veces y se desplomó en el asiento. Extendí la mano y la agarré antes de que se cayera hacia delante. Tenía la piel húmeda al tacto y respiraba entrecortadamente. Empecé a sentir pánico, pero antes de que pudiera decir nada, Polly me puso una mano en el hombro.

—Tenemos que actuar con rapidez. La fiebre es grave. La maldición la está matando.

—Date prisa. Hazlo.

—Aquí vamos —dijo Polly, mirando a Shay de reojo mientras le inyectaba la sustancia en el brazo.

Shay se estremeció ante el pinchazo de la aguja, sus ojos se abrieron y volvieron a cerrarse. Pero no gritó. Era fuerte, valiente, como yo.

Jade y Elsa se agolparon a nuestro alrededor, con los rostros marcados por la preocupación. Miré a Valen, pero su rostro era un lienzo en blanco que no revelaba nada.

Después de retirar la jeringuilla, Polly levantó las manos y las movió alrededor de Shay. Sus labios se movieron en lo que sólo podía imaginar que era un hechizo. El aire crepitó con la repentina entrada de magia. La magia de una curandera. Sentí que alrededor de Shay caía una bruma parecida a la niebla. Aunque no podía verla, la sentí. El remolino de niebla se balanceaba y se agitaba. El aire cambió y la bruma se disipó.

—¿Funcionó? —Miré fijamente a Shay, sin ver ningún cambio. Mi mirada se desvió hacia Valen, pero él miraba a Shay con una intensidad como si temiera que aquel tratamiento sólo la hubiera empeorado.

—Sólo el tiempo lo dirá —respondió la curandera, dando un paso atrás.

La fulminé con la mirada.

—Entonces, ¿cuánto tardaremos en saberlo?

—No estoy segura. Podría ser una hora, podrían ser dos —dijo Polly, guardándose en los bolsillos la jeringuilla y el frasco ya vacío—. Depende de la fuerza de la sangre vampírica y del tiempo que lleve la maldición en su interior. Hay que tener en cuenta muchas variables.

Pero también podría llevar menos tiempo. Podría funcionar en cuestión de minutos, y también podría haber funcionado de inmediato. No estoy acostumbrada a este tipo de tratamiento. Pero... si tu amigo tiene razón, predigo que debería funcionar rápido.

Dejé escapar un suspiro tembloroso y, mientras todos mirábamos, Shay se desplomó contra el sofá.

Entonces, justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, Shay abrió los ojos y sus facciones cambiaron.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada. Valen se tensó al otro lado.

—Me siento... diferente —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro. Se encorvó como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Diferente *bien*? ¿O diferente *mal*? —pregunté, con el corazón acelerado y la sensación de que iba a vomitar.

Shay asintió.

—Bien, creo. No me duele, pero me siento... rara.

—Es la maldición que se está eliminando —dijo Polly, con una sonrisa en el rostro—. La sangre de la vampiresa está funcionando. Está corroyendo la maldición.

Elsa soltó un sonoro gemido, aferrando su medallón mientras grandes y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas sonrojadas.

—Toma —dijo Jade, con los ojos húmedos, y le entregó a la bruja mayor un pañuelo de papel antes de proceder a sonarse la nariz con otro.

Shay nos miró, con los ojos muy abiertos de asombro.

—Creo que estoy mejor.

Exhalé un suspiro de alivio, sintiendo que la tensión de la habitación se disipaba.

—Gracias a Dios —murmuré, sintiendo que las lágrimas se me agolpaban en las comisuras de los ojos—. Entonces, se acabó. ¿Está curada? —Incliné la cabeza para ver mejor la cara de mi hermana. Tenía la piel de un bonito y saludable color rosado, sin rastro de ojeras ni signos de fiebre o maldición. Por fin se había acabado. Shay se iba a poner bien.

Valen suspiró y se pasó los dedos por el pelo como si intentara liberar la tensión que le atenazaba el cuerpo desde que habíamos salido de la chillona morada de Freida.

—Parece que sí —dijo Polly—. Ahora esperamos. La maldición tardará algún tiempo en desaparecer por completo del organismo de Shay. Pero la vigilaré de cerca. Volveré dentro de unas horas para ver cómo está. Pero sí. Parece que lo peor ya ha pasado. —Miró a Shay y le dijo—: Te pondrás bien.

Todos dimos otro suspiro de alivio.

Polly sonrió, visiblemente aliviada.

—Los dejaré descansar. Llámenme si algo cambia.

—Lo haré. Gracias, Polly.

La curandera sonrió, se enderezó la parte delantera de la chaqueta y dijo:

—Es un placer. —Y Polly salió del apartamento y desapareció por el pasillo.

—Necesito un trago —Elsa resopló y se sonó la nariz.

—Que sea una botella. —Jade entró en la cocina, Elsa detrás de ella, en busca de una botella de vino.

Las vi caminar hacia la cocina y luego me volví hacia Shay.

—¿Cómo te sientes *realmente*? —No es que no le creyera cuando decía que se sentía mejor. Sólo pensé que, sin todo el mundo acurrucado a su alrededor, ahora se sentiría más cómoda. Quizá se había estado conteniendo.

Shay se incorporó y parecía más alerta. El cambio era evidente en sus ojos, que ahora tenían una chispa brillante. Parecía tan sana y atenta como la primera vez que la había visto aquí mismo, en esta habitación, con nuestro padre.

—Mejor. —Parpadeó y dijo—: El dolor de cabeza ha desaparecido y ya no me siento mal.

Sonreí.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegro de que nos encontráramos con Freida. Sin ella... sin su sangre... no estarías curada.

El rostro de Shay se arrugó con disgusto.

—No me cae bien. Y su casa era fea.

Valen soltó una carcajada, sonando mucho a su viejo yo, después de haber estado molesto.

—A mí tampoco me cae bien, chiquilla.

—¿Está muerta? —preguntó Shay.

Miré a Valen antes de responder.

—No ha muerto. Pero ya no molestará a nadie. Nunca más. —No, porque al parecer iba camino a ser lobotomizada. Eso aún me perturbaba. Pero no era el momento de dejar que mis pensamientos vagaran hacia aquella malvada vampiresa.

Mientras miraba a Shay, resplandeciente y radiante con su nueva salud, se me ocurrió que podía volver a la escuela, a la Academia Fantasia. Sabía que Shay estaría encantada de volver a esa escuela.

Dejé escapar un suspiro y me froté los muslos.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿No sientes nada más?

Shay me miró y dijo:

—Tengo hambre.

Me reí.

—Apuesto que sí.

—Nos prepararé una pizza —dijo el gigante, sonriendo mientras se

levantaba. Pero cuando dirigió su mirada hacia mí, su sonrisa se volvió perversa, seductora, y sus ojos brillaron con un deseo que hizo que mi corazón y mis partes femeninas palpitaran como el bombo de una banda de música.

Parecía que me iban a dar el postre más tarde.

Oh, sí.

26

Por supuesto, tras la derrota de Freida, teníamos que celebrarlo. Lo que significaba que toda la decimotercera planta era una fiesta.

Las voces de varios inquilinos ya habían empezado a resonar por el pasillo, subiendo y bajando con la energía de una celebración. Entre ellas, noté la inconfundible voz de Barb, la matriarca del piso trece, que reñía a las gemelas de diez años por alguna ofensa mientras las señalaba con gesto de abuela. Su pelo largo y blanco ondeaba detrás de ella mientras corría tras las gemelas. Era alta y en forma para alguien de unos setenta años, con unos penetrantes ojos azules que encerraban décadas de sabiduría.

Las gemelas, vestidas como Merlina de *La Familia Addams*, con vestidos negros con cuello blanco y trenzas oscuras, soltaron carcajadas y se metieron en un apartamento vecino, mientras el ruido de las cosas al chocar resonaba a su paso.

Cassandra, la madre de las gemelas, contemplaba la escena con una sonrisa orgullosa, rodeando a Julian con los brazos mientras se inclinaba suavemente hacia él. Él se dio la vuelta y la besó en los labios. Fue rápido, pero incluso yo podía sentir esa chispa de deseo entre ellos. Él tenía esa mirada de *luna de miel*, como si nada de lo que hiciera Cassandra fuera malo y él se estaba portando mejor que nunca.

Sonreí. Me alegré por mi amigo. Merecía ser feliz y estar enamorado. Julian había demostrado ser un gran aliado en la batalla con sus pociones. Y Elsa con sus diademas mágicas que me salvaron de la compulsión de Freida, que creía que Jade vendía ahora como rosquillas en su nuevo sitio web de brujas, WITCHES R US.

La noticia de la derrota de Freida y la recuperación de Shay, más bien su curación de la maldición, obviamente se había difundido con rapidez. La decimotercera planta estaba tan vibrante y ruidosa como la primera vez que la había pisado.

Todos los inquilinos habían salido de sus residencias, congregándose alrededor de las grandes mesas llenas de comida y diversas bebidas alcohólicas. Todos disfrutaban de la compañía de los demás, intercambiando cumplidos y pasando un buen rato.

A cada paso que daba, podía sentir una palpable sensación de alegría y emoción en el aire. Era como si todo el mundo en el hotel se estuviera preparando para un nuevo comienzo y quisiera formar parte de él.

Respiré el reconfortante aroma de la familiaridad, un recordatorio

de que había cerrado el círculo y de que aún había esperanza incluso en los tiempos más inciertos.

Valen fue hoy al colegio a recoger a Shay. Nunca había visto a una niña tan contenta de ir al colegio cuando sólo había dormido tres horas. Prácticamente había galopado todo el camino hasta la Academia Fantasia, mientras yo intentaba seguirle el ritmo.

Los niños eran sorprendentemente resilientes, algo que yo estaba aprendiendo rápidamente. Y viendo la sonrisa de Shay esta mañana ante la idea de ir a esa escuela paranormal, nadie se imaginaría que había estado a las puertas de la muerte sólo unas horas antes. O que una malvada vampiresa la había utilizado como arma para intentar matarme a mí, su hermana.

—Déjame ver.

Me volví para ver a Polly marchando hacia mí, evaluándome de un vistazo.

—Ha vuelto a crecer un poco desde esta mañana —dije mientras me tocaba el cuero cabelludo con alivio al sentir los mechones entre los dedos.

Polly había vuelto unos minutos después de inyectar a Shay el supuesto antídoto mientras todos estábamos comiendo la excelente pizza de Valen para darme un frasco de pomada con olor a cebolla podrida para el cuero cabelludo.

La curandera me cogió la cabeza entre las manos y la inclinó hacia delante.

—Sí, sin duda ha crecido —comentó, y su cálido aliento me acarició el cuero cabelludo. Me inclinó la cabeza hacia atrás y examinó rápidamente—. También te han vuelto las cejas; aunque, si no quieres tener una sola ceja, será mejor que busques unas pinzas.

—¿Qué? —Me quité las manos de la cara—. ¿Es en serio? —Las había revisado hacía una hora y tenían el mismo aspecto que antes de que Shay las quemara.

Polly soltó una risita.

—Humor de curandera.

La fulminé con la mirada.

—No tiene gracia.

—La buena noticia es que hay un nuevo crecimiento —dijo la curandera—. La mala noticia es que puede que se tarde unos meses en alcanzar el mismo largo que tenías antes.

—No pasa nada. —Tiré de los mechones que tenía cerca de la barbilla—. Puedo atármelo casi todo. A Valen le gusta. Dice que me veo más joven. —Me alegré de no tener que llevar una de las pelucas de Jade. Aunque tenía el pelo mucho más corto que antes, prefería llevar el mío propio. Muchas gracias.

—Pues, bien. —Polly me dio unos golpecitos en la cabeza como si

yo fuera un cocker spaniel bien educado, giró sobre sí misma y se dirigió hacia una de las mesas del bufé. Empezó a describir a los allí reunidos todos los deliciosos platos que tanto se había esforzado en preparar para todos.

Me reí entre dientes y, al darme la vuelta, Shay saltó hacia mí, y Valen venía caminando detrás de ella, moviendo sus anchos hombros. Me miró, con sus ojos oscuros brillando de diversión.

Shay se detuvo en seco y sus ojos verdes se abrieron de par en par al ver toda la comida y la gente que se congregaba alrededor. Su mirada recorrió el pasillo antes de posarse en mí con expresión interrogante.

—¿Es una fiesta?

Valen se rió y frotó a Shay en la cabeza, igual que Polly había hecho conmigo hacía un momento.

—En cierto modo, sí. —Me quedé mirando a Shay. Se veía perfectamente sana. Tenía más vitalidad y sonreía más de lo habitual —. ¿Cómo te ha ido hoy en el colegio?

Shay se encogió de hombros.

—Bien, ¿eso es pizza? —Sus ojos se clavaron en una de las mesas del bufé, donde Valen había colocado un surtido de mini pizzas para que todos las disfrutaran.

—Sí. Mini pizzas.

Me miró.

—¿Me das un poco?

—Claro. Puedes comer todo lo que quieras.

—¡Genial! —Sin decir una palabra más, se apresuró a acercarse a la mesa de las pizzas y empezó a llenar su plato con las mini pizzas. La vi devorar dos en un tiempo récord antes de ir de nuevo por las terceras.

Ver lo feliz y sana que estaba me llenó de alivio y de gratitud hacia Polly y Valen por unirse y ayudarnos en un momento de necesidad. Aquel pensamiento me hizo darme cuenta de que debía llamar a Olin y darle las gracias. De no ser por él, nunca habríamos sabido que la sangre de Freida eliminaría la maldición. ¿Quizá debería hacerle un regalo? ¿Qué se le regala a un curandero? Pues un pequeño trol de la buena suerte.

—Se ve contenta —le dije a Valen cuando se acercó—. Supongo que la escuela estuvo bien.

—La mocosa ha demostrado hoy su magia en clase —dijo el gigante, sonriendo con orgullo.

Separé los labios.

—No te creo. ¿Y? ¿Era ella la que presumía, o se lo pedían sus profesores?

—Los profesores. La clase de hoy fue algo como «enseña y habla

sobre tu magia» Creo que le fue bien.

Sonreí, mirando fijamente a Shay, que intentaba meterse tres mini pizzas en la boca al mismo tiempo.

—Supongo que no entró a la clase de Modales 101.

—Sí. —La expresión de Valen se transformó en una sonrisa completa, que irradiaba calidez y le hacía parecer francamente guapo. Aspiré su irresistible aroma —una mezcla de almizcle y loción para después del afeitado— y sentí un cosquilleo en la piel. Qué rico.

Sus ojos brillaban de diversión mientras Shay seguía devorando las minipizzas como un niño hambriento de la calle. Pero a pesar de la ligereza de su humor, aún podía ver en él un atisbo de tristeza, como si estuviera pensando en algo doloroso de su pasado.

—Escuché que After Dark reabrió sus puertas esta tarde.

—Así fue.

—Debe de ser agradable volver a tener tu restaurante. Sé que la pandilla está entusiasmada.

Los hombros de Valen rebotaron mientras se reía.

—Sí. Fueron nuestros primeros clientes esta mañana.

Me apoyé en él.

—Sabes, siento que hay algo que no me estás contando. Algo de tu pasado. Algo que te pone increíblemente triste cuando miras a Shay. ¿Es tu mujer? —Me di cuenta de que lo más probable era que no fuera asunto mío y que no me lo contaría. Pero me preocupaba por él. Y podía ver que algo lo tenía perturbado.

Percibiendo su reticencia, solté.

—Lo siento. No es asunto mío.

Valen se tensó al oír mis palabras. Sus ojos se llenaron de tristeza.

—¿Recuerdas cuando te dije que las crías de los gigantes son poco comunes?

—Sí. Me acuerdo.

—Bueno, mi mujer y yo lo intentamos durante años. Ella quería una familia. Y yo deseaba desesperadamente darle una —dijo en voz baja—. Lo intentamos todo. Y entonces, por un milagro, quedó embarazada.

—Oh. —Esperé, sabiendo que había algo más en esta historia. Valen nunca me había dicho que tuviera un hijo.

Dejó escapar un largo suspiro por la nariz.

—Tuvo un aborto espontáneo.

Se me cortó la respiración y fue como si me apuñalaran repetidamente en las tripas.

—Lo siento mucho —dije, poniéndole una mano en el brazo. Conocía demasiado bien el dolor que conllevaba no poder quedarse embarazada, pero nunca había perdido un hijo. Y no podía ni imaginar ese dolor.

Valen había perdido a su mujer *y* a su hijo.

Mis ojos se llenaron de agua mientras parpadeaba las lágrimas que caían por mis mejillas.

—Ahora sé por qué este asunto con Shay te tenía tan alterado. Lo siento. —Eso explicaba muchas cosas. Todo. Su manera de cerrarse, su sobreprotección hacia Shay y su desesperación al verla tan enferma, casi moribunda.

Valen negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo y he hecho las paces con ello. Pero a veces parece que fue ayer.

—No puedo imaginar lo difícil que debe de ser —dije, con el corazón arrugado por él.

—Ha sido duro, pero Shay lo hace más fácil —dijo, mientras sus ojos se desviaban hacia nuestra mocosa—. Es muy parecida a ti. Sólo que más pequeña.

Resoplé y se me cayeron algunos mocos. Sí. No fue algo bonito. Pero Valen ni siquiera se dio cuenta, sus ojos seguían fijos en Shay. Hice un movimiento disimulado y me limpié con el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

—Hola, viejo. —Arther se adelantó y estrechó la mano de Valen en un apretón, ayudándome a quitarme los mocos disimuladamente.

—Me alegra verte —dijo Valen, dándole una palmada en el hombro a la otra bestia de hombre—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Un par de días —respondió el macho alfa—. Mañana sacarán a los padres de Catelyn de la morgue. Ella quiere hacerles un pequeño funeral.

—Lo siento, viejo —dijo Valen—. ¿Cómo está ella?

Arther no contestó. En lugar de eso, se limitó a mirarme como si de algún modo yo tuviera la respuesta.

Aparté la mirada y mis ojos encontraron a Catelyn. Estaba apoyada en una pared, alejada de todos, como si sintiera que no era bienvenida. Obviamente, había venido con Arther. Y aunque había formado parte de la pandilla del piso trece, parecía perdida. Como la primera vez que había venido.

Dejando a los dos machos, cogí dos copas de vino tinto y me dirigí hacia ella.

—Toma —Le dije a Catelyn, tendiéndole una copa.

—Gracias —dijo ella, con sorpresa en la voz y en la expresión.

—No tienes por qué estar tan lejos de todo el mundo, ¿sabes? —Sorbí mi vino, viendo el pasillo abarrotado de inquilinos. Definitivamente, la fiesta estaba en el pasillo.

Catelyn se quedó mirando al suelo.

—No pensé que sería bienvenida... después de... ya sabes...

—Cualquiera que me salve el culo es bienvenido aquí —le dije con

una sonrisa.

Catelyn me miró con incertidumbre.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Me salvaste de Freida. Y gracias a ti, pude conseguir la sangre de esa zorra. —Siempre estaría agradecida por eso. Siempre.

Catelyn parpadeó y vió a otro lado. Sacudió la cabeza.

—Lo que te hice... Lo siento. Nunca me lo perdonaré.

—Pues deberías. Porque yo lo he hecho.

El labio inferior de Catelyn tembló mientras tomaba el control de sus emociones.

—No debería haber hecho lo que hice. Fui horrible contigo. Después de todo lo que hiciste por mí... después de aquellos *experimentos*.

—Pero sé por qué lo hiciste —dije, dando un sorbo a mi vino. Ahora venía la parte difícil—. Lamento lo de tus padres, Catelyn. Nunca quise que les hicieran daño. Tienes que creerme.

Catelyn resopló.

—Ya lo sé. No fue culpa tuya.

En cierto modo, lo era, pero no quería volver a sacar el tema. Habíamos hecho las paces.

Sentí que me miraban, y cuando volví la cabeza, Arther y Valen me miraban, nos miraban, y pude ver el alivio en la cara de Arther de que estuviéramos manteniendo una conversación normal y no lanzándonos puñetazos.

—Él está buenísimo —dije y miré a Catelyn—. Muy sexy. Buena elección, por cierto. ¿Tan guapo está desnudo?

Catelyn soltó una carcajada.

—Mejor.

—Demonios.

—Demonios.

Las dos nos reímos como idiotas.

Así que tenía razón. Arther y Catelyn *tenían* algo. Ahora que lo pienso, hacían muy buena pareja, una pareja muy *bonita*.

—¿De qué se ríen? —Jade se acercó a nosotros, con lo que parecía un bocadillo de ensalada de pollo en una mano y una copa de vino en la otra.

—Estaba admirando al novio nuevo de Catelyn. —Asentí en dirección al macho alfa que hablaba con Valen.

La cara de Jade se iluminó, con los ojos muy abiertos, mientras miraba de Catelyn a Arther.

—Sí. Me recuerda a un joven Billy Idol —añadió soñadoramente—. Está bueno. —No estoy segura de que hubiera descrito así al alfa, pero da igual.

—¿Qué está bueno? —Elsa apareció con Barb a su lado.

—El novio de Catelyn —dijo Jade, inclinando la cabeza hacia el macho alfa, que acababa de darse cuenta de que todas las hembras lo mirábamos como a un trozo de carne. Parecía avergonzado.

Sin duda era un alfa llamativo, con una presencia formidable y una forma de sostenerse que daba la impresión de ser un hombre más experimentado.

—Ah, sí —dijo Barb, pasándose los dedos por el pelo largo y blanco mientras observaba al macho alfa—. Un espécimen maravilloso. Y mira el tamaño de sus pies. Todos sabemos lo que dicen del tamaño de los pies de un hombre.

Escupí un poco de vino por la boca.

—¿*No* acabas de decir eso? —Miré a Catelyn, que tenía una extraña sonrisa en el rostro, con los ojos puestos en su macho. Supongo que eso respondía a la pregunta.

—Eres increíble, Barb. Quién iba a decir que tenías buen ojo para los pies de los hombres —bromeé, riéndome de nuevo mientras la bruja de pelo blanco levantaba la barbilla con orgullo.

Se sentía agradable, más que agradable, volver a tener a Catelyn con nosotros. Resultó que, después de contarle a la pandilla la historia de cómo ella me había salvado de Freida, el grupo volvió a quererla poco a poco: o al menos a esa imagen de ella.

—Leana —dijo una mujer de generosas dimensiones, saliendo de mi apartamento y uniéndose a nosotros en el pasillo.

—¿Qué pasa, Louise?

Louise pasó un pulgar por encima de su hombro.

—Hay un tipo ahí dentro que quiere hablar contigo.

—¿Un tipo? ¿Quién? —Lo primero que pensé fue en Clive. El muy cabrón debía de haberse enterado de que habíamos derrotado a su ama, y ahora estaba fuera del negocio. ¿Estaba aquí por venganza? Eso sería estúpido. Estaba rodeada de amigos, de familia. ¿Tan estúpido era? Estaba a punto de averiguarlo.

Louise negó con la cabeza.

—Nunca lo había visto. Pidió verte.

—Gracias —respondí mientras me dirigía al interior del apartamento. Estaba de un humor fantástico. Ni siquiera Clive podía estropearlo. Diablos, el hecho de que estuviera aquí me daba vértigo por dentro. También lo sacaría de mi camino.

Miré a mi alrededor, pero el apartamento estaba desierto, salvo por la montaña de platos que no iba a lavar.

Pero un hombre estaba en mi salón, y no era Clive.

—¿Matiel? —Fruncí el ceño ante la figura que estaba de pie frente al sofá.

Se había materializado como otras veces. Sin previo aviso.

—Leana —llegó la voz de Shay detrás de mí—. Valen dice…

Mi hermanita me rozó y su cuerpo se puso rígido. Entonces, al ver a su padre, soltó un chillido.

—¡Papá! —Salió disparada hacia delante.

Saqué la mano, la agarré por el brazo y tiré de ella contra mí.

—¿Qué haces? —Shay forcejeó en mi agarre—. Es mi papá. Suéltame.

Pero no lo haría. Me quedé mirando a mi padre mientras Shay seguía luchando contra mí, sus pequeños puños golpeando mi mano mientras intentaba liberarse de mi agarre. Pero yo no la soltaba.

Matiel, nuestro *ángel* padre, tenía el mismo aspecto desde la última vez que lo había visto. Su pelo canoso terminaba justo debajo de la barbilla y probablemente había sido oscuro alguna vez. Tenía una barba corta del mismo color, que acompañaba a sus ojos verdes, enmarcados por unas espesas cejas negras. Una pesada capa negra le llegaba a las canillas de sus botas oscuras.

Pero algo era diferente. Parecía... me atrevería a decir... ¿nervioso?

—Dime qué pasa —dije, manteniendo la calma a pesar de la tormenta de emociones que se avecinaba—. Pasa algo. Lo veo en tu cara. Dímelo.

En ese momento, Shay dejó de luchar contra mí y se enderezó.

—¿Papá? ¿De qué está hablando?

Matiel suspiró por la nariz. Se quedó allí de pie, con la mandíbula apretada, la expresión nublada, y los pensamientos relampaguearon tras aquellos ojos verdes, los ojos de Shay. Parecía que intentaba encontrar algo que decir. ¿Una mentira?

Ante su silencio, insistí:

—¿Dónde has estado? Prometiste que vendrías. —Mi voz era áspera. Esperaba una respuesta del padre que le había jurado a su hija de once años que la visitaría todas las semanas. Eso no ocurrió. Aunque Shay decía que no le había molestado, yo sabía que mentía. Los niños siempre querían ver a sus padres.

Matiel frunció los labios mientras consideraba mis palabras. Sus ojos, mucho más viejos que su rostro, parecían buscar y encontrar una respuesta que se me escapaba.

—Lejos.

—No me digas. Intenté contactarte —dije, sintiendo que el calor subía a mis mejillas al ver que Shay me miraba—. ¿Y sabes lo que pasó? Mi ritual ardió en llamas. Ardió. Como si alguien no quisiera que hablara contigo. O tú no querías.

La mirada de Matiel era firme y sin pestañear. Parecía estar evaluándome, intentando tomar una decisión sobre qué decirme, pero no dijo nada.

Sentí que el aire se movía detrás de mí y entonces vi a Valen dirigirse a la cocina. Se apoyó en la pared, cruzando los brazos sobre

su pecho cincelado mientras observaba a mi padre ángel.

La mirada de mi padre se desvió hacia Valen, y vi que en sus ojos brillaba el interés. Algo que era diferente a lo que había notado cuando la gente se encontraba con Valen por primera vez. Normalmente, se acobardaban, queriendo poner el mayor espacio posible entre ellos y el gigante. Pero Matiel era un ángel. Supongo que no le asustaban muchas cosas.

—Yo… *Shay* te necesitaba —corregí—. Estaba enferma. Mortalmente enferma. Fue maldecida con algo repugnante. Y sé que los ángeles tienen el poder de curar. Podríamos haber evitado todo esto —añadí, sabiendo que probablemente no tenía ni idea de lo que estaba hablando—. Pudiste haberla curado.

El ángel se limitó a asentir, con aspecto derrotado y agitado a la vez.

—Lo siento. No tenía ni idea.

—No es suficiente. No me importan tus excusas —gruñí apretando los dientes. Sí, estaba enojada—. Quiero respuestas, y las quiero ahora. ¿Por qué no has aparecido? ¿Qué está pasando?

—Quise hacerlo. Muchas veces. Pero no podía. No si no quería ponerlas en peligro. —Matiel miró a Valen y luego de nuevo a mí.

Fruncí el ceño.

—Pero ahora estás aquí. ¿Qué ha cambiado?

Matiel mantuvo el rostro inexpresivo.

—Hay algo que debes saber. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre la Legión de los Ángeles? Algo ha ocurrido… *está* ocurriendo con la Legión de los Ángeles.

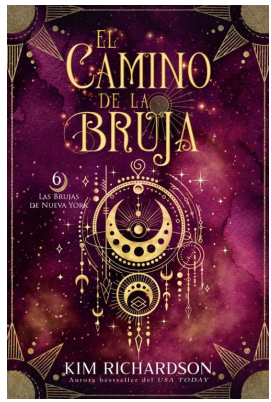
Rodeé a Shay con los brazos.

—No. No se la van a llevar. De ninguna puta manera. Mataré a todos y cada uno de ellos. Me da igual lo que sean. No se van a llevar a Shay. ¿Me oyes? —Estaba absolutamente lívida, con la ira recorriéndome y a punto de explotar en cualquier momento. Mi cuerpo se tensó dispuesto a atacar.

—Ese es el problema —dijo mi padre, con el horror grabado en el rostro—. No quieren a Shay. —Me miró—. Te quieren *a ti*.

Vaya mierda.

No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Nueva York.



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com